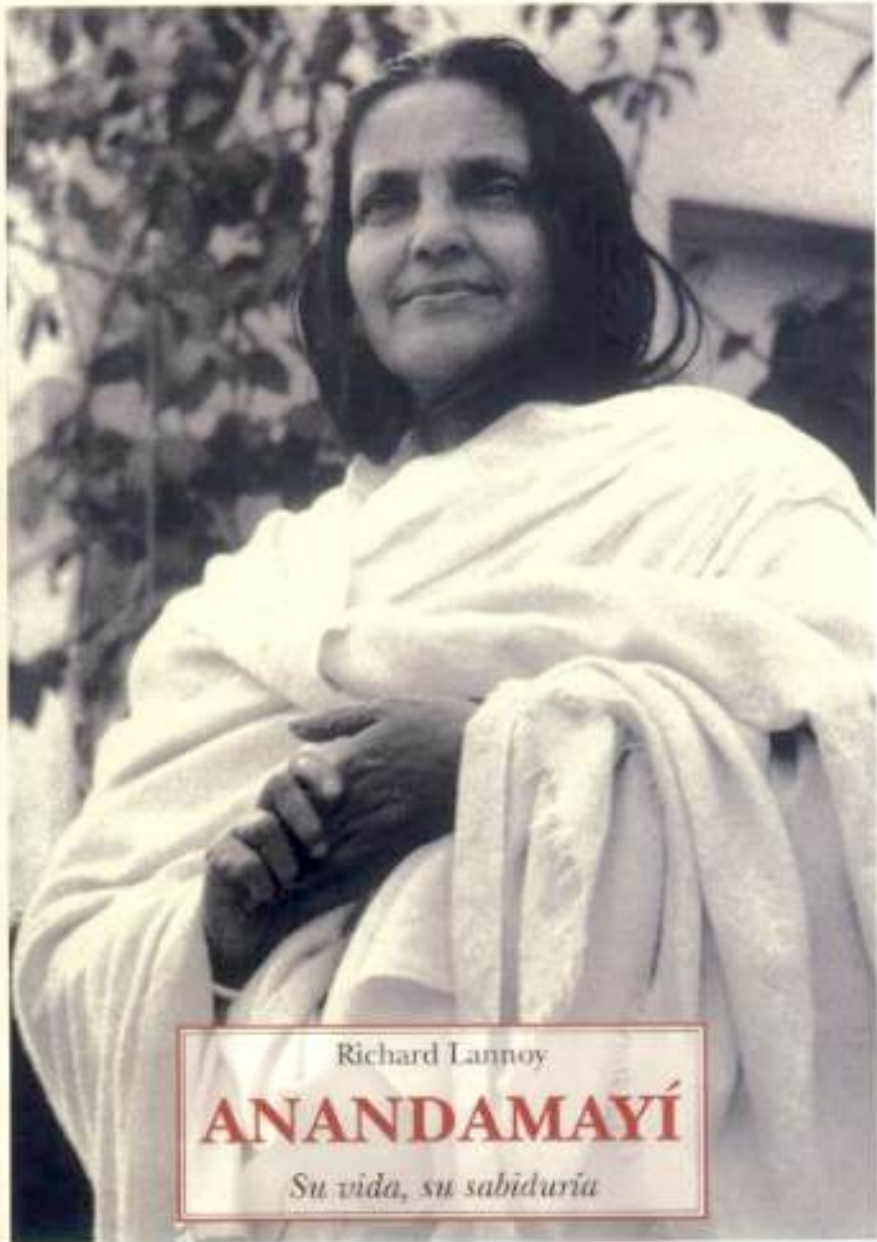




Richard Lannoy

ANANDAMAYÍ

Su vida, su sabiduría

ANANDAMAYÍ

Su vida, su sabiduría



Richard Lannoy

ANANDAMAYÍ

Su vida, su sabiduría

Traducción

de

María Tabuyo y Agustín López



SOPHIA PERENNIS

Del mismo autor:

The Speaking Tree: Continuity & Change in Indian Culture & Society
India: People and Places
Eye of Love: Erotic Temple Sculpture of India
Benares Seen from Within

En esta misma editorial:

Bithika Mukerji, *Vida y enseñanza de Sri Ma Anandamayí.*
El ave alza el vuelo.

Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada o transmitida
en manera alguna ni por ningún medio,
ya sea electrónico, químico,
mecánico, óptico, de grabación
o de fotocopia, sin permiso previo
por escrito de los editores

Este libro ha recibido una ayuda a la investigación
del programa de becas integradas Ruy de Clavijo 2004,
concedidas anualmente por Casa Asia. 人

Las fotografías de Anandamayí de las páginas
105, 110, 116, 117, 128-129, 158, 166, 167 y 168
fueron tomadas en el áshram de Vindhyáchal.
Las de las páginas 12, 106, 107, 108, 109, 111, 112, 113, 115, 117, 118, 119, 120,
121, 131, 132, 133, 136, 137, 138, 140, 142, 143, 147, 148, 149, 153, 157, 159,
160-161, 163 y 166 fueron tomadas en el áshram de Benarés.
Las de las páginas 112, 130 y 141 en el áshram de Patal Devi, Almora

© 2005, Richard Lannoy
© 2005, para la presente edición,

José J. de Olañeta, Editor
e Indica Books 

Apartado 296 - 07080 Palma de Mallorca (España)

ISBN: 84-9716-380-X
Depósito Legal: B-38840-2005

Impreso en Viking, S.L. - Barcelona
Printed in Spain

Índice

Agradecimientos	11
-----------------------	----

Palabras de Anandamayí: <i>Comunicaciones breves 1</i>	13
--	----

CAPÍTULO 1

<i>Impresiones de Anandamayí</i>	17
--	----

Palabras de Anandamayí: <i>Comunicaciones breves 2</i>	40
--	----

CAPÍTULO 2

<i>Los primeros años de Anandamayí</i>	45
--	----

Palabras de Anandamayí: <i>Comunicaciones breves 3</i>	60
--	----

CAPÍTULO 3

<i>La perfección de los comienzos</i>	63
---	----

Palabras de Anandamayí: <i>Comunicaciones breves 4</i>	74
--	----

CAPÍTULO 4

Bhava y Samadhi	77
-----------------------	----

Palabras de Anandamayí: <i>Comunicaciones breves 5</i>	88
--	----

CAPÍTULO 5

<i>La plenitud de sus poderes</i>	91
---	----

CAPÍTULO 6

<i>Discursos y diálogos de Anandamayí</i>	171
---	-----

Epílogo	199
Glosario de términos sánscritos	203
Bibliografía	207

Agradecimientos

QUIERO EXPRESAR mi profunda gratitud al Sri Sri Anandamayi Sangha, de Benarés, por haberme concedido amablemente la autorización para incluir extractos de sus publicaciones y por la generosa ayuda que me han brindado durante varios años.

Muchas personas me han ayudado de formas diversas para que este libro alcanzara el nivel que todos deseábamos; sólo yo soy responsable de los defectos manifiestos del texto, las fotografías y la composición.

Estoy profundamente agradecido a Gitánjali Dhingra, que ha mostrado una fe inquebrantable por rescatar todo el proyecto del olvido. También quiero dar las gracias de manera particular a Markell Brooks por su audacia imaginativa, que ha hecho posible que este proyecto se hiciera realidad. Gracias a su magnanimidad hemos visto cumplido nuestro deseo de celebrar el centenario del nacimiento de Matajī.

Quiero también rendir un tributo especial a una persona que ya no está con nosotros, pero sin la cual este libro nunca habría llegado a aparecer: Atmananda. Efectivamente, sin Atmananda yo nunca habría conocido a Anandamayī. Su lealtad y devoción a Matajī durante 40 años tiene su mejor recuerdo en las traducciones magníficas, luminosas y fielmente precisas de las palabras de Matajī incluidas en este libro. Conservo un grato recuerdo de cuando, sentado con ella y con Pandit Gopinath Kaviraj, juntos nos esforzábamos por escoger exactamente las palabras inglesas adecuadas en las primeras fases de la traducción. Así, quiero honrar también la memoria de un gran estudioso, Mahamahopadhyaya Pándit Sri Gopinath Kaviraj, por sus sabios consejos y sus incansables esfuerzos para servir a Anandamayī durante muchos años.

Deseo rendir homenaje a los nombres de los grandes devotos que me ayudaron de múltiples formas durante mis numerosos períodos de residencia en varios áshrams entre 1954 y 1958: Gurupriya Devi, —conocida por todos como Didi—, Sri Hari Ram Joshi, el doctor N. R. Das Gupta, B. Sanjiva Rao, el doctor Pannalal, Brahmachari Kamal Bhattacharji y Swami Paramananda.

En Gran Bretaña, varios amigos me han sido muy útiles y me han proporcionado una gran ayuda durante todo el tiempo en que la perspectiva de completar un proyecto que había concebido hacía 35 años no era más que un destello secreto en mis ojos, y me han estimulado con su aliento cuando el trabajo fue retomado de nuevo: Liza Mackintosh, Chloe Goodchild, Roger Houdsen, Christopher Pegler, Pauline Baines. Gracias también a Claude Portad por su amabilidad y su paciencia al otro lado del teléfono, a Bithika Mukerji y a Ram Alexander por una rara fotografía de archivo. Debo dedicar unas palabras especiales de agradecimiento al distinguido investigador John Irwin, antiguo conservador de la sección india del Victoria and Albert Museum, por su generosísima ayuda con el simbolismo de la cosmogonía de la India antigua, tema en el que es una autoridad destacada.

Simon Ferguson ha demostrado ser un colaborador infatigable, al enfrentarse



En todo el universo, en todos los estados del ser, en todas las formas, Él es. Todos los nombres son Sus nombres; todas las formas, Sus formas; todas las cualidades y todos los modos de existencia son verdaderamente Suyos.

Anandamayí

Palabras de Anandamayí:

Comunicaciones breves 1

Pregunta: ¿Qué eres tú realmente?

Respuesta: ¿Cómo puede surgir esa pregunta en tu corazón? La visión de dioses y diosas aparece de acuerdo con la disposición heredada de cada uno. Yo soy lo que soy y lo que seré; yo soy todo lo que tú concibas, pienses o digas. Pero, de forma más concreta, este cuerpo no ha venido al ser para recoger los frutos del karma pasado. ¿Por qué no aceptas que este cuerpo es la encarnación material de todos tus pensamientos e ideas? Todos vosotros lo habéis deseado y ahora lo tenéis. Así pues, jugad con esta muñeca durante un rato. Más preguntas sobre esta cuestión serían inútiles.

En todo el universo, en todos los estados del ser, en todas las formas, Él es. Todos los nombres son Sus nombres; todas las formas, Sus formas; todas las cualidades y todos los modos de existencia son verdaderamente Suyos.

Si uno quiere alcanzar lo Eterno, debe buscarlo en todos y en todo. La búsqueda de la Verdad es el deber del ser humano, para avanzar hacia la Inmortalidad.

El momento que ha pasado no vuelve. Se debe utilizar bien el tiempo. Sólo cuando se emplea en el intento por saber «¿quién soy yo?», se ha empleado bien.

Tú mismo eres el *atma* autoevidente: buscar y encontrar está íntegramente en ti.

En la riqueza y en la propiedad no hay ciertamente paz. ¿Qué da entonces la paz? Mi naturaleza verdadera es paz, conocimiento, conciencia divina; a menos que esto se comprenda y hasta que se comprenda, ¿cómo puede haber paz? Para encontrar tu Sí debes revelarte a ti mismo. ¡Qué hermoso!

Si uno se detiene en lo que se puede conseguir siguiendo una sola vía, el objetivo de la vida humana no se alcanzará. Lo que se requiere es una comprensión que desarraigue el conflicto y las divergencias de opinión, que sea completa y esté libre de antagonismo intrínseco. Si no es así, la experiencia interior será parcial e incompleta.

En la verdadera comprensión no puede existir ninguna disputa con nadie; se está plenamente iluminado en cuanto a todos los credos, religiones, doctrinas y sectas y se ven todos los caminos como igualmente buenos. Ésta es la comprensión absoluta y perfecta. Mientras haya disensión no se puede hablar de realización.

Se dice que aunque se extraiga el Todo del Todo, el Todo sigue siendo el Todo. No puede haber adición ni sustracción, la totalidad del Todo permanece intacta. Sea cual sea la vía que puedas seguir representará un aspecto particular del todo. Cada método tiene sus propios mantras, sus ideas y estados propios, sus creencias y sus prescripciones; ¿para qué? Para comprenderle, para comprender tu propio Sí.

Se debe estar plenamente consciente, íntegramente despierto. Caer en el estupor o en el sueño yóguico no llevará a ninguna parte.

A través de cada vía religiosa, Él se da a Sí mismo, y el valor de cada una de esas vías para el individuo es que cada una de ellas señala un método diferente para el conocimiento del Sí. Él solo es agua y también hielo. ¿Qué hay en el hielo? Nada más que agua.

Pregunta: Dios nos ha dado el sentido del «yo», Él lo quitará de nuevo. ¿Qué necesidad hay de la autoentrega?

Respuesta: ¿Por qué preguntas? Permanece en silencio y no hagas nada.

Pregunta: ¿Cómo se puede estar en silencio?

Respuesta: Para eso es necesaria la autoentrega.

Pregunta: ¿Cuál es el medio de entrar en la corriente?

Respuesta: Plantear esa pregunta con un anhelo desesperado.

Si dices que no tienes fe, este cuerpo insiste en que debes tratar de establecerte en la convicción de que no tienes fe. Donde hay un «no» a la fe, también hay potencialmente un «sí».

El culto no es un ritual: es una actitud, una experiencia.

CAPÍTULO 1

Impresiones de Anandamayí

UNA TARDE, después de la comida de mediodía, un pequeño grupo de personas salieron en coche hacia Lucknow. Después de pasar Unnao, la señora que estaba sentada en la parte trasera del coche, envuelta en unas diáfanas vestiduras blancas, exclamó: «Mira, Didi, ¡qué pueblecito tan hermoso!»; la mujer a la que su acompañante se había referido como Didi miraba indiferentemente el paisaje por el que pasaban. En todas direcciones se extendía la misma extensión invariable de tierras de labranza, salpicada aquí y allá con grupos de árboles y las cabañas de barro de las aldeas. Era un panorama típico del inmenso y monótono valle del Ganges. El coche seguía su camino, levantando una nube de polvo tras de sí; con el sol brillando en lo alto del cielo, el paisaje carecía de sombras y estaba casi desprovisto de color. «¿No eran hermosos esos árboles?», insistía la señora de la parte de atrás mientras el coche seguía a toda velocidad. «Vamos pues —replicó Didi pacientemente—, demos la vuelta y vayamos a verlos». «Pero ahora ya estamos bastante lejos», respondió la otra mujer con cierta vacilación. «No importa —dijo Didi—. Volvamos atrás; chófer, por favor».

Cuando el coche había rehecho la mayor parte del camino, se salió de la carretera y bajó traqueteando por un sendero entre los campos. Dibujándose contra el vasto horizonte, un campesino se ocupaba a lo lejos de su trabajo. El coche se paró al borde de la aldea. La señora que había observado los árboles salió del coche y se dirigió veloz en dirección a ella. Sin volverse hacia los otros miembros del grupo, les ordenó: «Traed el cesto de fruta y todas las guirnaldas que haya en el coche». Didi hizo lo que se le pedía, llevándolas en sus brazos mientras corría para alcanzarla. Había un estanque junto a una casa grande con un tejado de tejas y paredes de barro suavemente moldeadas. Junto al estanque había dos árboles jóvenes, uno era un baniano y el otro una margosa, que crecían uno al lado del otro.

Los aldeanos empezaban ya a reunirse, curiosos por saber lo que traía a un vehículo tan insólito como un automóvil a sus rústicas viviendas. La mujer de ropas de algodón de deslumbrante blancura ofrecía una sorprendente imagen entre los alrededores de color pardo, las vestimentas pardas de los aldeanos y varios perros de color pardo. Su hermoso cabello, negro como el azabache, se desparramaba sobre sus hombros, y su pálida piel estaba tan débilmente surcada como las delicadas hierbas dibujadas en un muro encalado que se encontraba próximo. Miró a su alrededor con ojos profundamente alertas; una sonrisa apareció en sus labios cuando miró atentamente los dos árboles. A su alrededor, se hizo el silencio entre la multitud reunida de aldeanos, asombrada por la presencia dominante de la visitante. Ella se acercó a los dos árboles y empezó a acariciar sus ramas y troncos con gran afecto. Apretando la frente una y otra vez contra ellos, dijo en tonos suaves pero claramente audibles: «Bien, bien, por eso has traído a este cuerpo aquí a verte». Todo el mundo miraba los árboles con una muda incomprensión, pues no había nada que los distinguiera de los incontables árboles que salpicaban la llanura. La mujer sin embargo parecía mantener a todos en silencio.

«¿Cuál es el nombre de vuestra aldea?», preguntó.

«Bhawanipur», fue la respuesta.

«¿Quién plantó estos dos árboles?»

«Dwarka», manifestó alguien.

«¿Está en casa el propietario de esta tierra?»

«No, pero su esposa está allí.»

El grupo de visitantes, que ahora eran observados con intensa curiosidad por un grupo de chicos, se volvió y vio a la esposa del propietario, que se acercaba. Dirigiéndose a la mujer con un tono y una expresión llenos de amabilidad, la visitante vestida de blanco le dijo: «Cuida bien de estos dos árboles y adóralos. Será en tu beneficio».

Luego cogió las guirnaldas de Didi y adornó los árboles con ellas, repartiendo todas las frutas que había en la cesta entre los desconcertados aldeanos. Sin la más ligera idea de quién era aquella mujer, todos adoptaron una actitud de respeto deferente hacia ella, como si percibieran que estaba en un nivel superior. Sin embargo, pudieron reconocerla al instante como una de ellos, una simple mujer vestida de forma sencilla y acostumbrada a los modos aldeanos. Se movía entre ellos con soltura, pero prestaba una tierna atención a los muchos niños que allí había, mientras, al mismo tiempo, envolvía a todo el mundo en su amable y atenta mirada.

Volvió por donde había venido, seguida de cerca por la muchedumbre; todos sonreían con torpe satisfacción, aunque todavía abrumados por la inexplicable atención conferida a ellos y a una pareja de árboles por un puñado de extraños.

«Margosa y baniano. ¡Hari y Hara!», exclamó la señora.

«¡Les das a esos árboles los nombres de los dioses!», dijo Didi asombrada.

Cuando llegaron al coche, dijeron a la muchedumbre que cubrieran el lugar que rodeaba los árboles con una plataforma de barro.

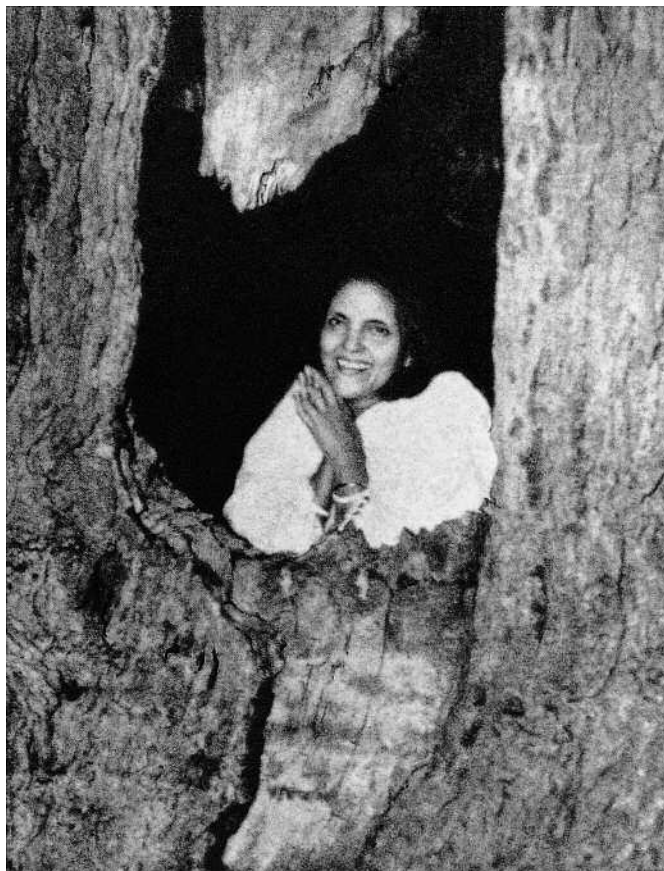
Entonces la señora vestida de blanco les preguntó: «¿Repetís el nombre de Dios? Aunque no podáis hacerlo diariamente, de todos modos, realizad de vez en cuando *puja* (culto) y cantad *kirtana*, o cánticos religiosos, bajo las ramas de esos árboles». Luego se volvió a sus compañeros. «¡Qué extraordinario! —observó—. Esos árboles tiraban de este cuerpo hacia ellos como si fueran personas. El coche nos alejaba de ellos, pero era como si se agarraran a los hombros de este cuerpo y lo arrastraran hacia ellos. Nunca me había sucedido antes.»

Cuando los visitantes subieron de nuevo al coche, uno de los aldeanos preguntó tímidamente al conductor quién era la gran señora que se había referido a sí misma como «este cuerpo».

«Anandamayí Ma de Bengala. Recuerda bien esta visita, pues es una persona santa y nunca hace nada que no tenga sentido».

Este incidente, que he reconstruido a partir del diario de Didi (Gurupriya Devi, ayudante principal de Anandamayí durante toda su vida), simboliza la paradójica condición de una figura como Anandamayí en la sociedad india moderna. Es tan inusual que no existe ninguna mujer, ni siquiera un ejemplo que nos sea conocido en el pasado, con quien se la pueda comparar salvo en términos muy vagos. Estamos tan desconcertados como lo estaban los habitantes de Bhawanipur por su carácter excepcional. Un extraño acontecimiento había visitado a las buenas gentes de aquella insignificante aldea de campesinos: una erupción de lo sagrado que debía desconcertarles durante muchos años. Por sus palabras, por su forma de vestir y por sus rasgos, la señora con aires de santidad parecía pertenecer a ninguna parte... o a

todas.



*Anandamayí sentada en el interior de un árbol, c. 1950
(fotografía del archivo del áshram)*

Actualmente, llamamos «guru» de forma indiscriminada a una persona con un carisma de esa índole, sin que esté demasiado claro lo que el término designa, aparte, quizá, de alguien que tiene la presuntuosa pretensión de poseer sabiduría espiritual. Relegamos a todos los gurus a una dudosa categoría de cultos exóticos, tal vez peligrosos. Ha habido gurus que han sido seriamente desacreditados por escándalos recientes y que habitualmente son tratados con un grado de cáustica sospecha. Recordemos a Bhagavan Rajneesh —el de los 87 Rolls Royces— o los diversos líderes religiosos cuyos seguidores han cometido suicidios en masa. Los consideramos personajes siniestros y embusteros que se dejan sobornar por los políticos o seducen a las hijas de nuestros amigos.

Los tradicionalistas señalan que personas como Sri Aurobindo, Krishnamurti, Swami Ramdas y Swami Sivananda, Madre Meera, Sai Baba y Meher Baba no son gurus en absoluto, sino un fenómeno híbrido para el consumo de extranjeros. Ciertamente, media un gran abismo entre los áshrams lujosos que han surgido en décadas recientes y el modesto modelo de la antigua relación *guru-shishya*, la tutela maestro-discípulo; no obstante, este antiguo sistema sobrevive, por ejemplo, en la enseñanza de la música y la danza clásicas. Durante toda la historia de la India este modelo de instrucción aseguró la transmisión del conocimiento de cada generación a la siguiente. En el caso de Anandamayí (que no tuvo un guru, sino que se inició por sí misma), el modelo tradicional del maestro y el discípulo ha sido revivido, en ciertos aspectos, una vez más, pero en otros aspectos igualmente importantes Anandamayí se separó radicalmente de la tradición. Su papel como una venerada brahmán divina no era de ninguna manera ortodoxo, puesto que esto

implicaba una separación de los parámetros tradicionales de la mujer casada; además, durante unos cincuenta años como viuda (y, de este modo, miembro de la categoría más baja de la sociedad india), fue al mismo tiempo una de las maestras espirituales más estimadas. Y asimismo, ella revivió la vieja costumbre del *gurukul*, un antiguo estilo de educar a niñas y niños en sus áshrams. Casi hasta el final mismo de su vida no pudo ser considerada como guru en el sentido técnico, pues un guru es alguien que da *diksha* a los discípulos, es decir, la iniciación por un mantra. Sin embargo, en el sentido más general y metafórico de «maestro espiritual», ella fue ciertamente un guru, uno de los más grandes y respetados de su tiempo. También fue la guru de muchos *sādhakas* (practicantes espirituales) avanzados. Para ellos fue todo lo que tradicionalmente debía ser el guru: un vehículo perfecto de la gracia divina. Hay un capítulo, en los extractos de los discursos de Anandamayí aquí incluidos, donde ella comenta ampliamente el significado espiritual del guru. El verdadero guru no debe ser considerado nunca por el discípulo como meramente humano, sino como un ser divino a quien él o ella se entrega en total obediencia. El discípulo se coloca en las manos del guru, y el guru no puede hacer nada que esté mal.

Además, desde el punto de vista de los discípulos, el guru es objeto de culto. Obviamente, un compromiso tan serio está protegido por todo tipo de garantías, pues el indio es tan consciente de los peligros inherentes a esa posición de absoluta autoridad como lo pueda ser cualquier forastero escéptico; más incluso, en realidad, pues ha acumulado una gran experiencia sobre la dinámica del vínculo *guru-shishya* durante los milenios de su existencia. ¿Cómo podría ese halago, esa pretensión de control sobre el destino de otro, no subirse a la cabeza de aquéllos sobre quienes cae ese manto de omnisciencia? Todo se basa en el hecho perfectamente constatado de que hay unos pocos individuos en cualquier momento del tiempo que están tan desprovistos de ego como para no sentir esa tentación. La falta de ego es condición *sine qua non* del guru.

Para un indio, la sumisión a la tutela de un guru no es sino uno entre los muchos caminos posibles de salvación o realización del Sí. En el caso de Anandamayí, ha llegado a ser algo obvio y ampliamente conocido que estamos ante alguien de un nivel espiritual sumamente especial. Su manifestación es extraordinariamente rica y diversa. Vivió durante 86 años, tuvo un seguimiento enorme, fundó treinta áshrams y viajó incesantemente a lo largo y ancho del país. Personas de todas las clases, castas, credos y nacionalidades acudían a ella; personas eminentes y de reconocida bondad buscaban su consejo; la doctrina que exponía era tan completamente universal como alcanzable por cada individuo. Aunque vivió para el bien de todos, no le movía el sacrificio de sí en el sentido cristiano: «No hay otros —diría—, hay sólo el Uno». Procedía de un medio rural sumamente humilde, aunque de una familia respetada durante generaciones por sus logros espirituales. En el curso del tiempo hablaría con las personalidades más importantes del país, pero no hacía ninguna distinción entre la condición de rico o pobre, entre las castas o las afiliaciones sectarias de quienes la visitaban. Personificaba la cordialidad y la gran tolerancia de la sensibilidad espiritual india en lo que tiene de más fresco y accesible.

El hecho de que fuera mujer sin duda acentúa las características distintivas de su manifestación. Las sabias (distintas de las santas) capaces de mantener un discurso sostenido con los eruditos son casi inauditas en la India. Su feminidad ciertamente otorga al patrimonio de la espiritualidad india (y de la espiritualidad en general) ciertas

cualidades de flexibilidad y sentido común, de lirismo y humor, no frecuentemente asociadas con sus alturas más elevadas. Su temperamento variable y su abundante *lila* (juego sagrado) están en absoluto contraste con la serenidad de ese modelo sin igual del Vedanta Advaita que es Sri Ramana Maharshi de Tiruvannámalai, quintaesencia de la quietud austera. Que una mujer de tal relevancia y de tan amplia actividad apareciera en la India en el siglo XX (el siglo del feminismo mundial y la revalorización de la fenomenología femenina) difícilmente puede parecer una coincidencia. Por definición, el guru refleja las necesidades más profundas y urgentes de todos sus seguidores. Aunque el guru encarne el deseo de realización de una miríada de devotos, también extiende, expande y eleva a una sensibilidad nueva y desconocida a aquellos que ponen su atención en él o ella.

Creo que Anandamayí ha añadido toda una nueva dimensión espiritual al despertar de la conciencia de las mujeres a su propia herencia. Como figura ejemplar, de ella emana un sentimiento de completa naturalidad, cordialidad y segura confianza en su feminidad. Anne Bancroft, en su excelente estudio de las místicas modernas, *Weavers of Wisdom*, cita esta conmovedora afirmación de una mujer inglesa: «Sentía que me quería tan absolutamente que nunca podría volver a ser la misma. Aunque sólo la vi unas pocas veces, nunca se ha desvanecido esa sensación, y su presencia está siempre conmigo. Era una persona que podía transmitir de tal manera su visión de la vida y de la realidad que, desde que la vi, siempre he sabido que hay armonía y sentido en el universo».

En la sabiduría y profundidad del discurso de Anandamayí reconocemos la verdadera voz del sabio. Pero ella era más que una persona sabia, aunque cuando se quiere definir exactamente qué era esa dimensión especial de sabiduría y bondad espiritual resulta difícil encontrar las palabras apropiadas. Ella era, yo creo, un simulacro humano de lo divino tan próximo a la perfección como sea posible encontrar en este planeta. He elegido la palabra «simulacro» con cuidado, por la sencilla razón de que no sé realmente qué es un ser humano divino. Soy agnóstico en esto, mientras que la mayoría de sus seguidores son devotos, *bhaktas*, y para ellos Anandamayí es, sin reservas, un ser verdaderamente divino. Siempre he intentado mostrar que, en la India, la afirmación de una atribución tan audaz para el guru no es nada fuera de lo ordinario. La atribución de la condición divina a una persona viva está perfectamente arraigada en el punto de vista espiritual indio. Sin embargo, es importante señalar que esa atribución no se hace de manera arbitraria por crédulos neófitos. Lo sagrado, lo divino y lo santo son realidades intrínsecamente relacionadas con los diversos sistemas místicos y metafísicos de elevado conocimiento y que han sido desarrolladas de forma elaborada en dichos sistemas. La atribución de divinidad es también un lugar común en la teología india. Lo que importa son las particularidades únicas de la persona a quien se le da la atribución. En este caso, Mahamahopadhyaya Pándit Sri Gopinath Kaviraj, que era antes de su jubilación director del Colegio Sánscrito de Benarés, estudió profundamente esta cuestión en un ensayo publicado en 1961. Este ensayo suscitó en Arthur Koestler un desprecio particularmente notorio, señalando que este tipo de escolástica estaba pasado de moda en Europa en el siglo XVI. Tal vez, pero lo que yo encuentro particularmente atractivo es la escrupulosa modestia de Gopinath Kaviraj. En todo momento admite la impotencia de su intelecto para comprender un fenómeno que es intrínsecamente paradójico y se resiste a la deducción racional.

Había sentido hace años que trazar con palabras un retrato fiel de Anandamayí, mostrándola no solamente como era en sí misma, sino incluso como aparecía ante mí, estaba más allá de mi capacidad. Incluso ahora siento la misma dificultad y vacilación, quizás aún más intensamente, al haber profundizado mi sentido del misterio acerca de ella [...] lo mejor para nosotros sería tratar de amarla profunda y sinceramente y, al hacerlo, entrar nosotros mismos en una unión más íntima con su verdadero Sí. Estoy convencido de que, a resultas de este proceso, sin duda ella se revelará a nosotros más plenamente según el grado de nuestra aptitud y receptividad y de que entonces estaremos en una posición ventajosa para conocer *inmediatamente*, y no por medio de nuestro intelecto, que ve a través de un velo y pervierte lo que ve, lo que ella realmente es. Y al conocerla de este modo, podríamos conocer también nuestro propio Sí.



*Anandamayí con
Brahmachari Kamal Bhattacharji*



*Anandamayí con
Gurupriya Devi («Didi»)*

En una época en que nuestra visión del mundo está dominada por el racionalismo científico, su persona, divina o no, ofrece una prueba concreta de que la perfección espiritual, o al menos la *perfectibilidad* espiritual, está ahora a nuestro alcance tanto como lo estuvo en el pasado. Lo que esta mujer manifiesta visiblemente sólo puedo interpretarlo con palabras. Aunque palabras y fotografías pueden mentir, la fotografía tiene una veracidad inmediata. Espero que mi combinación de palabras e imágenes haga honor a la realidad de esta mujer extraordinaria.

Conocí a Anandamayí en 1954, en mi primera visita a Benarés. Yo era un fotógrafo independiente especializado en reportajes para revistas. Estaba siempre al acecho de algún material de características nuevas. Tenía 26 años, viajaba a la ventura y estaba muy presionado para localizar temas comerciales en un campo notoriamente competitivo. Oí hablar de Anandamayí a una notable pianista y profesora austriaca, Blanca Schlamm, que había sido seguidora de Krishnamurti durante treinta años. Miembro de una escuela inspirada por las ideas de Krishnamurti, estaba entonces en el proceso de reajustar toda su vida a la nueva perspectiva que le había abierto Anandamayí. Con el nombre de Atmananda tenía ya una experiencia considerable de la enseñanza de Matajī, y se entregaba con un cuidado escrupuloso a la traducción de sus palabras al inglés para la revista del áshram. Además, debido a sus conocimientos lingüísticos, Atmananda era solicitada con frecuencia para que actuara como intérprete, no sólo para los extranjeros que hablaban en privado con Matajī, sino también para muchos indios que no comprendían ni el bengalí ni el hindi, las dos lenguas habladas

por MatajÍ.

Mi primer contacto con AnandamayÍ estuvo precedido por inadvertencia de una incorrección. De pie junto a la carretera, a la espera del momento en que su coche entrara en Benarés, yo sostenía nerviosamente un pequeño ramo de rosas con el que saludar a la gran señora. Pasó el tiempo y, algo molesto, olfateé profundamente las flores que tenía entre las manos.

«¡Ahora las has contaminado con tu inhalación! ¡No puedes ofrecer flores contaminadas!»

Debía de tener un aspecto desolado, mirando las inocentes flores, espantado por mi tosquedad occidental.

«¡Bueno, puesto que no sabías que no se debe oler un regalo, no importará!»

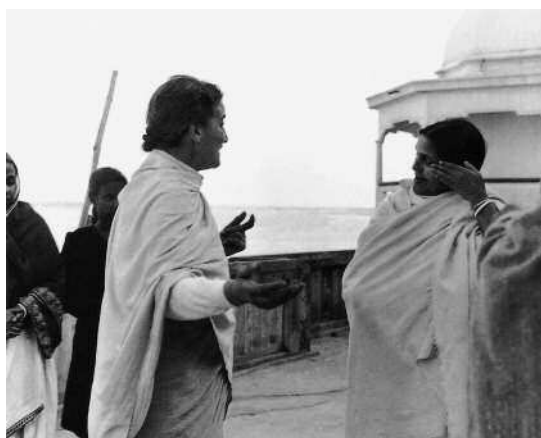
Finalmente, apareció el coche, camino de la hermosa rivera de Benarés, y se detuvo. Un impresionante grupo de mujeres me examinaba cuando distinguí a AnandamayÍ y le ofrecí mis rosas. De pronto me encontré mirando intensamente a aquella hermosa mujer arrebuja en el asiento trasero, sonriéndome amablemente. El coche siguió su camino hacia la ciudad.

Mi curiosidad profesional se había despertado; ningún fotógrafo había cubierto todavía a AnandamayÍ para los medios de comunicación occidentales. Si Henri Cartier-Bresson había fotografiado recientemente a Sri Aurobindo y a Sri Ramana Maharshi, entonces AnandamayÍ —su sucesora en importancia, según se me había dado a entender— podría proporcionarme una exclusiva. Por tanto, me propuse visitar su áshram junto al río al día siguiente. Mi convencional olfato de cámara para descubrir una historia podía contaminar una rosa con una inhalación, pero decidí mejorar mis maneras y escribir un trabajo serio.

Este vulgar comienzo de mi relación con AnandamayÍ debía introducirme en una fase enteramente nueva de aprendizaje. Hasta entonces, había tratado de recoger, entre otros muchos temas, la vida espiritual de la India según yo la había descubierto, es decir, desde el punto de vista de un extraño. Efectivamente, me costó mucho mantener esta visión distanciada como un factor positivo en mi trabajo. En aquella época, los fotógrafos de reportajes asumían conscientemente un papel de observadores independientes y sin embargo simpatizantes, utilizando una especie de secularismo calculado como medio de lograr documentos inocentes, anónimos e imparciales de las cosas tal y como son. Ahora, por cortesía hacia los sentimientos de un grupo de personas apiñadas ante mi objetivo, tendría que poner en práctica un planteamiento completamente diferente. Estaba, además, mi ignorancia sobre el tema. La primera impresión de AnandamayÍ, cuando me senté en la sala del áshram observándola, fue la de una mujer verdaderamente impresionante en cuanto a talla humana e inteligencia, y de una gran complejidad psicológica. Estaba ante una mujer de gran prestigio, de apariencia sorprendente, desplegando una gran elocuencia en su expresión facial, yendo y viniendo con una gracia soberbia y rodeada por una amable multitud de individuos fieles, que eran adeptos avanzados.

Sin embargo, esto no era más que un punto de partida mínimo. Poco después descubrí un efecto visual sorprendente: todos los que la rodeaban parecían converger en su figura en composiciones espontáneas, a menudo rápidamente cambiantes, inconscientemente afortunadas. La elegante plasticidad con que ocupaban su lugar en una composición me

recordó inmediatamente tradiciones de arte visual que yo suponía pertenecían irremediablemente al pasado. Apenas había observado esto, cuando fui sorprendido por algo que en mi ingenuidad me hubiera parecido imposible: los acontecimientos y experiencias de naturaleza esencialmente interior podían ser perfectamente retratados en acción. Yo había supuesto que sería imposible tomar fotografías de movimiento a alta velocidad que expresaran el amor espiritual, interior, de una persona por otra; así lo creí, hasta que vi a alguien postrado a los pies de Anandamayí. En ese instante, la gran pintura de Rembrandt de su ancianidad, la del Hijo Pródigo cayendo a los pies de su padre, que yo había considerado hasta entonces como una parábola, se convirtió en una realidad viviente. Igualmente, cuando vi el séquito de mujeres colocadas alrededor de Anandamayí, recordé una disposición de figuras similar en la gran serie de pinturas de Poussin de los Siete Sacramentos. Era un salto hacia el pasado que ocurría en el aquí y el ahora con una vibrante realidad que era sin lugar a dudas característica del siglo XX. Supongo que me sentí como un fotógrafo ultramoderno extendiendo las posibilidades de la instantaneidad visual. Sin embargo, lo último que quería hacer —y en esto era inexorable— era imitar a los viejos maestros. Equipado con una cámara ligera y una película rápida, engranando con una comunidad pacífica donde la calma y la intemporalidad eran la esencia, debía enfocar el instante fugitivo y efímero. Pero tenía la sensación de que se me miraba como si estuviera haciendo algo equivalente a una blasfemia, mientras que, desde mi punto de vista, mi enfoque tendría por resultado la revelación de un misterio oculto. La acción glacial del rápido obturador tiene el poder de descubrir acontecimientos que el ojo humano apenas puede registrar, pero que la intuición sabe que existen, por decirlo así, en estado de latencia. El séquito de Anandamayí temía que pudiera *reducir* los momentos puros de verdadero sentimiento espiritual a mera vaciedad pictórica, pero yo estaba seguro de que podía, por el contrario, *realzarlos*. Se consideraba poco delicado retratar a una figura venerada sometida al envejecimiento sin recurrir al retoque. Preferiblemente, el rostro del santo, incluso en una fotografía, debe ser representado como un icono, transubstanciado. Sin embargo, como en el precedente zen de las diez famosas imágenes de la conducción de los bueyes al aprisco, que representan los pasos sucesivos en el camino de la iluminación, yo retrataría el más elevado estado de gracia alcanzable no como un ser cuasi divino sino como alguien que no es *nada especial*.



Anandamayí con Atmananda



Gurupriya Devi («Didi»)

Aquí, de hecho, estaba mi solución: adaptaría los métodos del periodismo gráfico contemporáneo con vistas a una antihagiografía visual. Procedería con tanto tacto y paciencia como pudiera reunir, buscando el momento revelador en que esa cualidad de *nada especial* se revelara en la fracción de segundo de mi obturador abierto. ¡Pura paradoja! Este proyecto se haría posible por una combinación de la gracia variable de Anandamayí y la descarada eficacia de una buena cámara. Desde el principio observé la rapidez que había en el ritmo de sus movimientos, cuán rápidos eran sus cambios de expresión facial, cuán veloces sus gestos, cuán ágiles sus poderes de observación. La cámara me parecía un instrumento perfectamente adecuado para registrar la sutil interacción entre lo fugaz y lo que nunca cambia.

El arte sagrado del pasado recurre a la quietud, la permanencia, la inmovilidad, el gesto hierático y los rasgos abstractos y estilizados en la representación de seres espirituales elevados. Para lograr la transcendencia de las apariencias mundanas, el arte sagrado de todas las épocas y de todas las culturas dependía también de la capacidad del artista para apartarse tanto como fuera posible de cualquier parecido real con las apariencias naturales. Por ejemplo, los sublimes seres tallados en la roca viva de los antiguos santuarios-cuevas de la India no simulan el aspecto de meros mortales; son divinos en razón de su distancia a los hechos de la realidad material. ¿Estaba yo, mediante la acción glacial del rápido tiempo de exposición, cometiendo un sacrilegio en un lugar santo, o estaba empujando los límites de la óptica para evocar lo que está más allá del tiempo? Anandamayí no reprimía mi inmoderado celo; uno de sus *leitmotif* más persistentes era la necesidad de la *habilidad en la acción*. Toleró mi presencia cercana con aparatos intrusos durante días a lo largo de un período de cuatro años. Así, con igual generosidad, hicieron muchos de sus seguidores, que sin duda tenían cosas más importantes de que ocuparse que atender mis necesidades.

¿Qué trataba yo de hacer? En primer lugar, trataba de ser absolutamente veraz con la experiencia. Un amigo mío, el veterano educador Sanjiva Rao, comparaba la mente de Anandamayí con una placa fotográfica extraordinariamente sensible. «Se pone en contacto con el mundo que la rodea sin la mediación o interpretación de una mente ocupada. Esa mente no mantiene ninguna actividad propia, sino que es un espejo claro para el reflejo de la Verdad. Su placa fotográfica registra sin distorsión los acontecimientos físicos y psíquicos que ocurren a su alrededor. Anandamayí posee una extraordinaria capacidad de recordar a la gente que ha conocido a pesar del desfile incesante e innumerable de rostros que pasan diariamente ante sus ojos.» Aquí estaba mi modelo en un doble sentido: por una parte, un parangón de esa «cámara» llena de verdad que yo trataba de emular; por otra, una «modelo» de fotógrafo que podía registrar desde cada ángulo. Por una serie de momentos decisivos, registrados por objetivos y películas ultraeficaces, en las mismas entrañas de la vida, yo me acercaría a esa persona hipersensible cuando ella a su vez saliera a encontrarme. En esa conjunción de conocimiento recíproco, surgiría una tercera realidad, una imagen escapada de los trasmallos del tiempo registrando un suceso lo bastante poderoso como para eclipsar a mi ego intruso.

Tal como se desarrollaron las cosas, esto resultó un duro aprendizaje: las sesiones implicaban una intensa concentración visual y la mitad de las veces terminaban sin que

pudiera tomar ninguna imagen, debido a la presión de los devotos o a una luz insuficiente. Casi todos los mejores momentos con Anandamayí se producían por la noche o en una sombra profunda, cuando no era posible utilizar la cámara. Además, su atención era tan penetrante que a veces parecía anticiparse a mis movimientos, aunque fueran discretos, permitiéndome utilizar la cámara sólo brevemente —nunca se me dio una negativa verbal, sólo una ingeniosa evasiva— ¡y en el momento en que ella lo decidía! A menudo era claro el momento en que la fotografía se consideraba inaceptable. En otras ocasiones, el acuerdo era tácito y el trabajo avanzaba sin contratiempos. Pronto descubrí que el requisito más importante era mi propio corazón. Nada funcionaba si no centraba alma y corazón en mi tarea; simplemente, no había manera de realizarlo y me quedaba bloqueado. Sólo cuando mi temperatura emocional era suficientemente alta, o suficientemente fría, así me parecía, ella captaría la señal correcta y me daría paso. Había aquí una lección de un nuevo tipo de concentración. La fotografía se convirtió en mi *sādhana* (ejercicio espiritual), como la meditación y el yoga eran la *sādhana* de mis compañeros que vivían en el āshram. Fue mi camino a la Verdad. El jardín del āshram era como los bastidores de un teatro; a través del telón de la vegetación la gente hacía sus entradas y salidas a la hermosa terraza sobre el Ganges. Aquí observé muchas escenas de una impresionante belleza. Era en efecto una especie de escenario, pero para la representación de un drama sagrado; aunque nunca hubo sobre él ni siquiera el más ligero toque de teatralidad, ni actores dispuestos a «lucirse sobre las tablas», como mi forma de hablar podría dar a entender. Lo maravilloso de este escenario-terrazza era el hecho de que cada acción que allí se producía surgía de la motivación interna de todos los que salían a escena. Las actuaciones no reflejaban un guión con papeles ficticios y predeterminados, sino una participación espontánea en la *lila* divina. Como limaduras de hierro atraídas por un imán, todo el mundo era atraído a las pautas ineluctables de una corriente cuya fuerza era holísticamente mayor que la suma de sus partes. El emplazamiento, elevado por encima de las aguas sagradas, la mágica luz que es un atractivo tan distintivo de esta antigua ciudad, las pulsaciones de los cantantes de *kirtan* dando vueltas cerca de Anandamayí, todo contribuía al hechizo. El séquito de mujeres que parecían acompañarla dondequiera que iba se parecía a lo que se podría imaginar que eran los coros griegos, y sin duda tenían una función semejante.



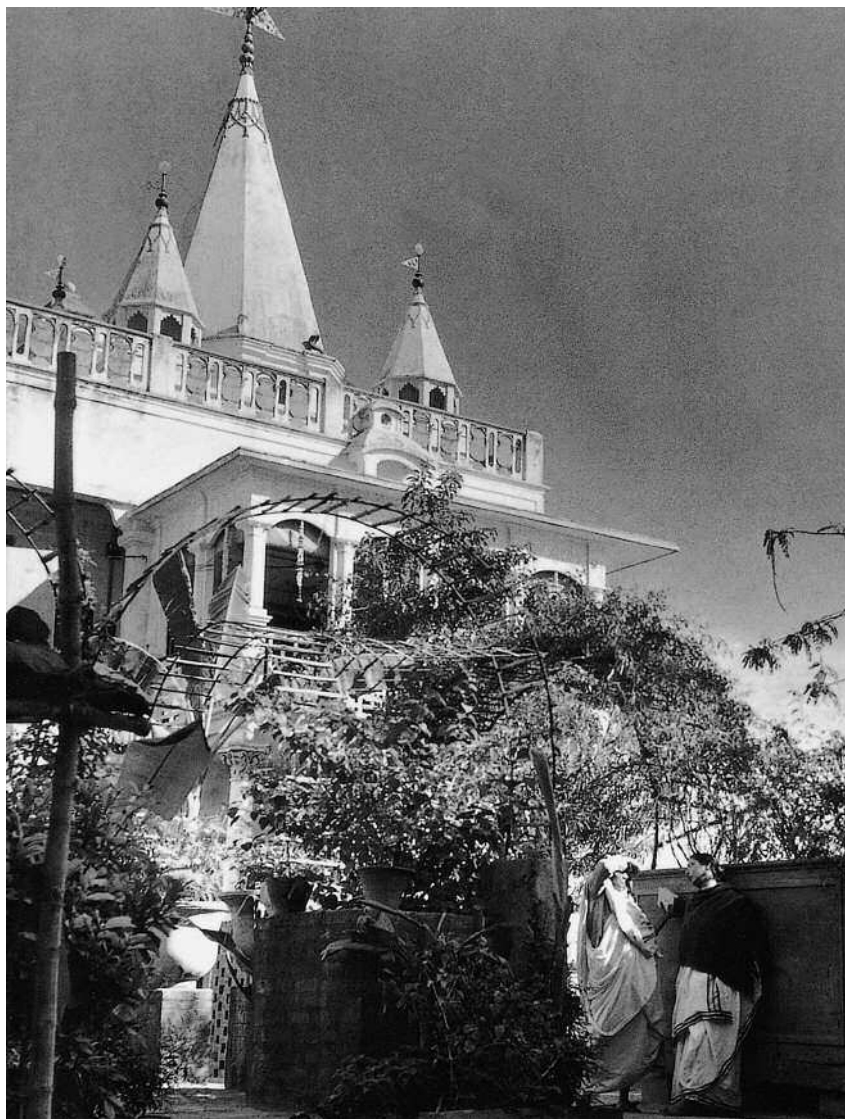
Áshram de Benarés

Aquí, en la terraza, la gente se reuniría para el *darshan* (bendición por la presencia) de Matajī durante sus paseos. Por la mañana, muy temprano, cuando la bruma creaba el efecto de un velo de encaje en el aire tranquilo entre la barandilla y el río, ella podía

pasear un rato, muy envuelta en un chal. Nadie podía decir cuándo saldría de su habitación; cuando al fin lo hacía, todos los ojos se fijaban en ella, siguiendo cada uno de sus movimientos en una especie de vigilia contemplativa. Era encantador ver a la gente ir y venir, algunos postrándose a los pies de Matajī; a veces daba una respuesta exquisita, con sus manos delicadamente dobladas en *mudras* siempre cambiantes; en otras ocasiones quedaría absorta con un suplicante en breve conversación.

Pronto observé la total ausencia de una reglamentación estricta: ni filas ordenadas ni hileras de obedientes feligreses, ni procesiones, ni colas en masa de seguidores realizando rituales sincronizados a la orden de un sacerdote que salmodia. La única actividad organizada según unas directrices era el canto de himnos, particularmente un hermoso himno de *ārati*, versos de vísperas compuestos para la gente de Anandamayī. Había muchas ocasiones, especialmente durante las fiestas, en que la música proporcionaba un insistente e irresistible pulso rítmico que estimulaba el espíritu y llevaba a muchos al borde del éxtasis. Más habitualmente, *nama kirtan* era una oportunidad de generar fervor. Cuarenta años después, todavía puedo sentir un estremecimiento en mi espina dorsal cuando recuerdo la obsesionante voz de Pushpa, una joven de talento, cuando gritaba reiteradamente el nombre de una divinidad, un sonido maravillosamente arcaico, como una ménade gritando en el bosque sagrado. De vez en cuando, Anandamayī cantaría, inimitablemente, de manera dulce, juvenil y transparente. El tono era sosegado, pero también intenso.

En aquellos días, en la década de 1950, rara vez aparecía por allí algún occidental. Se consideraba un áshram «difícil», con ortodoxas reglas de contaminación escrupulosamente observadas, en el que únicamente se hablaba hindi y bengalí y con la rutina de una mezcla distintivamente paradójica de informalidad afable y disciplina severa. Era un lugar de un ascetismo absolutamente estricto, sin excepciones. Y, curiosamente, nunca se pretendió que fuera otra cosa que eso. Era un régimen irreductiblemente sobrio, y esa simplicidad daba a la institución frescura y ligereza de tono. En aquella época había solamente dos residentes no indios en todos los áshrams de Anandamayī. Un año antes de mi llegada, el célebre antropólogo, estudioso de los pigmeos Ituri, Colin Turnbull, había pasado un tiempo impregnándose de los irresistibles modos de Matajī.



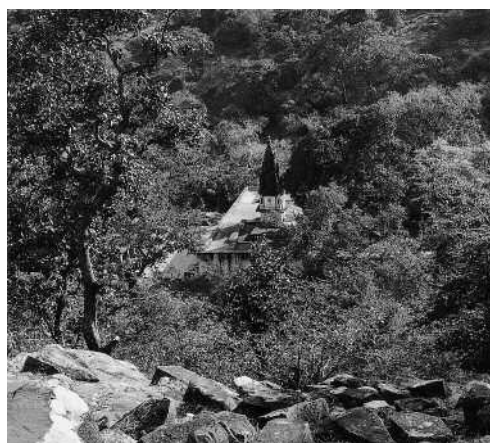
Áshram de Benarés

Anandamayí había llenado exactamente ese vacío que yo había sentido en el mundo occidental, y a través de ella aprendí a llevar una vida integral, a llevar el Espíritu al mundo cotidiano, a llevar una vida cotidiana que sea al mismo tiempo una vida consagrada e intensamente espiritual.

En su áshram sentí el lazo de fraternidad que finalmente unirá al mundo, y en el amor y la consideración mutuos que impregnaban a todos los que se reunían alrededor de Matajé descubrí una forma de vida que no es sin embargo sino un sueño entre la mayor parte de la gente en el mundo occidental. No había problemas de ricos o pobres, buenos o malos, altos o bajos, existía una fraternidad perfecta entre todos. Pienso que tal vez lo más importante que aprendí fue el amor a la Verdad y el amor a todos mis semejantes. La Verdad puede ser un maestro duro, pero no hay ninguno mejor, pues la Verdad es uno de los caminos en que el Espíritu se revela. Los que rodeaban a Matajé no podían dejar de estar impregnados por este maravilloso ideal, y de sentir al mismo tiempo que todas las insignificantes diferencias y distinciones que normalmente nos rodean desaparecen. Aquí estaba la vida tal como debe ser vivida, la vida para el Único Sí, no para el pequeño yo individual, una vida en la que todos nosotros podíamos unirnos igualmente, sin que importara lo débiles y frágiles que fuéramos.



El follaje y las flores del áshram de Benarés eran monásticos; allí la naturaleza apenas estaba más que insinuada en el campo inmediato de visión; más allá se extendía un nebuloso desierto de agua y campos distantes. Poco después de mi primer contacto con Anandamayí (eso suena muy social, ¡fue más bien un encuentro silente!) pasé algunos días cerca de ella en su áshram de Vindhyáchal. Aquí pude verla en las profundidades del campo indio y calibrar cuán profunda era su relación con todas las cosas vivas. Vindhyáchal, a cierta distancia de Benarés, se apiña al pie de una colina sagrada al borde de una tierra virgen, rocosa y vestida con jungla, dominando la llanura del Ganges. Es un lugar sagrado para los tántricos, con restos de gran antigüedad. En las vertientes de la colina se abren barrancos poblados de árboles, templos aislados y santuarios primitivos. Era invierno cuando llegué y el suelo cubierto de hojas por debajo de los árboles nudosos y las rocas estaba lleno de hermosas esculturas procedentes de los templos en ruinas. El pequeño áshram, que recordaba extrañamente las granjas toscanas, dominaba una vista magnífica desde encima de la colina. El Ganges, ancho y majestuoso, serpenteaba a través de un inmenso lecho de arena en la lejana distancia. El edificio principal del áshram era una torre rectangular de dos pisos con miradores por todas partes. Desde el balcón superior se podían ver racimos de viviendas al pie de la colina y un estanque cuadrado del templo, con un solo pilar en su centro saliendo del agua como el *axis mundi*, el eje inmóvil del mundo que gira. Todo en Vindhyáchal estaba impregnado del brillante silencio del invierno. Durante el día, el aire era muy claro y cada detalle destacaba intensamente como en una miniatura medieval. Sólo se oía el sonido distante de un perro ladrando o la campana de un templo que resonaba a través del aire. Por la noche, el tiempo se volvía brumoso y sumamente frío, cayendo la temperatura casi al punto de congelación.



Un templo en Vindhyáchal

Sólo estábamos allí doce de nosotros. A menudo Anandamayí se apartaba de la multitud retirándose a este áshram. Era un escenario perfecto, pausado, en el que podía absorber la naturaleza de su ser y saborear la atmósfera de este lugar encantado. Era un escenario notablemente independiente de toda cultura específica. Tan sordos eran los detalles, que en la cumbre de aquella colina uno podría haber estado casi en cualquier lugar del mundo. En el áshram, la gente llevaba vestidos sencillos, anónimos, la mayor parte de algodón reciclado sin adornos, con chales de lana. Estas vestimentas eran blancas y toda la escena era muy apagada de color. En ese entorno general yo tenía la sensación de estar situado en una punta de lo que una vez había sido una única y vasta hegemonía que se extendía desde el extremo oriental de India a la franja occidental más lejana de Ultima Thule. En este entorno, como se puede sentir a menudo en la llanura del Ganges, quedan huellas vagas de una antigua fuerza unificadora, la de Grecia, que se extiende a través de las inmensidades del tiempo y el espacio para dejar su suave sello —no más ahora que unas huellas fantasmales, pero palpables a pesar de todo— sobre viviendas y personas. En este país antiguo, Anandamayí tenía algo de la sibila y parecía una profetisa homérica o una salmista hebrea. Me hacía recordar igualmente los arquetipos de las basílicas de Bizancio y la Roma de Constantino, y del *Zend Avesta* y el *Mahabhárata*.

El piso superior del áshram contenía el muy sencillo alojamiento de Anandamayí, rodeado de balcones. Allí se sentaba cada mañana, en el balcón sur, en una tenue sombra, quizá dictando cartas, mientras una ayudante peinaba su larga y fina cabellera. Una mañana se hizo claro, sin necesidad de palabras, que yo podía acercar mi cámara. La luz era perfecta; todo estaba muy tranquilo. Me puse directamente y en silencio delante de ella, en calma para recoger mis pensamientos, hice algunos ajustes a la cámara, preparé mi objetivo a la distancia más corta y me adelanté hasta que sus rasgos entraron en el deslustrado visor de mi cámara reflex. Sosteniendo la cámara por debajo del nivel de mis ojos, lentamente miré por encima de ella. Mis ojos estaban ahora al nivel de los suyos y ella estaba exactamente a 68 centímetros de distancia. Durante lo que me pareció una eternidad establecí mi respiración y muy amablemente nos miramos uno a otro a los ojos. O al menos yo lo hice, pero ella lanzó su purificadora mirada, atravesándome, hacia lo lejos. Por un momento, me sentí como si fuera completamente transparente, sin substancia. Luego pulsé el obturador enseguida y me alejé. Nunca necesité, ni deseé,

hacerlo de nuevo.



*Escultura de una divinidad en un templo en ruinas,
Vindhyáchal*

Yo acostumbraba a pasear por las arboledas sagradas y vagar alrededor de los templos, completamente solo. Miraba en la oscuridad de siniestros nichos en la roca, donde quedaban en pie imágenes terribles de divinidades. Sólo en un primer plano se podía apreciar el carácter verdaderamente indio de Vindhyáchal, particularmente en la yuxtaposición de esas divinidades de la cultura popular local con la refinada dulzura de la escultura clásica que se desprendía de algún gran monumento perdido por allí. Entonces escogía mi camino entre rocas y guijarros bajo las intrincadas redes que formaban las desnudas ramas del invierno, o quitaba las hojas del otoño de las esculturas desparramadas por los alrededores. En todas partes había señales, vetas, marcas, estrías, motas, ramitas, cortezas, líquenes, musgo, helechos, matorrales.

Regresaba al áshram y ocupaba mi sitio con los otros al pie del lecho de Anandamayí. Ella estaba a solo un paso o dos de distancia; a veces había charlas y risas, animada discusión e historias de su juventud. No había ningún sentimentalismo exagerado en torno a ella; su voz fluía, clara y meliflua, como el agua de un riachuelo, cayendo sin vacilación sobre brillantes guijarros. En otras ocasiones permanecía en silencio, balanceándose suavemente de un lado a otro, con la cabeza inclinada como si estuviera escuchando algo procedente de muy lejos. Su rostro era tierno y toda su persona irradiaba una segura cordialidad. En un rápido cambio, su sentido del humor brillaba. Estaba en casa, entre su gente, perfectamente natural, cargada de vida.

De vez en cuando yo me separaba de esa profunda inmersión y miraba la casa desde fuera, junto a algunos curiosos de Vindhyáchal. La escena, especialmente a la luz de la lámpara, me recordaba la conocida observación de Flaubert sobre la visión de los labradores en sus casuchas iluminadas: «Ils sont dans le vrai», literalmente, «están en la verdad». Pero la analogía que yo utilizaría para esas escenas es la de un director de orquesta, en la que cada músico toca un instrumento diferente. Aquí, Matajé dirigía una sinfonía de quietud, no mediante órdenes ni siquiera mediante un ritmo unificador, sino por una especie de persuasión, sugestión e inspiración focalizadas. Cada persona buscaba su propia melodía interior y tal vez, ocasionalmente, prestando su voz a un solo o uniéndose a una discusión a dúo. Cuando Matajé se quedaba en silencio, como ocurría a menudo durante minutos sin fin, inclinaba la cabeza hacia arriba de maneras diversas, pero siempre acompañada por un movimiento de sus mechones y un cambio en la mirada, atenta, vigilante, *a la escucha*. Me parecía que, con estas pequeñas pausas, ella ahuyentaba todo lo presente a través de una puerta abierta a un dominio más grande, más mágico, de insinuaciones invisibles. Incluso cuando escribo puedo recordar exactamente los pequeños ajustes de su postura: tenían una cualidad de «criatura», como un pájaro que agita sus plumas antes de instalarse en una rama para pasar la noche. Estos eran momentos de puro encantamiento, en los que podía observar a cada uno respondiendo como para renovar la inspiración. Como espigas de trigo madurando en una ligera brisa, se agitarían ligeramente antes de instalarse y brillar.

Yo podía mirar por encima de sus hombros, a través de la puerta y el balcón, y ver las ramas de los árboles, los guijarros, rocas, hojas y ramitas que había examinado atentamente hacía poco. Mis ojos volvían adentro y escrutaban aquella figura de sibila cuando se sentaba relajada y absorta. Me maravillaba la suave textura de su piel, la manera en que las sombras en torno a sus ojos parecían tener la densidad del terciopelo. Conservaba una juventud que contradecía su edad: cincuenta y ocho años. Yo estaba fascinado por sus rasgos incesantemente cambiantes, especialmente la multitud de líneas sumamente delicadas que tejían una red móvil a lo largo de su piel, especialmente en su frente y en sus labios. Sentía que contemplaba de nuevo los laberintos de líneas que había estado trazando en los bosques, como si ella fuera parte de la vegetación y como si las marcas de su rostro y las marcas de los árboles formaran juntas una larga y compleja inscripción escrita en un solo guión. Yo había guardado en mi memoria una hermosa observación de Paracelso sobre el tema: «Hay muchas clases de quiromancia, no sólo la de las manos del hombre, a partir de las cuales es posible inferir y descubrir sus inclinaciones y su destino; hay también otro tipo de quiromancia, por ejemplo, la de las hojas de los árboles, de la madera, de las conchas, de las rocas y las minas, la quiromancia de los paisajes, las comarcas, sus caminos y sus ríos».

Escritas horizontalmente cruzando la frente de Anandamayí había cinco líneas como las de una partitura musical; cruzando éstas había una miríada de finas líneas verticales en constante movimiento, frunciéndose y abriéndose, estrechándose y ampliándose como la acción de un telar cuando la urdimbre y la trama se abren y se cierran. En el punto medio, su frente adquiría una importancia transcendental: era como una membrana para recibir y transmitir señales. La frente se arqueaba hacia arriba, amplia y rotunda, para encontrar abruptamente el nacimiento del pelo. La frente arqueada y una mandíbula enérgica como la proa de un barco saliendo del puerto eran sus rasgos más característicos. La nariz y las

cejas eran redondeadas, suaves y tímidas. La boca era muy ancha, con una multitud de pequeñas depresiones y arrugas, una línea nítida que bajaba en el centro; tan variable era su boca que era imposible encontrarle una forma definitiva.

Los ojos de una sabia son, desde luego, el centro de un intenso interés. Los ojos de Anandamayí eran, como se podía esperar, algo desacostumbrado y extraño. Era realmente difícil fijar la mirada en ellos, independientemente de que ella te estuviera o no mirando. A veces eran serenos y calmos, pero más a menudo se movían y revoloteaban como si fueran mariposas, sin timidez ni agitación, ciertamente, pero tampoco de una manera coqueta o hipnótica. No, su movimiento parecía indicar receptividad intensa, agilidad mental, como si estuviera escuchando una miríada de señales diferentes e inaudibles en un receptor de radio. Nunca he observado un rostro tan *memorable*. Sin embargo, no estaba fijo en un lugar, sino que esa atención penetrante parecía difusa para abarcar tanto lo muy cercano como lo muy lejano. Luego, como una luz que se apaga —sin el menor drama— toda animación, toda expresión, toda la fina sensibilidad que te mantenía absorto, se desvanecía abruptamente. Por un momento, el rostro volvería a ser, como al final de los dibujos de los diez bueyes, *nada especial*.

Una o dos veces en esas ocasiones nuestros ojos se encontrarían. Pero aun entonces, era difícil decir si se encontraban o no, pues el poder de radar de sus ojos parecía cubrir una gran extensión. Es difícil decir cuál era su color, pero adivino que era una mezcla de negro, marrón y rojizo. Los iris estaban irregularmente moteados con destellos dorados. Podía enfocar uno de sus ojos muy fácilmente, estando tan cerca como estaba; podía instalarme en él cómodamente aunque ella pareciera estar mirándome directamente. Pero si realizaba un esfuerzo concentrado para mirar el otro, no sólo me era sumamente difícil mantener la mirada, sino que el ojo se inquietaba extrañamente y parpadeaba en un rostro por lo demás impasible. Mi descripción de este examen sin duda parece desapegada, clínica, controlada. En realidad, todo estaba mucho más saturado de sentimiento y era más comunicativo de lo que puedo expresar en palabras. Era una experiencia verdaderamente extraordinaria, inspiradora, elevadora, consolidadora. Sin embargo, es natural que deba describir ese rostro particular en estos términos impersonales, considerando quién era ella. En su silencio estaba, me parecía, *a un lado*, separada, apartada. No daba impresión de frialdad en lo más mínimo, pero su pura presencia era paradójica. Hace falta una larga indagación antes de encontrar ese reducto último del Sí.

Nada más hacer cualquier tipo de afirmación sobre su verdadera naturaleza, ¡había que modificarla! Podría decir que Anandamayí tenía la simplicidad de una rosa, pero podría decir igualmente que tenía toda la complejidad de una rosa. Sin embargo, su cualidad de *nada especial* ocultaba una distinción de maneras y movimiento, especialmente entre la multitud. Su manera de andar era inusual, y esto solo la diferenciaba, aunque se la viera desde muy lejos. Tenía una especie de cómoda elasticidad: parecía disfrutar con la sensación de caminar. El poeta inglés Lewis Thompson, que, merced a su larga experiencia, había desarrollado una mirada perspicaz para las personas de elevada condición espiritual, se entrevistó y tuvo largas conversaciones privadas con ella en 1945, y contaba que advirtió inmediatamente que Anandamayí era un ser realizado por la manera en que andaba; completamente ausente de ego.

Tenía una forma maravillosa de utilizar las palabras y una voz encantadoramente musical, como puede atestiguar cualquiera que la haya oído personalmente o haya escuchado cintas de su canto. El bengalí es una lengua de sonido dulce y sibilante. Su modo de hablar me parecía quintaesencialmente femenino, pero no sólo en su tono vocal y su colorido emocional, pues empleaba las palabras de una manera notable y singular. Era una virtuosa en el uso de deslumbrantes cadencias verbales que se apartaban de toda referencia escrituraria; puras improvisaciones espontáneas, no sólo en los sonidos y retruécanos inherentes a un juego de palabras (o *lila* de palabras), sino, más importante, en lo que atañe al pensamiento que está detrás de las palabras. Aquí estaba la otra mitad de la espiritualidad —la con frecuencia no escuchada mitad femenina— reunida y completada en un género no-dual.

Había un orden esencialmente poético en todo lo que decía, pero toda pronunciación sagrada, todo texto sagrado es tradicionalmente poético en las culturas orientales. Sus palabras surgían de ella sin la menor vacilación, ricas en vocabulario, con infinitas alusiones a todo el acervo de citas y paradojas conceptuales que incluye el corpus de las tradiciones espirituales de la India. Tenía una manera curiosamente telegráfica de construir sus frases, omitiendo cualquier palabra de la que su preocupación por la claridad de sentido pudiera prescindir, como si no hubiera tiempo que perder; tan veloz era su mente, tan directo su camino. Un poeta bengalí me dijo: «Habla como escriben los poetas bengalíes modernos». Ella nunca escribió nada, nunca preparó su discurso, nunca revisó lo que había dicho; de una forma u otra, salía perfectamente formado. A su manera irresistible, su manera de mujer, podía ignorar las reglas del juego para jugarlo de manera más exultante, copiosa, fresca.

Lamentablemente, los problemas inherentes a la anotación exacta de lo que Anandamayí decía en sus discursos han sido tan grandes que muy poco ha sido conservado de manera segura y precisa. De todos modos, lo que tenemos es impresionante, aunque la musicalidad y el juego de palabras aliterado muera de algún modo en la página impresa. Sólo un hombre, deduzco, Brahmachari Kamal Bhattacharji, tenía la capacidad de transcribir sus discursos con escrupulosa fidelidad. Sólo unas pocas de estas transcripciones han sido traducidas al inglés. A través de sus pacientes trabajos y penetración en la enseñanza de Matajī, Atmananda se las arregló para transmitir la transparencia de las palabras, por más que su encantamiento musical no pudiera sobrevivir. Aquí hay dos ejemplos de deslumbrantes juegos de palabras al servicio de pensamientos de elevada sutileza, aunque sea preciso recurrir a la explicación:

Debéis comprender que quien ama a Dios debe destruir la identificación con el cuerpo. Cuando esto se ha producido, hay destrucción [*nasa*] del engaño, de la esclavitud, en otras palabras, del deseo [*vásana*], del «no-Sí». Tu morada [*vasa*] en el presente es el lugar donde el Sí se manifiesta como «no-Sí» [*na Sva*]; cuando es destruida, solamente la destrucción se destruye.

Sva y *sa* se pronuncian del mismo modo en bengalí; así, *nasa* (destrucción) suena como *na Sva* («no-Sí»). *Vásana* (deseo) es donde el Sí mora como «no-Sí»: *vasa* (morar), *na* (ninguno, no). En la traducción, un hermoso pensamiento que había salido

* Ram Alexander: *Death Must Die. A Western Woman's Life-Long Spiritual Quest in India with*

Shree Anandamayee Ma. Based on the Diaries of Atmananda. Varanasi, Indica Books, 2ª ed., 2002.

grácil de la lengua de Matajī y que podía ser fácilmente comprendido por un oído atento, se vuelve trabajoso.

¿Qué va y qué viene? Mirad, es un movimiento como el del océano [*samudra*]. Él, expresándose a Sí mismo [*Sva mudra*]. Las olas no son sino la subida y bajada, la ondulación del agua, y es el agua la que se modela en olas [*taranga*], miembros de Su cuerpo [*Tar anga*]: agua en esencia. ¿Qué es lo que hace que la misma substancia aparezca en formas diferentes, como agua, hielo, olas? ¿Qué has comprendido realmente? ¡Averigua!

Con una plasticidad maravillosa, con poesía «concreta» ella hace una *murti* (imagen de una deidad) de palabras: *samudra* significa mar; *sva mudra*, «su expresión propia»; *taranga*, ola; *tar*, Su, Suyo; *anga*, miembro, parte intrínseca.

A pesar de estas dificultades en la traducción de algunos pasajes, Atmananda logró traducir el sentido de la sutil enseñanza de Matajī con claridad y precisión. Había estado más tiempo con ella que ningún otro europeo —casi cuarenta años hasta entonces— y desempeñó un papel significativo como la principal intérprete de Anandamayī para el mundo no indio. Sus diarios, un extraordinario relato de la peregrinación espiritual de una mujer del siglo XX hacia su objetivo final como discípula de Anandamayī, están siendo preparados actualmente para su publicación*. Cuando, como Blanca Schlamm, se hizo *sādhika* residente de forma permanente, se le cambió su nombre por el de Atmananda, y Matajī le permitió adoptar la ropa ocre de *sanyāsini* en 1962. Tras su muerte en 1985 a la edad de ochenta y un años, se sumergió su cadáver en las aguas del Ganges (*jal-samadhi*), un privilegio reservado a los renunciantes.

Las raíces sánscritas están más profundamente presentes en las lenguas regionales indias más modernas que las del latín en algunas lenguas europeas modernas, y el vocabulario sánscrito para los temas espirituales, siendo el más rico y más preciso de todas las lenguas antiguas, figura de manera preeminente, incluso ahora, en el uso religioso diario. Alrededor de doscientos términos sánscritos utilizados por Anandamayī están incluidos en el glosario inglés empleado en sus *āshrams*, compilado por Atmananda con ayuda de Gopinath Kaviraj. La precisión y la amplitud del sánscrito convenían muy bien a los propósitos de Anandamayī; a diferencia de los sanscritistas eruditos, ella recogería palabras y jugaría con ellas como juguetes o chucherías, aunque no olvidara sus implicaciones filosóficas y su resonancia semántica. Como las Cuatro Nobles Verdades y el Óctuple Sendero de Buda —formulación indeleblemente estampada con el estilo de Gautama a pesar de los milenios transcurridos desde su elaboración— la condensada formulación de Anandamayī de la esencia de Dios —como hielo y agua, olas y miembros— entrará también en la corriente principal del pensamiento místico y probablemente sobreviva durante mucho tiempo.

Hacia la época en que la conocí, el «genio» de Anandamayī penetraba sus discursos públicos y privados así como su tutela progresiva de innumerables *sādhakas*. Su amplio discipulado incluía a muchas personas distinguidas y notables. Puesto que la habían conocido, y se habían conocido entre sí, durante muchos años y habían presenciado muchas escenas extraordinarias asociadas a Matajī, existía un inmenso depósito de

historia oral a disposición de cualquiera, como yo mismo, que estuviera interesado en el nivel anecdótico de tan animado panorama. Aprendí más sobre la cultura espiritual viva de la India de esta manera que por cualquier otro medio. Mis anécdotas personales son pocas; incluyo aquí algunas para amplificar lo que mis fotografías expresarán más vivamente.

Durante la celebración del cincuenta y nueve cumpleaños en Almora, se reunió mucha gente todos los días para el *satsang*; la sala debía de estar absolutamente llena. Por las mañanas, distinguidos oradores daban charlas, mientras Anandamayí se sentaba a un lado escuchando. Había siempre un montón de flores recién ofrecidas, junto a ella, en el estrado, y yo la observé un día jugando abstraídamente con esas flores mientras alguien cantaba un *bhajan*. Escogió una particularmente hermosa, una gran dalia roja, tan oscura que era casi negra. Empezó a estirar sus pétalos mientras se balanceaba de un lado a otro, sacudiendo el cabello, que se había recogido en lo alto de la cabeza. Entró entonces en un *bhava* extraño, ella misma oscurecida, y la estructura de su cabeza se volvió notablemente diferente. El *bhava* era de algún modo callado, interior, especialmente cuando empezó, con velocidad creciente, a arrancar los pétalos, uno a uno. Cuando, finalmente, hubo arrancado el último, cogió la dalia por el tallo, tocó el centro dorado y luego, durante largo tiempo, lo miró con profunda y delicada atención. ¿Había establecido la conexión, me pregunté, entre lo que acababa de hacer y un incidente recogido por su amado discípulo, Bhaiji? El áshram de Almora, después de todo, estaba construido junto al lugar de descanso último de Bhaiji, su *samadhi*, en 1937:

Un día, en el áshram, Sri Ma cogió una flor y deshojando todos sus pétalos, me dijo: «Muchos de tus *samskaras* [rastros psíquicos] han caído y muchos más caerán como los pétalos de esta flor, hasta que yo permanezca como tu apoyo principal, igual que el tallo de esta flor. ¿Comprendes?». Diciendo esto, comenzó a reír. Yo pregunté: «Ma, ¿cómo puedo alcanzar ese estado?». Ella contestó: «Recuerda esto una vez al día; no tienes que hacer nada más».

Uno de los oradores de la mañana en aquella sesión, en Almora, era un monje poderoso y eminente que dirigía el Shankaracharya Math en Bombay. De figura muy alta e imponente, cabeza calva, cuello de toro y frente untada de ceniza, era una presencia intimidante sobre su estrado, en el centro de la sala; mientras tanto, Anandamayí estaba sentada a un lado, sin participar en los debates. Estaba de un humor intranquilo, mirando a su alrededor, aparentemente sin escuchar lo que el monje decía. Él estaba dando una conferencia sobre Vedanta, sembrando sus palabras con formidable terminología sánscrita en un tono algo intimidatorio. Jugando con el cordel de una guirnalda de flores, muy despreocupadamente, casi en una digresión distraída, Matajī interpuso una observación sobre una frase, dirigiéndose al Swami respetuosamente como Pitaji (padre), pero en tono ligero. El Swami se detuvo en mitad de la frase, hizo una pausa, bajó los ojos y, de repente, estalló en lágrimas. Para asombro de todos, el monje gigante se derrumbó ante nuestros ojos. Con una palabra a un asistente, Matajī hizo entrar rápidamente a las niñas de la escuela del áshram a cantar *bhajans* y todo el mundo se unió a ellas. Relajada la tensión, el Swami recuperó su compostura y pronto continuó su charla. Nadie sabía qué le había afectado tan profundamente.

Durante el *satsang* en Benarés unos cincuenta de nosotros estábamos reunidos mientras Matajī escuchaba hablar a alguien. En segundo plano, abajo, en el patio, dos hombres hablaban, subiendo sus voces en crescendo hasta llegar a vociferar de forma airada. Hasta entonces, ningún alboroto se había producido nunca durante ninguna de mis estancias en el áshram. El ruido empezaba ahora a destrozar la pacífica atmósfera de la sala. Matajī me miró, hizo señas a un ayudante que estaba a su lado y le envió a decirme, en voz baja, que hiciera el favor de ir a detener la discusión. No tenía más alternativa que hacer lo que se me había ordenado. Bajé al patio y descubrí que los causantes del alboroto eran el swami mayor y el hermano de Matajī. Súbitamente caí en la cuenta de por qué se me había elegido precisamente a mí para amonestar a los culpables. ¡Yo no hablaba su lengua, ni ellos la mía! ¡Así son los fascinantes caminos de Anandamayí! Ella sabía que yo no caería en la trampa de la red kármica de las disputas de otros hombres y que la autoestima de todo el mundo permanecería intacta. Todo terminó con ambos protagonistas riendo perplejos ante mis inútiles reprimendas.

Una tarde soporífera en Vindhyačhal había muy poca gente por allí; nada se movía. En su balcón, Anandamayí dejaba peinar cuidadosamente su cabello a una sirvienta que se lo acababa de lavar. Un joven médico de Allahabad llegó para despedirse. «¿Qué tren piensa coger?», preguntó Matajī. El médico le indicó cuál. «¿Y dónde cambiará de tren para coger la conexión de Allahabad?», insistió Matajī. El joven dio una respuesta aparentemente razonada, pero esto no satisfizo a Matajī y le volvió a preguntar sobre su enlace, sugiriendo con cierto énfasis que no tomara el tren que se había propuesto, sino otro que ella le proponía. Insistió en ello de forma meticulosa, pero el médico no veía ninguna lógica en su sugerencia. Matajī no le miraba, su cabeza se dirigía hacia el peine cuando pasaba por su cabello. Seleccionando un largo mechón, lo tensó cuando hablaba. Los ojos de nosotros tres estaban fijos en el mechón de pelo. Sujetándolo con su mano derecha comenzó, muy lentamente, con el máximo cuidado, a enrollarlo alrededor de la primera articulación del dedo índice de la mano izquierda. Lo enrolló con tal precisión que no hizo más que un delgado aro del grueso de un milímetro en su dedo. Lo enrolló tres veces superponiendo las vueltas sin levantar los ojos, y de nuevo habló al joven, profundamente desconcertado. «Todo lo que *digo*...», y dio otra vuelta apretando el cabello alrededor de su dedo, «...y todo lo que *hago* tiene...», una vuelta más, «...*sentido*». Levantó los ojos; el hombre levantó las manos en *namaskar*, se inclinó y partió sin decir una palabra.

Si tuviera que encontrar un término para describir la característica más sobresaliente de la enseñanza de Anandamayí, éste sería «inclusividad». Pero para explicar por qué pienso que esta palabra es la mejor aproximación posible ¿tendría que hacer que mi respuesta fuera también inclusiva! Intentaré nada más que un apunte tosco.

Por referirme de forma simple a la historia de su vida, Anandamayí había pasado, nivel tras nivel, por toda la gama del desarrollo espiritual antes de los treinta años, desde la devoción infantil hasta el *samadhi*, pasando por el humilde ardor religioso, el culto de los dioses, la recitación del nombre de Dios y el servicio a los otros en el nombre de Dios, la experiencia visionaria, la meditación, la iniciación, la glosolalia y las palabras proféticas, la práctica del yoga avanzado en los niveles superiores de perfección, el trance extático, el *kirtan* y la danza del *bhakta*. Además, había emergido

como exponente de una religión esotérica contemplativa, o mística, a través de la experiencia directa y el conocimiento personal, donde el sentido interno del sí es uno con el sentimiento del mundo externo.

Al final de este proceso, su enseñanza llegó a parecerse al delta de un gran río, con una infinidad de afluentes, cada uno de los cuales fluye hacia la unanimidad del espíritu humano. En pocas palabras, ella envolvía los estados y etapas particulares en un todo unitivo. Cuando ascendía de un nivel al siguiente, llevaba consigo a todos aquellos que conservaban sus *creencias* divergentes, pero iba más allá de esas diferencias superficiales para llegar a la unidad transcendental de *todas* las religiones. No se trataba de proferir tópicos sobre «la identidad de las religiones»; daba instrucciones detalladas a personas de diferentes creencias y en diferentes etapas de desarrollo, que estaban exactamente en sintonía con su situación particular. Su enseñanza apuntaba de forma certera a la unidad oculta más allá de todos los símbolos externos, proporcionando un vislumbre de una estratosfera universalista sin separarse del detalle más concreto. Era siempre precisa, nunca vaga.

Era una niña de una comarca modesta, de un hogar en una aldea pobre y sucia, que se convirtió en el blanco de todas las miradas. Sin embargo, decía: «¡Soy siempre la misma!». Anne Bancroft lo dice de forma hermosa: «Todos sentimos una morada eterna en nuestro corazón, un núcleo esencial del ser *que no cambia*. De este modo, Matajī, que parece haberse conocido a sí misma como eternidad total, siempre respondía desde esa esencia a la misma esencia en una situación dada». Aunque ella sabe exactamente quién es y dónde está —«soy siempre la misma»— ¡nosotros no sabemos que también estamos donde ella está! No necesitamos en absoluto «llegar a ser» liberados: somos ya libres. Más gráficamente, Anandamayī nos muestra cómo descubrir esto por nosotros mismos. La claridad de la manera en que lo hace es reveladora: «Yo no hago nada por mi propia voluntad». ¿Nada? Sin duda, ésta es una observación trivial; ¿o quizá mediumística? Ni lo uno ni lo otro. Deberíamos comprenderlo, dice: ella no puede hacer nada por propia voluntad y *tampoco nosotros podemos*. Toda acción es la acción de Él.

Bhaiji lo dice así: «Su vida es una sorpresa para todos. Ella muestra mediante sus actividades diarias cómo podemos unir los detalles más pequeños de la vida con el Infinito y cómo podemos cultivar una nueva perspectiva en la relación con nuestros semejantes y hacer de este mundo un lugar de una alegría, una esperanza y una paz nuevas... Ella se consagró total y completamente al bien del mundo. Todos los seres vivos son sus parientes y amigos. “Si piensas que hay algo peculiarmente mío, debo decirte que todo el mundo es mío”».

Hay aquí una novedad, una rareza indefinible, una cualidad inefable, misteriosa, que lleva tan cerca de los límites de lo reconociblemente humano que exige la revisión de lo que queremos decir con la palabra «humano». Sin duda algunos encontrarían su conducta muy extraña, y su libertad de comportamiento inusualmente audaz y perturbadora. Fue, a lo largo de toda su vida, en todos los ámbitos, la cima de la perfección sin esfuerzo. Si no fuera por su trabajo de toda la vida por el bien de todos, esta perfección sería insufrible. Y sesenta años de total accesibilidad habrían sido sin duda inaguantables si Anandamayī no hubiera sostenido un maravilloso equilibrio entre esfuerzo y ausencia de esfuerzo. «No hay otros. Los otros son como los

miembros de este cuerpo».

Douglas Harding, que conoció a Anandamayí, dijo a Anne Bancroft que la esencia de su vida y su doctrina era «preocuparse y no preocuparse»:

Estaba totalmente desapegada de lo que pasaba y, paradójicamente, unida por completo a todo. Y las dos cosas son necesarias, pues si tienes una sin la otra, ¡cuidado! Estaba libre del mundo en el sentido de que su esencia era la Fuente del mundo y no estaba limitada por sus producciones o implicada en ellas. Intrínsecamente, era la libertad misma, una mitad sumamente importante de la verdad. La otra mitad era que estaba implicada en todo. Estar totalmente separado de todo, ser espacio para todo, capacidad para todo, es ser todo eso. Paradójicamente, si uno es libre de algo, uno es libre para serlo. Ella mostraba esta paradoja: ser libre del mundo es ser el mundo. Estar libre del dolor es ser dolor. Llegó a ella una mujer que había perdido a su hijo, y se sentaron juntas llorando durante horas, y la mujer se fue consolada. Al mismo tiempo, su enseñanza era totalmente inflexible cuando llegaba a la esencia de las cosas, muy dura; pero absolutamente amable y generosa con los esfuerzos de la gente.

En una carta que envió a un grupo de *sádhakas*, Anandamayí revela su preferencia por una energía intensa:

Quienes son peregrinos en el camino deben desarrollar gran fuerza interior, energía, movilidad y rapidez, para que sus vidas puedan llegar a ser hermosas, para llenar su nueva vida con una nueva corriente. No se conseguirá quedándose sentado y montando en un raquítico y traqueteante carro de bueyes. En todas las ocasiones, la mente debe ser intensamente vigorosa, enérgica y

alerta; entonces uno solo puede hacer grandes progresos a gran velocidad. Recordad que toda persona tiene que moldear su propia vida. Aceptad con alegría todo lo que Él pueda concederos o quitaros.

Palabras de Anandamayí:

Comunicaciones breves 2

Sé como un niño que nunca crece: la única razón por la que el estado infantil no perdura es el «deseo».

Soy una niña y no sé dar conferencias ni pronunciar discursos. Igual que una niña, cuando encuentra algo dulce o bueno, se lo lleva a su madre y a su padre, así yo pongo ante vosotros lo que es dulce y bueno. Tomad lo que os plazca. Lo mío es sólo el balbuceo de un niño. En realidad, sólo tú preguntas y sólo tú

respondes. Tú tocas el tambor y yo escucho el sonido.

Soy una niña y vosotros sois mis padres. Todos los que no se han casado y los niños son mis amigos. Aceptadme así y dadme un lugar en vuestro corazón. Al llamarme «madre», me mantenéis a distancia. Las madres tienen que ser reverenciadas y respetadas. Pero una niña necesita ser amada y cuidada y es querida al corazón de todo el mundo. Así pues, ésta es la única petición que os hago: ¡hacedme un lugar en vuestro corazón!

La casa de cada uno puede ser un áshram.

Hacer *pranam* (obediencia) significa poner la propia cabeza donde debe estar: a los pies de Dios. Sus pies están en todas partes y, por lo tanto, uno puede hacer *namaskar* (saludo) en todas partes, recordando los pies de Dios. Hacer *pranam* significa abrirse al Poder Divino, que está siempre manando sobre cada uno. Habitualmente, uno se encierra lejos de él. Hacer *pranam* significa dar la propia mente, el propio yo, a Él, entregarse al Uno, para que sea solamente Él y no tú.

Tratas de aplacar carencia con carencia; por eso la carencia no desaparece ni tampoco la sensación de carencia. Cuando el hombre despierta a la aguda conciencia de esta sensación de carencia, sólo entonces se hace auténtica la pregunta espiritual. Debes recordar que sólo cuando la sensación de carencia se convierte en sensación de carencia del conocimiento del Sí, empieza la búsqueda real.

Hay dos clases de peregrinos en el viaje de la vida: uno es el turista aficionado a ir de acá para allá, vagando de sitio en sitio, revoloteando de una experiencia a otra para pasárselo bien. El otro viajero pisa el camino que es consecuente con el ser verdadero del hombre y que conduce a su hogar real, al conocimiento del Sí. Ciertamente, se encontrará dolor en el viaje emprendido por turismo y por placer. Mientras no se ha encontrado el hogar real, el sufrimiento es inevitable. El sentimiento de separación es la causa original del dolor, porque se basa en un error, en la idea de dualidad. Por eso el mundo es denominado *du-niyá* (basado en la dualidad).

Lo que se desea es el auténtico Despertar, un despertar después del cual no queda nada que alcanzar... Hacerse plenamente consciente no es suficiente, tendrás que subir más allá de la conciencia y la inconsciencia. Aquello que Es tiene que brillar.

Toda visión produce algún resultado. En una visión real, el resultado inmediato es la destrucción del velo de *Maya*. Cuando ésta se retira, Dios se revela. El objetivo de todo ejercicio espiritual es la eliminación de ese velo. Pero por qué acción especial será posible esa visión, nadie lo puede predecir. Puede ser un proceso lento, gradual, o puede ser un destello súbito; todo es Su Gracia. Si pudiéramos tener Su visión como consecuencia de alguna acción particular por nuestra parte, Él quedaría bajo esa limitación. Pero Él no tiene ninguna limitación. Él es siempre libre. Todo nuestro esfuerzo está destinado solamente a levantar el velo de *Maya*. El resultado depende por completo de Su Gracia.

Levantarse, sentarse, caminar, en realidad, cualquier gesto que el cuerpo haga, es llamado *ásana*. Corresponde al ritmo y la vibración del cuerpo y la mente en cualquier momento particular. Algunos aspirantes pueden meditar sólo si están sentados en la postura indicada por el guru o formulada en los *shastras* (escrituras) y no de otra manera. Éste es el camino para avanzar en la meditación. Por otra parte, alguien puede comenzar su práctica sentado en una postura ordinaria; sin embargo, en cuanto se ha alcanzado el estado de *japa* (repetición de un mantra) o *dhyaana* (concentración), el cuerpo adoptará espontáneamente la postura más apropiada. Cuando la meditación se hace cada vez más intensa, las posturas correspondientes ganan en perfección. Cuando se saca un poco de aire de un neumático, el neumático quedará flácido; pero cuando se lo llena en toda su capacidad, permanece completamente estable en su propia forma natural. Igualmente, cuando se ha alcanzado la meditación verdadera, el cuerpo se siente libre y ligero, y al levantarse después de la meditación no hay fatiga de ningún tipo, ni dolor, entumecimiento ni rigidez en los miembros.

Las diversas actividades que ayudan a la vida espiritual deben coordinarse estrechamente con un esfuerzo siempre renovado, como el hilo en una guirnalda, en la que no queda ningún hueco. En cuanto la mente hace una abertura, dirigirá toda su acción hacia abajo, hacia lo perezoso.

La verdad es todo y sin embargo nada; puedes llamarla uno, dos, muchos o infinito; todo está bien.

CAPÍTULO 2

Los primeros años de Anandamayí

ANANDAMAYÍ NACIÓ el 30 de abril de 1896, en una pobre pero prestigiosa familia Brahmán, en una pequeña aldea llamada Kheora, situada en el distrito de Tripura. La zona está ahora en Bangladesh, pero entonces formaba parte de la provincia de Bengala, en el extremo oriental de la India. Le dieron el nombre de Nirmalá Sándari Devi, que significa Belleza Inmaculada, y fue una niña alegre y feliz. Los detalles de su infancia son escasos, como poco llamativa era la vida cotidiana de su laboriosa familia. Aunque no haya ningún motivo para fantasear sobre la vida pobre rural de la India, sería igualmente poco realista suponer que en la infancia de Nirmalá Sándari el ámbito de la imaginación y el juego estuvo de alguna manera empobrecido; por el contrario, estuvo lleno de «intensas fantasías». Aunque profundamente rural, el entorno bengalí se estaba desarrollando con una nueva vitalidad cultural, produciendo también grandes figuras espirituales, como Ramakrishna y Vivekananda. Aunque sólo ecos muy vagos de todo ello hubieran llegado al distrito de Tripura, la cultura popular local alimentaba la imaginación de los bengalíes de la aldea. Existe un lirismo inherente en esta cultura rural que se percibe en los escritos del gran poeta bengalí moderno Rabindranath Tagore. Cuando trato de imaginar el tipo de infancia que pudo tener Anandamayí, pienso en el *pathos* y la belleza obsesionante de los niños de la obra maestra del director de cine Satyajit Ray, *Pather Panchali*. Imagino también que los claros del bosque, los arrozales y charcas de esa película no serían muy diferentes de los que ella conoció.

En su *Glimpses of Bengal*, escribe Tagore: «El flujo de vida en la aldea no es veloz, pero tampoco enteramente inactivo o inerte. Trabajo y tiempo libre andan al mismo paso, como si caminaran juntos de la mano... Parecen armonizados en una música tranquila, soñadora e impregnada de patetismo, algo inmenso, pero también contenido». En un ensayo sobre la negligencia moderna de las aldeas de la India, «The Robbery of the Soil», Tagore compara la aldea con la figura de una mujer negligente: «En sus manos está la cuna de la raza. Están más cerca de la naturaleza que las ciudades y están por lo tanto en un contacto más estrecho con la fuente de la vida. Tienen la atmósfera que posee un poder natural de sanación. Como las mujeres, satisfacen las necesidades elementales de la gente, con comida y alegría, con la simple poesía de la vida y con esas ceremonias de belleza que la aldea produce espontáneamente y en las que ella se deleita». Yo añadiría otro detalle a esta evocación de las aldeas de Bengala, que recuerdo vívidamente de algunos días maravillosos que pasé en el distrito de Bhirbhum en casa de un músico extraordinario que había conocido a Tagore, el místico baul Nabani Das. Vivía en una típica cabaña de barro y paja en medio de los campos, lejos de cualquier aldea, y pasamos el día en la tierra apisonada, en el exterior de su sencillo hogar. Lo que más recuerdo es la misma *tierra*: nos sentamos sobre la tierra quemada por el sol con la perspectiva, próxima al suelo, de los terrones de los campos arados extendiéndose hasta el infinito bajo un cielo inmenso. Aquella vista desnuda se abría a un vacío limpio de todo, salvo de la omnipresencia de Dios.

El padre de Nirmalá Sándari, Bipin Bihari Bhattacharya, era un devoto váishnava con el típico amor bengalí por la música devocional, que compartía con su hija, enseñándole sus muchas canciones. Los bengalíes son muy musicales; el canto, más que

cualquier otra forma de arte, es el principal vehículo para la expresión de su naturaleza emocional, el desarrollo de su exquisita lengua y el conducto principal por el que la cultura espiritual de la zona fluye de forma tan fecunda. A Dadamahasaya (como llegó a ser conocido el padre de Nirmalá en los áshram de su hija), en sus últimos años un anciano caballero majestuoso y barbudo, le gustaba agasajar a los invitados con himnos que él y su hija habían compuesto. La madre de Nirmalá, Mokshadá Sándari Devi, familiarmente conocida como Didimá, era una mujer amable y piadosa que vivió hasta una edad avanzada; tomó *sannyasa* (se convirtió en una renunciante vestida con las ropas de color ocre) con el nombre de Swami Muktananda Giri, y acompañó a su hija en sus incesantes peregrinaciones.

Para formarse una descripción mental de Kheora es necesario comprender que era sólo una aldea perdida entre las muchas de la región déltica. No hace mucho tiempo una francesa que iba en peregrinación a visitar el lugar de nacimiento de Anandamayí buscó la zona durante una semana, sin ningún éxito. Desamparada en mitad de ninguna parte y llorando, fue finalmente rescatada por un amable bengalí en una motocicleta que la llevó a su destino. Kheora está cerca de la frontera oriental de Bangladesh; el estado indio de Assam está sólo a varias millas. Pero la visita para ver el verdadero lugar de nacimiento es una experiencia frustrante porque la casa familiar de Nirmalá Sándari fue comprada por unos musulmanes poco después de que ella se marchara y fue drásticamente alterada.

El devoto francés Claude Portal, uno de los últimos en recibir la *diksha* de Matajī, me describió Kheora después de una visita reciente:

Es una aldea muy pacífica y acogedora en una zona hermosa, muy llana, con muchos campos pequeños alrededor de cada pequeña aldea. El suelo es arenoso, muy suave y ligero para los pies desnudos, ¡y eso es agradable! Hay varias charcas alrededor de Kheora y muchos pequeños claros en el arbolado impregnados con la atmósfera intensa del lugar. La aldea es demasiado pequeña para tener una mezquita, pero todavía queda un santuario hindú muy sencillo, reducido tan solo a cuatro paredes. En conjunto, una aldea de aspecto delicioso. Casi indistinguible de otras muchas. ¡Qué pequeña es!

Sin duda hay un tono legendario en todos los relatos de la infancia de Nirmalá Sándari en esta familia de casta elevada, pero de esto no es solamente responsable la imaginación piadosa. En el nacimiento de Nirmalá, nos cuenta Gurupriya Devi, su madre no sufrió demasiado, produciéndose el parto después de diez minutos de dolor moderado. Didimá puso a Nirmalá bajo una planta de *tulsi* (albahaca) durante un rato la mañana después de que naciera y, durante dieciocho meses, pondría a la niña bajo la planta todos los días. El *tulsi* está consagrado a Krishna y habitualmente se utiliza para hacer guirnaldas los días de fiesta, quemando incienso ante él. Apenas fueron visibles algunos signos de la naturaleza especial de Nirmalá, incluso al ojo más atento. Sin embargo, se advirtió que apenas se la oía llorar. Éste y otros signos sugieren que era una niña un poco inusual, pero como nadie comprendía lo que estos signos podían presagiar, pasó por una niña corriente. Entraba curiosamente en trance cada vez que escuchaba música *kirtan* o el canto musulmán del Namaz. Y una noche, sin que nadie lo advirtiera, se sentó fuera de la tienda de unos misioneros cristianos para escucharles cantar himnos en un estado de éxtasis solitario. Cuando creció, los estados extáticos de

la niña se hicieron más evidentes y mucha gente llegó a considerarla retrasada; la propia Didimá decía a menudo que era una simplona.

Antepasados de las dos partes de la familia habían logrado distinción espiritual: su padre procedía del conocido clan Kashyap de Vidyakut. Antes de que Nirmalá naciera, salió un día y desapareció —a la manera en que los brahmanes de este tipo acostumbraban a hacer— convirtiéndose en una especie de peregrino vagabundo sin objetivo claro. Regresó tres años después como si nada hubiera ocurrido. Por las apariencias externas, Nirmalá Súdari era agradable y bella, con carácter despierto y risueño. Aparentemente, todo el mundo le tenía cariño. La población de la aldea era predominantemente musulmana, y las relaciones entre éstos y las familias hindúes eran completamente amistosas. Los musulmanes llevaban a menudo a la niña en brazos, y este afecto ha permanecido a través de los años. Incluso ahora, la población musulmana de Kheora se sigue refiriendo a ella como «nuestra Ma».

Nirmalá era llamativamente dócil, sumamente obediente, con un vivo sentido del humor, aunque a veces parecía «distráida». La extrema candidez de su naturaleza y su costumbre de cumplir las órdenes al pie de la letra tenían a veces consecuencias divertidas, pero no siempre. Cuando era todavía niña, fue llevada a una feria por una pariente, que la puso ante un templo de Shiva y le dijo que no se moviera de allí mientras se iba con sus amigas. Pero luego la pariente se olvidó por completo de la niña. Cuando finalmente, después de mucho tiempo, se acordó de ella, volvió corriendo y se quedó asombrada al encontrar a la pequeña Nirmalá Súdari sentada exactamente en la misma postura: no se había movido en absoluto.

Cuando enseñaba a Nirmalá a leer, su madre le había dicho en una ocasión que debía detenerse solamente cuando llegara a un punto final. Más tarde, si leía una frase larga, llegaría a retorcerse en su esfuerzo por llegar al punto final sin respirar. Esa obediencia extrema irritaba naturalmente a su madre, pero la palpable inocencia de la niña y sus obvias buenas intenciones impedían cualquier reprimenda.

Una moribunda *pathasala*, escuela primaria inferior, era la única institución educativa asequible a Nirmalá, y a ella asistió, aunque sólo irregularmente, durante uno o dos años. A pesar de su desigual asistencia, lo hizo muy bien en la escuela. Una vez dijo sonriente: «De un modo u otro, invariablemente sucedía que consultaba la misma lección que el profesor preguntaría, y por consiguiente siempre me encontraba bien preparada». Pero sus padres tenían dudas respecto de su futuro. Sucedía en ocasiones que no sabía dónde estaba, o que no podía recordar lo que había hecho o dicho pocos minutos antes. A veces estaba tan absorta que incluso leyendo en voz alta se perdía en mitad de una palabra, como si el intervalo entre una sílaba y la siguiente hubiera durado una eternidad.

En 1909, cuando apenas tenía trece años, y como era entonces costumbre, Nirmalá Súdari fue casada con Ramaní Mohan Chakravarti, que sería conocido más tarde como Bholanath, o Pitaji. Él era mucho mayor que ella, y en el momento de su matrimonio trabajaba en el Departamento de Policía, aunque perdió su empleo poco después. Estuvo entonces alternativamente con y sin trabajo, situación que se hizo habitual, encontrando un puesto como jefe de estación o trabajando como jardinero. Hombre bien parecido y amable, debía más tarde sacar un gran aprovechamiento de su matrimonio y contribuir al cuidado de Nirmalá Súdari con una bondad incondicional.

Mientras tanto, la novia niña era acogida en la familia del hermano mayor de Bholanath, donde permaneció hasta los dieciocho años. Según era habitual en la época, tuvo que soportar la muy dura prueba de pasar de una infancia despreocupada al papel de joven nuera, inexperta y profundamente tímida; esquema familiar de pesado trabajo doméstico, de dureza incesante y disciplina severa. Cocinaba, limpiaba, llevaba agua del estanque, cuidaba de los niños y servía a su cuñada con paciencia y modestia ejemplares. En palabras de la que fue su devota por mucho tiempo, Bithika Mukerji:

El trabajo duro es la suerte de las mujeres campesinas no sólo en la India, sino en todo el mundo. Lo que separa a Sri Ma de todas las niñas que están en situación similar es el hecho de su total adecuación, un poco fuera de lo normal, por decirlo así. Permanecía continuamente alegre, de buen humor y más que deseosa de llevar sobre sus hombros la carga de los otros. Nada era una tarea penosa para ella. Su temperamento sereno y ecuánime no se alteraba nunca por el descuido o un tratamiento injusto por parte de los mayores [...] Llevó tiempo a las personas perspicaces comprender que Sri Ma era obediente, pero no sumisa ni sugestionable. Su compasión sin límites se derramaba en preocupación por todo el que entraba en la órbita de sus servicios: familia, vecinos, sirvientes, así como animales y plantas, sentían el toque magnético de su interés innato por su bienestar. Tenía también un sentido del humor muy vivo y travieso [...] Siempre tuvo un aura de perfección a su alrededor, pero de una forma u otra nunca abrumaba a sus compañeros. Muy al contrario; por sus maneras amables y su pronta sonrisa se hacía querer por todos los que entraban en contacto con ella.

Anandamayí describe personalmente este período de su vida:

Este cuerpo ha vivido con padre, madre, marido y los demás. Este cuerpo ha servido al marido, por eso puedes considerarlo esposa. Ha preparado platos para todos, por eso puedes considerarlo cocinera. Ha hecho todo tipo de limpiezas y trabajos domésticos, por eso puedes considerarlo sirvienta. Pero si lo ves desde otro punto de vista, comprenderás que este cuerpo no ha servido a nadie sino a Dios. Pues cuando yo servía a mi padre, madre, esposo y los demás, los consideraba simplemente como diferentes manifestaciones del Todopoderoso y como tal los servía. Cuando me sentaba a preparar la comida, lo hacía como si fuera un ritual, pues la comida cocinada estaba, en definitiva, destinada a Dios. Todo lo que hacía lo hacía en un espíritu de servicio divino. Por tanto, no era muy mundana, aunque siempre estuviera metida en asuntos domésticos. No tenía más que un ideal: servir a todos como a Dios, hacer todo por Dios.

Cuando tenía aproximadamente diecisiete años, Nirmalá fue a vivir con su esposo a Ashtagram. Fue aquí donde un vecino devoto, Harakumar, desarrolló la costumbre de dirigirse a ella como «Ma» y de postrarse ante ella mañana y noche. «Ma» es un nombre afectuoso y respetuoso para una anciana, no necesariamente la propia madre; pero se utiliza también como manera de dirigirse a un cierto tipo de mujer santa en Bengala, donde el culto a la Diosa es el más extendido. Un día, Harakumar declaró: «Ya verás, hija mía, ahora sólo yo te llamo Ma, pero un día todo el mundo te llamará Ma».

Durante su estancia en Ashtagram, se observaron por vez primera extraños estados en su cuerpo durante el canto del *kirtan*, y estos *bhavas*, o trances extáticos, debían convertirse en el aspecto más sorprendente de su conducta durante unos ocho años. A veces se quedaría muda e inmóvil después de cantar los nombres de las divinidades. Durante el *kirtan*, su cuerpo se quedaba rígido y entumecido.

Aunque Nirmalá Sündari era tan amable y servicial como la persona más exigente

podiera desear, la naturaleza extraordinaria de su carácter y de su habilidad en la realización de todas las tareas nunca se puso seriamente en discusión. Pero era muy tímida e iba siempre muy velada, más de lo que era costumbre. También en esa época empezó a entrar en estados de *samadhi* (estado de total retiro interior), pero la gente no podía comprender lo que sucedía. «A veces esos estados se producían mientras cocinaba», cuenta Gurupriya Devi, «y la gente pensaba que aquella nura era muy soñolienta. A veces el arroz con *dal* se le caía al suelo. Entonces la esposa de su cuñado la regañaba. Ma se levantaba avergonzada, ordenaba todo y cocinaba de nuevo». Estos incidentes no cambiaron gran cosa su conducta general, y la gente sencilla, desconocedora de lo que tales cosas anunciaban, pasaba fácilmente por alto este aspecto de su vida.

En 1918, Bholanath fue trasladado de Ashtagram a Bajitpur y después estuvo empleado sólo intermitentemente. Este hombre paciente, bondadoso y apuesto, se vio enfrentado a un desafío inesperadamente grave en su fidelidad como esposo a su extraordinaria y joven mujer. La encontró rodeada por una aura de tan venerable santidad que impedía cualquier relación física. Retrospectivamente, no parece apropiado describir la vida matrimonial de esta pareja como de pureza y celibato porque esas cuestiones ni siquiera se llegaron a plantear. Como la misma Anandamayí señaló muchos años después:

En el momento de mi matrimonio, me dijeron que debía respetar y obedecer a Bholanath. Por consiguiente, le di el respeto y obediencia debida a mi padre. El mismo Bholanath también se comportó como un padre para mí. Desde el principio, parecía tener una fe absoluta en mí. Parecía estar convencido de que todo lo que yo pudiera hacer tenía que estar necesariamente bien.

Y en otra ocasión, añadió:

Hubo un tiempo en el que este cuerpo trató de realizar al pie de la letra todo lo que Bholanath pedía. Pero cuando él vio que este cuerpo se quedaba rígido, que era incapaz de realizar cierto tipo de acciones mundanas, incapaz de soportarlas, él mismo retiró gustosamente su petición. Así es como, al no oponerse a que algunas tareas pudieran no ser cumplidas, se observaba en cierto sentido una obediencia estricta. Sin embargo, un día el marido de la hermana de Bholanath vino de visita. Cuando vio que este cuerpo obedecía a Bholanath en todo, se sintió molesto y exclamó: «¿No tienes opinión propia? ¿Tienes que consultar a tu marido sobre cada detalle? ¡Vaya situación! Supón que él te pidiera que hicieras algo malo, ¿también le obedecerías entonces?». Y la respuesta fue: «Esperemos que la ocasión se presente y, cuando vaya a poner la orden en práctica, veremos qué sucede». La contestación le dejó sin habla.

Nirmalá Sündari era famosa en Bajitpur por su belleza. Una vecina, la esposa del jefe de Bholanath, decía:

Era tan hermosa que siempre que iba al *ghat* [escaleras que bajan a la charca, el río o el estanque] de los baños, el *ghat* se iluminaba con su resplandor. Otros empezaron a preguntarle abiertamente: «¿Quién eres?», queriendo decir con esto: «¿Qué clase de ser espiritual eres?». Cuando realmente era apremiada a responder a esta pregunta, parecía experimentar, al menos en sus años más jóvenes, un grado considerable de turbación. Su delicada respuesta habitual a esta pregunta, cada vez más común, era: «Yo soy todo lo que tú pienses que soy».

Los miembros de la familia de Bholanath no respondieron a la extraña conducta de esta mujer tan tranquilamente como él. Con el paso del tiempo, cuando comprendieron el alcance de la personalidad de Nirmalá Súdari, se les hizo evidente que nunca sería posible para Bholanath llevar una vida de hogar convencional, instalarse y tener hijos. Pensaron que era su deber exhortar a Bholanath a casarse de nuevo. Bholanath se negó rotundamente a considerarlo, afirmando con notable paciencia que estaba muy satisfecho con la situación en que se encontraba.

A pesar de la dureza de las responsabilidades domésticas, Nirmalá encontraba tiempo para desarrollar sus habilidades en varias artes y ocupaciones. En su duramente ganado tiempo libre, visitaba las casas de sus vecinas y allí aprendió costura, trabajo con mimbre, hilado de hilo fino y otras actividades artesanales. Hilaba de forma tan primorosa que podía poner todo el largo del cordón sagrado de un brahmán dentro de una cáscara vacía de cardamomo. Acostumbraba a regalar estas hebras sagradas, así preparadas, a varios familiares. Unas pocas muestras de sus trabajos artesanos fueron conservadas por Didi en el áshram de Benarés. Había una hermosa pieza de bordado, un dibujo de Krishna, que Didi enmarcó inocentemente y colgó en la pared. El día en que Anandamayí lo vio, lo descolgó y antes de que nadie comprendiera lo que estaba haciendo lo tiró al Ganges. No le gustaba acumular nada y amenazó a Didi con que el día de su *kheyala* (arrebato espontáneo de la voluntad), se desharía de todos los recuerdos. En consecuencia, Didi guardó todo bien escondido.

Durante los siete años que van de 1918 a 1924, cuando la pareja permaneció en el municipio de Bajitpur, Nirmalá Súdari pasó por las experiencias, procesos y técnicas de una *sádhana*, o práctica espiritual, intensiva, que se realizaban con objeto de prepararse para la realización del Sí.

Un día en Bajitpur yo había ido como de costumbre a la charca de cerca de la casa en la que vivíamos para mi baño diario. Mientras vertía agua sobre mi cabeza, el *kheyala* vino a mí: «¿Qué pasaría si adoptara el papel de *sádhika*?»; y así empezó la *lila*.

Anandamayí utiliza aquí dos palabras que son cruciales para nuestra comprensión no sólo de lo que sucedió después, sino también de toda su vida. *Kheyala*, en el uso común, significa «un pensamiento espontáneo» en tanto que diferente de un acto de la voluntad o de un deseo de un objetivo propuesto. Gopinath Kaviraj escribe de la palabra *kheyala*: «Ordinariamente significa una emergencia psíquica súbita e inesperada, sea deseo, voluntad, atención, memoria o incluso conocimiento, sin ningún antecedente causal adecuado como explicación de su origen. Hay un elemento de espontaneidad en el acto. Podría parecer análogo a las extravagancias y caprichos de una mentalidad excéntrica y no reflexiva. Matajī lo adoptó y lo usó en su propio sentido, enriqueciéndolo con sus asociaciones». En su caso, y en términos cotidianos, su *kheyala* parece haber tomado forma de las necesidades de sus compañeros. Una vez expresado, se comprobaba que una concatenación de acontecimientos conducían a su plena satisfacción. El término *lila* (más comúnmente asociado con el jugueteo alegre de la *lila de Krishna*) significa «juego», particularmente el *juego sagrado*, o el juego interminablemente variado, la manifestación, del Ser Supremo.

Con el beneficio de la percepción retrospectiva estamos ahora en condiciones de considerar la fase de Anandamayí de *sádhana* espontánea —aprendida enteramente por ella misma— como *lila*. Anandamayí iba a beneficiarse de esta intensa experiencia de innumerables maneras durante el resto de su vida; es un ejemplo sobresaliente de su espíritu práctico, una sorprendente demostración de la «destreza en acción», como la llamaba, que recomendaba a todos. Cuando daba instrucción, lo hacía con gran exactitud y un conocimiento experto. Por esta razón, la fase de su *lila sádhana* es crucial. En el momento en que se desarrolló, a Bholanath —la única persona al tanto del proceso— debe de haberle parecido, como mínimo, extraño, ocasionalmente peligroso, frecuentemente impresionante. A nosotros nos podría parecer, inicialmente, algo casi al borde de la manía, particularmente si uno no sabe a dónde lleva; considerado en el conjunto de toda una vida, todo se coloca en su lugar como si fuera inevitable. El primer punto que hay que subrayar es que todo el proceso ocurría espontáneamente, sin ninguna enseñanza de por medio. No había nadie a su alrededor para ayudarla aun cuando ella lo hubiera querido. Ni tenía ningún conocimiento anterior, ni manuales, ni lecturas en una biblioteca; la instrucción en esas materias no es normalmente asequible en la India rural; los adeptos se reúnen en centros, y Anandamayí no estuvo en relación con éstos hasta después de que todo el proceso hubiera sido completado. En sí mismo, el hecho de que ella fuera íntegramente autodidacta la distingue como un caso extraordinario.

A su regreso de la oficina, al final de la jornada de trabajo, Bholanath descubría con frecuencia a Nirmalá tumbada en el suelo de la cocina, con la comida a medio hacer o quemada. Se había olvidado del mundo y él no podía hacer nada hasta que ella espontáneamente volviera a la normalidad. Evidentemente, él no entendía lo que pasaba, y, valerosamente, la dejaba sola. Gradualmente, ella empezó a practicar *sádhana* de manera más sistemática. Su conocimiento, por supuesto, era exiguo. Todo lo que sabía era cómo repetir los nombres del Señor —Hari en su caso—, según había aprendido de su padre. Ella lo hacía siempre que estaba libre, pero Bholanath estaba perplejo.

«¿Por qué repites los nombres de Hari (Vishnu)? No somos váishnavas, somos shaktas (adoradores de la Diosa)».

«Entonces, ¿qué quieres que haga? ¿Debo repetir los nombres de Shiva?»

«Sí, puedes hacer eso», contestó Bholanath.

Todo le daba igual.

Cuando había terminado su jornada de trabajo en la casa, limpiaba completamente no sólo su vivienda, sino también la zona que la rodeaba, y cuando Bholanath se instalaba para descansar con un narguile, ella se sentaba en un rincón de la habitación en postura relajada. Bholanath entonces observaba fascinado cómo ella adoptaba varios *ásanas* y *mudras* yóguicos (posturas y gestos de las manos). Algunos los conocía, pero la total variedad de estos procedimientos y la rapidez con que pasaba por ellos estaba mucho más allá de su comprensión. Él estaba asombrado, cautivado y sorprendido, pero nunca asustado. Era evidente para él que esos movimientos yóguicos se producían involuntariamente. Refiriéndose a la espontaneidad de esas *kriyas* (acciones creativas), Anandamayí dijo más tarde: «Si tratara de ayudar a mis miembros al realizar el *ásana*, la secuencia de los movimientos se vería automáticamente trastornada». También

dejaría claro que ella era meramente un *testigo* de todas esas actividades.

Todos esos *ásanas* y todo lo demás no se realizaban por mi propia voluntad. En efecto, yo era incapaz de hacer algo con mis propias manos. Veía que este cuerpo se doblaba y realizaba diversos *ásanas*. Cada día se realizaban varios *ásanas*. Un día, se produjo un *ásana* particular, pero en otra ocasión, cuando de nuevo comenzó el *ásana*, yo pensé que observaría lo que sucedía. Di una ayuda extra con mi mano y lo reajusté ligeramente. Esto me provocó un brusco tirón en la pierna y me hice daño. Incluso ahora la siento sensible en ese lugar. En aquella época, yo no sabía lo que eran los *ásanas*, pero varias clases se formaban por sí mismos. Hasta entonces no había sido informada por nadie sobre cuántas clases de *ásanas* existían ni cuáles eran sus nombres. Después de eso, empecé a escuchar y a comprender claramente desde dentro lo que ocurría. El cuerpo estaba siendo girado y retorcido para realizar *ásanas* de tal manera que carecía enteramente de huesos y sólo así le era posible contorsionarse de este modo. Se doblaba en desorden en todo tipo de posiciones. La cabeza se doblaba hacia atrás y permanecía tocando la mitad de la espalda. Las manos se doblaban tan bruscamente que observarlo resultaba asombroso.

Este cuerpo no ha seguido solamente una línea particular de *sádhana*, sino que ha cubierto todas las líneas conocidas. Pasó por las diferentes modalidades de práctica mencionadas por los sabios de los tiempos antiguos. Este cuerpo pasó con éxito por *nama sádhana*, *hatha yoga* con sus numerosos *ásanas* y por todos los yogas, uno tras otro. Para alcanzar un estado particular siguiendo sólo una de esas vías, un individuo ordinario puede tener que nacer una y otra vez, pero para este cuerpo era cuestión de segundos. Además, las diferentes formas de *sádhana* que se ha visto practicar a este cuerpo no estaban destinadas a él; estaban destinadas a todos vosotros.

Este cuerpo no tiene ningún deseo, ninguna intención ni propósito determinado; todo ocurre espontáneamente.

Si este cuerpo os habla o se ríe o se acuesta para dormir, o si se deja caer al suelo y va de acá para allá, como a veces sucede durante el *kirtan*, no importa en cuántos estados y condiciones diferentes pueda parecer que está, pues permanece siempre en el estado único. En efecto, todo surge del único Ser.

El tema de la Conciencia Testigo es fundamental en el yoga indio clásico. Éste es un estado de conciencia unitaria, una continuidad uniforme e indiferenciada de testigo sin selección, que permanece constante e inalterable a lo largo de *todos los niveles* de conciencia, de todos los niveles de intensidad mental y emocional, en la vigilia, los sueños y el sueño sin sueños, en *bhava*, en *samadhi*, durante el yoga, la meditación y la expresión musical extática. La Conciencia Testigo es fruto del yoga y anterior a él, pues existe en el Presente Eterno. Por extensión, podemos decir que la *lila* de la *sádhana* de Nirmalá no es una comedia humana ordinaria, ni la interpretación de un papel, sino un juego de naturaleza sagrada en el que el «jugador» es testigo del juego, simultáneamente «actor» y «público». Pero esto es sólo un comentario a un nivel mental ordinario y carece de la brevedad y la claridad que tiene el propio relato de Anandamayí de sus experiencias yóguicas.

Durante esos períodos de *sádhana lila* intensiva se olvidaba de todo. Ni siquiera un agudo dolor físico la afectaba. A veces, cuando se empeñaba en complicadas posturas yóguicas, su larga melena negra se enredaba con sus miembros y los cabellos eran arrancados de raíz. La mayor parte de las veces la *sádhana* se producía por la noche, pero su persona cambiaba también durante el día. Parecía muy distante, y sus compañeras habituales, desconcertadas y aprensivas, la evitaban. Lamentaban que



*Anandamayí en sus años de juventud
(fotografía del archivo del áshram)*

aquella niña tan encantadora y amable hubiera sido poseída, a sus ojos, por espíritus malignos. Esta opinión ganó terreno y se aconsejó a Bholanath de diversas maneras que consultara a médicos y *ojhas* (personas que expulsan a los malos espíritus). Sintiéndose impotente frente a la crítica adversa, finalmente Bholanath aceptó, pero no pudieron «curar» a Nirmalá Súdari. Un médico con alguna experiencia en histeria religiosa pensaba que no había nada patológico en su conducta. Aconsejó a su marido que la protegiera de la curiosidad pública, ya que estaba claramente en un elevado estado espiritual.

De modo nada sorprendente, ese yoga intensivo tuvo un efecto imponente sobre su cuerpo, incluidos muchos de sus procesos involuntarios, que fueron sometidos a un control riguroso. Pero, desde luego, nuestra terminología es una vez más inadecuada a la situación: ¡alguien cuyas acciones son involuntarias es poco probable que ejerza un «control riguroso»! Sea como fuere, los observadores advirtieron que entre 1918 y 1924, cuando tenía entre 22 y 28 años, sus estados físicos durante los trances y durante la enfermedad eran muy extraños. En una ocasión, su cuerpo perdió toda coordinación, con los miembros, el cuello y la cabeza tan flácidos que quedó inmovilizada durante varios días. Esas condiciones, y el hecho de que le llegara la menopausia a los 27 años, indica la naturaleza radical de estos cambios físicos. Arthur Koestler, después de una mirada superficial a la literatura sobre estos fenómenos (y ninguna observación directa de ellos) declaró arrogantemente que «Anandamayí podía ser juzgada tanto desde el punto de vista místico como desde el psiquiátrico, y estos dos no necesariamente se contradicen. Sin embargo, tenía también otros síntomas que pertenecen sólo al dominio patológico» (*The Lotus and the Robot*, Londres, 1960). Los estados patológicos, si se deja que sigan su curso, conducen a la progresiva *desintegración* de la personalidad y sólo pueden actuar negativamente hacia el desorden, la depresión y la locura. Los estados místicos, o los estados yóguicos, por el contrario, precipitan deliberadamente una desestructuración del ser para alcanzar objetivos espirituales coherentes. «Nunca se repetirá bastante —dice Mircea Eliade— que el Yoga, como muchas otras místicas, surge en el plano de la paradoja [...] todos estos ejercicios persiguen el mismo objetivo, que es suprimir la multiplicidad y la fragmentación, reintegrar, unificar, totalizar» (*Yoga: Immortality and Freedom*, Nueva York, 1958 [*Yoga. Inmortalidad y libertad*]). A la conclusión de su *sádhana*, Anandamayí emergería con vigor extraordinario para viajar a una elevada altitud en las montañas del Himalaya a un ritmo de cuarenta kilómetros diarios sin sufrir dificultades respiratorias. ¡Extraña señal de enfermedad o de histeria!

La noche de luna llena de agosto de 1922, Nirmalá Súdari pasó por los actos de la iniciación espiritual; ella sola. Tenía 26 años. No había elementos exteriores y ella misma era *Guru*, *Mantra* e *Ishta* (divinidad elegida). Durante los cinco meses siguientes su *sádhana* se hizo más concentrada e incluía la pronunciación de la sílaba «AUM» y la recitación de mantras, aunque no tenía conocimiento previo de sánscrito ni de mantras.

La noticia de todo esto llegó a otros miembros de la familia. Llegado para verla realizar su *sádhana*, su tío se exasperó, preguntando: «¿Qué sucede aquí?». Volviéndose a Bholanath, inquirió: «No ha recibido ninguna iniciación ni nada por el estilo, ¿qué es, entonces, todo esto que hace? ¿Por qué no le dices nada sobre ello?». Al instante, la expresión de Nirmalá cambió, y habló con aspereza: «¿Qué quieres decir?

¿Qué es lo que te imaginas?». Él miró cuidadosamente su ardiente expresión y retrocedió con miedo, dejando escapar: «¿Quién eres tú?». La sorprendente respuesta que salió de los labios de Nirmalá le sobresaltó: «Purna Brahma Narayaní». Dado que esto significa «el Ser absoluto incondicionado», o algo similar, su respuesta provocó que Bholanath le repitiera la misma pregunta y con igual brusquedad, a lo que llegó la respuesta: «Mahadevi» (la Gran Diosa).

Aunque estas contestaciones de Nirmalá emplean el género femenino, habría otras ocasiones en las que, en respuesta a preguntas semejantes, utilizaría el género masculino de la divinidad nombrada. Didi iría más tarde a importunarla sobre este asunto de su identidad real hasta que, un día, ella le dijo que fuera a buscar una espina de un limero. Se exprimió una baya diminuta con jugo purpúreo para hacer tinta y la espina del limero sirvió como plumilla. Matajé escribió en una hoja la palabra «Narayana» y prohibió a Didi que revelara esto a nadie hasta mucho tiempo después. Al preguntarle sobre estas crípticas respuestas, ella contestaría: «Esencialmente no hay nada manifestado o no manifestado: yo sólo trataba de explicar al Perfecto. Yo seguía cada actitud del que preguntaba. Realizaba *puja* en esa época y de ese modo fueron pronunciadas esas palabras».

Otras respuestas debían llegar también. A la pregunta de Bhaiji, su contestación fue: «Si hubiera conciencia del yo en mí, podría expresar quién soy. Como no la hay, soy lo que tú decidas decir sobre mí». Al secretario de la universidad de Dhaka: «Todo este universo es mi hogar. Estoy en mi propia casa aunque vaya de un lugar a otro». Finalmente, dio tres respuestas diferentes a alguien que le preguntaba: «Yo soy condicionada e incondicionada; ni soy infinita ni estoy confinada dentro de límites; soy las dos cosas al mismo tiempo». «Mi voluntad sería irresistible si la expresara». «Estoy con todo el mundo, no importa su edad; existo desde antes de que existiera cualquier creación, duración o disolución del mundo».

Cuando su tío le preguntó después de su autoiniciación, también dejó escapar su intención de iniciar a Bholanath, incluso hasta el punto de anunciar la fecha en que pretendía realizar la *diksha*.

(Bholanath fue su primer iniciado, el segundo sería Bhaiji muchos años después, y luego nadie más hasta su ancianidad.) Cuando ese día llegó, cuatro lunas llenas después de su propia iniciación, Bholanath, con la vaga idea de esquivar algo que iba tanto contra su inclinación como la *diksha*, particularmente recibida de su propia esposa, se fue corriendo a la oficina, sin desayunar. Sin embargo, en el momento fijado, Nirmalá envió por él. Cuando Bholanath respondió que estaba ocupado y no podía dejar el trabajo, Anandamayí le mandó decir que si no volvía a casa inmediatamente ella misma iría a buscarle. No atreviéndose a correr ese riesgo, Bholanath fue a casa a regañadientes. Ella le pidió que se bañara inmediatamente, se cambiara de ropa y se sentara. Luego pronunció mantras y le dio su primera instrucción espiritual. No sería esta la única vez que hiciera eso, pues desde ese momento se convirtió en su preceptora espiritual, en su guru. Exteriormente, sin embargo, su comportamiento hacia él no cambió en absoluto y seguía siendo su afectuosa y obediente esposa.

Didi escribe sobre una faceta mucho más emotiva de la cuestión de su identidad real, revelando esta vez un aspecto notable del matrimonio. Nirmalá estaba siendo interrogada por una formidable reunión de eminentes eruditos en Dhaka. Ella contó el



*Anandamayí en sus años de juventud
(fotografía del archivo del áshram)*

incidente de cuando su tío le había preguntado, y aquellos sabios quisieron averiguar qué había sucedido exactamente. Su rostro se ruborizó y sus ojos se llenaron de lágrimas cuando contestó: «Las palabras pronunciadas entonces por mí fueron “Purna Brahma Narayana”». A pesar de su manifiesto desconcierto, los hombres persistieron, preguntándole por su autoiniciación y la iniciación de su marido. Nirmalá Súdari se volvió hacia Bholanath, sonrió ligeramente y esperó su permiso. Bholanath le indicó su negativa a concedérselo y entonces ella dijo: «Me lo prohíbe». Entonces, todavía afligida, se retiró a su habitación. Bholanath la siguió y le preguntó por qué había revelado tantas cosas cuando ella misma había prohibido anteriormente que nadie dijera nada de todo eso. Ella contestó: «No hago nada por mi propia voluntad. Me pareció que había llegado el momento para que fuera revelado». Entró en *bhava* y lloró profusamente durante mucho tiempo.

Había algo completamente extraordinario en su matrimonio, y este incidente proyecta luz sobre ello. Bholanath, tan inquebrantablemente fiel, tan calurosamente querido por todos los seguidores de su mujer, era tan celoso como Nirmalá en el mantenimiento de las apariencias externas. Ambos velaban por las necesidades del otro con atenta preocupación, y Bholanath era un bastión de fortaleza en innumerables ocasiones, cuando era el *kheyala* de Nirmalá hacer peticiones casi imposibles a todos los que la servían. Sin embargo, como muestra este incidente, había una especie de *lila* también en el matrimonio. Las convenciones externas de esposa obediente y marido patriarcal prevalecieron durante los veinte años que compartieron en su vida post-*diksha*. En realidad, la situación carecía prácticamente de precedentes en un matrimonio indio: la esposa se remitía al marido, pero el marido obedecía las instrucciones de la esposa como su guru, como hacían todos los otros seguidores, aunque él no tenía ninguna autoridad sobre éstos. Bholanath reflejaba realmente su *kheyala*: puesto que ella no podía hacer nada por su propia voluntad sino sólo poner en acto lo que procedía de la Esencia, no quebrantaba la norma de la esposa obediente cuando «daba órdenes» (su *kheyala*) a su marido; pero, como marido, Bholanath tenía derecho a dar órdenes a su mujer; sin embargo, puesto que ella era también su guru, cualquier orden que él pudiera darle sería solamente para mantener las apariencias, ¡no tendría ninguna consistencia si no fuera por *ella*! Se puede proyectar más luz sobre el significado de este *kheyala* si vemos en el matrimonio un «círculo» de *kheyala* fluyendo entre la pareja. La fortaleza de Bholanath le impide parecer sentimental, pero el suyo era verdaderamente un matrimonio realizado en el Cielo.

La joven esposa se cuidaba mucho de mantener su rostro velado, así que los hombres encontraban difícil acercarse a ella y se veían obligados a recibir su *darshan* a distancia. Si Bholanath le pedía que hablara a alguien ella lo haría, pero no de otra manera. A las mujeres de la vecindad, sin embargo, les gustaba reunirse a su alrededor, a veces aprovechándose de manera poco razonable de su paciencia. Una vez, Anandamayí sugirió a Bholanath las posibles consecuencias que se producirían en caso de que tuviera que dejar de respetar todos esos criterios de obediencia. Una vez que ella saliera de su reclusión —le dijo—, a él ya no le sería posible negar el acceso a nadie que viniera, cualquiera que fuera su casta, credo o posición. En otras palabras, él tendría que decidirse a recibir a todo el mundo, por decirlo así, y sus vidas se volverían públicas y tendrían que soportar todas las desventajas que eso acarrearía. Pero Bholanath no

permitió que esas cosas le preocuparan.

Desde diciembre de 1922 Nirmalá entró en *maunam* durante tres años, es decir, hizo un voto de silencio, procedimiento enteramente normal adoptado por muchos *sádhakas* serios. De vez en cuando, dibujaba un círculo alrededor de sí y entonces pronunciaba mantras o hablaba en lenguas ininteligibles. Después de la glosolalia, podía hablar durante un rato y luego volver al silencio. No había reglas ni tiempos fijados para esas ocasionales interrupciones de su silencio. Durante su *maunam* fue visitada por la doctora Naliní Kanyá Brahma, que ha descrito muy vívidamente este encuentro:

Era una noche fría de diciembre de 1924 cuando fui a Shahbagh para el *darshan* de Matajī [...] Nos llevaron directamente a una habitación en la que Matajī estaba sentada sola, profundamente absorta en meditación. Una débil lámpara ardía delante de ella y ésta era quizá la única cosa que había en la habitación. El rostro de Matajī estaba completamente oculto a nuestra vista porque en aquellos días ella acostumbraba a velarlo exactamente igual que una niña de aldea recién casada. Después de esperar allí durante una media hora, de repente el velo se soltó y el rostro de Matajī se hizo visible en toda su brillantez y esplendor. Matajī empezó a recitar himnos que contenían numerosos «mantras semilla» con acentos poco frecuentes, produciendo una resonancia maravillosa que afectó a todo el entorno. La tranquilidad de la fría noche de diciembre, la soledad de los jardines de Shahbagh y sobre todo el carácter sublime y sereno de la atmósfera del cuarto de Matajī, todo se combinaba para producir un sentimiento de santidad que podía percibirse claramente. En cuanto la recitación cesó, el padre de Matajī empezó a cantar algunas canciones de Ramprasad con una voz exquisitamente melodiosa, y Rai Bahadur Mukherjī observó que los dulces cantos del anciano debían de haber contribuido a provocar el descenso de Mahadevi. Mientras estuvimos en la habitación sentimos una indescriptible elevación del espíritu, un silencio y una profundidad no experimentada anteriormente. Salimos de Shahbagh tarde, por la noche, con la convicción de que habíamos estado en presencia de un Ser superior del que es difícil dudar o rechazar.

Durante el período de *sádhana lila*, Nirmalá Súdari pasaba días sin comer y sin ni siquiera beber una gota de agua. No sentía ningún deseo de comer hasta que una fase particular del proceso yóguico había cesado. Durante esos períodos de ayuno completo o parcial, su apariencia era brillante y alegre, su cuerpo ágil, lleno de salud y vigor como de costumbre. Pasó cinco meses tomando solamente un puñado de comida, hacia el anochecer. Durante ocho o nueve meses tomó solamente tres bocados de arroz durante el día y tres por la noche. Luego, durante cinco o seis meses, siguió viviendo con nada más que un poco de fruta y agua que tomaba dos veces al día. Hubo otras ocasiones en las que pasó cinco o seis meses comiendo una pequeña cantidad de arroz solamente dos veces a la semana; otros días, bastaban unas pocas frutas.

Una vez este cuerpo permaneció con vida con tres granos de arroz al día durante cuatro o cinco meses. Nadie puede vivir tanto tiempo con esa dieta minúscula. Parece un milagro. Pero ha sido así con este cuerpo. Ha sido así porque puede ser así. La razón de esto es que no todo lo que comemos nos es necesario. El cuerpo recoge solamente la quintaesencia de la comida, el resto es expulsado. Como consecuencia de la *sádhana* el cuerpo llega a estar tan integrado que aunque no tome físicamente ningún alimento, puede absorber de lo que le rodea todo lo que necesita para su mantenimiento.

Desde 1926, y durante el resto de su vida, no pudo ya alimentarse por sí misma. Cada vez que trataba de llevar comida a su boca, su presión se aflojaba y la comida se escurría de sus dedos. Esto no se debía a ninguna enfermedad. Por eso, se dispuso que quien la alimentara, una vez durante el día y otra vez por la noche, le diera solamente la comida que se podía coger con la punta de dos dedos. A días alternos bebía también una pequeña cantidad de agua. De esta manera, pasaron cuatro o cinco meses. Por naturaleza ella necesitaba muy poco alimento. Puesto que decía con frecuencia «considero todas las manos como mías; realmente, siempre como con mi propia mano», podemos comprender más fácilmente lo que de otro modo podría parecer grotescamente estrafalario. Pues si poseía un sentimiento tan profundo de identidad con todas las criaturas vivas que todas eran como las muchas partes de su propio cuerpo, entonces un acto tan privado y separado como poner comida en su boca podía ser inconcebible. Sin embargo, aquí el enigma del Espíritu hecho carne parece escapar a toda interpretación. Podemos apreciar mejor la muy evidente hipersensibilidad del cuerpo de Anandamayí leyendo sus propias palabras sobre el tema:

Cuando este cuerpo estaba ocupado en el juego de la *sádhana*, a veces, si cualquier persona se acercaba a él con un espíritu de fe profunda, este cuerpo se sentía como asfixiado. Si alguien venía a tocar mis pies, yo a mi vez debía tocar los suyos [...] Sin embargo, más tarde, daba lo mismo que alguien me tocara la cabeza o los pies. Una vez los pies de este cuerpo estuvieron doloridos como consecuencia de ser tocados por tanta gente. Sucedió también que cuando andaba alguien podía agarrarme y pararme por la fuerza para hacer *pranam* [reverencia]. Luego, en la época en yo actuaba como *sádhika*, sucedió que cuando la gente ofrecía *pushpánjali* [ofrenda ceremonial de flores en el culto] o ponía una guirnalda alrededor de mi cuello, este cuerpo se quedaba como paralizado. En otras ocasiones, si un *bhakta* ponía mis pies sobre su cabeza, este cuerpo sentía un shock eléctrico. Una vez, fue como si todo este cuerpo estuviera ardiendo. Además, cuando alguien, como tantas veces ocurría, ponía la mano en mi pie se me hacía difícil respirar; sin embargo, en otras ocasiones, la gente podía tocarme los pies o agarrarme las manos y no me importaba lo más mínimo. Alguien se inclinaba hasta el suelo ante este cuerpo y este cuerpo permanecía sentado cómodamente, sin sentir nada; tanto que alguien observó: «¡Mira qué magníficamente está sentada!». Sucede que cuando la gente hace *puja* y *áratí* a este cuerpo, alguien exclama invariablemente: «¡Mira cómo acepta el culto y la adoración!».

Palabras Anandamayí:

Comunicaciones breves 3

La perseverancia incansable y concentrada provoca el cambio de perspectiva que te establecerá en la Paz.

Nuestra mente es la cosa más veloz de la creación. Deja que la mente se mueva constantemente a su propia velocidad hacia el objetivo único que es Dios.

Si te esfuerzas por realizarte entrando en la corriente de tu ser verdadero, esta corriente te conducirá finalmente al perfecto equilibrio de tu ser verdadero.

El Amado es comparable al hielo, que no es nada sino agua, y por consiguiente Él es sin forma, sin cualidad, y la pregunta de la manifestación no surge. Éste es el estado de realización del Sí. Pues encontrar al Amado es encontrar el propio Sí, descubrir que Dios es el Sí de uno mismo, totalmente idéntico con el Sí mismo, el Sí más íntimo de uno, el Sí del Sí de uno mismo.

Cuando uno ve una piedra, ésta no puede ser llamada *vigraha*, una imagen de la divinidad; y viendo un *vigraha* no se lo puede considerar una piedra. En aquello que es contemplado como foco para la presencia de Dios, allí Él *está* realmente. Se dice que todo es el *vigraha* de Dios y es propio que uno se esfuerce por la percepción directa de este hecho. Centrar la atención en la piedra es necedad; el hecho de la inmanencia de Dios no ha sido todavía entendido. El deleite en las cosas de este mundo, en los objetos de los sentidos, es en verdad

efímero. No dura; es impermanente. Pero donde Dios, y Dios solo, se revela, no hay impermanencia. Tu atención está dirigida hacia el mundo, no hacia el Eterno; estás identificado con lo que es transitorio, en flujo constante. ¿Qué se revela ahí? Lo perecedero. En lo perecedero no hay revelación del Sí. ¿Cómo puede la Realidad, el Ser verdadero, estar en eso? Pues la destrucción de la destrucción no se ha producido todavía. Lo perecedero debe perecer.

La luz del mundo viene y va, es inestable. La Luz que es eterna nunca se puede extinguir. Por esa Luz tú percibes la luz exterior y todas las cosas del universo; sólo porque Ella brilla siempre dentro de ti puedes percibir la luz exterior. Todo lo que se te muestra en el universo se debe solamente a esa gran Luz que está en tu interior, y solamente porque el Conocimiento Supremo de la esencia de las cosas está oculto en las profundidades de tu ser te es posible adquirir conocimiento de cualquier cosa.

Mantén el pensamiento en un nivel elevado; alabanza y reproche, suciedad y pasta de sándalo deben volverse iguales. Nada del mundo te debe parecer repulsivo. Mira en tu propio corazón y serás repelido por la repulsión.

La Divinidad es completa, total; nada puede ser excluido de ella. Por eso, hay y debe haber siempre expresiones nuevas según los modos variables que se manifiestan en tiempos y lugares diferentes. Nada, sin excepción, puede ser rechazado ni dejado fuera donde la Verdad se

revela en su pureza.

CAPÍTULO 3

La perfección de los comienzos

EN 1924, Bholanath obtuvo un empleo como director de los Shahbagh Gardens de Dhaka. Nirmalá descubrió pronto un viejo templo de Kali y la pareja estableció allí su residencia, junto a un enorme árbol desarraigado (un ejemplar de *Ficus religiosa*) del que, simbólicamente, crecían ramas nuevas en una recreación de sus orígenes. Según Nirmalá, el templo de Siddheshwari había sido un lugar de *shakti sádhana* desde tiempos antiguos y aquel sitio sagrado había estado asociado con el gran sabio del siglo VIII Shankaracharya. Había habido *sádhakas*, incluido Bholanath en una vida anterior, que habían realizado allí *tapasyá* (austeridades ascéticas).

Esta estancia en Siddheshwari coincidió con el período de *maunam* de Nirmalá. Tal como se estaban desarrollando las cosas, es evidente que Nirmalá pensaba instalarse allí y establecer su primer áshram. Instalarse en cualquier lugar es una decisión seria; fundar un áshram, especialmente un *primer* áshram, es un paso aún más trascendental. Construir un áshram no es sólo cuestión de levantar un refugio, es la creación de un mundo; es el universo que se construye para uno mismo imitando la creación paradigmática de los dioses, la cosmogonía. Puesto que la morada constituye una *imago mundi*, está situada simbólicamente en el Centro del Mundo. La multiplicidad de centros del mundo no presenta ninguna dificultad al pensamiento religioso, pues no se trata de un espacio geométrico ni de una propiedad legal, sino de un espacio existencial y sagrado con una estructura enteramente diferente. Cuando lo sagrado se manifiesta en una hierofanía —como en el espacio antiguo de Siddheshwari— existe una diferenciación de ese espacio que lo hace cualitativamente distinto de todos los demás; hay una revelación de una realidad absoluta en esa hierofanía que lo diferencia de la «no-realidad» de la inmensa extensión circundante. Si se ha de vivir en ese espacio sagrado, en ese mundo, primero debe ser *fundado*.

Toda hierofanía en un espacio sagrado implica una irrupción de lo sagrado, un *acontecimiento*. Los hechos que comprende la fundación del primer áshram están todos recogidos en diversas publicaciones, pero nunca se han relatado como una historia que indique claramente su cardinal importancia en la vida de Nirmalá. Sin embargo, es un relato fascinante y dice cosas importantes sobre Anandamayí que ningún otro acontecimiento nos proporciona de manera tan gráfica. He estado mucho tiempo interesado en esta parte de la historia de Anandamayí, y hace veinticinco años publiqué parte de mi interpretación de algunos detalles en mi libro *The Speaking Tree*. He reflexionado sobre la historia en los años transcurridos desde entonces, y a través de mi amistad con una de las autoridades principales en cosmogonía védica, John Irwin, me he acercado a un material no muy conocido —ni siquiera por los grandes eruditos védicos de la India— y que proyecta luz sobre el genio espiritual único de Anandamayí. No estoy proponiendo, sin embargo, que Nirmalá emprendiera el establecimiento de su áshram de Siddheshwari por el acercamiento al conocimiento erudito de la tradición védica, que, por lo demás, era absolutamente contraria al ejercicio de su *kheyala*. En sentido objetivo, ni ella ni nadie asociado con ella tenía el menor conocimiento de los componentes tradicionales, y sumamente antiguos, de la cosmogonía védica que son pertinentes para nuestra historia. En efecto, el primer

estudio erudito moderno sobre las antiguas versiones indias de la cosmogonía no se publicó hasta 1945. Lo que afirmo es que tenemos aquí, de acuerdo con su *kheyala*, una reaparición totalmente espontánea e involuntaria de una hierografía antigua olvidada hacía tiempo. Ya me he referido a la aguda sensibilidad de Anandamayí hacia cosas inmemorialmente antiguas, a menudo desatendidas o incluso abandonadas por los guardianes de la tradición. La cita siguiente revela un ejemplo muy vivo y extraordinario de ello. Como espero demostrar, esto es algo de una importancia fundamental para una comprensión plena del estilo particularmente distintivo de Anandamayí. En este ejemplo, ella parece filtrar los ingredientes de la cosmogonía antigua —los arquetipos, si se quiere— a partir de una corriente común mayor y les imprime el sello de su personalidad propia dentro de los límites dados de la situación inmediata: un lugar de la tierra con sus propios contornos y su propia configuración en las cercanías del nordeste de Dhaka.

Anandamayí contó a Didi:

Tenía un *seer* y medio [aproximadamente kilo y medio] de semillas verdes de *dal* [...] habiéndolo limpiado y dispuesto todo, dije a Bholanath: «Ven, vamos a Siddheshwari». Bholanath nunca ponía obstáculos en mi camino. Salió. Fui a Siddheshwari, cociné toda la comida y, después de ofrecerla a la divinidad, comimos [...] Luego dije a Bholanath: «Me quedaré aquí» [...] Dije que me quedaría en la pequeña habitación cerca del templo de Kali. Y así fue. Acostumbraba a bañarme por la mañana muy temprano y meterme en esta habitación, de la que no volvería a salir a lo largo del día y de la noche. Ningún alimento se comió en todo el día. Por la noche Baul [un amigo de Bholanath] llegó cantando, trayendo fruta. Por la noche, muy tarde, se ofreció la fruta a la divinidad y luego comimos... Así pasaron siete días.

El octavo día llovió mucho por la mañana. Hice señas a Bholanath [en ese momento, yo continuaba el *maunam* de tres años] y le dije que saliera. No sabía adónde llevaba aquel camino, pero sin dudarlo me dirigí hacia el norte. Finalmente, este cuerpo pareció llegar a su destino y caminó alrededor de una parcela de tierra como si realizara *pradakshinā* [circumambulación de una entidad sagrada]. Entonces me senté mirando hacia el sur y lo que tú llamas mantras empezaron a surgir a borbotones de mi boca, pues en esa época sólo esa clase de palabras podían salir de mí. Mientras tanto, yo había puesto mi mano derecha en el suelo y me apoyaba sobre ella. Curiosamente, sentí como si capa tras capa del suelo desapareciera, como al correr las cortinas; mi mano y mi brazo penetraron en el suelo hasta el hombro. Bholanath se alarmó y rápidamente me agarró y consiguió sacarme el brazo. Al mismo tiempo, del agujero así practicado en el suelo brotó un agua caliente y rojiza. El agua era tan roja que mi brazalete de concha blanca se manchó y así permaneció durante muchos días.

Bholanath vio que Nirmalá agarraba con la mano algo que había sacado del agujero. No le gustó el aspecto de aquel objeto (nunca reveló a nadie lo que era) y no sabiendo lo que iba a suceder después, Bholanath se lo cogió de la mano y lo tiró a un estanque cercano. Nirmalá dijo después a Bholanath: «Mete la mano en el agujero». Como Bholanath se negó a hacerlo, Nirmalá le dijo: «No hay nada que temer. Es preciso que metas la mano. Métela». Entonces, Bholanath metió la mano en el agujero. Sintió un espacio vacío y cálido. Cuando retiró el brazo, de nuevo el agua rojiza y caliente brotó de la boca del agujero. Nirmalá y Bholanath permanecieron allí durante un rato, viendo como corría el agua. Luego, taparon la boca del agujero con barro y se fueron.

Pocos días después, plantaron un *tulsi* sagrado y algunos arbustos de flor alrededor

del agujero, y el área circundante (un cuadrado de unos cinco metros de lado) fue ligeramente cercado con bambú según las instrucciones de Nirmalá. Didi relata lo sucedido después:

Matajī entró en *bhava* durante el *kirtan*, después de lo cual se recuperó un poco, pero aún estaba sentada, todavía un tanto desarreglada. Entonces, anunció a Bholanath: «Se debe hacer una construcción en este lugar de Siddheshwari». Al día siguiente, mi padre preguntó por esa construcción. Matajī estaba sentada absorta en *bhava* y respondió en ese estado, proporcionando todos los detalles relativos a sus dimensiones y a su altura, aunque no estuviera en un estado normal. Hablaron de construir un *vedi* o altar de ladrillos sobre el agujero y luego una habitación alrededor del altar.¹

Matajī dijo: «La cerca de bambú que se levantó no se debe quitar. Las paredes deben construirse alrededor por el exterior del cercado». Prohibió la construcción de una estructura permanente, diciendo: «Sólo me quedaré en una habitación hecha de barro». Cuando se le preguntó si el altar debía ser cubierto con barro, contestó: «Comenzad primero la obra. Lo que tenga que suceder, sucederá. Nada más se va a revelar ahora». Después, mi padre solicitó a Bholanath hablar con ella, a fin de que le diera permiso y poder seguir adelante. «Construye lo que puedas —dijo ella—, luego lo que tenga que suceder sucederá». Así, se adquirió la tierra que contenía el altar y Padre empezó a construir la habitación. Matajī dijo: «La habitación tiene que estar hecha en siete días». Entretanto, habló más sobre el *vedi*. Cerrando los ojos, dijo: «Nada de barro debe caer sobre el altar. La base debe levantarse sobre cuatro lados a su alrededor y el *vedi* debe quedar como un pozo». [En otras palabras, cuando se encementó el suelo, el *vedi* dejaba un espacio vacío en el centro, pues el barro con el que Nirmalá y Bholanath habían tapado el agujero original del suelo debía permanecer intacto.]

En siete días, y con gran rapidez, se construyó este habitáculo en el mes de Phalgun [febrero-marzo] de 1926. El séptimo día, Matajī entró en la habitación e invitó a todo el mundo a cantar *kirtan*, y este canto se prolongó durante toda la noche. Matajī regresó a Shahbagh por la mañana. De vez en cuando, ella volvería y se sentaría en el altar dentro del hueco. En ese espacio mínimo se las arregló para cruzar las piernas e incluso tumbarse. Las devotas se sentaban a su alrededor y a veces ella se quedaba en la habitación durante uno o dos días cada vez. Pocos días después, Matajī anunció que se debía realizar *vasanti puja* en la inauguración.

De este modo, a su manera particular, Nirmalá reconstruyó rituales de consagración que databan de épocas antiquísimas, en los orígenes mismos del hinduismo, ritos con los que, hace tres o cuatro mil años, los sacerdotes arios celebraban la cosmogonía. No hay nada inusual en las dimensiones y los ritos de consagración, que todavía se realizan tradicionalmente con frecuencia. Lo que resulta especialmente interesante es la hierofanía del agujero en el suelo y el hecho de que este acontecimiento particular llevara a la construcción ritualizada de un *vedi* y una habitación a modo de capilla. En la antigüedad, la construcción de un altar sacrificial implicaba la necesidad de entrar en una relación correcta con el mundo sagrado como fuente del orden cósmico. Se sentía que el nacimiento del cosmos, el orden a partir del caos, era la clave de la perpetuación de la vida en la tierra. Con este objetivo, el hombre antiguo se colocaba él mismo y sus santuarios en el ombligo de la tierra (*prthivī nabhi*). Desde ese momento, la construcción

1. El *vedi* mediría una *varga* y cuarto, aproximadamente un cuadrado de 55 centímetros de lado. El *varga* es la unidad de medida utilizada para el ritual, y se remonta a

los tiempos védicos, alrededor de 2.500 a.C. Está basada en el antebrazo del *yajmana*, la persona que encarga el sacrificio.

de todo santuario sagrado sería la repetición paradigmática de la cosmogonía arquetípica.

Al comienzo del relato, con la apertura del agujero en el suelo, encontramos el primer signo de la hierofanía. Como sucede a menudo en estos casos, la posibilidad de transcendencia se expresa mediante algún tipo de *imagen de apertura*; aquí, en el recinto sagrado, la comunicación con los dioses se hace posible. Podríamos entonces decir que el agua caliente que rezumaba del agujero es el «caos de las Aguas Primordiales», la modalidad preformal de la materia cósmica. Entonces, la plantación de árboles sagrados y la colocación de una cerca (tan valiosa que más tarde sería preservada cuando ya no servía a ningún propósito funcional), constituye la consagración del territorio, que hace de él un pequeño cosmos, una reactualización de la Creación. El agua con la que se mezcla la arcilla es asimilada con el agua primordial; la arcilla que forma el agujero simboliza la tierra; los muros laterales representan la atmósfera, el tejado es el cielo. Los tres niveles cósmicos —tierra, cielo y mundo inferior— se ponen de este modo en comunicación. En esa medida, pues, hay un paso de lo virtual y lo amorfo a lo que tiene forma. El nuevo santuario es el núcleo del primer áshram, equivalente a un nuevo principio, a una vida nueva. La sacramentalidad del mundo es afirmada. Independientemente de lo que sucediera más tarde en el áshram y en la vida de Nirmalá, esta primera manifestación sería la más significativa, mucho más que cualquier epifanía posterior. En cualquier ocasión en que esta inauguración se relata, como se hace aquí, la comunidad entera, incluidos vivos y muertos, se renueva; redescubre su «fuente», revive sus «orígenes». Es significativo que los seguidores de Anandamayí consideraran una *sádhana* muy propicia escucharla contar de nuevo las historias de sus años de juventud. Cuando estuve presente en esas ocasiones, ella hablaba invariablemente con gran intensidad y encanto.

No lejos del agujero del suelo, nos cuenta Anandamayí, había un montículo con forma de cúpula a la que ella atribuía una importancia considerable. Pues aquí, decía, estaba el lugar específico de la *tapasyá* (austeridades ascéticas) de Bholanath en una vida anterior. En una ocasión, el padre de Didi quiso construir otra habitación, justo allí, en el montículo con forma de cúpula. Sin embargo, los trabajadores llamados para que cavaran los cimientos sintieron miedo ante la idea de forzar aquel montículo con una forma tan distintiva. Para ellos era tabú, inviolable. La propia Nirmalá dijo esa vez que efectivamente había un significado en el montículo, además de su relación con Bholanath, pero afirmó que el tiempo no estaba maduro para su divulgación. A pesar de eso, convenció a Bholanath para que fuera el primero en romper la tierra, y sólo entonces los obreros se sintieron lo bastante seguros para continuar. Con el barro del montículo con forma de cúpula se moldeó la imagen de la diosa Vasanti, que fue adorada cerca del *vedi* durante los ritos de inauguración del santuario. Vasanti Puja, el día de la fiesta religiosa de primavera, se consideró la ocasión apropiada, pues celebra el principio del ciclo anual de la cosecha.

Didimá y Dadamahasaya, los padres de Nirmalá, asistieron a la ceremonia. Ella estaba muy sosegada y calma, y él disfrutaba cantando, para deleite de todos. También asistieron algunos otros parientes y devotos importantes. Cuenta Didi:

Los preparativos para la *puja* empezaron con una gran fiesta. *Debajo de la habitación construida alrededor del altar de Mataji había una gran hormiguero* [cursiva del autor]. Aun después de que se construyera la casa, las hormigas blancas [termitas]

acostumbraban a hacer montones de barro apelmazado en el interior. Por instrucción de Matajī, ese barro de las hormigas blancas fue amasado con el usado para hacer la imagen de la diosa Vasanti. Matajī le había dicho a Bholanath que midiera la altura del cuerpo de ella con una vara de mimbre y se hiciera la imagen de Vasanti con esa medida. Llegaron sacerdotes de Vikrampur para realizar la *puja*. Al sexto día de Navaratri [la fiesta de nueve noches en que se adora a la diosa Durga] todo el mundo convergió en Siddheshwari. Por entonces, se habían levantado ya varios edificios y se había aclarado más o menos la vegetación. Al día siguiente, comenzó la *puja* y Nirmalā se sentó en el hoyo del *vedi* mirando la imagen. No se levantó durante toda la noche. Toda la obra de Matajī es inusual. Lo que ella decía se hacía. Estaba sentada en el hueco, muy cerca del sacerdote, con el rostro velado, las manos colocadas siempre en algún *mudra*.



Anandamayī en sus años de juventud (fotografía de archivo del áshram)

En esta segunda fase de la historia han aparecido dos detalles sumamente interesantes y extraños: el montículo con forma de cúpula y las hormigas blancas.

Como veremos, están unidos en el despliegue de la cosmogonía védica. Para nosotros es difícil apreciar ahora la importancia de la cosmogonía para la religión antigua de la India, por la sencilla razón de que, en la imaginación moderna, la relación de la cosmogonía con el retorno del sol después del invierno y la germinación de la semilla en primavera ha perdido su fuerza metafórica. La cosmogonía como mito ha perdido también su primacía en la práctica religiosa de los hindúes, y el simbolismo de la cosmología recibe ahora una atención mucho mayor.

En el relato de la hierofanía de Siddheshwari, cada nuevo elemento de la historia era experimentado por los participantes como un acontecimiento investido de un poder misterioso, pero no era considerado conscientemente como el contenido simbólico de un mito. El «mensaje» de la hierofanía, que leemos con la ventaja de la visión retrospectiva como una estructura coherente, apareció poco a poco, enigmáticamente, y ¿quiénes somos nosotros para decir cuál fue la respuesta de los participantes? Cualquier «dificultad» que pueda haber en el seguimiento de los acontecimientos es nuestra, no de Nirmalá, en la medida en que ella parece haber guardado silencio; evidentemente, *no* se trataba de comentar su *kheyala* en este caso.

El significado del misterioso líquido rojo y caliente que rezumaba del suelo tiene connotaciones ginecológicas obvias. El deseo de volver al origen de las cosas está muy profundamente arraigado en la psique. Prepara un nuevo nacimiento, pero no una repetición del primer nacimiento físico. Puede ser comparado a una regresión al estado de Caos antes de la Creación. El pensamiento indio y el yoga clásicos desarrollaron métodos (llamados *pratiloman*) para ir contra la corriente, remontar el tiempo para llegar *ad originem*, el instante paradójico antes del cual el tiempo no era. Se alcanza entonces el principio del tiempo y se entra en lo Eterno, en el Eterno Presente. Éste es un refinamiento sofisticado de la noción más arcaica, más basta, de la regresión al útero. El hecho de que Nirmalá volviera una y otra vez al hueco del *vedi*, manifiestamente en estado de bienaventuranza, sugiere, en el silencio de la poesía pura, la perfección de los orígenes recuperada en un estado no condicionado.

Un montículo con forma de cúpula emergiendo de un entorno pantanoso junto a una charca tiene menos connotaciones inmediatas, pero no por eso es menos interesante. Pues en los Vedas, y en todas las grandes religiones antiguas de Europa y Asia, incluido Egipto, el cosmos emerge de las Aguas Primordiales como una masa de tierra que surge y forma un montículo en forma de cúpula, conocido por los eruditos como el Montículo Cosmogónico Primordial. De este modo, esa sorprendente formación natural de tierra adyacente al agua puede ser considerada mitopoéticamente como correspondiente al Montículo Primordial «fundado sobre las aguas». En la cosmogonía védica estas aguas cósmicas constituyen el océano cósmico, pero en la cosmología posterior se han identificado con las aguas subterráneas, que se puede decir que corresponden a nuestro concepto moderno de «capa freática».

Los componentes de la hierofanía de Siddheshwari son experimentados como manifestaciones del poder sagrado. Pero el modo de revelación es, en este punto de su desarrollo, extraño y oscuro, al menos a primera vista. En el relato de Didi de la Vasanti Puja, se recordará, ella mencionaba específicamente que había un gran hormiguero blanco debajo del *vedi*, que las hormigas blancas seguían haciendo terrones de tierra en el santuario y que, por orden de Nirmalá, ese barro se mezcló con el del montículo con

forma de cúpula para hacer la imagen de la diosa. En cierto sentido, no hay ningún misterio en esto, porque la relación entre las hormigas blancas y el Montículo Primordial, y entre ambos y la cosmogonía, está claramente indicada en los textos religiosos indios más antiguos, los Vedas, que datan de alrededor de 2500 a. C. A nuestros ojos, las hormigas blancas son, en el mejor de los casos, prosaicas e insignificantes; en el peor, dañinas y destructoras. Pero en la India antigua eran criaturas misteriosas y veneradas. Además, el culto a los hormigueros de termitas ha sobrevivido en la cultura popular de toda la India, un eco fantasmal de la cosmogonía pero separado de su significado original en la memoria del pueblo sencillo.

La palabra antigua para un lugar sagrado es *bhávana*, derivada de *bhu* (venir a la existencia). La cosmogonía se imaginaba como la formación y configuración de algo que ya existía, esto es, de *asat* (caos). Es el Montículo Primordial el que es así formado. En el lenguaje parabólico de los antiguos, lo importante no era la causa y el efecto, sino la superposición e interdependencia de las relaciones (de lo que la hierofanía de Siddheshwari es un vivo ejemplo moderno). El agujero en la tierra, el *vedi*, el montículo en forma de cúpula y las hormigas blancas tienen, como mínimo, ecos de esta subestructura arquetípica, compartida, hay que decirlo, con todas las grandes religiones.

Volviendo al significado cargado de tabú del montículo en forma de cúpula, su forma sugeriría que era un hormiguero abandonado erosionado por el monzón. La relación establecida por Nirmalá entre este montículo y las austeridades de Bholanath en una vida anterior enriquece su intenso significado. Existe en la India una tradición común de que los sabios, *yogis* y *rishis*, acostumbraban a realizar sus austeridades sobre hormigueros. El sentido es simple y claro: las almas iluminadas experimentarían una identidad metafísica con el Principio divino en tanto que materializado en el montículo primordial mediante su vuelta a la Fuente de la Vida. Igualmente, la hierofanía de Siddheshwari tal como fue experimentada por Nirmalá y sus seguidores es también un retorno a la Fuente de la Vida. Por la misma razón, el acto de Nirmalá de introducirse en el *vedi* se puede considerar como una experiencia de esta identidad metafísica, y, desde luego, fue experimentada como tal por los testigos presentes.

Muy probablemente, el agujero en el suelo era una galería del hormiguero sobre el que fue construido el *vedi*. Conjeturo también que lo que Nirmalá llevaba en la mano cuando sacó el brazo del agujero era una termita reina. Las galerías subterráneas son una característica esencial de los hormigueros de termitas y cualquiera que haya forzado uno, como yo lo he hecho, sabrá que muy probablemente su mano se encontrará accidentalmente con termitas, y que tal vez llegará a tocar incluso a una reina. Y si Bholanath había tocado el cuerpo grueso y parecido a un gusano de una termita reina, que es desagradablemente viscoso, su repulsión habría sido muy natural. Sin embargo, es pura conjetura; en cualquier caso, la identidad real del objeto no nos importa y es solamente un detalle menor en la interpretación de la hierofanía. Pero la experiencia de Nirmalá no sería menos extraordinaria por tener unas causas naturales como explicación. Por otra parte, su localización «oculta» del lugar y la manera en que su brazo consiguió entrar en el agujero de ningún modo se explican con facilidad. Ni tampoco el vínculo con las hormigas blancas «desmistifica» la hierofanía. Por el contrario, esos hechos, tal como los conocemos, hacen mucho más notable la manera en que esos particulares fenómenos naturales se integran en el conjunto del argumento.

En el *Yajur-veda*, se habla de las termitas como de «lo más temprano de la creación». Su montículo se identifica con el montón de barro original que se elevó a la superficie del océano cósmico. En el *Shatapatha Bráhmāna* se invoca a las termitas como «primogénitas del mundo»; sin embargo, en otro texto antiguo, los montículos hechos por las hormigas se identifican también con el primer montón de barro cosmogónico. Se habla de los insectos como «hormigas divinas, que originadas en la creación, se combinan con *rita*», siendo *rita* el término védico para el orden cósmico, oculto en el mundo inferior. Es curioso que la ciencia moderna nos diga también que las termitas son en efecto sumamente arcaicas y que han estado activas desde el nivel pérmico en la escala temporal geológica, esto es, hace no menos de doscientos millones de años. En la cultura popular india, las termitas están asociadas con el culto de los antepasados, y, como se cree que sus galerías llevan al mundo inferior, con la muerte y la «matriz de la vida y el renacimiento». Existen muchas historias de dioses y diosas de los que se dice literalmente que han «nacido de un hormiguero». La divinidad no representa el hormiguero, ni viceversa; el hormiguero es la divinidad y la divinidad es el hormiguero; montículo y divinidad son considerados uno. En los Vedas, se cita el agua procedente de un montículo de termitas como remedio para el flujo. «Muy en lo profundo entierran los Asuras este gran curador de heridas. Las hormigas suben este remedio de las aguas subterráneas». Y finalmente, y de especial interés para nosotros, la arcilla de un hormiguero que se utiliza en los cimientos de un templo es todavía llamada «embrión». El uso de Nirmalá del barro del hormiguero, para los cimientos del *vedi* y para hacer la imagen de la diosa, es todavía práctica común en la India moderna. El vínculo entre el hormiguero, la cosmogonía y la hierofanía de Siddhēshwari no resulta tan oscuro después de todo.

Nirmalá continuó con sus estados de trance en el *vedi* durante algunos años más. Dado que era alta y de constitución robusta —dice Didi, que a menudo la vio meterse en el hueco— era asombroso que consiguiera introducirse allí. Pero la manera relajada de Nirmalá de acoplarse al espacio extremadamente restringido del *vedi* (un cuadro de no más de 55 centímetros de lado) expresa perfectamente su sentido de identidad con el Fondo no manifestado de todo ser. Acurrucada en el *vedi*, su estado físico es una verificación gráfica de su afirmación de que «este cuerpo es Eso». Ella está *en casa*: no en la casa de un Dios personal, sino de una Realidad Suprema sin forma, no manifestada, *anandamaya-kosha*, el cuerpo de beatitud. Hay un aire de inevitabilidad en la manera en que establece su residencia en el *vedi*: para ella es *nada especial*. Quien ha alcanzado la escena del último dibujo de la serie zen de los bueyes, explica su comentario, está tan por encima que no parece diferente de la gente ordinaria: «No empleo poderes mágicos para realzar mi vida; pero cuando me acerco, los árboles florecen». Didi acostumbraba a decir que los seguidores de Matajī se habían habituado tanto a su cálida seguridad y a sus maneras corrientes, que tendían a darlas por supuesto, olvidando lo realmente extraordinaria que era su verdadera identidad. Tal vez fuera debido a esta aparente normalidad y naturalidad que ninguno de ellos sintiera ninguna necesidad de comentar o interpretar la hierofanía de Siddhēshwari.

Bhaiji fue el primer discípulo que dio un reconocimiento público a la verdadera talla de Nirmalá. Su contribución al clímax de la historia del *vedi* indica su penetrante intuición. Jyotish Chandra Ray —su nombre original—, oficial mayor del gobierno en Dhaka, describe cómo, un mediodía:

Estaba ocupado en mi despacho. Alguien vino con un mensaje de Matajé pidiéndome que fuera a Shahbagh. El director de Agricultura —le había dicho— podía encargarse de la oficina ese día.

Sin un momento de vacilación dejé todo el papeleo sobre mi mesa y, sin informar a nadie, salí para Shahbagh inmediatamente. Cuando llegué allí, Matajé dijo: «Vamos al áshram de Siddheshwari». Así pues, la acompañé a ella y a Bholanath. Había un pequeño hueco [el *vedi*], exactamente donde ahora se levantan un pequeño pilar y un *lingam* de Shiva. Matajé se sentó dentro del hueco, sonrió y resplandecía de alegría. Grité a Bholanath: «De hoy en adelante llamaremos a Ma por el nombre de *Anandamayí*». Él contestó inmediatamente: «¡Sí, así será!». Matajé me miró durante unos instantes, pero no dijo nada.

Cuando estábamos a punto de regresar a Shahbagh ella preguntó: «Todo el tiempo estabas lleno de alegría, ¿cómo es que ahora pareces tan apagado?». Contesté que el pensamiento de volver a casa me había hecho recordar todo el papeleo que había dejado pendiente en la oficina. Ella dijo: «No debes preocuparte por eso».

Al día siguiente pregunté a Matajé por qué me había llamado tan inesperadamente en mitad del trabajo el día anterior. Dijo: «Para probar cuánto has progresado en los últimos meses». Luego añadió con una risa amable: «Si no hubieras venido, ¿quién habría dado un nombre a este cuerpo?»



*Hormiguero sagrado (montículo de termitas).
Fotografía: John Irwin.*



*Adoradores del hormiguero,
relieve de Amarávati, siglo II d. C.*



Termita reina con «hormigas blancas»



*«El universo próximo al momento de su
creación» (telescopio espacial Hubble, NASA,
de The Independent, 17 de enero de 1996)*

La elección del nombre fue un rasgo de la intuición de Bhaiji; en lo más opuesto a la erudición, el saber y la investigación, el momento de nombrar es considerado tradicionalmente como algo muy importante. El nombre emerge en un momento de

inspiración en el que nombra. La pronunciación del nombre es una condensación de la esencia de la persona: *nama-rupa*, convergencia de nombre y forma, un mantra del Sí. «Ananda» significa simplemente bienaventuranza, una palabra luminosa para un estado luminoso. «Anandamaya» significa el Sí de bienaventuranza. Tal vez «impregnada de bienaventuranza» dé el tono del nombre elegido por Bhaiji. Shankaracharya, el gran exponente del Vedanta, citado por Anandamayí en relación con Siddheshwari, dice: «Cuando un ser, por medio de la percepción de la identidad absoluta, encuentra *descanso absoluto* en el Sí consistente en bienaventuranza, entonces es libre». Podríamos decir: «la bienaventuranza del absoluto descanso en el *vedi*».

La elección del nombre fue el verdadero punto culminante de la hierofanía de Siddheshwari. Sucedió en el momento, en la medida en que el ojo externo del observador puede percibirlo, en que el papel de Anandamayí cristalizó. Ella estaba empezando a establecer su identidad pública y pronto llegaría mucho más allá del círculo de compañeros reunidos a su alrededor en Dhaka. Pero la dificultad para escribir un relato de cómo sucedió todo esto surge del hecho de que la misma hierofanía es pura poesía. No se presta a una interpretación en prosa descriptiva, y algo esencial se pierde en mis palabras. Para recuperarlo, citaré un poema que *transmite* exactamente lo que creo que es el significado interior que Anandamayí dio a la hierofanía: el *Jñanasagar* de Aliraja, tal como es transcrito por el gran erudito S. B. Das Gupta, que fue, además, uno de los primeros eruditos en reconocer la verdadera naturaleza de Anandamayí.²

Se dice que el universo tiene su origen en el amor, y que el caos se sistematiza en el cosmos a través del lazo del amor. Hay amor entre el fuego y el aire, entre la tierra y el agua; sin este amor, ni el cielo, ni la tierra, ni el mundo inferior, se habrían originado nunca. Hay amor entre el cielo y el firmamento, entre el cielo y la tierra, entre el infierno y el mundo inferior en el que está, y de este modo, los tres mundos están sostenidos por el amor. Hay amor entre el sol, la luna, los planetas y las estrellas, y en el amor están todos fijos arriba en el firmamento. Hay amor entre el mar y su agua, entre la luna y la noche y el sol y el día; el árbol está fijado a la tierra por sus raíces, la abeja negra está unida al loto, el pez está unido al agua, el hombre está unido a la mujer; y todo está unido en el amor. El cuerpo está en el amor con la mente y la mente con el *prana* vital. En el amor la madre concibe al hijo, en el amor la tierra mantiene firme la raíz del árbol, en el amor el árbol mantiene firmes las ramas y las flores y los frutos, en el amor el fruto acumula jugo en su hueso; de este modo, todo el proceso creador está sostenido por el amor.

Este «descanso absoluto» es más significativo que una mera y agradable figura retórica y nos lleva directamente al significado más hondo del reposo de Anandamayí en el *vedi*. Fundamental en todo el pensamiento indio sobre la existencia fenoménica es la creencia profunda y duradera en la permanencia del Principio, pero no como un *big bang* único o un momento originante que provoca la sucesión temporal, como ocurre en el pensamiento occidental sobre el origen del universo. Para la mente india, la génesis es una *función que continúa*; la cosmogonía no se produce en el «principio del tiempo», sino en el Presente Eterno. Todo el simbolismo indio para este Principio

2. De S. B. Das Gupta, *Obscure Religious Cults*, 3ª ed., Calcuta, 1969.

inefable ayuda a «invertir la experiencia humana de génesis, a reintegrar la despilfarradora entropía del tiempo y recuperar la continuidad del todo original» (Philip Rawson). Al leer los diversos relatos de los años de juventud de Anandamayí y de los acontecimientos que llevan a su nuevo nombre, aunque todo sucediera hace mucho tiempo, uno sigue teniendo la viva impresión de un grupo de personas reunidas por un impulso particularmente poderoso de asimilación a ese «todo original». Cada individuo participa vicariamente en la inmersión a través de la intensidad de la identidad mística. La experiencia es tan completa, aun cuando esté separada de la entrada física real en el pequeño *vedi*, que no es necesaria ninguna interpretación del simbolismo. Aquí está lo real: la unidad con la Fuente. Ninguna palabra distinta a «Anandamayí», ningún comentario verbal, de la propia Anandamayí o de otra persona, se invocaba, nada más que su pronunciación oracular de los mantras. Ella misma es el cuerpo del templo (como lo sería una diosa en un contexto tradicional); sus palabras en el *vedi* son esencialmente crípticas, pero no obstante implican la estructura inteligible del mundo que emerge de esa Fuente. Lo que «sucede» en el *vedi* sirve para estructurar las de otro modo inexpresables intuiciones sobre el origen, el significado y el destino del mundo humano. La participación de un personaje tan carismático como Anandamayí guía la conducta de todos los demás participantes, así como su esfuerzo espiritual. La plétora de objetos simbólicos —un agujero en el suelo, punto central de donde emerge la energía de más allá en el reino de la manifestación, un hormiguero de termitas y la tierra sagrada, un altar rodeado por una cerca dentro de un santuario en un áshram— sirven meramente para que la energía divina entre en el mundo a través de la mediación de Anandamayí.

Ahora estamos en mejor situación para comprender por qué Anandamayí no recurrió al *vedi* durante mucho tiempo. Los sutiles mensajes que transmitió directamente al corazón de sus seguidores a través del lenguaje de los símbolos de Siddheshwari se habrían debilitado inevitablemente con el tiempo. Lo que una vez había servido para reconfigurar las vidas de todos los participantes en ese áshram perdería su irresistible inmediatez. No sólo Anandamayí seguiría su camino, sino que la reactualización de la hierofanía daría paso al discurso explicativo, aunque más abarcante y a la vez considerablemente más explícito. Pero durante el tiempo que duró, la relación de Anandamayí con el *vedi* sirvió como recordatorio para todos aquellos que lo presenciaron de que a cada individuo le es posible encontrar el camino de vuelta a la unidad oculta. Y para aquellos que ahora sólo pueden imaginar lo que aquello debió de ser, permanece como imagen convincente de la unidad esencial del individuo con lo universal, de la realidad manifestada con su fuente; en definitiva, del flujo constante entre lo no manifestado y lo manifestado.

Palabras de Anandamayí:

Comunicaciones breves 4

Hay un tiempo para todo. Nadie puede venir a mí hasta que el tiempo está maduro.

Pregunta: ¿Cómo puedo saber cuál es el verdadero camino?

Respuesta: Si te sientas con todas las puertas y ventanas cerradas, ¿cómo puedes ver el camino? Abre la puerta y sal; el camino se hará visible.

Visitante: No tengo aspiraciones espirituales; soy feliz como soy.

Respuesta: Eso es bueno; también nosotros hablamos de felicidad. Si has encontrado el secreto de la felicidad, ¿por qué haces la afirmación en vez de estar en ese estado para que todos te vean? (Ella sonríe, el visitante ríe y reconoce que es así.) Estar con Dios es la felicidad verdadera.

Las múltiples especies de animales, pájaros, hombres, ¿qué son? ¿Qué son estas variedades de formas y modos de ser?, ¿cuál es la esencia que está en ellos?, ¿qué son realmente esas formas siempre cambiantes? Gradualmente, lentamente, al estar absorto en la contemplación de tu Amado, Él se revela a ti en cada una de ellas; ni siquiera un grano de tierra está excluido. Comprende que el agua, la tierra, las plantas, los animales, los pájaros, los seres humanos, no son nada sino formas de tu Amado. Algunos lo experimentan de esta manera; la comprensión no llega a todo el mundo de la misma forma. Existen infinitas posibilidades y, por consiguiente, lo que para una persona en particular es el camino específico a lo largo del cual lo Universal se revelará en su ilimitación, permanece oculto a la mayor parte de los individuos.

Pregunta: ¿Es posible sobornar a Dios?

Respuesta: Al engañar, sólo tú serás engañado.

Dios está en todas partes. Lo impregna todo. Él, a quien tú has buscado en vano durante tantos años, no está separado de ti. Así como no puede haber un hombre sin huesos, sangre, carne y piel, así el Uno está presente en todo lugar, en todo tiempo, entretelado con todo lo que existe.

Dios es el propio Sí de uno, el aliento del aliento de uno, la vida de la vida de uno, el *Atma*. Hasta que su Sí verdadero no se le ha revelado, el buscador no puede nunca relajar su búsqueda. Buscando encontrará; el Sí está a su alcance. Sentirse fatigado, exhausto, porque no se le ha encontrado es una señal muy buena. Indica que uno está acercándose a la purificación de su corazón y de su mente.

En los sueños, se puede ver todo tipo de cosas: cosas con las que la mente ha estado ocupada y, también, cosas sobre las que no se ha pensado pero que han ocurrido en el pasado o se producirán en el futuro. En cualquier caso, todo lo que sucede pertenece al reino de los sueños.

Existen ejemplos de cuando uno pierde la conciencia mientras está sentado en meditación. Algunas personas se han desvanecido, embriagadas, como si dijéramos, de alegría, permaneciendo en esa condición durante un tiempo bastante largo. Al salir, pretenden haber experimentado alguna especie de beatitud divina. Pero ciertamente eso no es la Realización. Existe una etapa en la meditación en la que se siente una intensa alegría, uno está como sumergido en ella. Pero, ¿qué es lo que está sumergido? La mente, desde luego. En un cierto nivel y bajo ciertas circunstancias, esta experiencia puede resultar un obstáculo. Si se repite una y otra vez uno puede estancarse en su nivel particular, y quedar así impedido de lograr un sabor de la Esencia de las cosas.

Si después de bajar del estado de contemplación eres capaz de comportarte como antes, no has sido transformado.

Cuando uno ha llegado a estar tranquilo, es decir, cuando uno ha llegado a establecerse en un estado de sosiego, entonces la actividad de la naturaleza que continúa en cada momento en el sueño y en la vigilia y es parte del movimiento de la peregrinación del nacimiento a la muerte, esto y la mente pensante son atrapados en esa corriente y permanecen flotando eternamente en ella. Mantener siempre la mente suspendida en el Sí,

LA PERFECCIÓN DE LOS COMIENZOS

completamente despierta en la corriente de la Realidad, donde lo Insondable, el Uno-sin-final se revela siempre en Su infinitud, debe ser, con la intensidad de una posesión, tu único y constante esfuerzo.

CAPÍTULO 4

Bhava y Samadhi

RECIBIR EL *darshan* de Anandamayí (la bendición de su presencia) en tanto que experiencia distinta de lo que es escuchar el discurso de un sabio o la instrucción de un guru, debía seguir siendo la fuente principal de su atracción todavía durante muchos años. Todas las descripciones de personas directamente implicadas muestran qué drama particularmente extraño e irresistible podía ser su *darshan* en ocasiones. Había varias grandes personalidades espirituales vivas en esa época en la India, pero ninguna que se le pudiera parecer ni remotamente en este aspecto particular. Es difícil encontrar ejemplos bien atestiguados del pasado que describan un trance elevado con algún detalle, pero los dos habitualmente citados por el carácter impresionante de su éxtasis espiritual son bengalíes: Chaitanya y Ramakrishna. Cuando Nírmala andaba por los veinte años, discípulos del último gran místico del siglo XIX estaban todavía vivos. A través de un devoto de Nírmala que era discípulo de la esposa de Ramakrishna, ella y sus compañeros fueron a ver a Gauri Ma, la última discípula viva del propio Ramakrishna, y a otros grandes vishnuitas en Navadvip. Para estos dignos y venerables ancianos, los más respetados en la comunidad, el trance extático era un fenómeno de reconocida significación espiritual. En realidad, por esa época de su vida, Nírmala se había convertido en el centro de atención entre la generación más anciana de bengalíes distinguidos que estaban empapados de las tradiciones espirituales por las que la provincia había sido famosa desde mediados del siglo XIX. Estas personas estaban dotadas de conocimiento; tenían gran experiencia para juzgar las cualidades de la personalidad espiritual y enseguida reconocieron en Nírmala una gran santidad.

El *bhava*, mientras estaba sentada o echada en el *vedi*, era de una importancia capital para Anandamayí en su nuevo áshram de Siddheshwari. Debe decirse que la actividad más importante de sus seguidores era mirarla, prestar la máxima atención a todo lo que ella decía y hacía. No había ninguna regla sobre esto; ellos lo *querían* así; era voluntario, espontáneo y unánime. Bhairji escribió de una ocasión:

Todos los devotos estaban sentados alrededor en silencio, absortos en sus propios pensamientos. Gradualmente, su cuerpo disminuyó tanto de tamaño que todo el mundo tenía la impresión de que sólo su sari quedaba sobre el *vedi*. Nadie la podía ver. Todos se preguntaban qué sucedería después. Gradualmente, hubo un aumento de movimiento dentro de la ropa y muy lenta y suavemente un cuerpo tomó forma y emergió, sentándose erguido. Durante casi media hora ella miró hacia el cielo con mirada firme y luego dijo: «Para la obra de tu vida has bajado este cuerpo».

Éste es un ejemplo de lo que se denomina *bhava*. La palabra es un término inclusivo que abarca una multiplicidad de significados. Para nuestro objetivo, *bhava* revela una disposición interior hacia el Ser Supremo y la absorción en él. Es, en su nivel más ligero, un estado anímico intenso, pero es un estado emocional que puede intensificarse y convertirse en éxtasis espiritual, aunque lleve connotaciones de reserva y apartamiento, de estar retirado de la conciencia ordinaria de vigilia. Sin embargo, no es lo mismo que la condición espiritual de *samadhi*, donde hay una cesación completa de la conciencia del mundo. En el caso de Anandamayí, *bhava* tiene una variedad extravagante e

interminable de estados, y su duración podía oscilar de un instante fugaz a varios días. Como con todos sus múltiples estados, ella afirmaba que seguía siendo siempre la misma, en una continuidad ininterrumpida de *bhava*, una con la Fuente. Sólo a los ojos del espectador parecía atravesar una sucesión de intensidades diversas. La deslumbrante variedad de estados y fisonomías cambiantes que ella manifestaría en el curso de una sola hora, y que en algún grado pude recoger fotográficamente, confirma no obstante su afirmación de mismidad, pues esa diversidad sería sin duda imposible a menos que estuviera profundamente anclada en una Fuente única.

Hay un relato de un *bhava* muy curioso que parece tener algún tipo de sentido secreto u oculto, tal vez de naturaleza iniciática. Está descrito por uno de los siete protagonistas, Didi, pero en un estilo tan inexpresivo que es imposible decir si la representación de este pequeño y extraño cuadro estuvo revestida de solemnidad o de una extraña hilaridad. El hecho de que se produjera en el día de una festividad seria, Shivaratri, sugiere que el estado era también serio.

La tarde de Shivaratri, Matajī nos llevó a Bholanath, a mi padre, Virendra Dada, Nandu, Maroni y a mí misma a Siddheshwari. Al llegar allí, inmediatamente Matajī fue a sentarse en el hueco. Un poco después, salió de él y pidió a Bholanath que se sentara allí. En cuanto se sentó, Matajī se sentó en una de sus rodillas e hizo que Maroni se sentara en la otra. Luego pidió a Padre que se sentara en sus rodillas. Él lo hizo. Se pidió luego a Padre que se levantara y Matajī hizo que Virendra Dada se sentara en las rodillas de ella. Más tarde, se hizo que Virendra Dada se levantara y se me pidió a mí que me sentara allí. Luego, después de que Matajī me hiciera levantarme, se pidió a Nandu que se sentara en sus rodillas. Luego todo el mundo se levantó. Esta *lila* se realizó en secreto. Nadie más supo nada de ello.

Había una ambigüedad fascinante en la *lila* de Anandamayī, no tanto porque pudiera haber habido, ocasionalmente, alguna duda en cuanto a si algo debía ser tomado a la ligera o con la debida solemnidad, sino porque pudiera parecer tan caprichoso o arbitrario. Súbitamente Matajī tomaba o cancelaba una decisión, daba nuevas y desconcertantes instrucciones, rompía, interrumpía o desordenaba planes elaborados, o realizaba algún acto notablemente espectacular de significado paradójico. La vida era continuamente así, y siguió en ese estado particularmente volátil al menos durante treinta años. Era una característica crucial de la *lila* de Anandamayī, así como prestar una concentrada atención a cada uno de sus movimientos era una característica principal de la *sādhana* de sus discípulos. La imprevisibilidad formaba parte de su esencia; todo el mundo debía mantenerse alerta; no se permitía que nadie cayera en el sopor o se obstinara en la rutina de una repetición estúpida. Había siempre un sentido o un mensaje en las más extrañas iniciativas y reglas de Matajī; a veces llevaba cierto tiempo a los participantes comprender el sentido, y a veces era tan críptico como para no dejar de ser un misterio. Sus caminos eran en efecto misteriosos y la vida a su alrededor estaba en consecuencia llena de encanto mágico, a menudo desorientador, a veces desconcertante. La vida lejos de ese ambiente llegaba a parecer chata y sin color; la vida dentro de él estaba llena de profundidades ocultas y podía abrir posibilidades infinitas para el desarrollo psíquico y espiritual. En medio de la «anarquía» imperante (palabra en parte inapropiada, pues significa «sin reglas», mientras que la característica de los métodos de Matajī era crear y romper las reglas continuamente), algunos devotos

serios serían llevados aparte por Matajī para una instrucción privada y para darles ciertas tareas, una disciplina más ardua, una *sādhana* más estricta y dura, o para enviarlos al exterior a cumplir misiones más difíciles que las que habían tenido que afrontar en su vida anterior. La instrucción, decía Matajī, era sólo para cada individuo particular y no un asunto que se pudiera compartir con otros.



Anandamayī en sus años de juventud (fotografía del archivo del áshram)

Entre las muchas clases diferentes de disciplina que los seguidores tenían que aceptar estaba la de cuidar de los estados más intensos de *bhava* de Anandamayī. Aunque ella había entrado en *bhava* frecuentemente desde la infancia, en la privacidad de su hogar, la primera manifestación pública de *bhava* en pleno arrebató menádico se produjo durante un eclipse solar el día de Pausha Sankranti, en enero de 1926 (justo antes del

Vasanti Puja inaugural). Gurupriya Devi escribió un relato muy vívido de este acontecimiento en su diario:

Mucha gente decidió reunirse ese día en Shahbagh para realizar *kirtan* en presencia de Matajī. El *kirtan* empezó tan pronto como comenzó el eclipse, y Matajī se sentó con las mujeres en la habitación circular [...] De repente, su cuerpo empezó a balancearse. Su sari resbaló de la cabeza, sus ojos se cerraron y todo su cuerpo se agitaba al ritmo del *nama kirtana*. Se levantó, todavía balanceándose. Parecía como si hubiera abandonado su cuerpo y alguna fuerza invisible controlara los movimientos que acababan de empezar. Era obvio para todos nosotros que no había ninguna voluntad que motivara sus acciones. Estaba tan despreocupada de sí misma que incluso su sari había caído. En aquella época, nunca llevaba blusa. Llevaba el sari de manera que sus hombros nunca eran visibles. Por eso las mujeres le ajustaron una sábana alrededor de su cuerpo. Entonces empezó a caer, pero ella misma se levantó justo antes de tocar el suelo. Parecía como si su cuerpo no tuviera peso y revoloteara en el viento. Luego empezó a moverse alrededor de toda la habitación, como embriagada por alguna fuerza extraña. No era exactamente así, pero las palabras no pueden describir lo que vi. Nunca había visto algo semejante en toda mi vida, aunque había leído sobre esos estados de exaltación en las vidas de Chaitanya y Ramakrishna. Al presenciarlo ahora con mis propios ojos, quedé extasiada. La misma persona que había estado empeñada en tantas tareas domésticas sólo un rato antes ese mismo día era ahora transportada, no se sabe dónde [...] Moviéndose por la habitación de esta manera, se unió a los cantores del *kirtan* y empezó a girar en medio de ellos. Sus ojos estaban vueltos hacia arriba sin un parpadeo, mientras su rostro resplandecía con un brillo sobrenatural, y su cuerpo estaba bañado por un resplandor rojizo. Súbitamente, cuando la estábamos observando, cayó redonda al suelo, pero no parece que se hiciera ningún daño. Como he dicho, era como si su cuerpo fuera movido por el viento. Parecía haber sido derribado y, cuando cayó, su cuerpo empezó a girar muy rápido, igual que un hoja o un trozo de papel empujado por un vendaval. Tratamos de sujetar su cuerpo, pero era imposible a tal velocidad. Pasado un rato, Matajī se calmó y se sentó. Sus ojos estaban cerrados y mantenía una postura yóguica, firme, grave, inmóvil [...] Poco después de esto, empezó a cantar, primero suavemente, luego en voz alta y clara: *Hare Murare Madhu Kaitabhare / Gopala Govinda Mukunda Saure*. Empezó a moverse de nuevo por la habitación, ahora cantando solamente este verso. ¡Qué hermosa voz! Todavía hoy se me ponen los pelos de punta cuando lo recuerdo. Todo lo que ella decía era nuevo. Todo el mundo estaba presenciando este *bhava* por vez primera, pues hasta entonces se había mantenido en secreto. Nunca antes se había mostrado de esta manera durante el *kirtan* delante de todo el mundo. Luego se sentó tranquilamente durante un rato, pero poco después su cuerpo se desplomó. No se sentía ningún pulso, su respiración era muy débil y lenta. El eclipse había acabado.

No mucho después de este *bhava*, cuenta Didi, observó a Matajī en otro, muy diferente del primero, de carácter más violento, como si Matajī hubiera asumido los rasgos de la terrible diosa Kali, muy venerada en Bengala. Sin embargo, extrañamente, la ocasión fue el Sarásvati Puja, un festival tranquilo y nada violento:

Ma quedó absorta en *bhava*. Varios tipos de *kriyas* yóguicos empezaron a manifestarse en su cuerpo. Ese día, durante unos momentos, adoptó una postura airada, con los ojos levantados, como si blandiera una espada y luchara con alguien. Con el principio de ese estado anímico, sacó la lengua durante unos pocos segundos y de nuevo hubo un cambio. Adoptó entonces un aspecto muy sereno. Luego pareció como si estuviera sentada en una estera realizando un culto, adorándose a sí misma. A veces, se tocaba los pies con la

frente, se postraba y luego se quedaba flácida. Giraba a gran velocidad y seguía rodando por el suelo; luego se quedó muy quieta, tumbada sobre la espalda. Su respiración era tal que parecía como si unas olas recorrieran su cuerpo desde el ombligo hasta la garganta. Luego de nuevo yacía inerte. Entonces me encontré sentada con ella en mis rodillas. Con todo su cuerpo frío, frío como una piedra, de su boca empezó a salir saliva a borbotones, y mi ropa quedó empapada. Arrojaba lágrimas tan abundantes que también su ropa estaba completamente mojada. Pero entonces, súbitamente, su cuerpo se quedó sin vida, dedos y uñas se pusieron negros, y su rostro se volvió amarillo como el de un cadáver. No se podía saber si su pulso latía o no, ni si existía algún signo de respiración. Estábamos seriamente alarmados, pero recordamos que Matajī nos había dicho anteriormente que realizáramos *nama kīrtana* en tal eventualidad. «Si este cuerpo debe recuperarse, lo hará solamente si hacéis eso.»

Bhaijī, que pensaba que un *bhava* así era casi imposible de describir, nos ha dejado vívidos relatos a pesar de todo. Por ejemplo, describió cómo, durante una danza extática, se puso de puntillas, con la cabeza arqueada hacia atrás hasta tocar la espalda. Ésta es exactamente la postura de las coribantes, representada en mil bajorrelieves griegos. Aquí está uno de sus relatos de un *bhava*:

Sus estados de exaltación encontraban expresión de tantas maneras distintas que es imposible describirlos con palabras. Cuando su cuerpo rodaba por el suelo, a veces se alargaba hasta una longitud inmensa; en otras ocasiones se encogía a un tamaño muy pequeño; a veces su cuerpo rodaba como un balón; otras veces parecía sin huesos, o botaba como una pelota de goma cuando bailaba.

Pero sus movimientos podían alcanzar la velocidad del relámpago, haciendo imposible seguirlos incluso a la vista más aguda.

Durante este período estábamos convencidos de que su cuerpo se encontraba poseído por poderes divinos que lo hacían bailar de innumerables y hermosas maneras. Parecía tan bañada por el éxtasis que incluso la raíz de sus cabellos se hinchaba, poniendo sus pelos de punta. Su cutis se volvió carmesí. Todas las posibilidades de éxtasis divino parecían condensadas en los confines de su cuerpo, manifestando el Infinito en una multitud de maneras elegantes y rítmicas.

Pero ella parecía estar muy lejos, completamente separada de todos estos hechos excepcionales, no afectada por la emoción de su realización. Parecían entrar en su cuerpo desde algún plano superior.

Ella nos dijo: «Este cuerpo emitió una luz tan brillante que el espacio circundante se iluminó. La luz parecía extenderse gradualmente, envolviendo el universo entero».

En esas circunstancias, cubría completamente su cuerpo con una tela, y durante largo tiempo se retiraba a un rincón solitario de la casa y allí se quedaba. Los lugares en los que entonces se sentaba o tumbaba se quedaban sumamente calientes.

Se sentaba en una postura durante varias horas seguidas sin el menor movimiento, o caía en silencio en mitad de una frase. En estas circunstancias, inerte como una estatua, sin un parpadeo en sus ojos, mirando hacia arriba, su apariencia era deliciosamente dulce y serena. No sentía hambre ni sed, ni extremos de calor o frío. Aunque la conciencia física amanecía una vez más después del estado de absorción en lo Divino, necesitaba mucho tiempo para recuperar su estado normal.

La semejanza entre los detalles de sus *bhavas* y los de Ramakrishna y otros, y el parecido entre sus propios relatos de sus experiencias yóguicas y místicas y el conocido fenómeno de la activación del sistema de *chakras*, apuntan a la existencia de estructuras

verificables experimentadas dentro del cuerpo-mente por todos los místicos con una perspectiva espiritual semejante. Con la analogía de los matemáticos que comparten su conocimiento de especialistas, pongamos por caso, del teorema de Pitágoras, sólo con otros matemáticos, con exclusión de los legos en la materia, del mismo modo nos encontramos aquí con fenómenos cuyas características específicas sólo pueden ser comprendidas plenamente por otros adeptos espiritualmente preparados. Bhaiji refiere algunas observaciones hechas por Anandamayí sobre sus experiencias interiores de las que podemos concluir que sus *bhavas* y *kriyas* pertenecen a un repertorio universal. Por ejemplo:

Al preguntar, nos enteramos por ella que mientras estaba en esa condición [respiración profunda y prolongada, con todo su cuerpo sumido en un estado de languidez y fatiga], sentía una fina corriente filiforme de energía que fluía hacia arriba desde la base de la espina dorsal hasta la parte más alta del cerebro. Junto con eso, un estremecimiento de alegría atravesaba cada fibra de su cuerpo e incluso los poros de su piel y sus cabellos. En ese momento, sentía que cada partícula de su estructura física danzaba, por decirlo así, con infinitas ondas de dicha. Todo lo que veía o tocaba le parecía que era una parte vital de sí misma, mientras su cuerpo físico dejaba gradualmente de funcionar.

El estado de *bhava* no debe ser considerado como un acontecimiento aislado. Se deben considerar estos estados como parte de todo un proceso que, como la propia Anandamayí aclaró, «no era para beneficio de este cuerpo», sino para beneficio de todos, atrayéndolos como un imán ineluctablemente adelante hacia la perfección:

Este cuerpo está siempre en el mismo estado, sin ningún cambio; vuestra actitud os lleva a considerar cualquier fase particular como más o menos extraordinaria. Pero el universo es un juego divino; vosotros tenéis el deseo de jugar, por eso naturalmente interpretáis todas las payasadas juguetonas de este cuerpo, con sus risas y alegrías, según vuestras luces. Si este cuerpo hubiera adoptado una apariencia solemne, me habríais evitado. Aprended a uniros con el juego divino en todas sus manifestaciones y alcanzaréis el objetivo final del juego.

El siguiente relato de Anandamayí en *bhava*, realizado por un gran devoto, Girijá Shankar Bhattacharya, ejemplifica perfectamente la clase de actitud que ella proponía a sus seguidores. Es una hermosa descripción de la primera vez que él la vio, en Siddheshwari, en 1928. Después de haber visto a Bholanath realizar la *puja* de Kali, ella fue de repente a sentarse en el *vedi*.

Matajī se sentó en la plataforma y el cambio que ocurrió en su persona fue simplemente asombroso. Todo su cuerpo parecía encendido, pero era un fuego que emitía los rayos más dulces y más refrescantes que se pueda imaginar. Brillaba gloriosamente, pero no producía ningún dolor a nuestra vista. Todavía hoy tengo un vivo recuerdo de esa transfiguración, y probablemente lo tendré hasta el final de mis días [...] Llamó, una por una, a las cuatro o cinco personas que entonces se habían reunido [...] Matajī todavía no había «salido al exterior», por decirlo así, y muy pocas personas sabían algo de ella. Recuerdo que llamó primero a Rai Bahadur Mukherji [...] La siguiente persona a la que Matajī llamó fue a mí mismo, y, con un tono de voz profundo, me dijo: «No conozco más que al Uno». Posteriormente pronunció una elocución mística semejante a las que

acostumbraban a salir de ella en muchas ocasiones en aquellos días. No era posible seguirla, debido a la gran rapidez del flujo de palabras que de ella manaba, pero se comprendía claramente que hablaba de la Unidad de todas las cosas, y me parece recordar que aparecía la palabra «diversidad». De este modo, incluso al comienzo de mi relación con ella, Matajī hablaba de la Unidad en la diversidad, la verdad que me ha sido insistentemente transmitida por sus elocuciones y conducta posterior. Me parece ahora que a menos que aprendamos de ella esta lección, no habremos aprendido casi nada. Su conducta y su conversación eran completamente elocuentes en cuanto a esta verdad, verdad básica y suprema. A mí, ella me parece una ventana abierta de par en par, a través de la cual se puede tener un vislumbre del Infinito. Ella hace surgir lo Divino en nosotros, lo que yace oculto bajo las mentiras [...] Es claro para mí que aunque Matajī parezca estar en el estado ordinario de vigilia, como todo el mundo a nuestro alrededor, está en realidad fundida con el Alma Universal y, por lo tanto, sus actos son como *lila*; no proceden de ningún *samskara* [rastros psíquicos de vidas anteriores], ni lo crean. Ella es eternamente libre en la única libertad real, en la libertad del Infinito.

Acertadamente, el autor de este relato incluye una palabra que Anandamayī utilizaba y que he traducido toscamente de la escritura devanāgarī como «diversidad»: *abrahma-stamba-paryantam*. Éste es un ejemplo maravilloso de la extremada concisión de su uso poético, al que la lengua sánscrita se adecuaba particularmente bien. Ella reunió tres palabras en un tríptico perfecto. Juntas significan «desde Brahma hasta las raíces de la hierba», implicando la unidad de todo lo que existe —animado e inanimado— en el área total del espacio y el tiempo.

A quienes tengan una mentalidad materialista, sin duda Anandamayī, sumergida en la matriz generadora de bienaventuranza del *vedi*, les sugerirá la idea de una regresión al estado infantil donde no existe diferencia entre sujeto y objeto. No hay nada de eso. El niño no trasciende el sujeto y el objeto, pues ni siquiera puede diferenciarlos. El adepto místico, por el contrario, es perfectamente consciente de la diferencia convencional entre sujeto y objeto; pero lo que, además, comprende también, a diferencia de la mayoría de nosotros, es que existe una identidad superior de fondo que los une. En el estado de fusión infantil el niño está meramente indiferenciado del mundo exterior; no es una persona total integrada en todos los niveles y unido a todos los mundos superiores.

El contraste entre esa confusión reduccionista y la certeza con que Anandamayī habla de su estado mental en la infancia es de lo más llamativo. Llegó a decir que, desde su mismo nacimiento, era consciente de lo que siempre había sido y de lo que siempre seguiría siendo, y que no había posibilidad de una desviación de la condición de su conciencia de sí ni por un momento. Esta sorprendente afirmación encierra en realidad claramente lo esencial de toda su postura espiritual, lo que en lengua vulgar podría denominarse su «sintonía»:

Ella afirma ser sólo ella misma, nada más y nada menos.

«Donde no surge la distinción entre lo accesible y lo inaccesible, hay Eso.»

«Este cuerpo no tiene ningún deseo, ni intención ni propósito, todo ocurre espontáneamente.»

Autoiniciada, experimentó la gracia divina sin la mediación del guru y sin esforzarse por lo alcanzable. En otras palabras, había una transmisión directa de la gracia divina. Su intérprete más eminente y erudito, Pándit Gopinath Kaviraj, en su ensayo sobre la naturaleza de su verdadera identidad, lo expresaba así:

De este modo, la gracia actúa libre e inmediatamente cuando las almas no se ponen obstáculos a sí mismas con vestiduras materiales [...] El mero hecho de que su conocimiento no procediera del guru no nos lleva muy lejos en su misterio [...]

Ella representaba el papel de una *sādhika* en sus primeros años, sin duda, y durante ese período parece haber pasado por todos los estados de una *sādhika* real. En este juego, partió de la ignorancia y siguió con varias prácticas ascéticas, observando silencio, regulando la dieta, practicando *japa* y ejercicios yóguicos y realizando *puja* y otros ritos similares. El alba del conocimiento formaba parte también de este juego. Una sensación de angustia y sequedad del alma seguida de la bienaventuranza de la unión tenían su propio lugar en la representación de este drama. Todo el proceso era una imitación de la *sādhana* y estaba tan organizado que tenía el aspecto de una total naturalidad. Su autoconocimiento fortalecido por su pureza inquebrantable estaba detrás de este juego de ignorancia asumida y de la interpretación teatral de una *sādhika* ordinaria en busca de la realización suprema. No se debería tomar como una ilustración del sí dividido y de sus actividades; es más bien el resultado de un sí eternamente vigilante y consciente de sí. La Voluntad interpreta así el doble papel de una *sādhika* que pasa por las sombras y las luces de una vida disciplinada y del Testigo que observa y dirige su propia representación en el escenario.

La hierofanía de Siddheshwari tiene relaciones implícitas con la cosmogonía. A efectos de explicación, la cosmogonía ha sido presentada anteriormente en sus términos míticos. Pero no es sólo en tanto que reliquia de una época pasada como se hace esa referencia. La cosmogonía es también una verdad espiritual eterna sobre la perfección de los orígenes. Anandamayí, en el *vedi* cosmogónico, está en un estado de relación armónica con esa Fuente única, esto es, con *Ananda*. Ahora estamos más preocupados por investigar cómo se produjo la cosmogonía, cómo se creó el universo, que por tratar de ponernos en una relación armónica con él. Incluso hoy, cuando estoy escribiendo esto, el periódico presenta en su primera página una fotografía de diez días de exposición tomada con la cámara del telescopio espacial Hubble de las galaxias que irrumpieron en la existencia en la creación del universo (véase pág. 71). En cualquier sentido real, la escala aquí es experimentalmente tan inconmensurable para nosotros como lo son las hormigas dentro del barro coagulado del Montículo Primordial. Esto son metáforas: la plenitud de *Ananda* en la Fuente Primordial es la verdad eterna en la hierofanía de Siddheshwari.

«Por qué el Uno se convierte en muchos, por qué la Unidad Primigenia, Ser y Poder, se divide en infinita variedad en la creación, por qué el sujeto se convierte en objeto de su propia acción, o por qué el Inefable se escinde en sujeto y objeto, es un misterio que supera todo intento de interpretación», escribía Gopinath Kaviraj. Todo lo que podemos decir, en el caso de Anandamayí, es que su unidad con la Fuente a lo largo de toda la diversidad múltiple de su manifestación es en sí misma un acto del Uno Supremo. Ella llamaba a este acto su *kheyala*, que en otro lugar ha sido llamado también *lila*, Voluntad, Palabra Divina, Logos, o Voluntad de llegar a ser, pero en realidad no hay ninguna voluntad ni ningún devenir. La expresión *kheyala* tal como ella la utilizaba incluye todos estos sentidos. «Lo que Matajī llama *kheyala* —dice pensativamente el Pándit— es realmente un arrebató de la Voluntad en una dirección particular que es sin duda libre y no determinada en el plano de las cosas... Ninguna ley gobierna esta región y no hay ninguna interrupción en su libre actividad... Tiene toda la frescura de un acto arbitrario y aparentemente no deliberado que contiene en sí mismo posibilidades

incomprensibles.»

¡Son necesarias una enorme cantidad de palabras para interpretar las maravillas que ocurrían durante la *lila* de Anandamayí en Siddheshwari! Gopinath Kaviraj acostumbraba a reírse irónicamente del ritmo pesado, cómo él decía, de su propio intelecto en relación con los vuelos del pensamiento de Anandamayí y su acción «lilaica» y sin esfuerzo. La reacción de Bhaiji al verla en el *vedi* —«Llamemos a Ma con el nombre de Anandamayí»— resume y señala el significado fundamental de su vida. Ambos nombres de Mataji expresan sus cualidades: Nirmala significa «inmaculada», «anterior a la mancha»; Anandamayí significa «impregnada de la bienaventuranza divina». Ambos nombres hablan de un estado de unidad primordial anterior a la aparición de todas las dualidades: «anterior a la Caída», como dirían los cristianos. Donde está la bienaventuranza divina de Ananda, todas las contradicciones y conflictos pierden su fuerza de oposición y se hacen uno con el Uno. En el nivel personal, a quienes contemplan la imagen de Anandamayí en el *vedi* se les ofrece un vislumbre de la Felicidad Perfecta. El individuo, identificándose con la fuente primigenia de la vida, puede entrar en la condición plenaria de la cosmogonía y recuperar la perfección del Principio.

Se podría decir que el estado paradójico conocido como *samadhi* es una vuelta a la integridad indiferenciada anterior a la creación, una vuelta a la Unidad primordial. Pero ¡son también demasiadas palabras para describir algo que es verdaderamente inefable! Puesto que Anandamayí entraba en *samadhi* muy frecuentemente, debemos al menos tratar de describir sus efectos según se veían desde el exterior. Como Ramakrishna, sin advertencia previa, caía súbitamente en ese estado por un tiempo que iba desde unos pocos minutos a doce horas, o, incluso en una ocasión, cinco días. En los textos clásicos antiguos el *samadhi* se describe como el resultado final y la coronación de todos los esfuerzos espirituales y ejercicios ascéticos, pero podemos dejar de lado este aspecto en el caso de Anandamayí. Sin embargo, a la vista de sus frecuentes e instantáneas «tomas» de la naturaleza interior de una persona, es interesante señalar que el *samadhi* de tipo elemental es una forma reconocida de pensamiento que capta lo esencial de un objeto o de una persona directamente sin un conocimiento o imaginación de fondo; el *samadhi* contribuye a crear una intuición sumamente aguda. Observada en *samadhi* profundo, Anandamayí estaba completamente cerrada a los estímulos, su cuerpo estaba inmóvil y completamente frío. Hay una distinción india clásica entre *samadhi* y *viksipta*, la concentración provisional que nosotros denominamos «hipnosis». Se dice también que en ciertos tipos de *samadhi* sólo un punto en la parte alta del cráneo permanece caliente, mientras el resto del cuerpo está frío y sin vida. La mente o bien está completamente concentrada en su objeto de contemplación, o bien deja de funcionar; sólo la Conciencia Pura permanece, revelando el Sí mismo a Sí mismo.

La única vez que yo vi personalmente a Anandamayí en *samadhi* fue durante su cincuenta y nueve cumpleaños, en el ashram de Patal Devi, en Almora. Estaba echada y completamente cubierta por un velo, y permaneció en ese estado durante varias horas. En común con muchos otros observadores, descubrí que el aspecto más interesante era la forma de volver a la conciencia normal de vigilia. Tenía que ser ayudada, y le llevaba algún tiempo adaptarse a la luz brillante del sol. La belleza etérea de su expresión era asombrosa. Pero muy pronto se retiró a sus habitaciones privadas,

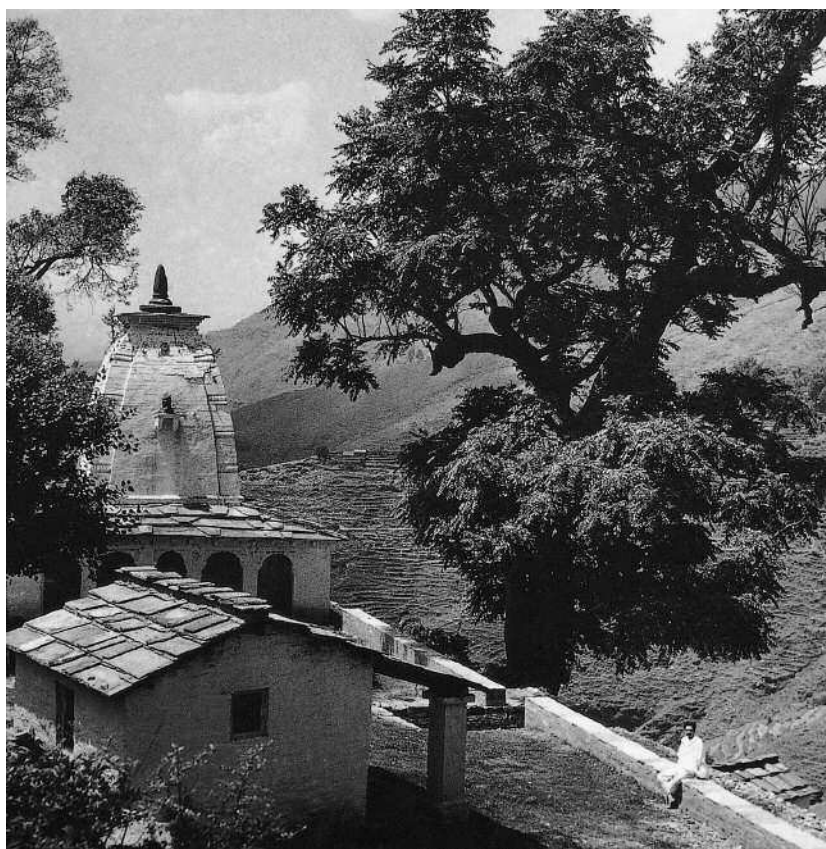
a un paso rápido incluso para ella. Efectivamente, se movía tan rápidamente que, por una vez, el obturador de mi cámara no fue lo bastante rápido para captar enteramente la acción. Parecía sumamente delicada, incluso vulnerable, mucho más débil que de costumbre, con un aspecto brumoso no sólo en sus ojos, sino en todo su rostro, como si estuviera envuelta en un vapor muy fino. Había una cualidad inefablemente dulce en su persona que le daba un aspecto como si se pudiera evaporar en el aire. Se deslizaba como si una ligera ráfaga de viento la llevara sobre el borde de un inmenso mándala que hubiera sido pintado especialmente para la ocasión en un patio embaldosado, y desapareció en su habitación (véase pág. 135).

Pero he aquí una observación mucho más directa de Anandamayí en *samadhi*, tal como fue percibida por un devoto en 1929, período en que esos estados eran frecuentes:

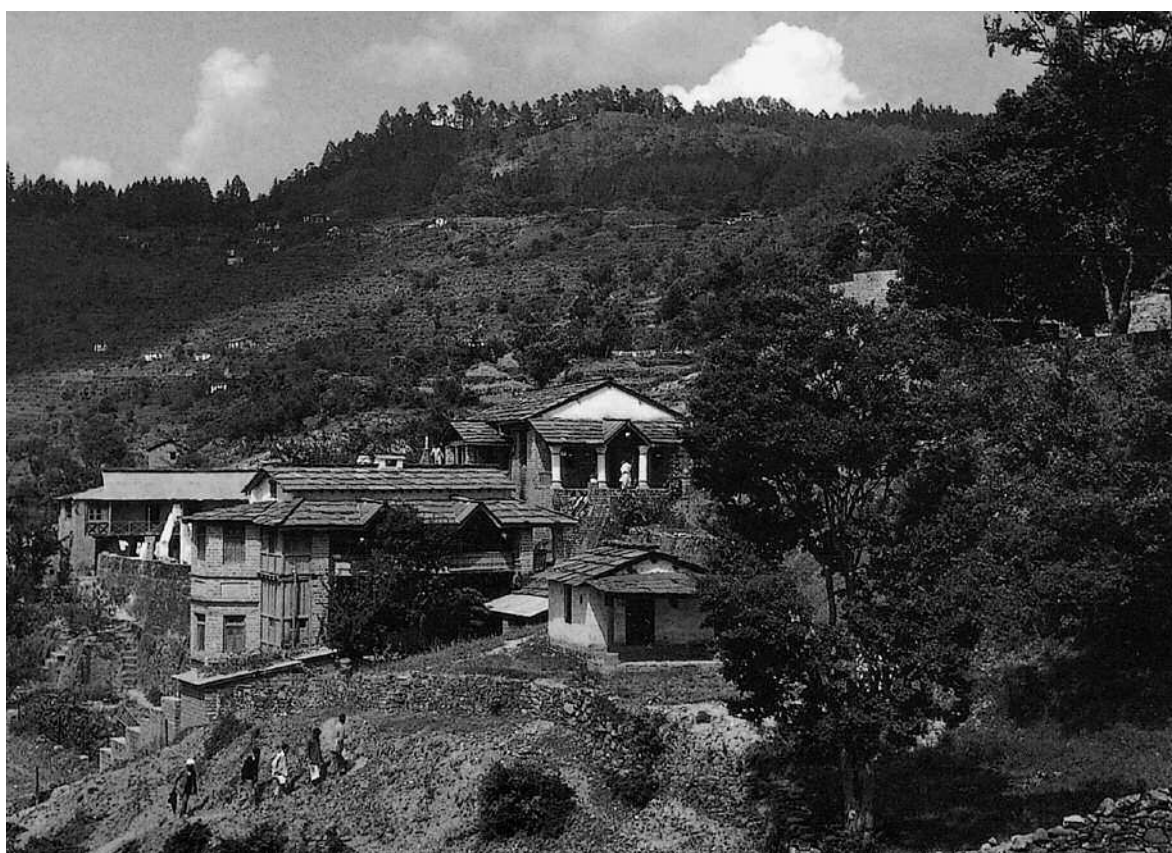
Me enteré de que Anandamayí había entrado en un *samadhi* profundo durante la noche y no había ninguna señal de que recuperara pronto la conciencia normal. La observé durante largo tiempo [en compañía de un amigo médico]. Parecía como si estuviera en un sueño profundo, pero no dormía, pues sus ojos estaban medio abiertos y hacia adentro. Parecían haber perdido todo brillo y haberse olvidado por completo del mundo de los sentidos. La forma externa estaba allí tumbada, y el espíritu interior separado de su envoltura parecía en santa comunión con el espíritu del mundo.

Transcurrieron las horas. Pasó el mediodía. Era cerca de la 1 p. m. Todos teníamos hambre, pero incluso el anciano padre de Anandamayí no tomó nada sin alimentar primero a su divina hija. Empezó a pronunciar los nombres divinos en voz alta, cerca de su oído. No hubo respuesta alguna en quince minutos. Cuatro o cinco de nosotros, incluido Pándit Gopinath Kaviraj, estábamos en el cuarto. El cántico de los nombres divinos continuaba, y ahora se podía observar un ligero cambio en su rostro. Sus ojos empezaron a mostrar signos de vida y lloró abundantemente. Su rostro estaba bañado por un radiante resplandor. Enseguida pensé en los signos *sátvicos*: *ashru* [lágrimas], *púlak* [alegría], *kampa* [temblor], y dije en voz baja a Kavirajji que lo próximo que se manifestaría podría ser *kampa*. En cuanto lo dije, Matajī empezó a temblar violentamente. Todos esos estados aparecían y reaparecían uno después del otro. Luego comenzó una especie de «tira y afloja» entre los aspectos sensibles y los suprasensibles de su vida. Apenas la conciencia física hubo aparecido en el cuerpo, cuando se retiró y de nuevo perdió los sentidos. El proceso continuó hasta que la conciencia externa se reafirmó. Abrió los ojos e intentó hablar, pero no pudo. Se colocaron ante ella algunos comestibles, no tanto por ella como por los otros, pues querían su *prasad*. Con gran esfuerzo pudo pronunciar una o dos palabras expresando su incapacidad para comer nada. Luego se tumbó quedando en silencio durante algún tiempo.

He visto a otras personas en *samadhi*, pero nunca antes había presenciado un *samadhi* de este tipo: ese largo período de supraconciencia —ningún signo de vida, por decirlo así— y, sobre todo, los maravillosos estados que acompañaron al proceso de vuelta a la normalidad. He visto los Himalayas vestidos de nieve tocando el cielo, la fuente del sagrado Ganges murmurando sobre los guijarros y la salida del sol desde un mar azul, pero nunca he tenido una visión tan conmovedora en su majestad como el *samadhi* de Anandamayí. Puedo olvidar todo lo demás, pero nunca podré olvidar lo que vi en Hardwar en 1929. Fue sublime. Sobrepasa cualquier cosa.



Templo de Patal Devi cerca del áshram de Almora



Áshram de Patal Devi, Almora

Palabras de Anandamayí:

Comunicaciones breves 5

Pregunta: ¿Es necesario renunciar al mundo?

Respuesta: No, ¿por qué? ¿Dónde está el lugar donde no esté Dios? La manera natural de vivir podría transformarse en la manera espiritual de vivir. En realidad, no hay nada que pueda ser «otro» que Dios; así que, propiamente hablando, vivir en el mundo es estar en el camino de la realización del Sí.

Si no se llega a un estado de quietud, la agitación de todo el sistema se manifestará a través de cada nervio y cada fibra del cuerpo y le volverá a uno ineficaz. Si la energía propia no es retenida, el funcionamiento armonioso de esta energía en perfecta tranquilidad es imposible. El interés por la Búsqueda Suprema y las prácticas realizadas en busca de la Verdad tienen naturalmente un efecto calmante. La conservación de la energía es esencial.

Una persona que espere que este cuerpo sea siempre supranormal en su relación con el mundo, quedará decepcionada.

No hay que dejarse atrapar por el señuelo de las facultades supranormales. Supongamos que uno ha adquirido el poder de que todo lo que exprese o todo lo que desee se cumple. ¿Y qué? Esto es sólo una etapa. Al utilizar esos poderes para destruir o ayudar a la gente uno se puede detener en ese nivel en vez de progresar hacia lo supremo. Enredarse en el nivel de esos poderes es un despilfarro de energía. Al adquirirlos, no se debe perder de vista el objetivo supremo de la existencia humana, sino esforzarse incesantemente por la realización del Sí. Dejar de hacerlo creará obstáculos y puede tener como resultado la caída.

Cada uno tiene su propio camino.

En la creación de Dios, lo posible se hace imposible y lo imposible, posible en todo momento.

Pregunta: Si Matajī ha encontrado la paz, ¿por

qué sigue vagando de un lado para otro?

Respuesta: Si permaneciera en un solo lugar, se podría plantear la misma pregunta; ¿no es verdad? Pitaji, ¿no sabes que soy una niña inquieta? No puedo quedarme siempre en el mismo sitio. Ésta es una respuesta. Desde otro punto de vista, yo podría decir que eres tú quien me ve viajar. En realidad, no me muevo en absoluto. Cuando estás en tu casa, ¿te sientas en un rincón? Igualmente, también yo camino por mi casa, pero no voy a ninguna parte; estoy siempre quieta en mi propio hogar.

No voy a ninguna parte: siempre estoy aquí. No hay ni idas ni venidas; todo es *Atman*.

Pregunta: ¿Qué piensas de todas esas personas nuevas que vienen a verte casi diariamente?

Respuesta: Nadie es nuevo. Todos ellos me son conocidos.

Tú y yo somos dos personas y sin embargo tú y yo somos uno; y el espacio que hay entre nosotros dos también soy yo misma; no se puede hablar en absoluto de dualidad. Apego y odio surgen del sentimiento de dualidad.

La satisfacción de cualquier cuerpo es mi satisfacción. La felicidad de cualquier cuerpo es mi felicidad. La desgracia de cualquier cuerpo es mi desgracia.

Convertíos todos vosotros en bebedores de néctar, en bebedores del vino de la inmortalidad. Pisad el camino de la inmortalidad, donde no existe muerte ni enfermedad.

Cuando sientas poder dentro de ti, cuando una luz nueva amanezca en ti desde tu interior, cuanto más puedas mantenerla oculta en calma y tranquilidad completas, tanto más crecerá en intensidad. Si aparece la menor apertura, existe siempre el temor de que escape.

El esfuerzo sostenido termina en el ser sin esfuerzo; en otras palabras, lo que se ha

BHAVA Y SAMADHI

alcanzado mediante la práctica constante es finalmente transcendido y viene entonces la espontaneidad.

CAPÍTULO 5

La plenitud de sus poderes

A LOS 31 años Anandamayí dejó Dhaka y empezó a viajar abundantemente. Hubo cambios notables en su vida; individuos cultos y familias de buena posición empezaban ahora a reunirse a su alrededor (el principio de una tendencia que venía de atrás de atraer a algunas de las personas más maduras y cultas, que luego serían devotos y discípulos por el resto de sus días). Y la forma de vida distintiva de sus áshrams estaba empezando a concretarse para acomodar al enorme número de visitantes que llegaban, de formas de vida extraordinariamente diversas y de todas las convicciones religiosas. Ellos formaron esa fraternidad de la que Colin Turnbull escribió en 1961: una red de cálida, amistosa y familiar lealtad, que se extiende por comunidades ampliamente esparcidas. Aunque el centro estuviera siempre en Matajé, esta fraternidad-sororidad tejía la intensa espiritualidad de los residentes permanentes en el áshram (los *sádhakas*) con la alegría, la angustia y la tristeza de innumerables visitantes muy característicos, ocasionales unos y habituales otros. Era una vida fecunda, enriquecida por el drama humano y el esfuerzo espiritual de los devotos que trataban de desarrollarse y perfeccionarse a lo largo de los años. Se cuidaban unos a otros y velaban unos por otros en familias en que tres, a veces cuatro, generaciones habían centrado sus aspiraciones en Matajé. Cambios sutiles, profundos, incluso extraordinarios se producían visiblemente en ellos por su *sádhana* y por la presencia siempre atenta de la figura que centraba su atención. Los áshrams dejaban raíces profundas en el tejido social y espiritual de la India.

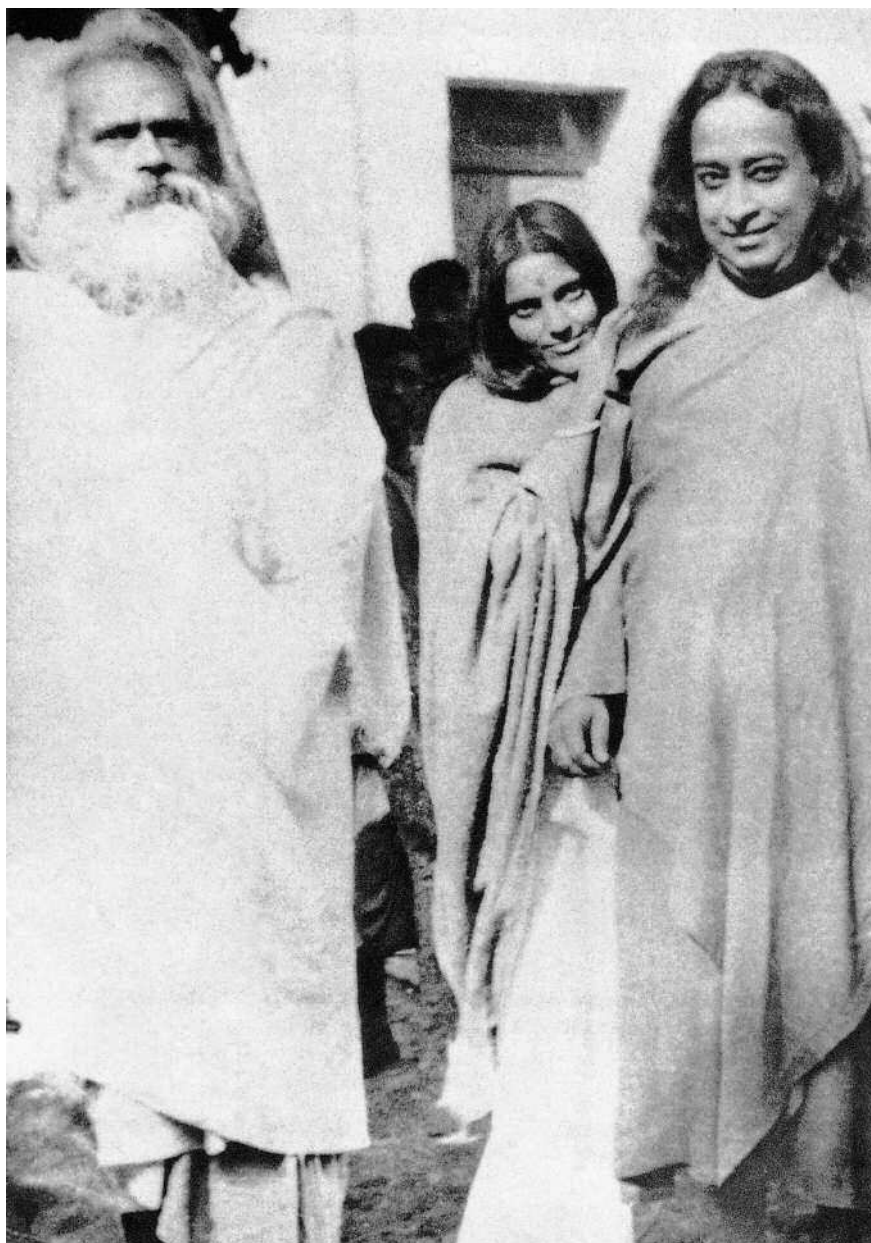
Todo el panorama progresaba milagrosamente a toda velocidad, particularmente en la fase germinal, en la década de 1930, al ritmo establecido por Anandamayí, más o menos espontáneamente, sin ninguna estructura elaborada. Con un núcleo de compañeros valientes, su vida oscilaba entre los extremos de la exposición pública y la vida retirada de ermitaña. Durante las visitas a las zonas urbanas, su fama ya estaba produciendo efectos. Al haberse hecho accesible a todos, atraía a grandes multitudes incontrolables. Después de verla un momento, nadie quería marcharse. En 1928, en una visita a Benarés, se sentó por vez primera en una asamblea abierta y respondió a las preguntas. Hasta ese momento nunca se había sentado de esa manera, y habló extensamente sobre temas profundos a un grupo grande de oyentes. Acostumbrados como estaban a exposiciones rimbombantes sobre temas espirituales, salpicadas con la compleja terminología sánscrita y entreveradas con frases de las Escrituras, sus eruditos interlocutores —teólogos, estudiosos del sánscrito, monjes de alto rango y profesores universitarios— estaban asombrados, como siempre lo están los eruditos cuando se enfrentan no con el brillo intelectual, sino con la Verdad viva. Estaban menos sorprendidos por su lucidez en el razonamiento o su capacidad expositiva que por la posición desde la que se desarrollaba su exposición. Mientras que la postura de los eruditos estaba condicionada por un *esfuerzo hacia* la claridad, ella se movía sin esfuerzo por una corriente de conocimiento *previo*, una posición de certeza inquebrantable sin ninguna referencia a la autoridad de las Escrituras. Lo que ella decía no se apartaba en absoluto de la doctrina que había sido establecida a lo largo de milenios en textos que ellos habían estudiado detenidamente durante toda su vida; ella

no había leído nunca una sola palabra de esos textos, y sin embargo ¡tenía un dominio completo de la doctrina contenida en ellos! Su primera aparición en Benarés ha sido descrita como su «salida». Pero el hecho es que nunca había estado dentro, ¡por eso no había para ella ningún lugar del que salir!

Después de la tumultuosa visita a Benarés, la vida de Anandamayí pasó a ser incesantemente peripatética; pasaría muy pocos días en un mismo lugar, salvo durante un período de seis meses, cuando vivió como ermitaña en las estribaciones del Himalaya con la sola compañía de Bholanath y Bhajji. Aun entonces, estaría rodeada con frecuencia por mujeres aldeanas. Parece como si su costumbre de sus breves estancias en un mismo lugar fuera justamente una manera de manifestar su desapego y reserva de todo posible lazo y de todo vínculo con la vida ordinaria, y la necesidad de no tener ningún tipo de posesión ni propiedad. Ya no se quedaba en las casas de la gente, sino solamente en áshrams, albergues de peregrinos, ermitas o refugios temporales preparados especialmente para ella. Dormía muy poco —y casi siempre durante el día (si a eso se le podía llamar dormir)— y estaba muy activa por la noche, hablando o yendo y viniendo o dando paseos. Cuando envejeció, parece haberse hecho más convencional respecto del dormir, aunque nunca durmió mucho. Habitualmente dictaba cartas por la noche y se levantaba al amanecer para reunirse con la multitud de visitantes más madrugadores que iban a verla antes de marchar a realizar su trabajo diario. Se sentaba siempre en el suelo, pero nunca sobre *ásanas* (esteras) hasta que alcanzó una edad madura. Cuando se tumbaba, lo que hacía muy a menudo y durante largos períodos, se echaba allí donde estaba, aparentemente indiferente a la comodidad. Parecía estar a gusto sin sábana ni almohada, en todo tiempo, con frío, sobre el suelo húmedo o en el polvo, o al aire libre, bajo la lluvia. También caería enferma —muy frecuentemente en realidad— y esto reclamaba una asistencia constante, aparte del problema de tener que alimentarla con lo poco que comía. Nunca se quejaba de estas enfermedades, y decía que las saludaba —igual que saludaba a todos sus visitantes— como manifestaciones del Uno. Había también innumerables historias de sus sanaciones de enfermos o de cuando tomaba la enfermedad de un devoto sobre sí (mientras el devoto se recuperaba inmediatamente). Ella dejaba que todas sus enfermedades siguieran su curso con completa ecuanimidad, y tenía la capacidad de saber por adelantado qué día acabarían. La habilidad y el cuidado amoroso con que personas como Bholanath, Didi y Bhajji la atendían, a menudo en condiciones muy desfavorables, era verdaderamente impresionante. Los relatos de su vida están llenos de detalles y manifestaciones de la continuada y recíproca preocupación entre el grupo de seguidores.

Ella comunicaba constantemente a todos una serie de instrucciones muy prácticas, con una atención meticulosa al detalle, y de algún modo poseía la misteriosa capacidad de conocer y seguir el rastro de cada persona y dónde estaba exactamente cada uno en su camino particular. Conservaba también una memoria «fotográfica» respecto de la *sádhana* de devotos a los que veía sólo de tarde en tarde. Los devotos se contaron inicialmente en varios cientos, pero aumentaron más tarde a muchos miles. Hacía que cada persona se sintiera un individuo único, en su situación particular, con sus penas y esperanzas, totalmente distinto de cualquier otro. La capacidad de Anandamayí para recordar todo esto era tan inagotable e infalible, tan minuciosamente precisa, que

parecía poner en cuestión las nociones humanas de percepción, memoria e intuición. Sea cual fuere la naturaleza de este don, daba la oportunidad a quienes lo observaban de cerca de desarrollar su propia sensibilidad mediante su ejemplo. Durante treinta años Atmananda actuó como intérprete en cientos de entrevistas privadas con extranjeros y con indios que no podían comprender el bengalí o el hindi de Matajé.



*Bholanath (izq.) y Yogananda (der.) con Anandamayí
(fotografía del archivo del áshram)*

Por eso, tuve la oportunidad excepcional de presenciar muchas entrevistas privadas con personas de orígenes muy diversos. Esto me permitió obtener experiencias directas de la universalidad de la enseñanza de Matajé, de sus innumerables aspectos y facetas. Vi por mí misma cómo la modificaba para dirigirse a la naturaleza de cada persona, y al condicionamiento y necesidad del momento; y, sin embargo, nunca rebajaba el nivel [...]

Traducir conversaciones privadas me dio además la oportunidad de conocer íntimamente a *sádhakas* de varios países, obtener una idea de sus problemas, sus planteamientos. Los compañeros de viaje que se encuentran en el camino a menudo aprenden uno de otro.

En este siglo, ha habido un cambio enorme en la manera de actuar de los grandes maestros espirituales de la India. En primera fila, indiscutiblemente, Anandamayí sentaba las bases del inmenso cambio, en escala y extensión, del papel tradicional del maestro: no le gustaba que la llamaran guru, no confinaba su enseñanza al marco de la doctrina establecida, entraba en contacto directo con una diversidad asombrosa de personas, probablemente viajó más que cualquier maestro anterior de la historia india. Podemos ver cómo se desarrollaron todas estas circunstancias en la primera década de sus viajes. Hacia 1938, después de las muertes de Bholanath, de Bhajji y de su padre, cada aspecto había encontrado su lugar. Pero aunque su vida incesantemente peripatética seguía la antigua tradición del maestro indio itinerante, emergía gradualmente un modo nuevo de vida.

Entre 1929 y 1935, según el diario de Gurupriya Devi, hizo más de cien viajes de un lugar a otro, a menudo a mil millas de distancia, y esto no incluye un número similar de cambios de residencia más pequeños dentro de un mismo distrito particular. El medio de transporte era la mayor parte de las veces el tren, pero con el tiempo los devotos adquirieron el hábito de poner automóviles a su disposición. También se utilizaban otros medios de transporte, como barcos y carros de bueyes.

Ma dejó Tarapith acompañada de veinte o veinticinco carretas de bueyes con devotos. Era una noche iluminada por la luna y el camino atravesaba una comarca desierta. Salimos después de las 9 de la noche y llegamos a la estación de Rampurhat alrededor de la 1,30. Este viaje a medianoche de Ma y sus devotos fue una experiencia inolvidable. Bhramara empezó a cantar *nama kirtana* con el acompañamiento de un armonio encima de un carro de bueyes. Pronto todos los devotos se unieron a Ma cantando el hermoso nombre de Dios.

Ma estaba en *bhava* apoyándose en mí y caminaba lentamente.

Fue llevada en un carruaje al templo del palacio real [de Jaidevpur] y mucha gente caminaba a su lado. Estaba siendo fotografiada cuando estaba todavía en *samadhi* y llegó a la casa de Prafulla Baba en ese estado. Se hizo mucho *kirtan* en esa casa. Ma estaba en un gran *bhava*. Por la noche, mientras estaba tumbada, hubo un temblor de tierra y la sacaron fuera.

Al principio, ella se limitó a moverse de un lado para otro dentro de Bengala, después fue más allá, a varios lugares del norte de la India, especialmente las estribaciones del Himalaya, ante de emprender dos largos viajes por el sur del país. En el primero de estos viajes fue de un lugar a otro por el lado oriental del subcontinente hasta Cabo Comorín, y desde allí hacia el norte hasta Gujarat. El grupo se detuvo en todas las grandes ciudades-templo del sur, y, dado que Anandamayí era completamente desconocida en esa región, se produjeron muchas escenas extraordinarias cuando la gente, que no compartía con ella ninguna lengua, la saludaba como uno de los suyos. Le mostraron algunos de sus misterios y tesoros más secretos y más cuidadosamente guardados que estaban escondidos en aquellos inmensos complejos de templos. En el

cabo sur, hay un templo de la Diosa Kumari Devi (en la forma de una niña pequeña) justo sobre la playa, y allí las hijas de los guardianes del templo rodeaban a Matajī todas las noches para cantar el himno del *ārati*.

En Bengala, Anandamayī era conocida como Manush Kali, la «Kali viviente». En Madurai fue saludada como la Diosa Minakshi por muchedumbres enfervorizadas que esperaban durante horas para poder verla fugazmente. En el Punjab se le dio el mismo lugar de honor que al Santo Granth Sāhab. En las orillas del río sagrado Narmadā fue saludada como Devi Narmadā. Las sencillas mujeres de las montañas de Almora le dirían: «Ahora que te tenemos con nosotras, no necesitamos visitar el templo». Un devoto cristiano señaló: «Ahora tenemos un rostro que poner a Dios». Bīthika Múkerji dice que un periodista irlandés le preguntó: «¿Tengo razón al creer que tú eres Dios?», y Matajī respondió: «No hay nada salvo Él solo; todo el mundo y todas las cosas no son sino una forma de Dios. En tu persona, también Él ha venido aquí a dar *darshan*».

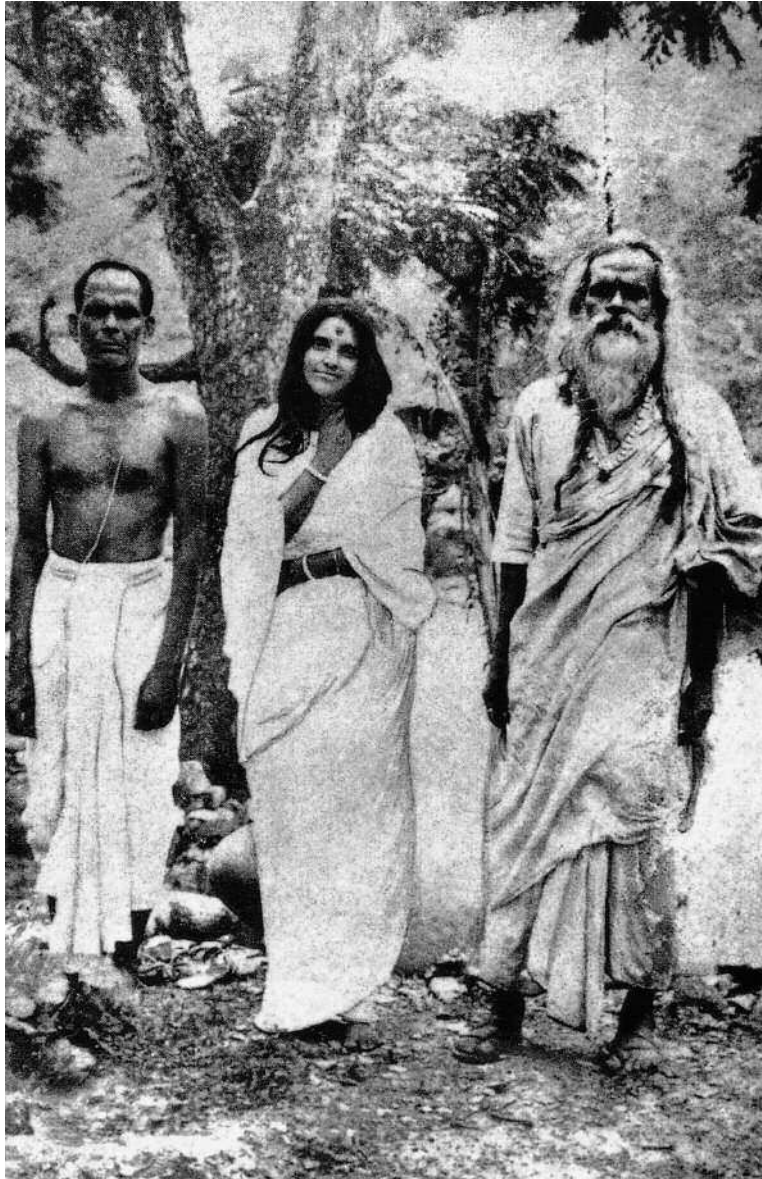
En sus peregrinaciones no había ningún plan fijado, ni se hacían preparativos de antemano, particularmente respecto del alojamiento. Frecuentemente ella y sus compañeros salían sin dinero ni otros artículos de primera necesidad. A veces iban a la estación y simplemente tomaban el primer tren que llegara. Las estribaciones al norte de Delhi —el área que constituye el centro cultural de la región india del Himalaya— fue muy favorecida por ella, y empezó a ser una figura familiar entre la gente de la montaña. Bhajji describe cómo comenzó aquello:

...Me tomé un permiso de cuatro meses. Necesitado de un cambio, estaba buscando un lugar en la montaña. En éstas, el 2 de junio de 1932, sobre las diez y media de la noche, Matajī me mandó aviso por medio de Brahmachari Jogesh y me preguntó si podía acompañarla. Pero yo quería saber dónde pretendía ir. Su contestación fue: «A cualquier lugar que escoja». Yo guardé silencio, y me preguntó por qué callaba. Reflexionaba sobre el hecho de que no podría informar a nadie de todo esto. Así, impulsado por los usos del mundo, dije: «Bien, tendré que coger algún dinero de casa». Ella me dijo: «Coge de aquí lo que encuentres». «Bien», dije con la boca, pero sentía a mi esposa y a mi hijo llamándome desde el corazón: «¿Dónde vas, dejándonos a todos así?»

Sin embargo, con una manta, una colcha, una alfombrilla y un taparrabos, me puse en camino con Matajī y Bholanath. Al llegar a la estación, ella dijo: «Comprad billetes para el final de esta línea». Así que hicimos la reserva hasta Jagannathganj. Al día siguiente, dijo: «Cruzemos al otro lado del río». Desde allí, salimos para Katihar. Ahora me quedaban sólo unas pocas rupias, pero de manera inesperada encontré a un viejo amigo que pudo prestarme unos cientos de rupias y mucha fruta y dulces. Desde allí cogimos el tren a Lucknow, nos detuvimos en Gorakhpur y luego subimos al Dehradun Express. Al día siguiente, después de llegar a Dehradun, descansamos en un *dharmasala* [albergue de peregrinos]. Era un lugar nuevo para mí. Todos éramos extranjeros y todo me parecía nuevo. Matajī dijo: «¡Todo me parece viejo!».

No estaba claro adónde iríamos después. Por la tarde, Bholanath y yo fuimos a inspeccionar y pudimos enterarnos de que cerca de allí había un templo de Kali. Así que fuimos allí y se nos dijo que a unas tres o cuatro millas, en la aldea de Raipur, había un templo de Shiva que era muy solitario y un lugar apropiado para una vida retirada. Por mor de las circunstancias, nos encontramos con un guardián del templo de Raipur. Hablamos con él y luego, a la mañana siguiente, le acompañamos a Raipur. A Bholanath le gustó el lugar. Cuando le preguntamos a Matajī su opinión, dijo: «Resolvedlo vosotros. Para mí, todo lugar es bueno». Desde la mañana del miércoles 8 de junio de 1932, Matajī y Bholanath empezaron a vivir en el templo.

Bholanath se entregó a su *sádhana* incondicionalmente, escribe Bíthika Múkerji, mientras Bhaiji intentaba prestar esos servicios que hasta entonces había recibido de sus sirvientes. Barrer y limpiar, lavar la ropa y cocinar un tipo de comida rudimentario era un trabajo difícil para él. A veces Matají le ayudaba, pero generalmente ella vagaba por los alrededores sola, o se sentaba rodeada por las mujeres de la aldea.



*Bhaiji (izq.) y Bholanath (der.) con Anandamayí
(fotografía del archivo del áshram)*

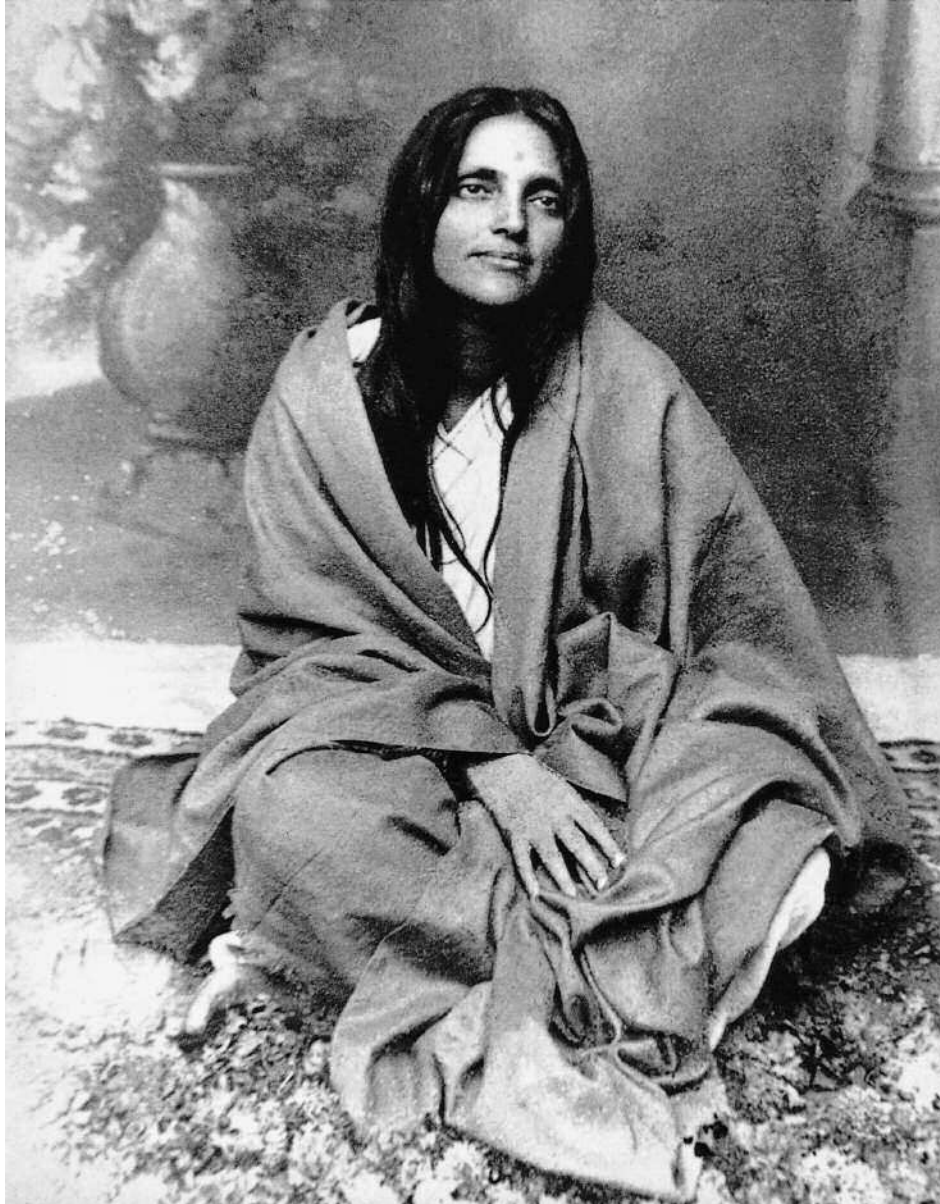
Matají estableció su áshram principal desde Dhaka en Kishenpur, en 1936, y otros tres más en la zona de Dehradun más tarde, con otros áshrams al pie de la montaña en Almora y Solan. Por iniciativa de Bholanath, se estableció otro en Uttarkashi, donde debía pasar tres años de *sádhana* intensiva lejos de Matají. En 1937, ella emprendió el camino de peregrinación al Monte Kailash a través de la frontera del Tíbet, con

Bholanath, Bhaiji, Didi y el padre de ésta. Se mire por donde se mire, ésta es una de las peregrinaciones más duras. Los relatos publicados cuentan cómo el pequeño grupo de peregrinos estaba embargado por un estado de intensa exaltación, oscurecido no obstante por las sombras de problemas inminentes. No lejos de este gran punto focal de peregrinación budista e hindú, junto a la orilla del lago Manasarovar, Bhaiji, ahora en una fase terminal de tuberculosis, fue invadido por un espíritu de suprema renunciación. En respuesta, de los labios de Matajī salían espontáneamente mantras de *sannyasa*. Pero Bholanath tuvo que impedir a Bhaiji que se arrojara a las aguas sagradas de ese lago encantado de montaña. Con las fuerzas de Bhaiji cada vez más debilitadas, el grupo se vio obligado a regresar a Almora, donde murió junto al templo de Patal Devi.

El año siguiente también debía morir Bholanath, aquel gran baluarte de seriedad y tierna preocupación. La relación entre los dos miembros de la pareja es una historia extraordinaria en sí misma. Él demostró gran generosidad de espíritu, estuvo siempre atento a la salud de Matajī, se mostró infatigable en los tiempos de crisis y se ganó el respeto de sus seguidores. Cada uno, por decirlo así, actuaba como un padre para el otro, sin embargo cada uno servía al otro con devoción y humildad. Justo antes de su muerte en Kishenpur, Bholanath llamó abiertamente a su «Ma» y le pidió su *prasad*. Hasta entonces, sólo la consideración por las apariencias le había impedido reconocerse como un niño ante su «madre». La proximidad de la muerte rompió todas las barreras. Pocos momentos antes de que muriera, ella le bendijo tres veces pasando las manos sobre su cuerpo de la cabeza a los pies. Murió con la palabra «Ananda» en los labios, la mano de ella apoyada en su cabeza. Cuatro meses después, cuando el padre de Matajī estaba agonizando, también finalmente dejó de lado cualquier formalidad paternal y la llamó «¡Ma! ¡Ma!».

Kamalā Nehru, mujer del futuro primer ministro, Jawaharlal Nehru, se convirtió en gran devota en 1933. Matajī estaba entonces en un pequeño templo en Dehradun, mientras que el Pándit Nehru estaba encarcelado por los británicos en esa misma ciudad. Kamalā visitó a Matajī después de la caída de la noche, y la dejó antes de amanecer. Acostumbraba a entrar en meditación profunda en presencia de Matajī, quedándose su cuerpo muy rígido, con las hormigas andando sobre ella. Más tarde, Matajī la llevó al templo de Ambikā, en Rajpur, donde Kamalā realizó un *yajña* de tres días, un sacrificio del fuego, según las instrucciones de Matajī. En 1935 se puso muy enferma, y Matajī fue a verla dos veces al hospital. Poco después, Kamalā fue llevada a Suiza, donde a menudo tuvo visiones, dormida y despierta, de Matajī. Dio a su hija Indira el rosario que Matajī le había dado a ella. Después de la muerte de Kamalā, en 1936, el Pandit Nehru e Indira visitaron a Matajī en numerosas ocasiones. Mahatma Gandhi tuvo conocimiento de Anandamayī a través de Kamalā; inicialmente, envió a verla a su ayudante de confianza, Jamnalal Bajaj, y luego él a su vez se convirtió en devoto. Después de la inesperada muerte de Jamnalal Bajaj, Matajī emprendió un largo viaje a Wardha para consolar a Mahatma Gandhi. Gandhi quedó fascinado por su poder de atraer a una cantidad tan grande y diversa de seguidores de todas las castas y credos. Ésta fue una cuestión de la que a menudo Matajī discutía con otros; según Gurupriya Devi, una vez le dijo a su madre riendo:

En realidad, no tengo el menor lazo ni relación con nadie. Mira, si hubiera la menor diferencia en mi actitud hacia ti y hacia todos los demás debido a que estamos emparentados, os habría dejado a todos vosotros y me hubiera marchado hace mucho tiempo. Tengo la misma actitud hacia todas las personas indiferentemente de si son familia de este cuerpo o no. Puesto que no siento ninguna diferencia, estoy con todo el mundo. ¿A quién abandonaré y con quién me quedaré? Todo el mundo es igual para mí.



Anandamayí en los años 1930 (fotografía del archivo del áshram)

La naturaleza del ministerio de Anandamayí se basaba en esta igualdad fundamental de todos los que se acercaban a ella. Pero, desde luego, lo que ella veía era una igualdad de «unicidad» tanto como una igualdad de categoría; abarcaba mucho más que la mera «imparcialidad» en los favores o la negativa a hacer distinciones, por ejemplo, entre santo y pecador. Este abarcante desapego no habría significado mucho más que una fría reserva o un falso sentimentalismo si no fuera por su consecuencia más notable: una perspicacia de percepción y memoria en cuanto a lo que la situación espiritual de cada buscador implicaba exactamente, en cada momento, desde dónde se había desarrollado y en qué dirección se movía. Este reconocimiento instantáneo de la unicidad del

individuo era, sin duda alguna, una inspiración espiritual para todos los que se beneficiaban de ella, pero era también una experiencia profundamente emocional; sobre todo, una experiencia de amor inconmensurablemente conmovedora. Incluso la más simple de sus palabras como respuesta a las preguntas tenía una inmensa potencia de reverberación para los receptores.

Había una buena razón, sin duda, para que Mahatma Gandhi, con sus ideas de universalismo igualitario situadas en el contexto de la espiritualidad hindú, deseara descubrir el secreto del enorme interés que despertaba Anandamayí. Los objetivos de Anandamayí no eran en modo alguno opuestos a los suyos, aunque sus raíces espirituales fueran mucho más profundas que las del Mahatma. Lo que es notable en la situación de Anandamayí como «figura pública» —por ridículo que ese nivel pareciera a los que estaban más cerca de ella— es su total desapego de los asuntos mundanos y de todo aquello que en el curso de este siglo tumultuoso ha preocupado tanto a los habitantes del mundo. La lucha india por la independencia, dos guerras mundiales, el Holocausto, el ascenso y caída del comunismo, la revolución científica, la revolución sexual, la revolución feminista, el poder de los medios de comunicación, la crisis de los valores: todo esto ocurrió dentro del tiempo de la vida profundamente «indiferente» de esta mujer que se mantenía al margen de todo eso. Con la marea creciente de materialismo como ominosa amenaza para el modo de vida indio, el momento de la historia en que se desarrolla el tema de este libro casi parece un milagro de cronología. El ministerio de Anandamayí estaba tan firmemente establecido en la verdad que subsiste bajo todas las condiciones y en todas las épocas, que su posición en lo más alto de la cultura espiritual supera cualquier pesimismo a la moda. Por decirlo en pocas palabras, ella es el último tipo de persona a la que uno esperaría encontrar en estos tiempos deplorables. «Que Dios está tan presente en este mundo entregado a la investigación científica como lo estuvo en la edad de la mitología —escribe Bithika Mukerji— es el “mensaje” transmitido por su estancia en la tierra.»

Cuando aquel hombre simple de aldea, Harakumar, su devoto vecino, adivinó prescientemente la naturaleza verdadera de Nirmalá y la llamó Ma, posiblemente no podía adivinar lo que llegaría a ser Nirmalá. Cuando fue más ampliamente conocida fuera de la India, nos podemos preguntar cómo superó el obstáculo menor de un apodo que, para los europeos, tiene asociaciones vulgares con personajes de farsa y un argot machista peyorativo. Por supuesto, «Ma» tiene en la India connotaciones superiores, como en el vocablo mántrico para la Madre Diosa, la Gran Madre, Shakti, Devi, pero es también un término de respeto y afecto profundos para todo lo maternal y todos los aspectos de lo divino en su lado femenino. Cuando el antropólogo Colin Turnbull fue invitado por vez primera por un colega a visitar a Anandamayí, «mis formas occidentales de pensamiento y conducta —escribió— se revolvieron contra la idea de una *mujer santa*» (la cursiva es mía). Desde este reconocimiento revelador, se han producido grandes cambios en la actitud hacia las mujeres y hacia el tema de la espiritualidad femenina; pero incluso en términos globales (y aquí se debe incluir a la India), la imagen de Anandamayí, precisamente como *mujer santa*, no ha sido aceptada fácilmente. Sin embargo, a menos que hablemos del asunto, perderemos una cualidad que es absolutamente fundamental sobre la naturaleza de la *lila* especial y única de Anandamayí.

Si, por un momento, lanzamos una mirada algo analítica sobre esta *lila*, es obvio que aspectos importantes de la realidad, como los que cabría esperar de un informe que trate de su vida y de las instituciones que llevan su nombre, no se han mencionado hasta ahora. ¿Qué pasa con la financiación de todos estos viajes incesantes, de todos los áshrams, de todos los costosos *yajñas* y *pujas*?, ¿qué hay del desapego de Matají por el movimiento de independencia de la India que hizo furor durante la primera mitad de su vida?, ¿cómo se enfrentó con las cuestiones de un mundo materialista dominado por la tecnología?, ¿qué hizo para ayudar a los pobres?, etc... Sin duda cuestiones importantes, pero planteadas de manera que se anticipan e impiden unas respuestas significativas porque ignoran el compromiso anterior de Anandamayí con la primacía absoluta de su única preocupación: el Uno. Ella construyó su vida sobre la predicación de que eso, y *sólo* eso, importa. Si eso no se coloca en el centro mismo de cualquier examen de su vida, entonces nada de lo que logró se podrá ver nunca con precisión.

Como autor de este libro, tomé la decisión de seguir a Bhajji, su primer discípulo, al llamarla simplemente Anandamayí. No Ma, ni Ma Anandamayí, ni Anandamayí Ma; tampoco el políticamente correcto Sri, ni Sri Sri, y, sobre todo, ninguna pintoresca ortografía fonética inglesa, como Shree Shree Anandamayee. Anandamayí es un hermoso nombre para un título por derecho propio y dice todo lo que posiblemente se puede decir sobre ella en una sola palabra, incluidos honor y reverencia. Los más próximos a ella la llamaban Ma con amor y devoción profundos, así como los cercanos a Gandhi le llamaban Bapu. Implícito en el significado de su nombre está su cualidad más grande y resplandeciente: *el amor*.

Ninguna otra persona en la India de su tiempo encarnó el amor de forma tan pura, tan magnífica, tan abarcante, como Anandamayí. Por mucho amor que despertara en el corazón de los otros, el suyo excedía incluso la totalidad de esa suma prodigiosa. Es casi imposible escribir sobre esto, pero hay un aspecto del fenómeno que exige un comentario, aunque nunca haya oído ni leído nada al respecto cuando se habla del asunto. No puede haber escapado a la observación del lector que estamos ante una mujer de una belleza radiante y un gran atractivo físico, para la que cualquier tipo de expresión sexual estaba completamente fuera de lugar. Conservó además su aspecto juvenil durante muchos años. Por otra parte, esta persona se convirtió en el centro de un intenso interés como ser espiritual a una edad en que su encanto físico estaba en su mayor intensidad, que fue objeto de una observación prolongada en condiciones de proximidad física, en un marco doméstico, de muchos devotos masculinos y visitantes curiosos en todo momento del día y de la noche a lo largo de tres décadas, cuando su belleza estaba en su punto más alto. En una época en que el sexo ha sido separado de otros sentimientos, a la manera de un proceso químico que separa un solo elemento de un conglomerado, la visión india más integral de los instintos, sentimientos, emociones y deseos humanos como un todo entrelazado que comprende muchos ramales unidos ha sobrevivido más o menos intacta. Que la sexualidad desempeña un papel muy importante en la espiritualidad india es ahora algo perfectamente sabido, a nivel mundial, en el contexto de la vida cultural contemporánea. El tantra y las esculturas eróticas de los templos son manifestaciones conocidas, no sólo de una tolerancia y un liberalismo notables, sino de una actitud holística que armoniza sexualidad, amor y espiritualidad. El papel de Ma, arquetipo femenino (particularmente bengalí) de

espiritualidad, reúne la perfección erótica de la diosa, sexualidad maternal, espiritualidad, valor, amabilidad amorosa y cariño maternal.

Da la casualidad de que Bengala favorecía una forma de amor místico conocido como *sahaja*, una *unio mystica*, o conjunción del amor espiritual y el amor físico natural transmutado por aquél. La palabra *sahaja* puede traducirse aquí como «unión», «espontaneidad» o «ser sin esfuerzo». Supone todo lo que es relajado y natural, abierto o directo. Sin embargo, el logro de *sahaja* presupone la fuerza y la especial vitalidad del cuerpo que se alcanza a través de una preparación yóguica estricta, rigurosa y prolongada. No se trata aquí en absoluto de plantear ninguna conexión entre el cultivo de *sahaja* y Anandamayí, aparte de que *sahaja* es un ejemplo de sensibilidad integral que existe en la cultura india, donde la corriente emocional de la espiritualidad es tan fuerte, tan *totalizadora*, que bajo ciertas condiciones la sexualidad queda incluida en un amor místico omniabarcante. No hay duda de que el yoga y otras disciplinas de *sádhana* tienen la capacidad de hacer de los sentimientos sexuales algo completamente irrelevante, particularmente entre *sádhakas* con fe profunda en los poderes de su guru.



*Anandamayí en los años 1930
(fotografía del archivo del áshram)*

Esto no tiene connotaciones moralistas en el sentido occidental, ni hay en ello

ninguna huella de represión puritana. Por esta razón, las ideas occidentales sobre la espiritualidad femenina, incluidas las actitudes cristianas hacia la maternidad y la Virgen María, no se corresponden con la atribución de cualidades maternas a Anandamayí por parte de sus seguidores, que se refieren a ella como «Matajī» para representar la feminidad sagrada que ellos honran en su amada *Ma*.

Se puede observar que la narración biográfica en esta celebración del centenario se detiene unos cuarenta años antes de que el ministerio de Anandamayí terminara con su *Mahasamadhi*. Hay varias razones para ello, y éstas nos dicen mucho sobre el carácter de su ministerio. En el punto en que acaba la *narración* en este libro, necesariamente la *descripción* reemplaza a las convenciones de la biografía; y la descripción más vívida de la vida posterior de Matajī que puedo ofrecer es la colección de fotografías aquí reunidas. Su vida fue su ministerio; no había absolutamente nada más en todo lo que hizo. Es importante subrayar esto, por obvio que pueda parecer, pues la mayoría de nosotros llevamos una vida dividida en compartimentos, escindida, como mínimo, entre «trabajo» y «ocio». Matajī nunca, en ningún momento de su vida, hizo eso, ni por un solo día. Su vida estaba tan completamente ocupada en su atención a los otros que no hay historia que contar. No, al menos, en un relato que pueda ser narrado. Sus dotes incomparables quedaron en la vida de todos los que llegaban a ella. Son las historias de la vida de ellos las que se convierten en la historia de la vida de ella. En realidad, nada prueba tan perfectamente lo acertado de su propia afirmación —«Yo soy siempre la misma»— como el hecho de que no hay *ninguna historia*, pues una historia, como todos sabemos, tiene un principio, un desarrollo y un desenlace. Que yo, y otros, hayamos encontrado el hilo de una historia es consecuencia de la naturaleza de ciertos acontecimientos, todos los cuales apuntan hacia el eje central de todo lo que podemos contar de la vida de Anandamayí: su unión perenne con la *Fuente*, ese místico punto cero de máxima potencia. En efecto, en varias ocasiones, cuando los niños se acercaban a Matajī con libretas de autógrafos, ella inscribiría sólo un punto en medio de la página, diciendo: «Mirad atentamente, pues en ese punto todo está contenido».

Con la narración desplazándose aquí hasta el nivel molecular de la búsqueda espiritual emprendida por cada buscador individual, la historia, tal como es, se convierte básicamente en cuestión de áshrams que van surgiendo y un calendario anual de fiestas, retiros y visitas ocasionales de Matajī a esas instituciones. Por debajo de lo que experimentábamos como convergencias caleidoscópicamente variadas de un movimiento espiritual interior con otras manifestaciones de la *lila* de Anandamayí, estaban los niveles profundos de compromiso. No se debe olvidar que la vida del *sādhika* consagrado implica siempre la superación disciplinada de severas pruebas y el paso por notables dificultades así como momentos estimulantes de total alegría. Atmananda, que dedicó muchos años a poner en claro las enseñanzas de Matajī para los demás, también conocía directamente la experiencia de cómo se siente la aceptación del desafío de esa enseñanza y su puesta en práctica:

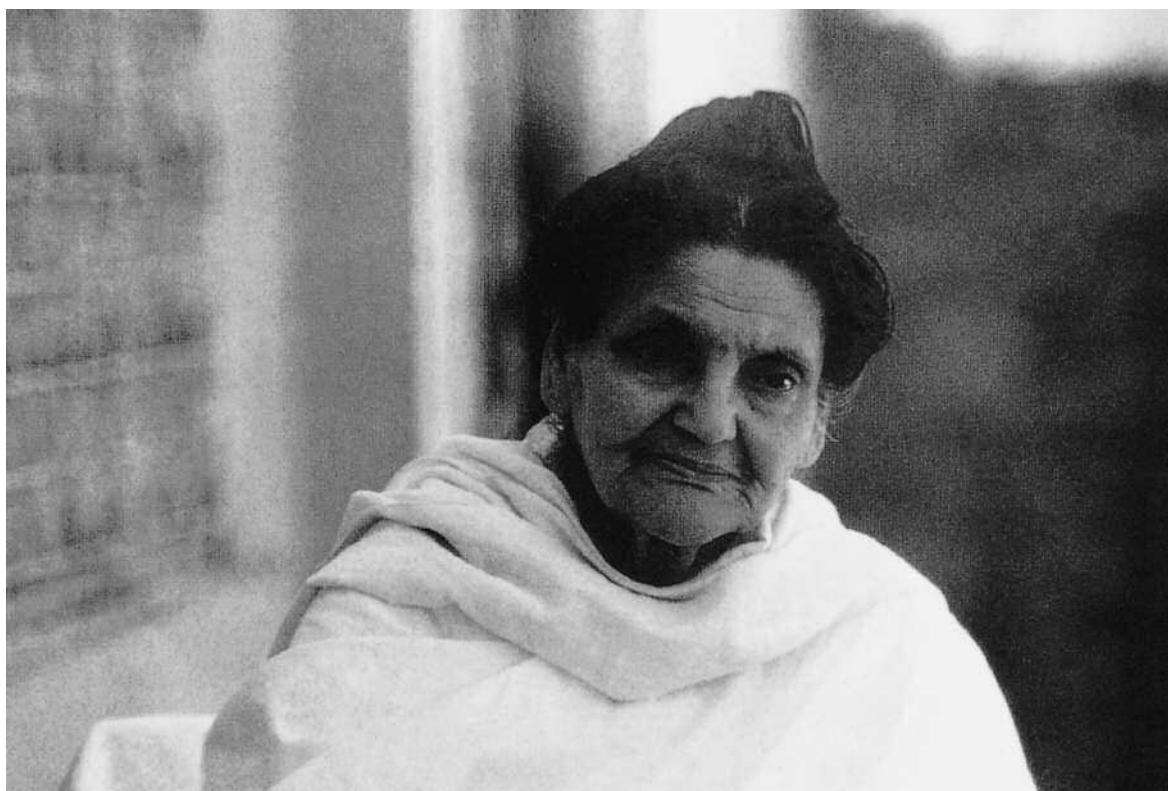
Matajī no da órdenes con frecuencia, y probablemente sólo lo hace con aquellos que por intuición, discriminación y experiencia han establecido en sí mismos una fe implícita en su sabiduría inagotable. Pero cuando las da, el único camino es obedecer sin preguntar la razón de la orden. Junto con la tarea que impone, Matajī transmite el poder de realizarla. Pero a menudo no es fácil. Es una experiencia común que obedecer las órdenes de Matajī

estimula la inteligencia y desarrolla la iniciativa. Requiere gran vigilancia y concentración; de hecho, es como si cada orden estuviera ingeniosamente calculada para sacar el máximo de la capacidad, el valor, el dominio de sí y el poder de resistencia de uno mismo, así como para llevar a la superficie las debilidades y defectos, para que puedan ser erradicados.

Poner la propia vida en manos de Matajī es volverse libre poco a poco de la dependencia de los demás, de las cosas y las ideas, ser liberado de todo tipo de miedo, como el miedo a la inseguridad, a lo que pueda decir la gente, el miedo al fracaso, el dolor y la muerte. Todo se puede perder, Matajī permanece.

Con una manifestación tan rica, diversa y visualmente llamativa como la de Anandamayī, lo importante es no perder el todo en los detalles. Como este texto ha tratado de aclarar, el centro de su vida ha sido tan firme como persistente. Cuando ya no tenía fuerza para contestar a las preguntas de la gente, no tenía más que un mandato: *Bhagaván ke niye thakó* («vivid en la presencia de Dios»). Si ése es el mínimo irreducible de su enseñanza, ella misma nos lo proporciona con un resumen de su vida:

En Puri, le preguntó en cierta ocasión una señora: «Ma, ¿tienes un sentimiento de deber



Anandamayī en sus últimos años (fotografía del archivo del áshram)

hacia tu marido? Le miras como tu guru. ¿Son tu marido y todos los demás iguales para ti?». Bholanath estaba sentado cerca. Matajī sonrió y contestó: «Si diera una respuesta veraz a esta pregunta, Bholanath se enfadaría conmigo». Diciendo esto, rió y luego dijo: «Todo el mundo es igual, no obstante, dondequiera que es necesario un modo particular de conducta, ésta se produce. En la infancia mis padres eran mis gurus. Después me presentaron a mi marido como guru. En esa época había un fuerte sentimiento de *gurubhava* hacia mi marido. Hoy veo al universo entero como mi guru. También tú eres mi guru. Todo es Su forma. No hay nada más que el Uno».

Se dice habitualmente que la muerte física es la unión última con la Fuente de la Vida, o la vuelta al Fondo de nuestro ser. Para Anandamayí no existía ninguna separación del Uno, de manera que dejar el cuerpo no era *nada especial*, probablemente por eso decía que lo dejaría de «la más ordinaria de las maneras ordinarias». A principios de 1982, a los ochenta y seis años de edad, había realizado el duro viaje desde Kankhal, cerca de Hardwar, en las estribaciones occidentales del Himalaya, hasta Calcuta, y luego el regreso. Mientras estaba en Bengala visitó Agartalá, no lejos de su lugar de nacimiento. Pero parecía estar con una salud debilitada cuando fue visitada por Su Santidad Sri Shankaracharya de Sringeri Math en julio de ese mismo año. Cuando él le deseó ardientemente que se pusiera bien pronto, ella contestó: «Baba, este cuerpo no está enfermo en absoluto. Lo que sucede se debe a la llamada del No manifestado. Todo lo que has observado se debe a eso». Unos días después, la primera ministra, Indira Gandhi, acompañada de su hijo Rajiv, su nuera Sonia y sus nietos, le rindieron una breve visita. Matajī se sentó durante unos pocos minutos, pero ésta fue la última vez que lo hizo con unos visitantes. En su último día de luna llena, dio *diksha* por última vez, diciendo: «Este cuerpo se dio *diksha* en este mismo día», el 3 de agosto de 1922. La mañana del 27 de agosto las jóvenes que la atendían la escucharon pronunciar «Narayan Hari» varias veces en voz baja. Ésas fueron sus últimas palabras. Aquella tarde, abrió súbitamente los ojos y miró con plena atención durante aproximadamente un minuto. A las 7,45 de la tarde abrió los ojos y miró hacia arriba. Pocos minutos después, expiró.

El cuerpo de Matajī fue llevado a la galería delantera del áshram, y una inmensa multitud llegó para el *darshan*. Vino gente de todos los lugares de la India, por avión, tren, autobús y coche, algunos andando más de un día y una noche. Su cuerpo fue entonces llevado en un vehículo abierto desde el áshram de Kishenpur a otro en Kankhal. Desde Hardwar en adelante las multitudes se apiñaban en carreteras y azoteas para un último *darshan*, lo que continuó durante toda la noche y la mañana siguiente en el áshram de Kankhal.

Matajī no había dejado ninguna instrucción, ni siquiera ninguna sugerencia sobre lo que se debía hacer con su cuerpo. Aunque no era una *sannyasi*, los rituales relacionados con su *Mahasamadhi* se realizaron según los deseos unánimes de todos los superiores de las órdenes religiosas que se habían reunido en cónclave para la ocasión. Se adhirieron estrictamente a los mandatos escriturarios para cuando un *sannyasi* deja su cuerpo. El cuerpo de Matajī fue colocado dentro del *samadhi*, revestido con losas de mármol blanco, en postura sedente. Quinientas libras de sal de roca se pusieron en la cavidad, y se colocó una losa de mármol en la parta alta como cubierta. Una gran reunión de dignatarios estuvo presente en los últimos ritos, encabezada por la primera ministra Gandhi. Después, se ha construido una capilla de mármol blanco elegantemente rematada sobre el *Mahasamadhi*.







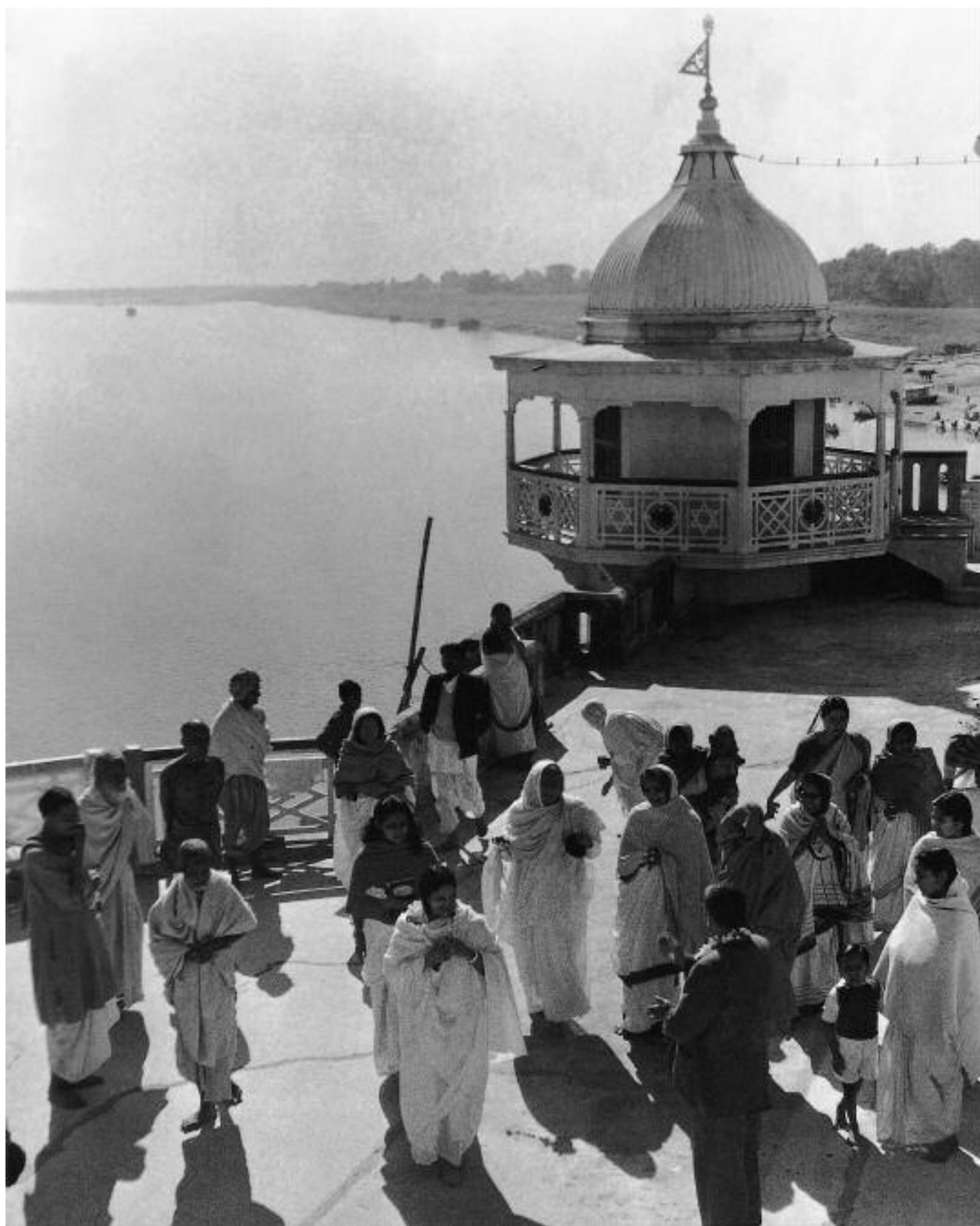










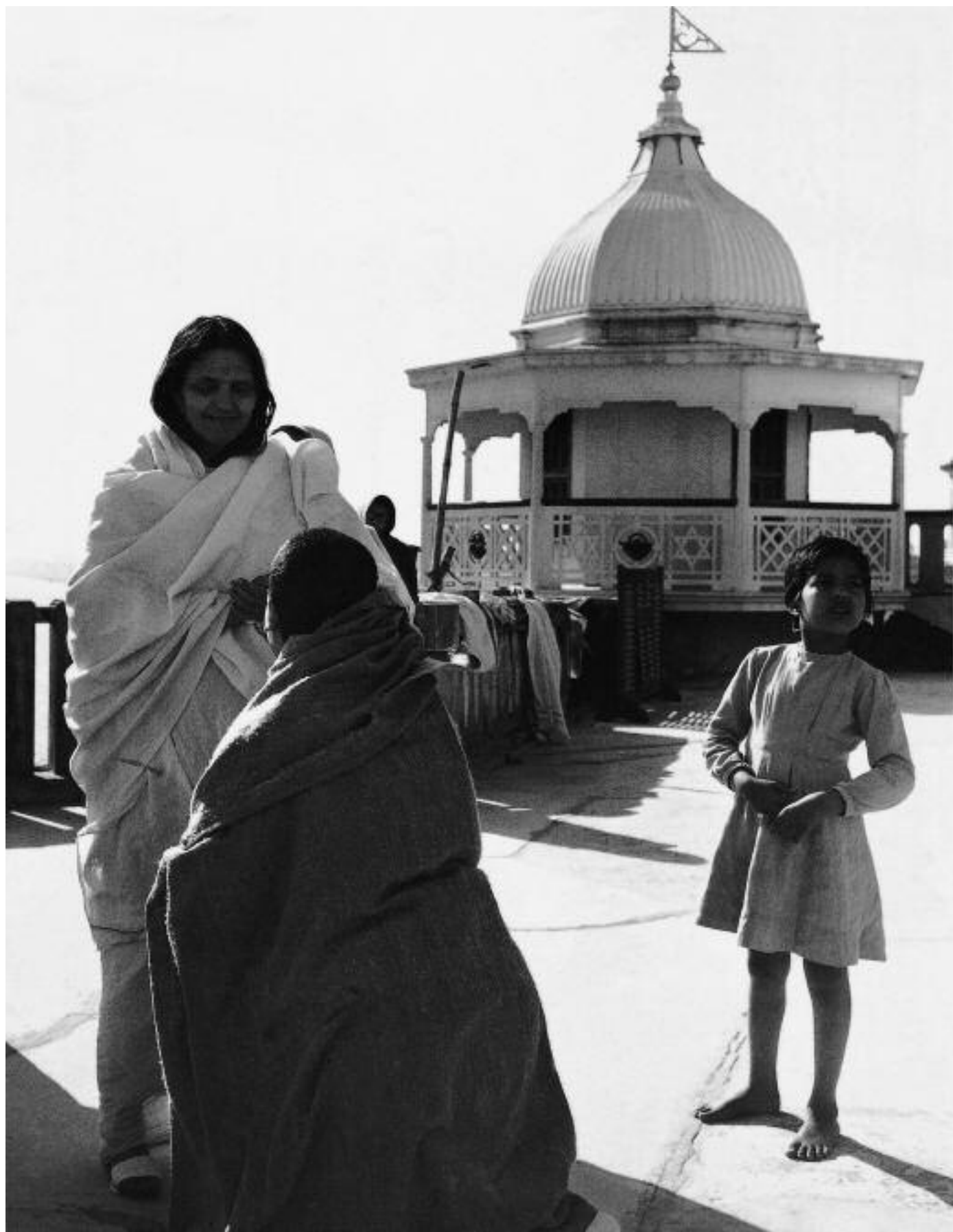




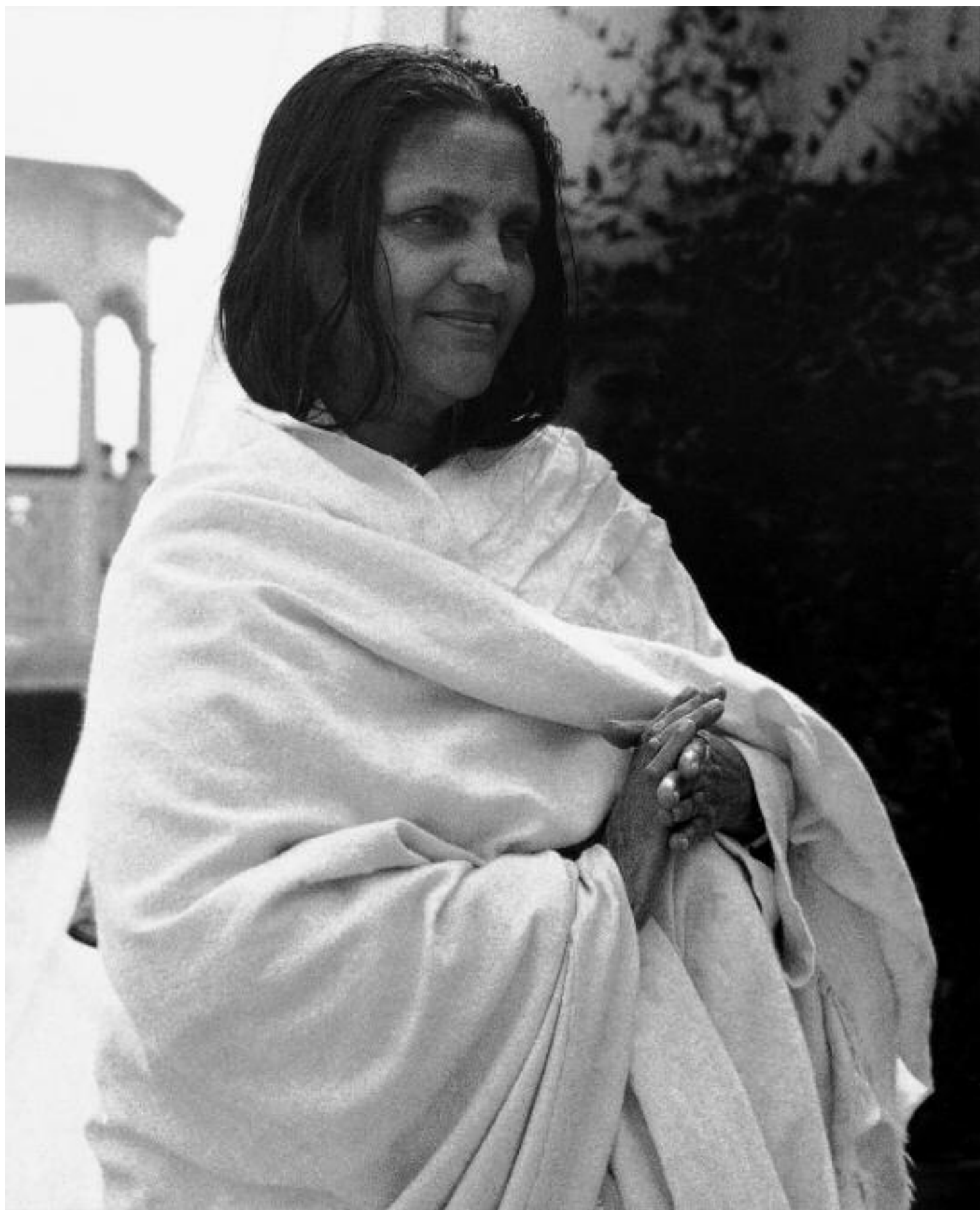


















Una niña de la escuela del áshram canta mientras realiza la circumambulación de una imagen de la diosa Durga durante la Durga Puja, áshram de Benarés



*Anandamayí preside la puja durante un festival en honor de la diosa.
Jagadhatri de noche, áshram de Benarés*



Un joven devoto golpea el gong durante un festival, áshram de Benarés



Niñas de la escuela del áshram bajan por una escalera hasta el Ganges durante la Durga Puja, áshram de Benarés



Unos visitantes despiden a una imagen de la diosa Durga antes de su inmersión en el Ganges durante la Durga Puja, áshram de Benarés















Anandamayí en samadhi durante la ceremonia de su 59 cumpleaños (tumbada en medio de la foto en la parte alta de los escalones del templo repletos de ofrendas), áshram de Almora

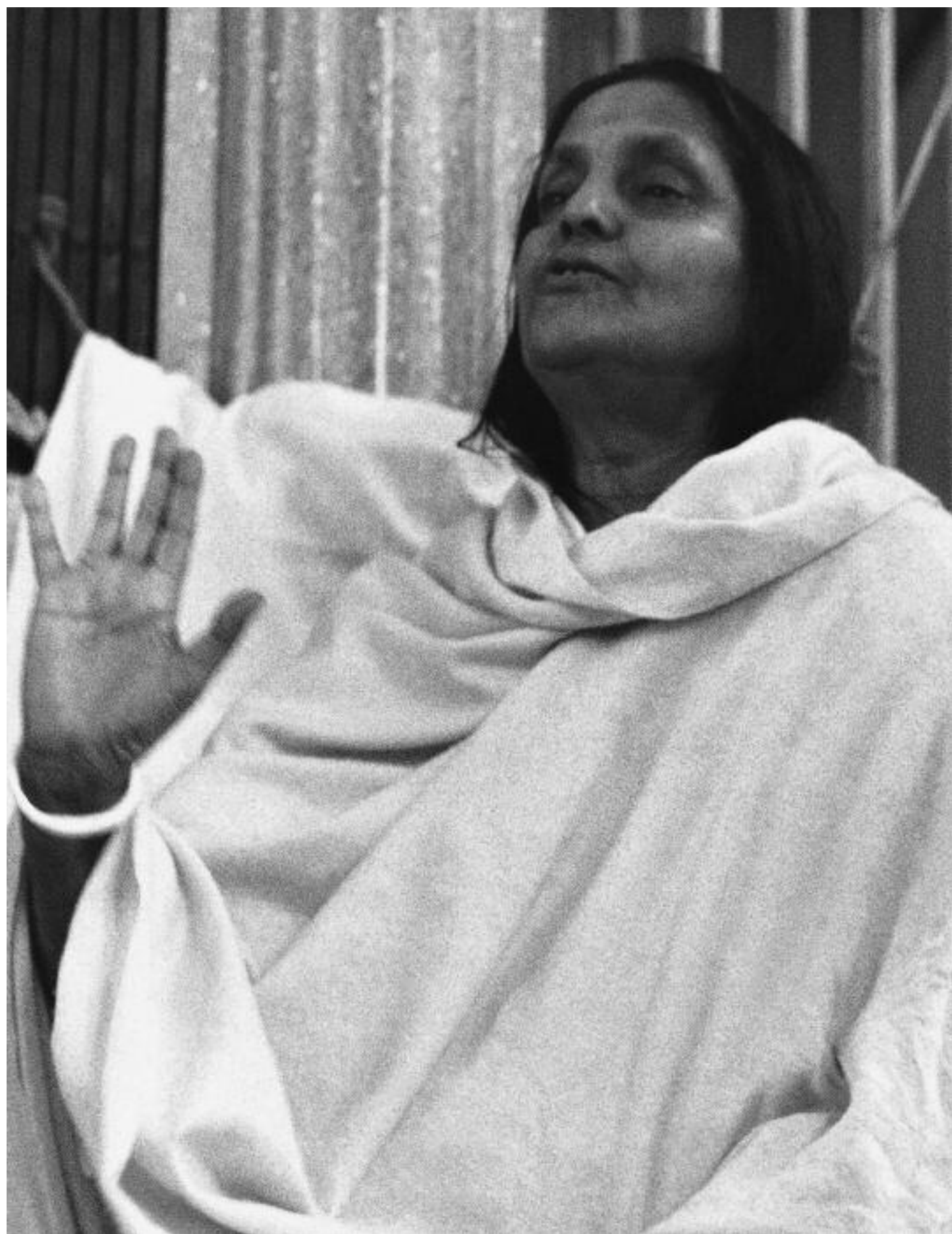


*Joven con un chal, que lleva escrito en devanágari el signo «Ma»,
rinde homenaje a los pies de Anandamayí durante el samadhi
de su cumpleaños*

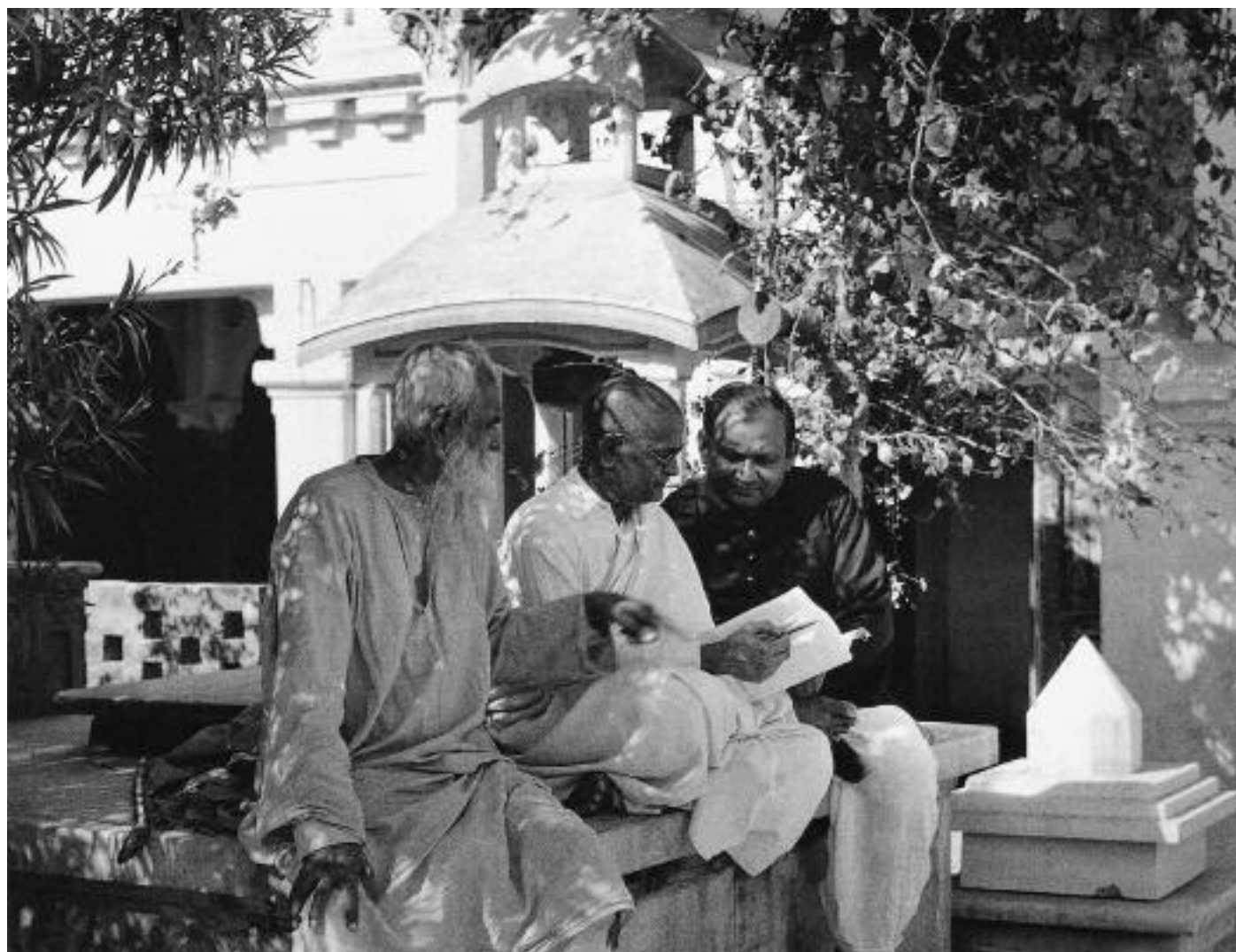


*Anandamayí, tras salir del samadhi al
amanecer, pasa sobre un mándala pintado
en el suelo. Celebraciones de su 59
cumpleaños, áshram de Almora.*







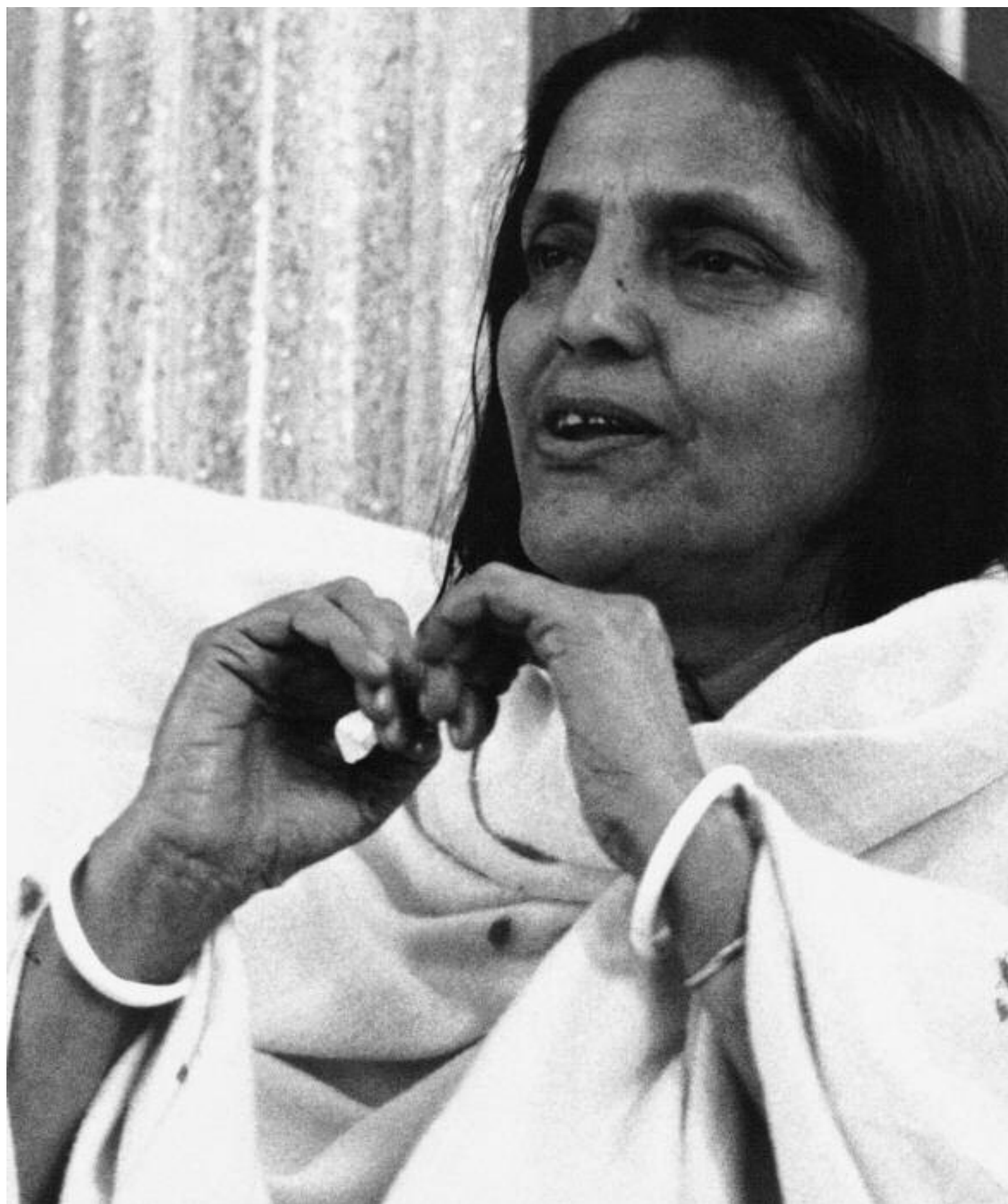


Un grupo de sādhas en el jardín terraza, Benarés











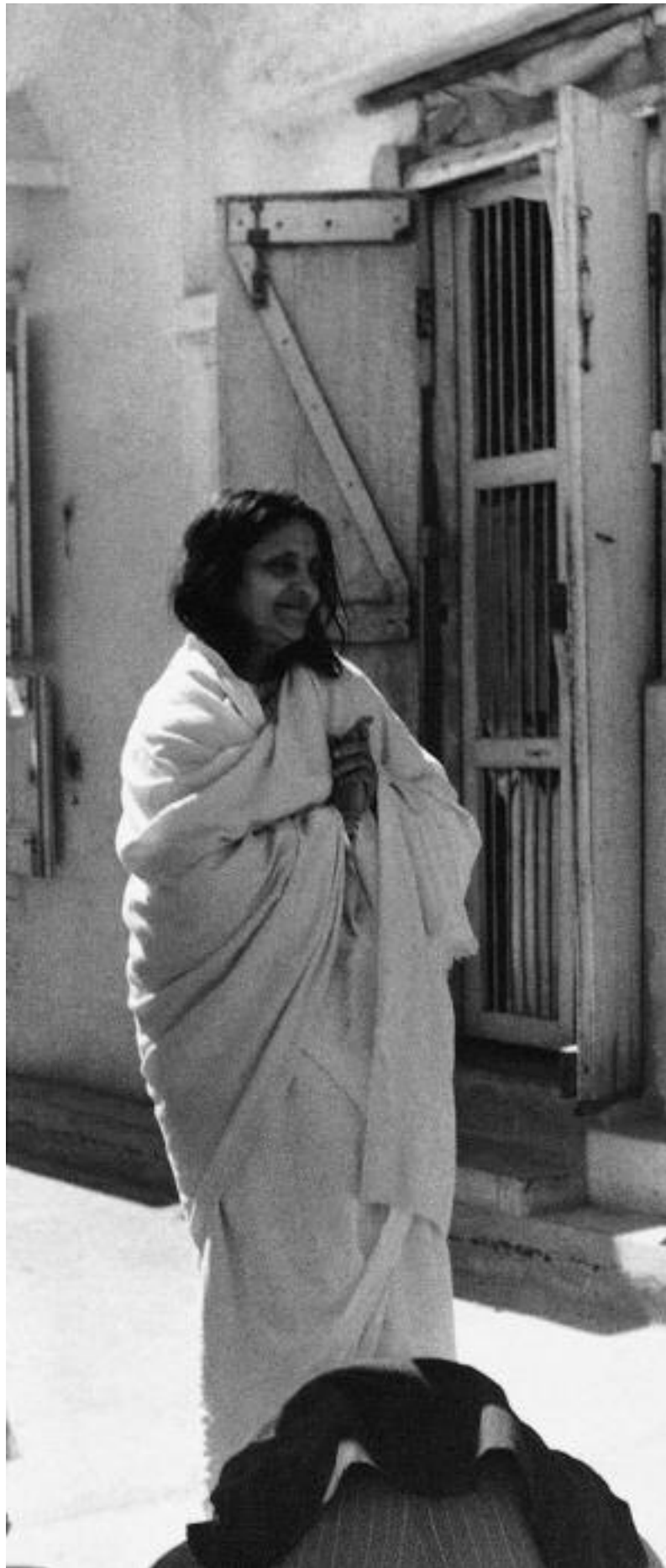


Anandamayí con seguidores observa la instalación de una divinidad para un festival, áshram de Benarés

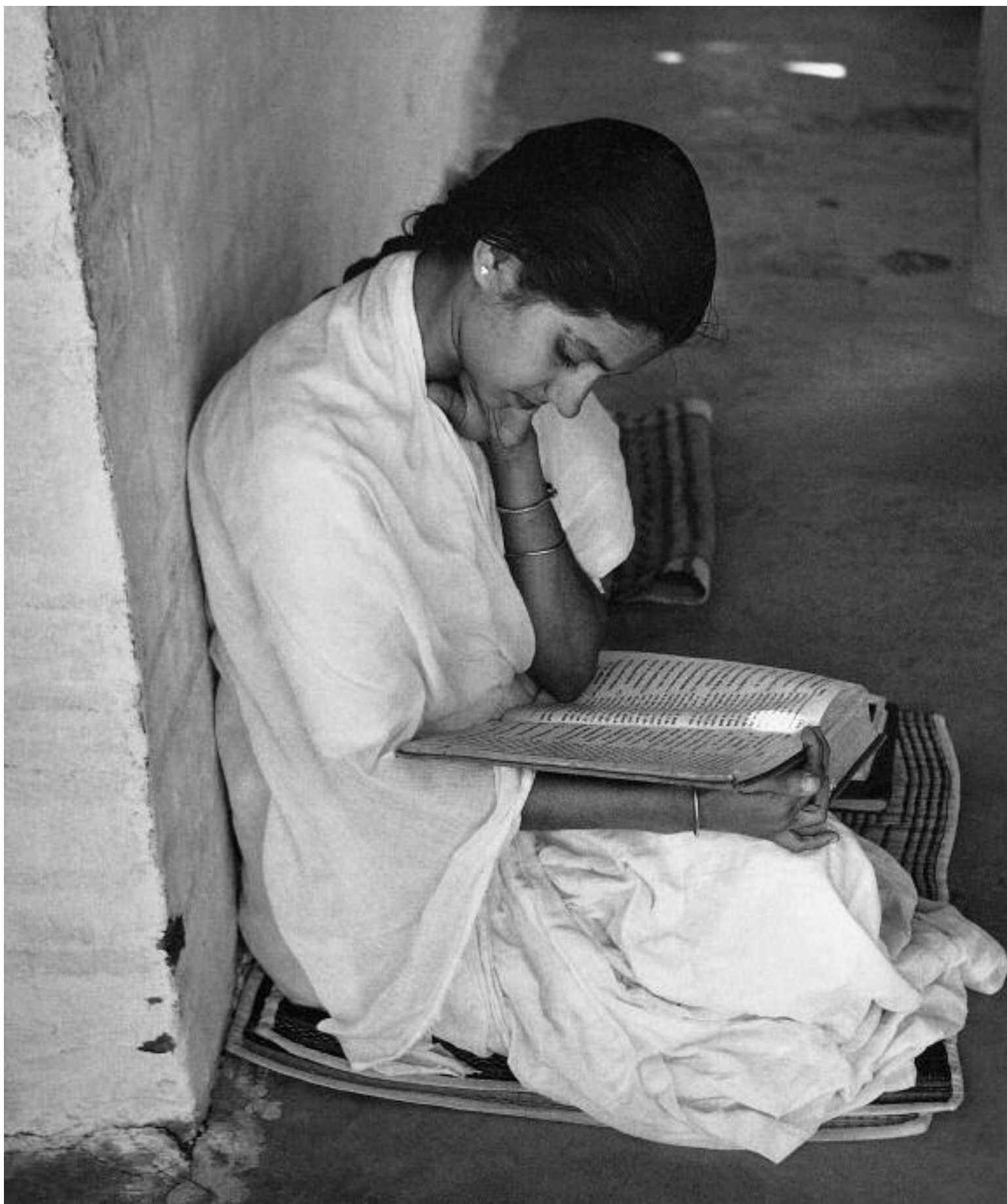


Anandamayí participa en la reparación de unas zapatillas en el curso de un paseo, áshram de Vindhyáchal









Una joven lee el Mahabhárata, áshram de Vindhyáchal



Un brahmachari hace un comentario de la lectura diaria del Mahabhárata durante el satsang en el patio, áshram de Benarés



La madre de Anandamayí, Swami Muktananda Giri («Didimá»)





Niños en la escuela del áshram con su maestro, con chales que llevan el signo «Ma» escrito en devanágari, áshram de Benarés

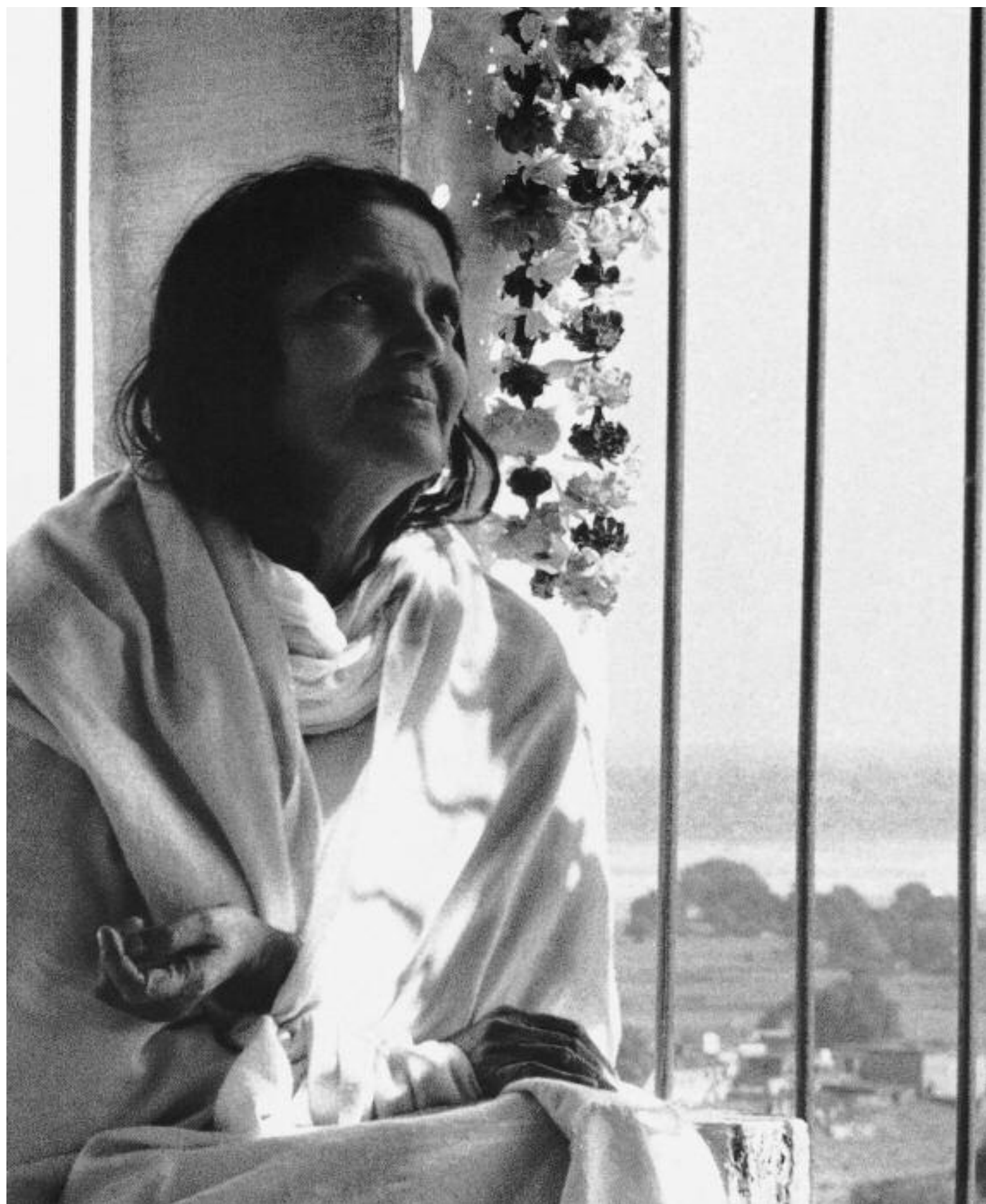


Niño en la escuela del ásbram



Un grupo de devotos tocando el gong, címbalos y tambores acompañan cantando durante un festival, áshram de Benarés



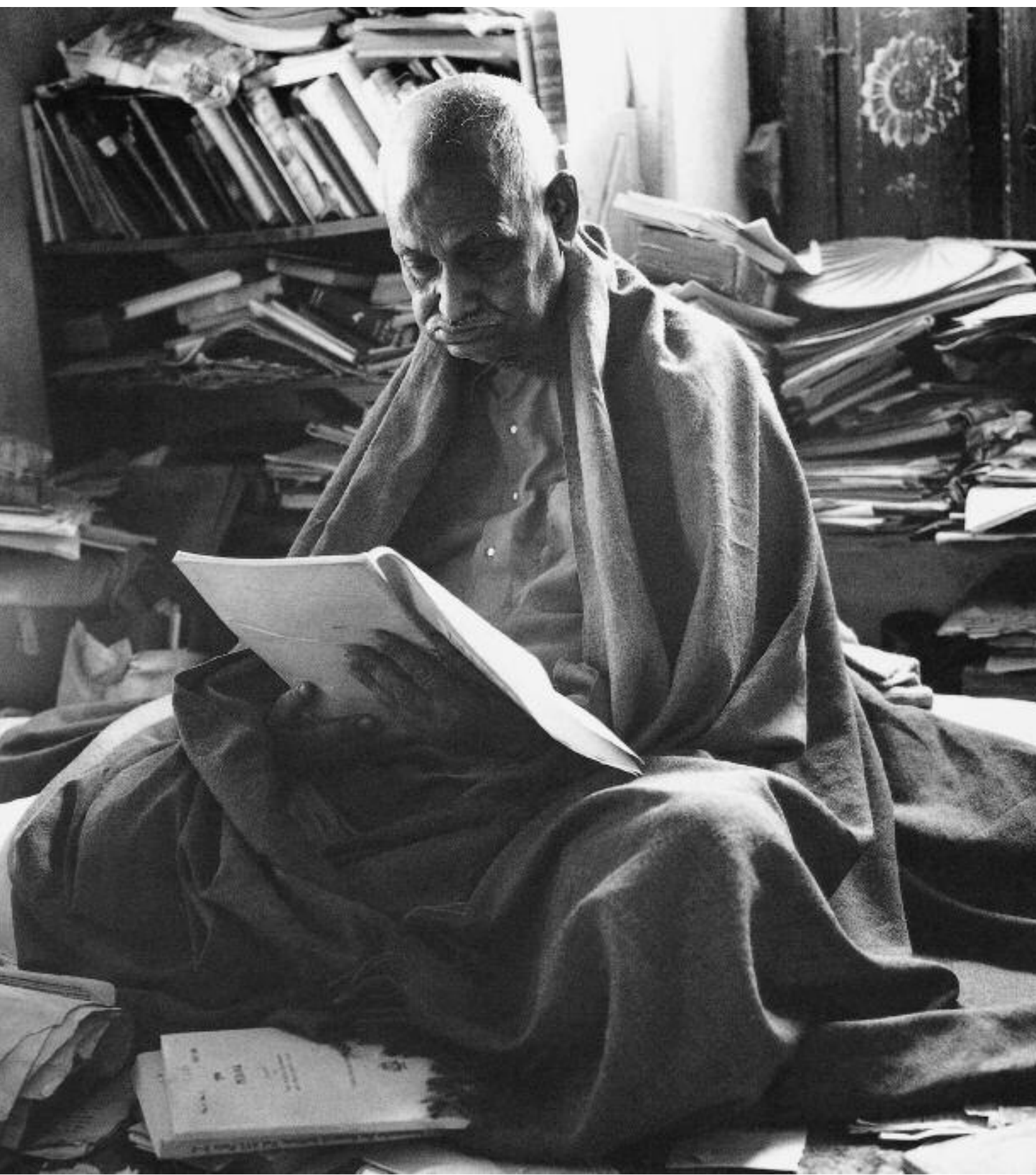




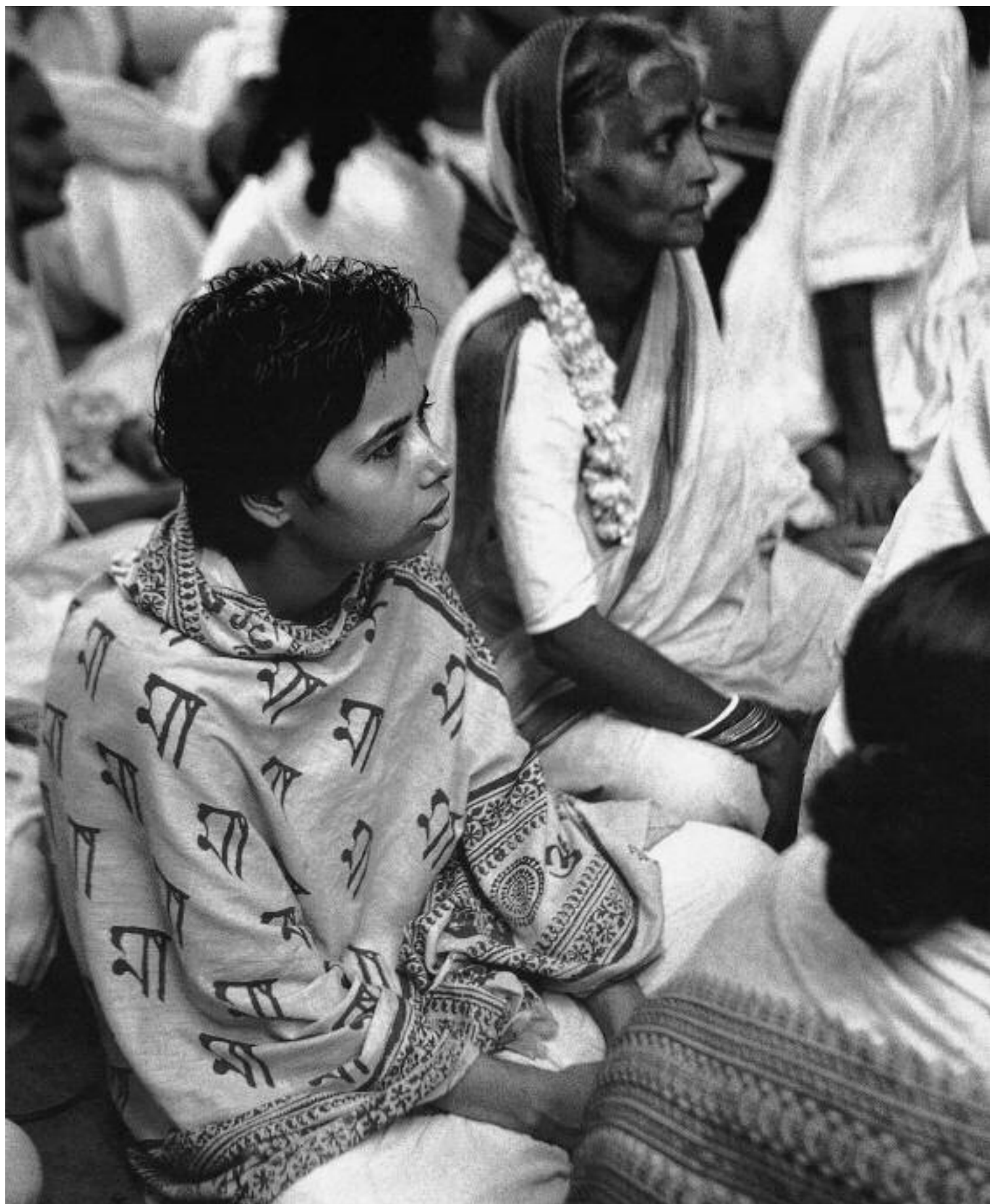




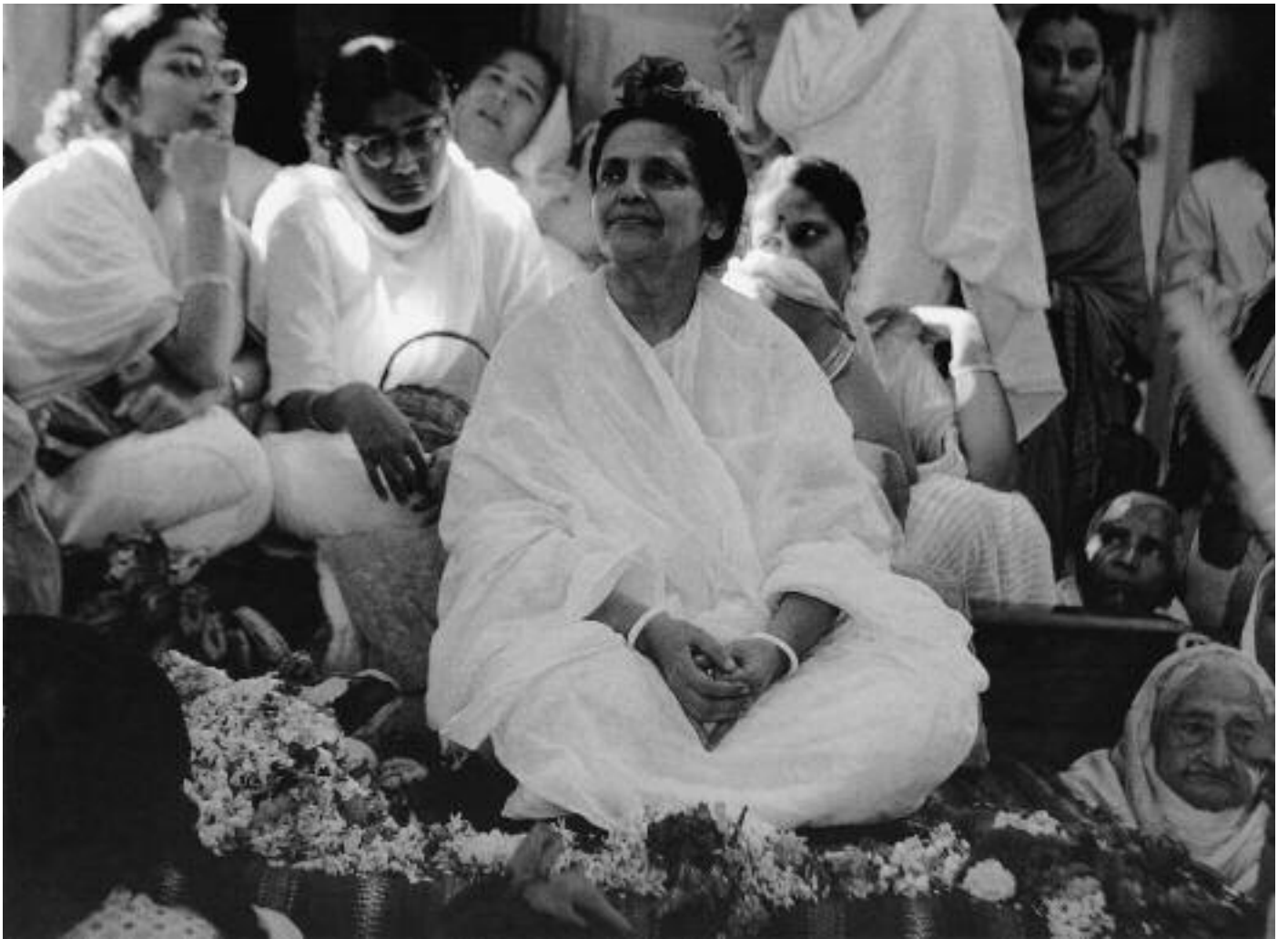




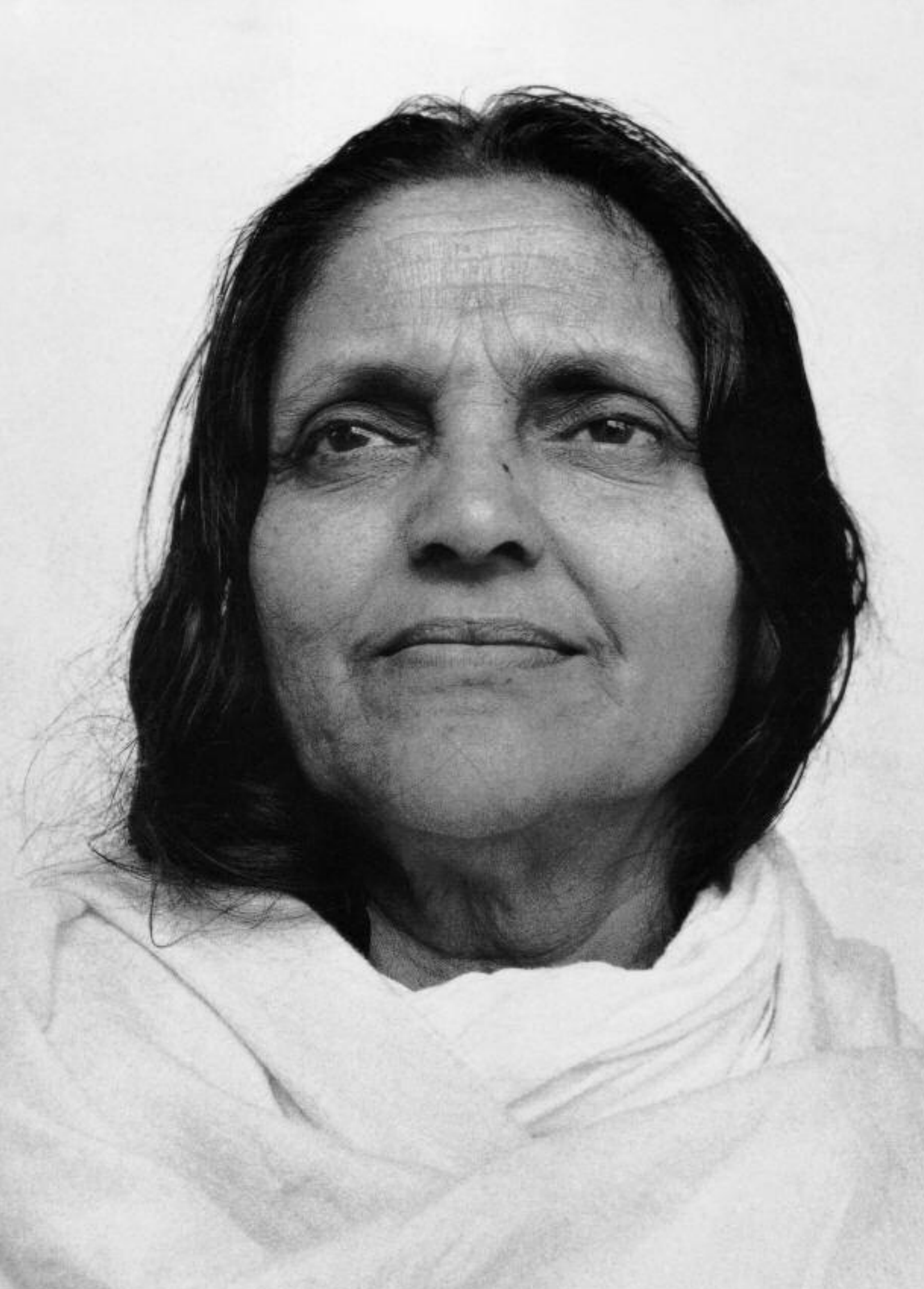
Mahamahopadhyaya Dr. Gopinath Kaviraj



Muchacha de la escuela del áshram, áshram de Benarés









CAPÍTULO 6

Discursos y diálogos de Anandamayí

UN VIAJERO pasó junto a un gran loto que crecía en una charca. Nunca antes había visto una flor de esa clase y, sorprendido por su belleza, se paró a admirarla. Observó que una rana y un pez nadaban en el agua justo debajo del loto. «¿Cuál es esa planta maravillosa que está encima de ti?», preguntó a la rana. «Bien —fue la respuesta—, ¿qué va a ser? No es nada especial, sólo una cosa ordinaria», y se alejó a cazar insectos. Decepcionado, el hombre habló al pez, que contestó: «¿No has oído lo que te ha dicho mi amiga la rana? Es sólo una cosa común, algo vulgar y corriente, nada especial». En ese momento, el caminante vio a una abeja que volaba suavemente hacia el loto. Trató de detenerla para averiguar algo más, pero la abeja le dejó con la palabra en la boca: «Ahora no tengo tiempo, espera un poco». Diciendo esto, el insecto se hundió en el corazón de la flor, bebiendo su néctar durante largo rato. Después, voló de nuevo sobre el hombre: «Ahora me puedes hablar». El viajero repitió la pregunta y añadió: «Dime, ¿qué has hecho ahí tanto tiempo?». «¿No lo sabes? —dijo la abeja alegremente—. Ésta es una flor maravillosa, llena de néctar delicioso que he estado bebiendo y que hace que ahora me sienta completamente revitalizada».

Es posible vivir durante mucho tiempo cerca de *sadhus* y *mahatmas*, sabios y santos, sin ser capaz de reconocer su verdadera condición. Mientras que quien está interiormente preparado y listo para ese contacto puede llegar desde una gran distancia y en un minuto conocer lo grande y lo santo por lo que realmente son; depende de la capacidad de cada uno para penetrar en la esencia de las cosas.

Pregunta: Oímos tantas cosas hermosas...

Respuesta: ¿Hermosas? Mientras hagas distinción entre hermoso y feo, no has escuchado.

Pregunta: ...y algo comprendemos...

Respuesta: ¿Comprendemos? Eso es inútil, pues quien comprende y lo que es comprendido han permanecido separados.

Pregunta: ...y algo olvidamos...

Respuesta: ¿Olvidamos? Olvidad el olvidar; la muerte debe morir.

Pregunta: ...y algo recordamos...

Respuesta: ¿Recordar? Eso significa que lo mantienes en tu mente. Tíralo. Déjalo a sus pies. Lo que digo es: mantén el *satsang*.³ *Satsang* significa en realidad la comprensión de Lo Que Es. Permanece a la sombra de los árboles, entendiendo por «árboles» a los *mahatmas*, buscadores de la Verdad, aquellos que no llaman a nadie ni despiden a nadie. Escúchales. Escucha a los que pueden decir cuándo aprenderás cómo «escuchar» y cuándo escucharás el Sonido Eterno, de manera que no exista ya ni el que escucha ni lo escuchado. Una cosa similar vale para lo que se llama *darshan*, la bendición de la presencia. La gente viene, toma el *darshan* y se va de nuevo. Pero el *darshan* real significa que uno nunca puede ser apartado otra vez de la visión.

3. El significado de *satsang* en este libro es «la compañía de buscadores espirituales».

También puede significar una reunión religiosa, o la recitación de textos sagrados y el canto de himnos.

Una joven quería conocer el remedio para los desvanecimientos que experimentaba desde la infancia y que solía experimentar siempre que escuchaba *bhajans*, asistía a una *puja* o se concentraba en su casa en la estatua de Sri Krishna. Anandamayí le preguntó detenidamente y durante diez minutos le dio una explicación completa del sentido de lo que le exponía, y finalmente la exhortó a practicar el autocontrol. «Puesto que permaneces inconsciente durante esos desvanecimientos —razonó— y en todo este largo tiempo no te han provocado ningún progreso espiritual, ni tampoco favorecen tu *sádhana*, debes considerarlos desfavorables y debes por tanto esforzarte por mantenerte firme siempre que sientas el impulso de desmayarte. Refúgiate en el *japa* y fortalece tu mente repitiendo el nombre de Dios». Luego, poniendo la mano en los hombros de la joven, dijo, sonriente y con extrema ternura: «Has recibido el *darshan*», y Anandamayí cruzó las manos ante ella como saludo, lo que hizo que todo el mundo riera. La joven derramó abundantes lágrimas de alegría. En ese momento, una voz preguntó:

Pregunta: ¿Cuál es el camino más fácil hacia Dios?

Respuesta: Las lágrimas abundantes.

Pregunta: ¿Y si las lágrimas no llegan?

Respuesta: Entonces debes buscar la compañía de aquellos que derraman lágrimas, quiero decir, en *satsang*. Éste es el camino más fácil hacia Dios, por el amor y la devoción.

Pregunta: A menudo te oímos decir: «Pensad en Dios». Pero sin duda Dios es impensable y sin forma. Lo que se puede pensar debe tener nombre y forma, y por lo tanto no puede ser Dios.

Respuesta: Sí, sin duda, Él está más allá del pensamiento, la forma y la descripción, y sin embargo digo: «¡Pensad en Él!». ¿Por qué? Puesto que estás identificado con el ego, puesto que piensas que eres el autor de tus acciones, puesto que dices: «Puedo hacer esto y aquello», y puesto que te enfadas, eres codicioso, etc., tienes que aplicar tu «yoidad» al pensamiento de Él. En verdad, Él es sin forma, sin nombre, inmutable, insondable. Es igual si Él ha venido a ti en la forma de Sonido Eterno o si el descenso de Dios ha sido en la forma de la Palabra, o en la forma de Avatara. También éstos son Él y, por consiguiente, si obras de acuerdo con Su nombre y contemplas Su forma, el velo de lo que es tu «yo» se agotará y entonces Él, que está más allá de la forma y el pensamiento, resplandecerá.

Piensas que estás empeñado en la *sádhana*, pero realmente es Él quien hace todo, sin Él nada se puede hacer. Y si imaginas que recibes según lo que haces, tampoco eso es correcto, pues Dios no es un comerciante; con Él no hay ningún regateo.

Pregunta: Se pide a la gente que adore a Dios, que cante Su alabanza en himnos, que realice *puja*, que repita constantemente Su nombre, y todo eso se hace sin saber qué es Dios. ¿Puedes explicarlo?

Respuesta: Dios es conocimiento total, y uno no puede conocer Su naturaleza verdadera hasta que alcanza el conocimiento del Sí. Entonces, se descubrirá que Él no era otro que uno mismo, el *Atman* único, el Sí único, y que Él es con forma como el mundo y sin forma como *Chit*, Conciencia Pura. Entretanto, las oraciones, el culto y la meditación tienen que ser realizadas.

Pregunta: ¿Cómo *puede* estar libre nuestra mente para la oración y la meditación cuando estamos tan agobiados por las responsabilidades del trabajo y la familia? ¿Qué debemos hacer en este caso?

Respuesta: Deja que el trabajo se haga espontáneamente, sin tensión. Trabaja sin el sentimiento de que eres tú quien trabaja. Tómallo como si fuera el trabajo de Dios, que se hace a través de ti como instrumento de Él. Entonces tu mente estará en reposo y en paz. Esto es oración y meditación.

Si estás enfermo, vas a consultar al mejor médico. Si te pones en sus manos, puedes entonces quedar libre de preocupación y pensar: «Lo que suceda está bien, yo he hecho todo lo posible». ¡Pero acercarse a lo más grande es difícil, y cuesta tanto! ¡Uno tiene que dar, uno tiene que dar! Cuando se acerca a Dios, uno tiene que darlo todo, todo lo que posee. Pero la gente dice: «¿Cómo voy a entregar mi orgullo, mi ira, mi vanidad?, ¿cómo puedo soportar un insulto sin un murmullo?»

Las flores y los frutos nacen sólo porque están contenidos potencialmente en el árbol. Por lo tanto, debes aspirar a comprender el Elemento Supremo Único que arrojará luz sobre todos los elementos.

Este mundo no es en sí mismo sino una encarnación de la necesidad; por lo tanto, la angustia debida a la ausencia de satisfacción debe necesariamente perdurar. Por eso se dice que hay dos tendencias en la vida humana: la del mundo, en la que la necesidad sigue a la necesidad, y la otra, la del ser verdadero. Es la naturaleza misma de la primera el no poder terminar nunca en ninguna satisfacción, pues el sentimiento de necesidad es perpetuamente alimentado. Por el contrario, la segunda tendencia aspira a llevar a su conclusión las actividades del ser verdadero del hombre, para establecerlo en su naturaleza divina. De este modo, si se esfuerza por realizarse entrando en la corriente de su ser verdadero, esta corriente le llevará finalmente al equilibrio perfecto de su ser verdadero.

Un cacharro de tierra al que un *mahatma* había dado *Prana Pratisthá*⁴, contaba la historia de su vida. «Al principio —decía— yo era parte de la tierra. Era feliz y estaba en una paz perfecta. Pero un día llegó un hombre con una pala y me sacó. ¡Ay, dolía terriblemente! Luego se me llevó y me dejó amontonado en un rincón. Entonces pensé que me dejaría en paz. ¡Pero qué equivocado estaba! A la mañana siguiente, temprano, descubrí que había traído un martillo para aplastarme en polvo fino. ¡Qué espantoso sufrimiento padecí! Sin embargo, habiéndome convertido en polvo, renacieron mis esperanzas. ¡Sin duda ahora me dejarán en paz! Pero no, más dolor me esperaba todavía. Al día siguiente era mezclado con agua y aplastado. Cuando pasó esta dura prueba, esperé haber encontrado realmente una paz duradera. En vano; ¿no hay un fin

4. Para realizar una *puja*, en algunas ocasiones se utiliza una vasija de barro llena de agua del Ganges en lugar de un icono de una deidad. Antes de comenzar la *puja*, la vasija ha de ser puesta en una

relación viva con un aspecto particular del Poder Divino, mediante los ritos y mantras apropiados, para poder servirle de foco. Este tipo de vivificación se llama *Prana Pratisthá*.

a la desgracia? Se me puso en el torno del alfarero y me dieron vueltas y vueltas a una velocidad enloquecedora hasta que fui transformado en un cacharro. Ahora, tenía la completa certeza de que por fin me dejarían solo. Pero de nuevo estaba equivocado, pues mi destino era un nuevo tipo de tortura. Todos los días era expuesto a los rayos abrasadores del sol y todas las noches guardado en la casa. Esto continuó durante algún tiempo, para terminar en una suerte todavía peor. Oh Hari, una agradable mañana me metieron en el fuego y me cocieron en el horno. Sintiéndome dolorido por todas partes, me consolé: ¿Qué más me podían hacer? Sin duda aquello señalaba el final de mis tribulaciones, y en adelante disfrutaría de una paz tranquila. ¡Ni mucho menos! He aquí que era sometido a un nuevo tipo de prueba. Fui llevado al mercado y mucha gente llegaba y me golpeaba para ver si estaba bien y sin agujeros. Finalmente, alguien me compró y me llevó a su casa. Me llenó con agua del Ganges, me puso en un pedestal y realizó *Prana Pratisthá*, y así es como puedo hablar ahora».

Cuando de esta manera uno ha madurado y ha sido perfeccionado, será llenado con el Ganges (de sabiduría) y despertado a la Vida divina. Entonces uno podrá hablar.

En una ocasión, cuando el *satsang* hubo terminado, un anciano se despedía diciendo: «Se está haciendo tarde. Debo irme a casa». «Tarde, en efecto —coincidió Anandamayí—, tienes razón; pero ve a tu hogar real, no al *dharmasala* (albergue de peregrinos)». «No estoy en ningún *dharmasala*, tengo aquí mi propia casa», contestó él. Ella movió la cabeza y sonrió: «¿Llamas a eso casa? No te puedes quedar allí para siempre. Tus días están contados, y cuando llegue tu hora, tendrás que dejarlo. Yo lo llamo *dharmasala*. Hay reglas y normas; puedes permanecer durante algún tiempo, pero luego tienes que dejarlo. Este cuerpo te dice que encuentres tu hogar verdadero, del que nadie puede sacarte, que no es de este mundo. Cava profundamente y desentierra tu riqueza verdadera, encuentra tu hogar verdadero en Dios, que es tu propio Sí».

Cuando laváis la ropa, tenéis que utilizar jabón. Por supuesto, es cierto que la ropa no quedará limpia a menos que se aclare y se quite el jabón. Pero, ¿se puede quitar la suciedad sin jabón? El pensamiento de Dios es el jabón que al final tiene que ser quitado por las aguas purificadoras del Ganges del Conocimiento Supremo. No os preocupéis por los resultados. En los negocios, dais y obtenéis algo a cambio. Esto es lo que se llama un «trato», pero no es una ganancia real. Si adoptáis esa clase de actitud mercenaria, no llegaréis a ninguna parte. Nunca abandonéis vuestra práctica hasta que se dé la Iluminación. Debéis ser inflexibles en vuestra búsqueda. El recuerdo de Dios es como una llama. En cualquier dirección que se le sople, quemará todo lo que encuentre en su camino. Según vuestras acciones recogeréis los frutos. Ningún esfuerzo se pierde nunca. Obras buenas y malas producirán su cosecha en gran abundancia, pues Él es sumamente generoso. Tal vez penséis: «Yo quiero ser rey, pero mi deseo no me es concedido». Consigues exactamente lo que te es debido; nada menos y nada más. Cuando un cántaro lleno de agua tiene un agujero, aunque sea pequeño, toda el agua se escapará. Así sucede contigo: tu concentración no es nunca completa, hay una grieta, no quieres nada con todo tu ser.

Creación, preservación y disolución están constantemente en proceso, y todo está dentro de ti. ¡Trata de sondear el final de ti mismo, si puedes! Tú existes, y por esa razón existe el universo: todo el universo está dentro de ti. Pasado y futuro, este mundo y el otro, en efecto, todo está contenido en ti. Por lo tanto, en la medida en que seas libre — con todo el universo dentro de ti—, el hecho de tu libertad eterna queda revelado y no se plantea ya la cuestión de estar en esclavitud. Tú existes, por eso existe el universo.

Existe una relación eterna entre Dios y el hombre. Pero en su Juego, a veces está ahí y a veces está interrumpida, o lo parece, pero no es realmente así, pues la relación es eterna. Ahora bien, visto desde otra perspectiva, no hay nada parecido a una relación. Alguien, que vino a ver a este cuerpo, dijo: «Soy un recién llegado, nuevo para ti». Se le respondió: «En efecto, siempre nuevo y siempre viejo».

La luz del mundo viene y va, es inestable. La Luz eterna nunca se puede extinguir. Por esa Luz puedes percibir la luz exterior y todo lo que hay en el universo; sólo porque brilla siempre en tu interior puedes percibir la luz exterior. Todo lo que te aparece en el universo es debido sólo a esa gran Luz dentro de ti, y solamente porque el Conocimiento Supremo de la esencia de las cosas está oculto en las profundidades de tu ser es posible para ti lograr el conocimiento de algo.

Cuando Anandamayí iba de una sala a otra de un hospital, señaló: «También éste es un templo con imágenes de Dios. Es Él quien se manifiesta también en forma de enfermedad. En cada uno de estos templos los dioses y las diosas dan *darshan*».

La sensación de carencia, de vacío, y el ser verdadero de uno están exactamente en el mismo lugar; en realidad, son Eso y sólo Eso. ¿Qué son esa «sensación de carencia» y ese «ser verdadero»? Él y nada sino Él. Del mismo modo que hay una sola semilla, que es tanto el árbol como la semilla y todos sus variados procesos de transformación, así también el Uno es único. Tratas de aplacar la carencia con la carencia; por eso la carencia no desaparece ni tampoco la sensación de carencia. Cuando el hombre despierta a la aguda conciencia de esta sensación de carencia, sólo entonces se hace auténtica la pregunta espiritual. Debes recordar que sólo cuando la sensación de carencia se convierte en sensación de carencia del conocimiento del Sí, empieza la búsqueda real. Que lo llames el Uno, el Dos o el Infinito, cualquier cosa que digas, todo está bien.

Siempre que tengas oportunidad, ríe tanto como puedas. Así, todos los nudos rígidos de tu cuerpo se aflojarán. Pero reír superficialmente no basta: todo tu ser debe estar unido en la risa, interior y exteriormente. ¿Sabes cómo se expresa esto? Te estremecerás literalmente de alegría de los pies a la cabeza, de manera que será imposible decir qué parte de tu cuerpo está más afectada.

Lo que haces habitualmente es reír con la boca, mientras las emociones se mantienen en el cuello. Pero quiero que rías con todo tu semblante, con todo el corazón y con todo el aliento de tu vida.

«Nada ha sucedido», quien puede comprender esto es muy afortunado. Si puedes

comprender que nada ha sucedido, has sido bendecido con la visión interior.

Una mañana de 1953, en Hardwar, Anandamayí dijo: «También la ira es uno de Sus hermosos modos de ser».

Pregunta: ¿Por qué entonces se debe evitar la ira?

Respuesta: Porque es muy dolorosa para quien se enfada, y por ninguna otra razón.

Pregunta: Entonces, si uno pudiera reconocer la ira como uno de Sus hermosos modos de ser, ¿no habría necesidad de vencerla?

Respuesta: Mucho antes de que un hombre pueda alcanzar esa etapa, se habrá vuelto incapaz de ira.

Pregunta: ¿Qué pasa entonces con los antiguos *rishis*? Se nos ha dicho que a veces se enfadaban mucho.

Respuesta: Ése es un nivel completamente distinto. Quien tiene el poder de crear ejerce también el poder de destruir. Además, el estado de *rishi* es también una etapa.

Atmananda relata la siguiente conversación. Cogiendo una ramita de buganvilla, Anandamayí dijo:

«¡Qué hermosa! ¡Mirad, las hojas son de color *gerua*!» [el color de la ropa de los *sannyasis*, los monjes indios].

«En mi país todas las hojas se vuelven *gerua* en el otoño.»

«¿En tu país? ¿Cuál es tu país?»

«Donde acostumbraba a estar antes de venir a la India.»

«¿Antes? ¿Qué significa eso? ¿Y antes de eso, dónde estabas?»

«¡Contigo!»

«¿Conmigo? ¿Como lo sabes?»

«¡Tú lo sabes!»

«¿Cómo sabes que yo sé?»

«¡No sé!»

«¿Cómo sabes que no sabes?»

«No sé nada, ¡soy tonta!»

«¿Cómo sabes que eres tonta?»

«¡Ahora tendré que quedar en silencio!»

«¿Y para que servirá ese silencio?»

«La conversación ociosa y las tonterías se quedarán sin decir.»

«¿Y con qué fin?»

«No lo sé.»

«¿No lo sabes? ¿Otra vez repites que no sabes? ¿Tiene derecho a enfadarse quien no sabe nada? Quien sabe se enfada porque esto o aquello no es como debiera ser. Pero un tonto no se puede enfadar, puesto que no sabe cómo deben ser las cosas. Recuerda siempre que eres tonta y que, por tanto, no puedes enfadarte. Es “yo” el que se enfada y es el “yo” el que tiene que ser eliminado. Entonces el tonto (*buddhú*) puede tal vez convertirse en iluminado (*buddha*). En cualquier caso, recuerda que no sabes nada y, por lo tanto, no hay ninguna razón para enfadarse. Entonces el “yo” desaparecerá y “Atmananda” puede llegar a revelarse.»

Ten mucho cuidado con quién aceptas como tu guru. No te apresures. Tómate tu tiempo para ello y utiliza tu inteligencia. Pero una vez has aceptado un guru, eso es irrevocable y debes entregarte completamente. Si fallas en esto, es que no has aceptado a tu guru.

Hace varios años, unos occidentales fueron a ver a Anandamayí y tuvieron una conversación con ella que proporciona una aclaración interesante sobre esta cuestión. Uno de ellos preguntó:

«¿Cómo puedo lograr el conocimiento del Sí?»

«Él es Auto-resplandeciente; es Él, no tú, quien puede hacerlo.»

«No obstante, ¿no debemos hacer algún esfuerzo?»

«Sí, el Sí está oculto por un velo; tienes que desgastarlo con tu propio esfuerzo.»

«¿Cuál es el proceso por el que eso se puede realizar?»

«¿Quieres realmente el conocimiento del Sí?»

«¡Por supuesto, lo quiero!»

«Entonces, ¿estás preparado para hacer exactamente lo que yo te diga sin dejar que interfiera tu juicio para nada?»

Aquí el caballero se quedó pensativo y vaciló. Evidentemente, se sentía a disgusto. Ella le sonrió animándole.

Al fin, el visitante dijo:

«Considero a Ramana Maharshi como mi guru, pero todavía no le he visto. Tengo intención de ir a Tiruvannámalai en breve.»

«Entonces, debes hacer exactamente lo que él te diga, pero ¿realmente quieres el conocimiento del Sí?»

«Sin duda; ¿no he hecho todo el camino hasta la India con este objetivo?»

«¿Para eso y nada más?»

«Para eso y nada más.»

Por tres veces Matajī repitió la pregunta, y tres veces obtuvo la misma respuesta. Se puso muy seria. Su voz era terminante y vigorosa cuando dijo:

«Si eso es así, si deseas la realización del Sí y nada más, no importa que hagas o no lo que yo diga. Si realmente quieres eso y sólo eso, encontrarás un camino, no hay duda de ello.»

Una noche un *sannyasi* le dijo a Anandamayí que algunas mujeres punjabíes se habían acercado a él y le habían planteado algunas preguntas. Quería saber si ella aprobaba las respuestas que les había dado. El *sannyasi* dijo:

«La primera pregunta era ésta: “¿Qué debe hacer una mujer en el caso de una disputa familiar? ¿Debe ponerse del lado de su marido, de su padre o de su suegro?”. Les dije que era el deber de una esposa apoyar a su marido siempre y en cualquier circunstancia. ¿Estaba en lo cierto?»

«Bien, sí, pero, por otra parte, su suegro es el guru de su marido, y el padre de ella es su superior y debe ser respetado. Por lo tanto, cualquiera que sea el lado que Dios, dentro del corazón de la mujer, le mueva a tomar, está bien para ella.»

«Luego la mujer me dijo que eran muy poco libres, muy dependientes en todos los aspectos. ¿Qué debían hacer para mejorar su suerte? Les expliqué que eso no se podía evitar, que todo el mundo dependía de algo o de alguien. Nosotros, *sannyasis*, dependemos del guru, del *dharma* (código moral). Todo ser humano está en la

esclavitud. Sin duda esto es correcto, ¿no?»

«No, la dependencia se debe al miedo. Mientras tengas miedo, estarás atado. Pero cuando estés sin miedo, serás independiente y libre. El cabeza de familia está atado por reglas y regulaciones, pero el *sannyasi*, que no teme a nada ni a nadie, es libre.»

Un joven inglés llamado Colin Turnbull (que más tarde se convertiría en un famoso antropólogo), visitó la India para estudiar filosofía y practicar *sādhana*. Próximo a regresar a Gran Bretaña, planteó muchas preguntas a Anandamayí. Una de ellas fue la siguiente:

Pregunta: Cuando vuelva a mi país, sin duda se me pedirá que dé charlas sobre la India en la radio, en asociaciones y sociedades. ¿Debo responder a esas peticiones o callar?

Respuesta: Con toda certeza, debes responder. Antes de comenzar tu discurso, póstrate mentalmente ante Dios y pide que haga de ti un puro instrumento para ser utilizado por Él. Luego, di a tus conciudadanos que, así como en Occidente se han concebido muchos caminos y medios para preparar a la gente en profesiones diversas, de manera que puedan ganarse la vida, así la India ha dedicado sus energías desde tiempos inmemoriales al descubrimiento de los innumerables caminos que llevan al Objetivo Supremo de la vida humana, que es el conocimiento del Sí.

Pregunta: ¿Destruirá el hombre este mundo y se destruirá a sí mismo?

Respuesta: Ciertamente, el hombre no tiene el poder de crear, preservar o destruir. En Él, cuyo juego es todo esto, están contenidas todas las posibilidades. La destrucción del Sí de uno mismo equivale prácticamente a la destrucción del universo. Donde está ese Sí, allí está el universo. Ser destruido está en la misma naturaleza de lo que pertenece al mundo y es, por tanto, precedero; ha sido siempre destruido, está siendo destruido y será destruido. Pero donde Él está y Él solo, ¿quién destruirá a quién? Allí no se puede plantear la pregunta de la destrucción. ¿Dónde está aquel que es ese Sí? ¡Descúbrela!

El Sí no está sujeto a destrucción. El esfuerzo incesante por conocer ese Sí es el deber y la obligación del hombre.

Algunos hombres han ido al mar a bañarse. Han decidido nadar por delante de todos los demás, y, por consiguiente, tendrán que mirar hacia atrás. Aquél cuyo único objetivo es el océano no tiene nada más que mirar y nada más que considerar, y entonces, lo que debe ser, será. Abandónate a la ola y serás absorbido por la corriente; habiéndote lanzado al mar, ya no volverás. El Eterno Sí es la ola que inunda la orilla para que puedas sumergirte. Quienes puedan entregarse a ese fin serán aceptados por Él. Pero si tu atención sigue fijada en la orilla, no podrás continuar; después de bañarte volverás a casa. Aspirar al Supremo, a lo último, te llevará a través del movimiento de tu verdadera naturaleza. Hay olas que alejan y olas que vuelven a traer. Quienes se abandonan, serán tomados por Él. Con el disfraz de ola, Él tiende Su mano y te llama: ven, Ven, VEN.

Una noche, en Brindaban, se estaba desarrollando una animadísima conversación cuando uno de los *bhaktas*, un anciano y erudito *sannyasi* que por regla general participaba muy activamente en toda discusión, se quedó enseguida dormido; roncaba

plácidamente, por completo despreocupado de lo que sucedía a su alrededor. Anandamayí le llamó una o dos veces sin lograr ninguna respuesta. Todo el mundo estaba muy divertido. Al fin, alguien, en broma, dejó caer un *rasa gulá* (jugoso dulce bengalí) en la boca medio abierta del durmiente. Ni siquiera esto tuvo el efecto deseado, ni tampoco la hilarante risa que siguió. Pero cuando el dulce jarabe empezó a correr por su garganta, no pudo evitar despertarse. Como sucede tan a menudo, Anandamayí hizo de este episodio gracioso la ocasión para sacar una moraleja. Habló de *rasa*. Es difícil traducir lo que dijo, pues la palabra sánscrita *rasa* significa cualquier jugo (desde agua a néctar) o esencia, así como un deleite de todo tipo, grosero o sutil, y también el Deleite Supremo. No existe equivalente en inglés. Esto es lo que dijo:

A menos que *bhágavad rasa* sea infundido en el hombre, a menos que el néctar de lo Divino penetre profundamente en su interior, su alma durmiente no despertará. El Vedanta es también *rasa*, igual que *bhakti* es *rasa*; ¿por qué debemos describir el Vedanta como seco? Es un hecho conocido que el veneno neutraliza el veneno. Igualmente, cuando se trascienden los deleites de la naturaleza, que son fugaces, el hombre saborea el sabor delicioso de su ser verdadero [*svabhava rasa*], del Deleite Supremo [*param rasa*]; entonces, la angustia intolerable del veneno del mero placer mundano es destruida. Más allá de los placeres corporales, como comer, dormir, moverse, etc., está la Alegría Suprema. ¿No recitáis *Brahmanandam Paramasukhadam*, «Bienaventuranza Absoluta, Felicidad Suprema»? Él es la Felicidad misma, la Felicidad es su propia esencia. La felicidad terrenal tiene su contrario, la tristeza. Pero donde la felicidad está en su forma esencial, incondicionada, los opuestos —alegría y desgracia— no encuentran ya lugar; donde hay solamente *rasa* no puede hablarse de *a-rasa*, la sensación de sequedad o vacío, no cabe la angustia por la ausencia de Dios. Él es la Fuente de la Alegría; Alegría, y sólo Alegría, es Su Ser. Existe un estado en el que sólo hay Dicha, Bienaventuranza, Felicidad Suprema. En vuestro nivel, la alegría tiene su contrario; habláis de las alegrías del cielo y los tormentos del infierno. Pero donde hay Bienaventuranza Eterna, Bienaventuranza que no se puede expresar, ésta está enteramente más allá de expresiones tales como «¿qué es o qué no es?». Hablar significa flotar en la superficie. ¿Qué lenguaje puede expresar aquello que ni flota ni se hunde en la profundidad?

El deber del hombre —especialmente para aquellos que han hecho de la Búsqueda Suprema su único objetivo— es trabajar alegres por la elevación del mundo con la convicción de que todo servicio es Su servicio. El trabajo realizado en ese espíritu ayuda a purificar la mente y el corazón.

Había un joven que experimentaba varios estados supranormales y tenía muchas clases de visiones. Por ejemplo, se postraba ante la divinidad y permanecía en esa postura durante horas sin levantar la cabeza, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Decía que veía y oía la enseñanza de Sri Krishna a Arjuna, tal como se describe en la *Gita*, y que tenía otras muchas visiones y experiencias auditivas por el estilo. Este cuerpo le dijo que si un buscador no podía mantener un control firme sobre la mente, estaría expuesto a ver y oír muchas cosas, ilusorias y auténticas, todas mezcladas. Incluso podría caer víctima de la influencia de algún «espíritu» o poder. Esos acontecimientos, lejos de intensificar una pura aspiración divina, le entorpecerían más que ayudarle. Además, ver a alguien en una visión o escuchar que se dirige a ti puede perfectamente convertirse en una fuente de suficiencia o satisfacción egoísta.

Perder el control sobre uno mismo no es deseable. En la búsqueda de la Verdad, uno no debe permitirse ser dominado por nada, sino que debe observar atentamente cualquier fenómeno que pueda sobrevenir, manteniéndose plenamente consciente, despierto, conservando un dominio completo sobre uno mismo. La pérdida de la conciencia no es nunca buena.

Igual que hay un estado de Conocimiento Supremo, hay un estado de perfección en el cenit del camino del amor. Allí uno encuentra el néctar del amor perfecto, idéntico al Conocimiento Supremo. En este estado no hay lugar para la excitación emocional; en efecto, eso haría imposible que el Amor Supremo resplandeciera. Pensad en esto: si, cuando siguiendo una línea particular de acercamiento, uno no alcanza lo que es la consumación de toda *sádhana*, a saber, el objetivo final, eso significa que uno no ha entrado en la corriente. En la cima suprema del Amor, la exuberancia, la emoción excesiva y cosas por el estilo no pueden aparecer de ningún modo. La excitación emocional y el Amor Supremo no se deben comparar, son totalmente diferentes uno del otro.

Mientras uno está absorto en meditación, se sea consciente del cuerpo o no, exista una sensación de identificación con lo físico o no, es imperativo, en cualquier caso, permanecer plenamente despierto; la inconsciencia debe ser rigurosamente evitada. Se debe conservar alguna capacidad de percepción auténtica, sea que uno contemple el Sí como tal o cualquier forma particular. ¿Cuál es el propósito de este tipo de meditación? Abrir el ser de uno a la Luz, a lo que es Eterno. Supongamos que el cuerpo ha sufrido algún dolor o rigidez; después de la meditación se siente perfectamente sano, sin ninguna huella de fatiga o debilidad. Es como si entretanto hubiera transcurrido un largo período de tiempo, como si nunca hubiera existido ninguna molestia. Ésta sería una buena señal. Pero si tentado por el primer toque de Bienaventuranza, uno se permite anegarse en ella y más tarde declara: «No puedo decir dónde estaba, no lo sé», esto no es deseable. Cuando se es capaz de una meditación real se descubre —en la medida en que se contacta con la Realidad— la alegría inefable que yace oculta incluso en todos los objetos exteriores.

Por otra parte, cuando en el transcurso de la meditación uno se pierde, por decirlo así, y cae en una especie de estupor y después pretende haberse empapado en una intensa Bienaventuranza, este tipo de Bienaventuranza es un obstáculo. Si la fuerza vital parece haber estado en suspenso —como cuando se tiene una sensación de gran felicidad después de un sueño profundo—, eso indica estancamiento. Es un signo de apego, y ese apego se mantiene como un obstáculo en el camino de la meditación verdadera, dado que uno estará dispuesto a volver a él una y otra vez, aunque desde el punto de vista del mundo, que es completamente diferente, ese estado parezca ser una fuente de profunda alegría interior y por lo tanto una señal de progreso espiritual. Detenerse en cualquier estado es paralizador; significa simplemente que uno ha dejado de avanzar.

Cuando emprende la meditación, uno debe pensar en sí mismo como en un ser puramente espiritual, sin ningún toque de materialidad, como ser autoluminoso, suspendido en la Bienaventuranza del Sí. Y, según las instrucciones del guru, debe tratar de concentrarse en la divinidad escogida. El joven que tenía muchas visiones era inteligente y, por lo tanto, capaz de comprender este tipo de razonamiento. En

consecuencia, las experiencias espectaculares cesaron y realiza ahora su meditación y otros ejercicios espirituales de manera muy tranquila y discreta.

Existe un estado de ser donde no tiene importancia que Él asuma una forma o no: todo lo que es, es Él. En este caso, ¿qué hay que pueda expresarse en palabras? Además, en un cierto nivel el Sí puede revelarse Él mismo a Sí mismo. Al mismo tiempo, Él no se revela en absoluto: ¿a quién debería revelarse? Cuando no hay ni forma ni cualidad, ¿qué se puede poner en palabras? Donde nada está excluido, ¿cómo la Unidad puede ser obstaculizada? En este estado de completo equilibrio nada está ya separado de Él; lo que es, es la Realidad Misma. Así, ¿qué se puede decir o dejar de decir, puesto que está más allá de las palabras? Obviamente, cada individuo habla desde el nivel en que se encuentra, y todo lo que se pronuncia son Sus palabras, Su canción, y están dirigidas a Él. En el estado supremo nada puede ser un obstáculo: si lo es, entonces la ignorancia ha sobrevivido. La Realidad sólo es Él; Él solo y nada sino Él.

Para prepararte para la revelación de Lo que eternamente es, hay prescripciones, caminos numerosos. Pero cada camino debe llegar a un final; en otras palabras, debes concentrarte en esa imaginación que barrerá cualquier otra, lo que significa que cuando hayas ido más allá de toda imaginación, se da la revelación de Lo que realmente eres.

La verdadera naturaleza del hombre es desear lo Real, la Sabiduría Suprema, la Alegría Divina: volver a casa cuando el juego ha terminado. El campo del juego es Suyo; el juego, Suyo también, y también lo son quienes participan en él, amigos y compañeros. Todo es Él solo. Sin duda no buscas la ignorancia. Aspirar a la Inmortalidad es la naturaleza verdadera del hombre; ¿o es deseable la muerte? El mundo se interesa por un conocimiento que es ignorancia.

Anhelar el cese de la necesidad es tu verdadera naturaleza, y explorar y penetrar en la raíz de lo que percibes. Cuando compras ropa escoges un material duradero, que no se desgaste rápidamente; incluso esto es una indicación de tu tendencia innata a buscar lo Eterno. Es tu naturaleza desear ardientemente la revelación de Lo que Es, de lo Eterno, la Verdad, el Conocimiento ilimitado. Por eso no te sientes satisfecho con lo evanescente, lo falso, con la ignorancia y la limitación.

Anhelar la revelación de Lo Que Eres es tu naturaleza verdadera.

Cuando la gente habla de la visión del Sí (*Atma darshan*) y de la realización del Sí, es solamente de oídas; es necesario encontrar un camino para ese conocimiento directo. Tenemos que adoptar los medios o métodos que nos ayuden a alcanzarlo.

Puedes ver por ti mismo; piensa: hay aire, y sin aire nuestro cuerpo no puede mantenerse con vida. Comprende esto: ¿no penetra el aire a plantas, minerales, animales, de hecho a todas las criaturas? Tú diferencias entre tierra, agua, fuego, aire, cielo, etc., ¿verdad? Ver a cada uno por separado te ayuda a comprenderlos. Se dice que en esencia hay Verdad-Conciencia-Bienaventuranza (*Satchitananda*). Sólo cuando la Conciencia está enraizada en la Verdad puede haber Bienaventuranza. Desde nuestro punto de vista mundano percibimos en todas partes cosas animadas o inanimadas; pero, en realidad, El que es la Verdad, El que es la Conciencia, impregna a todas ellas; sólo que esto no puede ser comprendido por la persona media. En cuanto la mente

comprende el hecho de Su inmanencia, entonces, igual que se instila la vida mediante el rito de *Prana Pratisthá* en una imagen que debe ser adorada, así él llega a estar, como si dijéramos, activo dentro de nosotros, al principio por medio de la respiración, que es una expresión de la fuerza vital (*prana*). La palabra «dentro» se ha utilizado sólo porque pensamos en términos de «dentro» y «fuera». Por eso hablamos de «yo» y «tú», de Dios «con forma» y «sin forma». Sed siempre conscientes de lo siguiente: lo que se denomina aliento vital es realmente un aspecto del poder universal, que todo lo impregna, que opera continuamente; es Él en una de Sus formas; Él, que es la Verdad-Conciencia, Se revela de ese modo. Si con la ayuda de un mantra recibido del guru podemos permanecer concentrados en la respiración —o si, a veces, cuando no tenemos ningún mantra, podemos mantenernos simplemente observando el movimiento de la respiración—, esto nos ayudará a estabilizar la mente y puede ser también una ayuda en nuestra búsqueda de Él, que es la Vida de nuestra vida, que es el Todo, el Uno Eterno. La visión del Juego Eterno del Ser Supremo cuya esencia es Conciencia y Bienaventuranza es imposible a menos que hayamos visto Su deleite en Su propia universalidad y autosuficiencia y encontremos esa alegría repetida dentro de nosotros en unión con el Todo y como parte de él. Mientras los sentidos no hayan sido dominados y no se haya transcendido la pasión, ¿cómo podemos identificarnos con el Sí Supremo?

La respiración siempre en movimiento cambia su ritmo de acuerdo con lo que hacemos, sentimos y pensamos con la precisión de un reloj de péndulo, que trabaja sin pausa, aunque a veces pueda ir más deprisa o más despacio. Con una constancia similar, esfuérzate en concentrarte en la respiración; esto proporcionará a la mente una fijación que impedirá que vague de un lado para otro por los objetos exteriores. Si se coge a un niño inquieto, se le mete en casa y se le da un juguete, al menos por un corto tiempo permanecerá quieto y absorto. Para calmar nuestra inquietud es necesario no tener más que un sólo objeto a la vista. Las aspiraciones y los pensamientos divinos son la esencia de *satsang*; según el grado en que los alimentemos, el anhelo del corazón será satisfecho y la mente calmada. Con la ayuda de vuestra inteligencia y capacidad individual, tratad de unir la mente con la respiración. ¿Sabéis qué es lo esencial? Comprender que la misma corriente inquebrantable de la aspiración es una revelación de Él, que es el Todo indivisible.

Pregunta: Al hablar de las visiones que uno tiene durante la meditación, has dicho que no son visiones de la Realidad, sino un mero «toque».

Respuesta: Sí, considerado desde el nivel en que se produce el vislumbre, se puede decir eso; en otras palabras, no hay transformación a pesar de la experiencia, pero es atractivo para ti e incluso puedes expresar tus sensaciones en palabras, esto es, tu deleite. Por lo tanto es un mero «toque». Si fuera un estado del Ser no podrías disfrutarlo de esa manera. En el estado del Ser Puro, no puede haber ningún gusto.

Pregunta: El Sí (*Atman*) y lo Supremo (*Brahman*) se diferencian solamente por la limitación. La realización que viene a través de la meditación constante en «Yo soy Verdad-Conciencia-Bienaventuranza» es la realización del Sí. Puesto que no hay realización de lo Supremo, debe ser por tanto una realización parcial. ¿Es esto correcto?

Respuesta: Si piensas que hay partes en lo Supremo, puedes hablar de «parcial». Pero, ¿puede haber partes en lo Supremo? Como hablas y sientes en partes, hablas de «toque»; pero Él es todo, Aquello que Es.

Pregunta: ¿Hay grados (*krama*) en el conocimiento espiritual?

Respuesta: No. Donde el Conocimiento es del Sí, no puede haber grados ni diversidad. Cuando es del Sí, el Conocimiento es uno. La «graduación» (*krama*) se refiere a la etapa en que uno se ha apartado de la búsqueda de los objetos de los sentidos y la mirada está enteramente dirigida hacia Dios. Dios no ha sido realizado todavía, pero recorrer este camino se ha vuelto atractivo. A lo largo de esta línea está la meditación, la contemplación y el éxtasis divino o *samadhi*. Las experiencias de cada una de estas etapas son también infinitas. Donde está la mente, hay experiencia. Las experiencias de las diversas etapas se deben a la sed por el Conocimiento Supremo. ¿Cuándo cesan las visiones que se obtienen en la meditación? Cuando el Sí se revela así mismo.

Pregunta: ¿Sobrevive el cuerpo cuando la mente se ha disuelto?

Respuesta: Uno debe preguntarse, ¿cómo entonces da instrucción un guru? ¿Desde el estado de ignorancia? Si fuera así, la mente no se habría disuelto; la triple diferenciación del conocedor, el conocimiento y lo conocido no habría desaparecido. Entonces ¿qué podría darte? Pero hay una etapa en la que no surge esta pregunta. ¿Es el cuerpo el obstáculo al Conocimiento Supremo? ¿Existe siquiera la pregunta de si existe o no el cuerpo? En cierta etapa, esta pregunta simplemente no está. En el plano en el que surge esta pregunta, no se está en ese estado de Ser Puro, y se piensa que esta pregunta se puede plantear y también responder. Pero la respuesta está allí donde no existe nada como preguntar y responder; donde no hay ningún «otro», ni división alguna. ¿Cómo entonces puede haber algo como acercarse al guru para recibir instrucción? Igualmente, estudiar las Escrituras se ha vuelto entonces completamente inútil.

Ésta es también una manera de verlo.

Decir «etapa por etapa», como si uno estuviera estudiando para graduarse en una universidad, es presentarlo desde el punto de vista de la *sádhana*. Donde hay iluminación del Sí, las preguntas no pueden surgir. Por otra parte, si hay esfuerzo personal, como meditación o contemplación, ciertamente dará fruto. Pero en el estado de iluminación del Sí no se puede hablar de fruto ni de esterilidad: hay resultado en la falta de resultado y falta de resultado en el resultado.

Algunos dicen que queda un último vestigio de la mente. En un cierto nivel, es así; por otra parte, hay una etapa más allá en la que la pregunta de si permanece o no permanece una huella de la mente, no existe. Si todo se puede consumir, ¿no se puede consumir también este último vestigio? No se trata de «sí» ni de «no»: Lo Que es, es. Meditación y contemplación son necesarias porque uno está en el nivel de la creencia y la no creencia. El objetivo es ir más allá de aceptar y rechazar. Quieres un apoyo, ¿no? El apoyo que puede llevarte más allá, a donde la cuestión del apoyo o falta de apoyo ya no existe, ése es el apoyo sin apoyo. Lo que es expresable en palabras, sin duda se puede alcanzar. Pero Él es *Eso* que está más allá de las palabras.

Pregunta: He leído en libros que algunos seres dicen que tienen que *descender* para actuar en el mundo. Esto parece implicar que, aunque uno esté establecido en el Ser

Puro, tiene que lograr ayuda de la mente cuando atiende a la acción. Así como un rey, cuando representa el papel de un barrendero, tiene, durante ese tiempo, que imaginar que es un barrendero.

Respuesta: Al asumir un papel, no se trata de ascender o descender. Permaneciendo en Su propio Ser Esencial, Él representa una obra consigo mismo. Pero cuando tú hablas de ascender o descender, ¿dónde está ese estado de Ser Puro? *Brahman* es uno sin segundo. Aunque desde tu ángulo de visión, lo admito, aparece tal como lo planteas.

Pregunta: Lo has explicado desde el nivel de la ignorancia. Ahora, por favor, ¡habla desde el nivel del Iluminado!

Respuesta: (riendo) Lo que dices ahora, también lo acepto. *Aquí* (señalándose a sí misma) nada es rechazado. Sea el estado de iluminación o de ignorancia; todo está bien. El hecho es que tú dudas. Pero *Aquí* no se plantea la duda. Cualquier cosa que puedas decir, y desde cualquier nivel, es Él y Él y sólo Él.

Pregunta: Si es así, ¿sirve de algo hacer más preguntas?

Respuesta: Lo que es, es. Que surjan dudas es natural. Pero la maravilla es que donde Eso es, ni siquiera hay lugar para que se adopten diferentes posiciones. Los problemas se hablan, sin duda, con el objetivo de disolver las dudas. Por lo tanto, es útil hablar. ¿Quién puede decir cuándo se levantará el velo de tus ojos? El objetivo de la conversación es disolver ese modo ordinario de ver. Esa visión no es visión en absoluto, pues es sólo temporal. La visión real es aquella para la que no hay diferencia entre la vista y lo visto. No es lo que se percibe con los ojos ordinarios, sino con los ojos de la sabiduría. En esa visión que no se realiza por medio de los ojos ordinarios no hay lugar para la «di-visión».

Aquí (señalándose a sí misma) no se plantea dar o tomar o servir. En vuestro nivel, existen; desde ahí surgen esos asuntos.

Pregunta: ¿Puedes explicar la afirmación de que «a través de la observancia del silencio se alcanza el Conocimiento Supremo»?

Respuesta: ¿Cómo es eso? ¿Por qué se ha utilizado aquí la expresión «a través»? Decir «a través del silencio Él es comprendido» no es correcto, porque el Conocimiento Supremo no viene «a través» de nada; el Conocimiento Supremo se revela. Para destruir el «velo», hay disciplinas y prácticas espirituales apropiadas.

Pregunta: ¿Qué beneficios se derivan del *hatha yoga* y cuáles son sus inconvenientes?

Respuesta: ¿Qué significa *hatha*? Hacer algo por la fuerza. «Ser» es una cosa, y «hacer» otra muy distinta. Cuando hay «ser», habrá la manifestación de lo que debe ser manifestado, debido al funcionamiento del *prana* en un centro particular [del cuerpo].

Pero si se hace *hatha yoga* meramente como un ejercicio de gimnasia física, la mente no será transformada en lo más mínimo. Por el ejercicio físico se aumenta la salud corporal. Se habla muy a menudo de casos en los que el abandono de la práctica de las posturas yóguicas (*ásanas*) ha tenido como consecuencia desórdenes físicos. Así como el cuerpo se debilita por la falta de alimento adecuado, así la mente necesita alimento conveniente. Cuando la mente recibe el sustento apropiado, el hombre se mueve hacia Dios; mientras que alimentando el cuerpo sólo aumenta su mundanidad. La mera gimnasia es nutrición para el cuerpo. Cuando la salud física resultante del *hatha yoga*

se utiliza como ayuda para el esfuerzo espiritual, no se derrocha. Si no, no es *yoga*, sino *bhoga* (placer).

En el ser sin esfuerzo radica el camino al infinito. A menos que el *hatha yoga* apunte al Eterno, no es nada más que gimnasia. Si en el curso normal de la práctica no se siente Su toque, el yoga ha sido estéril.

Uno se encuentra con personas que, emprendiendo todo tipo de ejercicios yóguicos como *neti*, *dhauti* y otros similares, han llegado a enfermar seriamente. Un maestro competente, que comprende cada cambio en el movimiento del *prana* del discípulo, acelera o aminora convenientemente, igual que un timonel gobierna un barco con el timón sosteniéndolo firmemente bajo control todo el tiempo. Sin esa dirección, el *hatha yoga* no es beneficioso. Quien sea un guía debe tener conocimiento directo de todo lo que puede ocurrir en cada etapa, debe verlo con la agudeza perfecta de la percepción directa. Pues, ¿no es él el médico en el camino al Supremo? Sin la ayuda de ese médico hay peligro de salir dañado.

Todo se vuelve suave una vez que se ha sentido la bendición de Su toque. Por lo tanto, es perjudicial no experimentar ese «toque». Se debe entrar en el ritmo de la naturaleza verdadera de uno mismo. La revelación de esa naturaleza verdadera, actuando como un relámpago de luz, lo atraerá de manera instantánea, irresistible; se llega así a un punto donde no es necesaria ninguna otra acción. Mientras no se ha establecido ese contacto, dedicad a Dios todas las inclinaciones o aversiones que tengáis; consagraos al servicio, la meditación, la contemplación, a cualquier cosa de ese tipo.

Pregunta: ¿Cuál es el significado de estas palabras de la Biblia: «Llamad y la puerta se os abrirá»? ¿Se refiere a abrir la puerta del ego?

Respuesta: ¿Cuál es tu opinión? Desde luego, uno tiene que acabar con el propio ego.

Pregunta: Cuando los muros que establece el ego han sido demolidos, ¿qué sucede?

Respuesta: ¿Sobre qué cimientos descansan esos muros?

Preguntador: Sobre todo lo que excluye la Luz del Sí.

Respuesta: ¡Tú mismo te has dado la respuesta!

Pregunta: Pero, ¿qué es realmente el ego?

Respuesta: Imaginas que eres el autor de tus acciones; eso indica la existencia del ego en ti. *Duniyá* (mundo) significa *du-niyá* (basado en la dualidad). Aquí la causa del conflicto radica en la idea de que el ego es el autor de las acciones. La dualidad produce conflicto, problemas, el «yo» separado y sus actividades. En el «yo» imperfecto el ego está presente, mientras que la comprensión de «Yo soy el Sí (*Atma*)» es propia del «yo» perfeccionado. El resultado del egoísmo es la ceguera. En la actitud de la mente expresada en «yo soy el servidor eterno del Señor» también parece haber dualidad, pero el «yo» mundano no sobrevive ya. Hasta que el «yo» sea perfecto —en otras palabras, mientras no se haya comprendido que *Aham Brahmasmi* («Yo soy el Ser Supremo») — no serán destruidas las raíces del ego.

Pregunta: ¿Cuál de las dos cosas es mejor: derribar la puerta y entrar, o, habiendo derribado el ego, permanecer en el portal?

Respuesta: En el primer ejemplo, el ego todavía confía en su propio poder y

capacidad, mientras que el segundo es un caso de abandono de sí mismo; y, por lo tanto, es seguro que Él te permitirá ver la Luz Eterna a través de la puerta abierta.

Pregunta: ¿Estoy en lo cierto al creer que tú eres Dios?

Respuesta: Nada existe salvo Él, todos y todo no son sino formas de Dios. También en tu persona Él ha venido aquí ahora a dar *darshan*.

Pregunta: Entonces, ¿por qué estás en este mundo?

Respuesta: ¿En este mundo? No estoy en ninguna parte. Estoy descansando en mí misma.

Pregunta: ¿Cuál es tu trabajo?

Respuesta: No tengo ningún trabajo. ¿Para quién puedo trabajar dado que sólo hay el Uno?

Pregunta: ¿Por qué estoy en el mundo?

Respuesta: Él juega de infinitas maneras. Es Su placer jugar como lo hace.

Pregunta: Pero, ¿por qué estoy yo en el mundo?

Respuesta: Eso es lo que te he estado diciendo. Todo es Él, Él juega de innumerables formas y maneras. De todos modos, para que descubras por qué estás en el mundo, para que descubras quién eres en realidad, hay varias *sádhana*s. Estudias y apruebas los exámenes, ganas dinero y disfrutas gastándolo. Pero todo eso está dentro del reino de la muerte, en el que continúas vida tras vida, repitiendo lo mismo una y otra vez. Pero existe también otro camino, el camino de la Inmortalidad, que lleva al conocimiento de lo que realmente eres.

Pregunta: ¿Puede ayudarme alguien en eso o debo descubrirlo por mí mismo?

Respuesta: El profesor sólo puede enseñarte si tú tienes la capacidad de aprender. Desde luego, puede ayudarte, pero tú debes ser capaz de responder, debes tenerla en ti para captar lo que él enseña.

Pregunta: ¿Cuál es el mejor camino para el conocimiento del Sí?

Respuesta: Todos los caminos son buenos. Depende de los *samskaras* del hombre, de su condicionamiento, de las tendencias que ha traído con él de nacimientos anteriores. Así como uno puede viajar al mismo lugar por avión, tren, coche o bicicleta, así también los diferentes tipos de personas siguen diferentes líneas de aproximación. Pero el mejor camino es el que indica el guru.

Pregunta: Puesto que hay solamente Uno, ¿por qué hay tantas religiones diferentes en el mundo?

Respuesta: Hay una variedad infinita de concepciones de Él y una variedad interminable de caminos a Él porque Él es infinito. Él es todo, todo tipo de creencia y también la no creencia de los ateos. Tu creencia en la no creencia es también una creencia. Cuando hablas de increencia esto implica que admites la creencia. Él está en todas las formas y sin embargo Él es sin forma.

Pregunta: Por lo que has dicho, deduzco que consideras lo informe más próximo a la Verdad que el Dios con forma.

Respuesta: ¿Es el hielo otra cosa que agua? La forma es Él tanto como lo informe. Decir que hay solamente un Sí y que todas las formas son ilusión sería suponer que lo Informe está más cerca de la Verdad que el Dios-con-forma. Pero este cuerpo afirma que cada forma y lo informe son Él y sólo Él.

Pregunta: ¿Qué tienes que decir a aquellos que insisten en que sólo una religión es la correcta?

Respuesta: Todas las religiones son caminos hacia Él.

Pregunta: Soy cristiano...

Respuesta: También yo soy cristiana, musulmana, lo que quieras.

Pregunta: ¿Sería lo correcto para mí que me hiciera hindú, o mi acercamiento debe ser por el camino cristiano?

Respuesta: Si estás predestinado a ser hindú, eso sucederá en cualquier caso; así como no puedes preguntar: «¿Qué sucederá en caso de un accidente de coche?». Cuando el accidente se produzca, lo verás.

Pregunta: Si siento el impulso de hacerme hindú, ¿debo aceptarlo o debería suprimirlo, habida cuenta que se dice que todo el mundo ha nacido donde es mejor para él?

Respuesta: Si realmente sintieras el impulso de hacerte hindú no plantearías esa pregunta, sino que simplemente irías adelante con ello.

Sin embargo, hay otro aspecto del problema. Es cierto que eres cristiano, pero también hay algo en ti de hindú, de otro modo ni siquiera podrías saber nada de hinduismo. Todo está contenido en todo. Así como un árbol produce semillas y de una sola semilla se pueden desarrollar cientos de árboles, así la semilla está contenida en el árbol y el conjunto del árbol está potencialmente en la diminuta semilla.

Pregunta: ¿Cómo puedo encontrar la felicidad?

Respuesta: Primero, dime si estás dispuesto a hacer lo que este cuerpo te mande hacer.

Interlocutor: Sí, lo estoy.

Respuesta: ¿Lo estás realmente? Muy bien. Supón ahora que te pido que te quedes aquí, ¿serás capaz de hacerlo?

Interlocutor: No. (Risa.)

Respuesta: ¿Ves? La felicidad que depende de algo fuera de ti, sea de tu esposa, tus hijos, dinero, fama, amigos o cualquier otra cosa, no puede durar. Pero encontrar la felicidad en Él, que está en todas partes, que todo lo penetra, tu propio Sí, ésa es la felicidad real.

Pregunta: ¿Dices, pues, que la felicidad radica en encontrar mi Sí?

Respuesta: Sí. Descubrir tu propio Sí, descubrir quién eres realmente, significa encontrar a Dios, pues no hay nada fuera de Él.

Pregunta: Dices que todos somos Dios. Pero, ¿no son algunas personas más Dios que otras?

Respuesta: Para quien plantea esa pregunta, así es. Pero en realidad, Dios está plena e igualmente presente en todas partes.

Pregunta: ¿No hay ninguna substancia en mí como individuo? ¿No hay nada en mí que no sea Dios?

Respuesta: No, incluso en «no ser Dios» hay solamente Dios solo. Todo es Él.

Pregunta: ¿No existe ninguna justificación para el trabajo profesional ni ningún otro trabajo mundano?

Respuesta: La ocupación en las cosas mundanas actúa como un lento veneno. Gradualmente, sin que uno lo advierta, lleva a la muerte. ¿Debería aconsejar a mis amigos, a mis padres y madres que cojan ese camino? No puedo hacerlo. Este cuerpo

dice: «Escoge el camino de la Inmortalidad. Toma cualquier camino que esté de acuerdo con tu temperamento, y te llevará a la realización de tu Sí».

Pregunta: ¿Cuál es el trabajo del guru, y cuál el del discípulo?

Respuesta: Se dice que la tarea del discípulo es borrar el ego y quedar vacío. Hay una historia de un rey que invitó a los mejores artistas para que pintaran frescos en su palacio. Dos pintores estaban trabajando en la misma sala en paredes opuestas, con una cortina por enmedio, de manera que ninguno de los dos pudiera ver lo que hacía el otro. Uno de ellos creó un cuadro maravilloso que despertó la admiración de todos los que lo vieron. El otro artista no había pintado nada en absoluto. Había pasado todo su tiempo puliendo la pared, y la había pulido tan perfectamente que cuando fue retirada la cortina, el cuadro del otro pintor se reflejaba de una manera que hacía parecer el reflejo más hermoso incluso que el original.

Es deber del discípulo hacer desaparecer la yoidad.

Pregunta: Pero entonces, ¿la mayor parte del trabajo tiene que ser realizada por el discípulo?

Respuesta: No, porque es el guru quien pinta el cuadro.

Un santo es como un árbol. No llama a nadie, ni tampoco rechaza a nadie. Da refugio a todo el que se preocupa por llegar, sea hombre, mujer, niño o animal. Si te sientas bajo un árbol, te protegerá de las inclemencias del tiempo, del sol abrasador y del chaparrón, y te dará flores y frutos. Importa poco al árbol si es un ser humano o un pájaro quien prueba su fruta, su producto está allí para quien lo coja. Y lo último pero no lo menos importante, el árbol se da a sí mismo. ¿Cómo? El fruto contiene las semillas para nuevos árboles semejantes a él. Por eso, al sentarte bajo un árbol encuentras refugio, sombra, flores, fruta, y a su debido tiempo llegarás a conocer tu Sí. Por eso digo, refugiaos a los pies de los santos y los sabios, acercaos a ellos y encontraréis todo lo que necesitáis.

Así como sin la ayuda de maestros y expertos uno no puede llegar a ser competente en el conocimiento mundano que se enseña en las universidades, así tampoco se accede al conocimiento sublime del Absoluto sin la guía de un guru competente. Encontrarlo es el problema, sea para el progreso espiritual, la liberación o para cualquier otro asunto, por insignificante que pueda parecer.

Mirar al guru como a un individuo es un pecado. El guru tiene que ser amado y venerado como Dios.

Debe quedar claro que la fuerza de la acción del guru equivale prácticamente a una fuerza de voluntad en funcionamiento. Se puede decir que esta llamada fuerza de voluntad se deriva de la fuerza del guru. Por lo tanto, no es sino el Uno Mismo lo que se manifiesta tanto en la fuerza del guru como en la fuerza de voluntad. ¿Quién o qué es ese Único Sí? Todo lo que se manifiesta es Él y no otro. ¿Por qué entonces la voluntad propia, el esfuerzo, la actitud, etc., deben ser contemplados como algo separado? Por supuesto, pueden ser diferenciados de lo demás mientras uno considera

que son el fruto del trabajo del guru interior. Hay buscadores de la Verdad que se inclinan a continuar sin un guru; su línea de acercamiento pone el énfasis en la independencia y en el esfuerzo propio. Si uno va a la raíz del asunto se verá que en el caso de una persona que, impulsada por una aspiración intensa, hace *sādhana* confiando en su propia fuerza, el Ser Supremo Se revela de manera especial a través de la intensidad de su esfuerzo. Siendo así, ¿hay alguna justificación, desde cualquier punto de vista, para plantear objeciones a esa confianza en sí mismo? Todo lo que se puede decir o preguntar a este respecto cae dentro de los límites del pensamiento humano. Mientras que allí existe un estado en el que todo es posible.

De este modo, la vía de aproximación que se basa en la fuerza y la capacidad propias no es, al igual que todas las demás aproximaciones, sino un modo de operar de la Fuerza Única. Sin duda la misma fuerza del guru puede actuar de manera especial a través de esta confianza en uno mismo, de manera que no haya necesidad de ninguna enseñanza exterior. Aunque algunos aspirantes puedan basarse en una enseñanza exterior, ¿por qué otros no podrían recibir una conducción desde el interior sin la ayuda de la palabra hablada? ¿Por qué no sería esto posible, dado que incluso el denso velo de la ignorancia humana puede ser destruido? En esos casos, la enseñanza del guru ha hecho su trabajo desde dentro.

Nadie puede predecir en qué momento particular las circunstancias se unirán para producir ese Gran Momento para alguien. Puede haber un fracaso al comienzo, pero es el éxito final lo que cuenta. Un aspirante no puede ser juzgado por los resultados preliminares: en el campo espiritual, el éxito final significa éxito desde el principio.

Después de que el guru ha dado *sannyasa*, se postra de cuerpo entero ante el discípulo para demostrar que no hay ninguna diferencia entre guru y discípulo, pues ambos son en efecto uno. Hay una etapa en que uno no puede considerarse guru, ni aceptar a nadie como guru. En otra etapa, no hay modo de pensar en el guru y el discípulo como seres separados uno de otro. Hay sin embargo otra etapa en la que aquellos que dan enseñanza o instrucción en este mundo son considerados como gurus: al promulgar los innumerables métodos y formas concebidos con el objetivo de alcanzar la realización del Sí, están ayudando al hombre a avanzar hacia ese objetivo.

Pregunta: ¿Cómo se producirá la realización del Sí?

Respuesta: Recibiendo y guardando la fuerza del guru. Lo que ya está dentro de ti se revela. Una persona cuyo cerebro no es claro no puede ser enseñada. De manera similar, la fuerza interior para conocer tu Sí se realiza al empeñarte en la *sādhana*. Es como una conexión eléctrica. Si no estuviera dentro de ti, no podrías descubrirla. Así como algunas personas —pero no todas— poseen el don de escribir poesía o de elocución u otros. Si es su destino, las escamas se desprenderán de sus ojos, el velo caerá. Sucede por sí mismo, nadie puede dar la realización a otro; uno tiene que ser poseído por el propio Conocimiento interior. Todo el mundo nace con sus tendencias y capacidades innatas. Así como se puede adquirir el conocimiento mundano, así también la Realidad es conocida cuando se llega a ser poseído por la fuerza interior de uno mismo, y entonces ocurre el despertar. La fuerza del guru es concedida a los discípulos, pero sólo uno entre millones es capaz de sostenerla. El mantra tiene un

poder por sí mismo, y su repetición no será en vano, pero el poder del guru no se confiere a todos.

Pregunta: ¿Qué es realmente «la gracia del guru»?

Respuesta: Cuando el guru da sus instrucciones, junto con la capacidad de traducirlas en acción, ésta es su gracia. La gracia está siendo derramada siempre. Pero no puede entrar porque el receptáculo está vuelto del revés. Cuando uno se vuelve receptivo es capaz de recibir la gracia. El medio para poner el receptáculo boca arriba es obedecer las órdenes del guru al pie de la letra. En virtud del yoga de la práctica sostenida, el velo será rasgado en pedazos y el Sí se revelará: uno avanzará hacia su hogar real. Mientras haya deseo, se nacerá una y otra vez; en otras palabras, la existencia física continuará debido a la sensación de necesidad. Mediante la práctica espiritual sostenida es posible liberarse de ella. Para que el hecho de la unión eterna del hombre con el Uno pueda ser revelado, se deben seguir los mandatos del guru. Al seguirlos, uno se vuelve digno de su gracia. El guru, en su compasión, señala a cada uno su camino, el camino que conduce a la realización del Sí. Hay dos tipos de gracia, a saber, con causa o razón y sin ella. La primera se obtiene como resultado de las acciones que se realizan; pero cuando se comprende que no se puede ir a ninguna parte por el propio esfuerzo, entonces se recibe la gracia sin causa ni razón. Desde el estado de completa impotencia, se es elevado hacia arriba.

Pregunta: ¿Quién tiene la capacidad de conferir poder y quién de recibirlo?

Respuesta: Quien puede liberar de la ronda incesante de nacimientos y muertes es efectivamente un guru; es él quien ejerce la autoridad de conferir poder. Así como un niño no puede engendrar hasta que se convierte en joven, hay una etapa en la que uno se vuelve receptáculo y entonces, en el momento justo, el guru le transmite el poder.

Pregunta: ¿Puede el poder ser conferido sin que importe la naturaleza del receptáculo?

Respuesta: Él puede moldear el receptáculo.

Pregunta: Así pues, si el receptáculo no está listo, ¿niega el guru el poder?

Respuesta: No; cuando llega la inundación, se lleva a todos con ella.

Pregunta: ¿Cuál es el medio de entrar en la corriente?

Respuesta: Plantear esa pregunta con un anhelo desesperado.

Pregunta: ¿Cómo se puede provocar esa ansiedad?

Respuesta: Haciendo *satsang* durante mucho tiempo. Donde aquello que está condenado a la destrucción es destruido, allí el Amado se revela. Para aquellos que han recibido la iniciación, es conveniente dedicar ese tiempo a la repetición de su mantra y a la meditación; sólo entonces habrá despertar.

Pregunta: ¿Será eficaz si uno ha descubierto al guru en un sueño?

Respuesta: Sí, lo será. ¡Lo que se conoce como estado de vigilia del mundo no es sino un sueño! La única diferencia es que uno es el sueño del soñar y el otro el sueño del despertar. Si uno ha recibido un mantra en uno de esos sueños, no habrá ya duda [en cuanto a que uno ha sido iniciado]. Sin embargo, el mantra que ha sido recibido en el sueño del dormir debe ser practicado y llevado al cumplimiento en el sueño del despertar.

Una joven de unos diecisiete años se me acercó. Desde muy pequeña había

desarrollado una fuerte inclinación espiritual. Había sido iniciada por un guru que tenía un círculo muy amplio de discípulos devotos. Después de ser iniciada por él, estaba tan profundamente absorta en la oración y la meditación que apenas tenía tiempo para comer y beber. Era de una pureza inmaculada.

Un día su guru le dio un mantra para recitar: «Yo soy Atma, yo soy Sri Krishna». Luego le explicó: «Así como las vaqueras vivían con Sri Krishna, tú debes venir a vivir conmigo. Las vaqueras dedicaban cuerpo y mente a Sri Krishna; si tú no haces lo mismo, el que me hayas aceptado como guru no servirá de nada». Esto asombró a la joven y dijo con toda humildad e inocencia: «No comprendo lo que quieres decir, gurují». Entonces el guru empezó a adorar cada parte de su cuerpo, haciéndole unas marcas. Ella le dijo: «No comprendo qué pretendes con ese culto». Entonces el guru exclamó: «¡Ah, pobre muchacha, todo lo que tú posees es ahora mío! Nosotros dos somos uno en Sri Krishna». Entonces, la joven se escapó. Vino a mí y me contó detalladamente todo lo que había sucedido. Pero su mente estaba absorta en la oración y tenía visiones de la Divinidad.

Le dije: «Lava todas las marcas hechas en tu cuerpo por tu guru». «Le dejaré —contestó— pero, ¿qué debo hacer con el mantra? Es el nombre de Dios. ¿Puede haber alguna mancha o algún pecado unido a él?»

«No, sigue con el mantra —le dije—. A partir de ahora, considera a Sri Krishna como tu guru.»

Aquí surge la pregunta: ¿Era conveniente para la muchacha dejar de pensar «Yo soy Atma, yo soy Sri Krishna»?

Pregunta: ¿No será pecado violar las órdenes del guru y romper el lazo entre el guru y el discípulo?

Respuesta: En este caso no había guru. Si lo hubiera habido, las cosas no habrían tomado ese cariz. Desde un punto de vista, la muchacha era el guru; ella le sirvió con comida y bebida y realizó un servicio personal desinteresado de varias maneras. Pero la relación del guru y la muchacha, como la que se da entre padre e hija, entre guru y discípulo, estaba completamente rota. La obediencia de una muchacha soltera en este caso implicaba empezar a vivir como casada. ¿Puede ser eso de utilidad para la realización de Dios?

El camino es estrecho, tan afilado y peligroso como el filo de una navaja. La idea «Yo soy Atma, Yo soy Sri Krishna» —siempre pura y libre, sin mancha de deseo mundano— es un gran concepto. Si puedes escoger esta corriente de pensamiento y seguirla vigorosamente, puede ayudarte a rasgar el velo de *Maya* [el Uno se oculta y aparece como los muchos], a condición de que Él lo quiera. Pero para vivir una vida de desapego puro de todas las necesidades del cuerpo, de todos los deseos y anhelos de la mente, todas tus acciones y todos tus pensamientos deben estar dirigidos hacia Él. Mantén siempre vivo el sentido de discriminación. Reflexiona de este modo: «Siento aquí algo de alegría, pero ¿es como esa alegría duradera denominada *Atmananda*, la Bienaventuranza del Sí?». Debe haber una penetrante discriminación entre lo que es efímero y lo que dura para siempre. Piensa siempre en el precepto que el guru te ha dado: «Yo soy Eso». Cuando vayas y vengas, trabajando o descansando, busca siempre refugio en Eso. Debes leer sobre materias que desarrollen la introspección y la penetración en las realidades de la vida; aprovecha siempre las oportunidades que conduzcan a ese fin. En todos tus pensamientos

y acciones externas, tu único objetivo debe ser cumplir firmemente con Él en todo momento.

Pregunta: ¿No debemos aceptar las palabras del guru sin ningún pensamiento crítico?

Respuesta: Cuando el guru da un mantra y desea vivir con una discípula, no es en absoluto un guru. La orden de las Escrituras es que uno tiene que entregar todo su ser —cuerpo, mente y corazón— al guru. Entregar el propio cuerpo significa entregar los deseos para que puedan ser suprimidos, pero no entregar el propio cuerpo en un sentido material. Si se malentiende de este modo, como sucede a veces, entonces este cuerpo dice que aunque hayas recibido *diksha* de él, esa persona no es tu guru. Debes entonces purificarte y empezar de nuevo. Aunque el mantra pueda no estar ensuciado, hay veces en que se vuelve imperativo renunciar incluso a eso, si se ha llegado a asociar de forma inseparable con la memoria del falso guru. En esos casos es aconsejable cambiar el mantra por otro.

Le corresponde al guru señalar el método; él debe mostrarte el camino para comprender e instruirte en cuanto a tu *sādhana*. Te corresponde a ti seguir practicándolo fielmente; pero el fruto llega espontáneamente en la forma de revelación del Sí. El poder para hacerte captar lo Inasible se manifiesta a su debido tiempo a través del guru. Donde surge la pregunta: «¿Cómo tengo que proceder?», obviamente no se ha alcanzado todavía la realización. Por lo tanto, nunca relajes tus esfuerzos hasta que haya iluminación; que ningún resquicio interrumpa tu intento, pues un resquicio producirá un remolino. Tu esfuerzo debe ser continuo como el flujo del aceite; debe ser una corriente sostenida, constante e ininterrumpida.

Que no tengas ningún control sobre la necesidad de alimento y sueño de tu cuerpo no importa; tu objetivo debe ser no permitir ningún intervalo en la realización de tu *sādhana*. ¿No ves cómo todo lo que necesitas en cuanto a comida y sueño, cada cosa a su hora fijada, es sin excepción una necesidad siempre recurrente? Exactamente de la misma manera debes aspirar a la continuidad en lo que se refiere a la búsqueda de la Verdad. Una vez la mente, en el curso de su movimiento, ha sentido el toque de lo Indivisible —¡si pudieras captar ese momento!—, todos los momentos están contenidos en ese Instante Supremo; cuando lo hayas captado, todos los momentos serán tuyos.

Toma, por ejemplo, los momentos de confluencia —*sandhiksana*⁵— al amanecer, mediodía y crepúsculo, cuando se revela el poder inherente al punto de conjunción en que el ir y el venir se encuentran. Lo que llamas luz eléctrica o electricidad en general no es otra cosa que la unión de dos opuestos: del mismo modo el Ser Supremo centellea en el momento de conjunción. Realmente, está presente en cada momento, pero tú lo pierdes continuamente. Sin embargo, esto es lo que tienes que captar; esto se puede hacer en el punto de conjunción donde los opuestos se funden en uno. Nadie puede predecir cuándo se revelará a un individuo particular ese momento decisivo; por lo

5. *Sandhiksana* es el momento de transición entre un período y otro en el flujo del tiempo. Los dos períodos representan dos movimientos o corrientes opuestos en el flujo del tiempo, mientras que el momento,

o *ksana*, representa el punto neutral de relativa estabilidad relativa entre esos dos períodos. En último término, este punto es eterno y guarda en sí el secreto de todo lo que existe o es posible en la creación.

tanto, mantente incesantemente en el esfuerzo.

Pregunta: Dices que todos los momentos están contenidos en ese Único Instante Supremo. No lo comprendo.

Respuesta: La experiencia de vida de cada uno está condicionada por el instante del nacimiento: pero el Instante Supremo que se revela en el curso de la *sādhana* conduce a la conclusión de la acción, al agotamiento del karma. La carencia de deseo puede consumir solamente lo que es combustible; el amor divino y la devoción disuelven sólo lo que es soluble. Pero el momento en el que no hay nada que quemar ni disolver, ese momento es eterno. Tratar de captar ese momento es todo lo que tienes que hacer. En realidad, éste es Eso; todo lo que se percibe es Él; ¿cómo puede Él estar separado de algo? Esto es así cuando uno ha entrado en la corriente, y entonces presente, futuro y pasado no están ya separados. Detrás del velo está la Realidad, pero delante de ti está el velo. El velo no estaba allí previamente, ni lo estará en el futuro, y por tanto no existe realmente ahora. En un cierto estado es así.

El momento que experimentas está desvirtuado, mientras que el Momento Supremo contiene estabilidad, no estabilidad, todo, aunque todas estas cosas estén allí y, al mismo tiempo, no estén allí. Y entonces hay otro estado en el que la pregunta del Momento Supremo y el momento fragmentario no se produce.

Pregunta: Dices que hay estabilidad en el movimiento y movimiento en la estabilidad. ¿Qué significa eso?

Respuesta: Cuando la semilla se une a la tierra, cuando las dos se han mezclado, en ese momento hay inmovilidad. Pero el proceso de germinación empieza inmediatamente después, y sin duda esto implica movimiento. Moción (o movimiento) significa no permanecer en el mismo sitio. Sin embargo, la semilla estaba en su sitio. ¿Por qué *estaba*? Todavía está. Cada etapa del crecimiento de un árbol representa un punto de estabilidad, pero es también pasajero. Por otra parte, las hojas crecen y luego caen, lo que no es el mismo estado: es y no es, pues después de todo se trata del árbol único. El árbol contiene potencialmente el fruto, por eso lo producirá; «producirá» equivale a «produce». Ningún símil es nunca perfecto en todos los aspectos.

En realidad, no hay nada sino el momento siempre único. Así como un solo árbol contiene innumerables árboles, incontables hojas, movimientos infinitos y estados estáticos inefables, igualmente un momento contiene un número infinito de momentos, y dentro de todos estos instantes incontables está el Momento Único. Mira, ahora, en este mismo momento, hay moción y descanso. ¿Por qué entonces tendrías que preocuparte por la revelación del Momento? Porque, engañado por tu percepción de la diferencia, piensas en ti, en cada uno y en todo lo del mundo como separado del resto. Por eso, para ti, existe la separación. El sentido de separación en el que estás atrapado — es decir, el momento de tu nacimiento — ha determinado tu naturaleza, tus deseos y su realización, tu desarrollo, tu búsqueda espiritual, todo. Por consiguiente, el momento de tu nacimiento es único, el momento del nacimiento de tu madre es también único, y lo mismo el de tu padre; y la naturaleza y el temperamento de cada uno de los tres es único.

Cada uno de vosotros, de acuerdo con vuestra línea particular de aproximación, debe captar el tiempo, el momento en que se os revelará la relación eterna por la que

estáis unidos al Infinito: ésta es la revelación de la Unión Suprema. Unión Suprema significa que todo el universo está dentro de ti y que tú estás en él, y que además ni siquiera habrá más ocasión de hablar de un universo, pues ya no existirá ninguno. Puedes decir que existe o que no existe, o que está más allá de la existencia y la no existencia, o incluso más allá de eso, como quieras; lo importante es que debe revelarse, sea en la forma que sea.

Habiendo encontrado ese «momento», en ese punto del tiempo —cuando se encuentra— conocerás tu Sí. Conocer tu Sí supondría la revelación (en ese mismo instante) de lo que tu padre y madre, y el universo entero, son en realidad. Es ese momento el que une a toda la creación. Pues conocerte no significa conocer tu cuerpo solamente, significa la revelación plena de Eso que eternamente Es —el Padre, Madre, Amado, Señor y Maestro Supremos—, el Sí. En el momento de tu nacimiento, no sabes que estás naciendo. Pero cuando has captado el Momento Supremo, súbitamente llegas a saber Quién eres realmente. En ese instante, cuando hayas descubierto tu Sí, todo el universo se habrá vuelto tuyo. Así como al recibir una semilla has recibido potencialmente un número infinito de árboles, captando y aprehendiendo el Momento Supremo Único nada queda sin realizar.

Cada uno tiene su propio camino. Algunos avanzan a lo largo de la línea del Vedanta, pero cuando progresan descubren el camino del vidente abierto para ellos. Para otros, cuya práctica espiritual, culto o yoga se produce con ayuda de imágenes y otras mediaciones, este mismo camino puede también abrirse. Otros, sin embargo, guiados por voces y alocuciones de lo Invisible, pueden al principio escuchar sólo sonidos, pero gradualmente llegarán a escuchar un lenguaje perfecto que transmite el significado pleno de los pensamientos e ideas expresados. Más tarde, se vuelve evidente que esas voces surgen del propio Sí de cada uno y que son Él Mismo manifestándose de esa manera particular. No importa cuál sea tu línea de aproximación, a su debido tiempo, el camino del vidente o un camino similar puede abrirse para ti de alguna forma o manera. Pero está fuera del alcance del conocimiento de la persona ordinaria el saber en qué momento ocurrirá eso y a quién.

Bien, supongamos ahora que un hombre sigue su propio camino específico, ¿qué es entonces el culto de una divinidad? Cuando tiene una visión de ella, ¿esa visión es sólo de la divinidad particular que representa o se refiere también a la forma abstracta del Sí? Se hace evidente que el Supremo está presente tanto en la forma abstracta del Sí como en la forma concreta de la divinidad. Alguien que, por el método del Vedanta Advaita, ha llegado de manera natural a unirse plenamente con el Sí, comprenderá que como el agua está contenida en el hielo, así se puede encontrar en la imagen la Realidad Suprema. Llegará a ver entonces que todas esas imágenes son realmente las formas espirituales del Uno. Pues, ¿qué está oculto en el hielo? El agua, desde luego. Por lo tanto, cuando hablamos del Todo, de lo Universal, hay oscurecimientos, velos, grados de descubrimiento, etc., como el hielo sólido y el hielo derritiéndose. Mientras que en el Sí puro no puede haber etapas, con el hielo, aunque se pueda fundir, existe la posibilidad de que exista como tal de nuevo, aquí o en otro lugar en el futuro. Por consiguiente, para Él, aquel que se manifiesta en la forma de hielo, no se plantea la cuestión de eterno o no eterno.

Por lo tanto, cuando se habla de Dvaitadvaita (no-dualismo y dualismo al mismo

tiempo), ambos son realidades. Igual que tú eres padre e hijo. ¿Cómo puede haber un padre sin un hijo o un hijo sin un padre? De esta manera, uno ve que ninguno de los dos es menos importante que el otro y que aquí no puede haber ninguna distinción entre superior e inferior. Cada uno de los dos puntos de vista es completo en sí mismo. De este modo, agua y hielo participan de la naturaleza de la eternidad. Igualmente, Él es tan indudablemente con forma como lo es sin forma. Cuando es con forma, lo que se puede comparar con el hielo, Él aparece vestido en ilimitadas y diferentes formas y modos de ser, que son realmente de naturaleza espiritual. Dependiendo de la senda de aproximación de cada uno, se da preferencia a una forma particular.

A través de cada vía religiosa, Él Se da a Sí mismo, y el valor de cada una de estas vías para el individuo es que cada una de ellas señala un método diferente de conocimiento del Sí. Él solo es agua y también hielo. ¿Qué hay en el hielo? Nada más que agua. En el plano en que existe el Dvaitadvaita, dualidad y no dualidad son hechos; expresado desde esta posición, hay forma así como libertad respecto de la forma. Además, cuando se dice que hay dualidad y no dualidad, ¿a qué nivel de conciencia corresponde este tipo de afirmación? Ciertamente hay un estado en el que diferencia y no diferencia existen simultáneamente, en verdad. Él está tanto en la diferencia como en la no diferencia. ¿No ves que desde el punto de vista mundano asumes muy obviamente que hay diferencias? El mismo hecho de que te esfuerces por encontrar tu Sí muestra que en ti debe existir el sentimiento de separación; que, de acuerdo con la manera del mundo, piensas en ti mismo como separado. Desde ese punto de vista, sin duda existe la diferencia. Pero entonces el mundo se dirige inevitablemente hacia la destrucción (*nasha*), puesto que no es el Sí (*na sva*), ni Él (*na sha*); no puede durar para siempre. Sin embargo, ¿quién es el que aparece incluso con el disfraz de lo efímero? Esto implica que Él se manifiesta eternamente, desplegando deseo y cualidad; pero también sin forma ni cualidad; y, más aún, se deduce que no puede hablarse de atributos y de no atributos, puesto que hay solamente el Uno sin segundo. Hablas del Absoluto como Verdad, Conocimiento, Infinito. En no dualismo puro, no puede surgir ninguna cuestión de forma, cualidad ni predicción, sea afirmativa o negativa. Cuando dices: «Él es sólo esto» y luego: «Él es también esto», te has confinado dentro de los límites de la palabra «también» y, como consecuencia, asumes la separación de la cosa a la que te refieres. En el Uno no puede haber ningún «también». El estado de Unidad Suprema no se puede describir como Eso y también como algo distinto a Eso. En el Absoluto sin atributos, no puede haber algo así como cualidad o ausencia de cualidad; hay solamente el Único Sí y nada sino el Sí.

Supón que crees que Él es con cualidad, que Él está encarnado. Te centras plenamente en ese aspecto de Él; entonces lo informe no existe para ti; éste es un estado. Hay otro estado en el que Él aparece con atributos así como sin atributos. Hay todavía otro estado (estos estados no son progresivos, sino que cada uno es completo en sí mismo) en el que existe tanto la diferencia como la no diferencia, siendo ambas impenetrables, y donde Él está más allá de toda expresión. Esto y todo lo que se ha dicho anteriormente está dentro del Estado Supremo, del que se dice que incluso aunque se extraiga el Todo del Todo, el Todo sigue siendo el Todo. No puede haber adición ni sustracción; la totalidad del Todo sigue intacta. Sea cual sea la línea que puedas seguir, representará un aspecto particular. Cada método tiene sus propios

mantras, sus ideas y estados propios, sus creencias y sus prescripciones. ¿Para qué? Para comprenderlo, para comprender tu propio Sí. ¿Quién o qué es el Sí? Dependiendo de tu orientación, Lo encuentras —al que es tu propio Sí— como un perfecto servidor en relación a su dueño, como una parte en relación al Todo, o simplemente como el Único Sí (*Atma*)... Muy bien, los muchos credos y sectas sirven al objetivo de que pueda darse Él mismo a Sí mismo por varias vías —cada una tiene su propia belleza— y para que pueda ser descubierto y expresado de incontables maneras, en todas las formas y en lo sin forma. En la forma de Camino, atrae a cada persona por la línea particular que le guiará en armonía con sus disposiciones y tendencias internas. El Uno está presente en cada secta, aunque exteriormente pueda parecer que hay conflicto entre ellas, lo que se debe a la naturaleza del ego que está lleno de dudas. Este cuerpo, sin embargo, no excluye nada. Si sigues un credo o secta particular, tendrás que ir directamente hasta el punto en que todas sus características te sean conocidas. Cuando avanzas por una sola línea —en otras palabras, cuando te adhieres a una religión, fe o credo particulares que tú piensas distinto y en conflicto con todos los demás—, antes de nada tendrás que comprender la perfección a la que aspira su fundador, y luego, más allá de eso, lo Universal se te revelará por sí mismo.

Lo que se acaba de explicar es aplicable al caso de cada una de las diversas sectas, aunque es desde luego cierto que si uno se detiene en lo que se puede conseguir siguiendo una sola vía, el objetivo de la vida humana no se alcanzará. Lo que se requiere es una comprensión que desarraigue el conflicto y las divergencias de opinión, que sea completa y esté libre de antagonismo intrínseco. Si no es así, la experiencia interior será parcial e incompleta. En la verdadera comprensión, no puede existir ninguna disputa con nadie; se está plenamente iluminado en cuanto a todos los credos, religiones, doctrinas y sectas, y se ven todos los caminos como igualmente buenos. Ésta es la comprensión absoluta y perfecta. Mientras haya disensión, no se puede hablar de realización. Sin embargo, se debe indudablemente tener una fe firme en la divinidad escogida y seguir con constancia y perseverancia el camino elegido.

En cuanto al fruto de la acción, si la acción es continua, sin interrupción, y se permanece siempre consciente del Objetivo, ¿quién se revelará por esa acción? ¡Él, el Uno Indivisible! Pero aun en esa acción, el Perfecto se autorrevela; éste es el significado real de toda acción, del esfuerzo, que es la característica innata del individuo. La naturaleza verdadera del hombre le impulsa a realizar acciones que son la expresión de su ser verdadero, y es natural que sienta el impulso a comprometerse en acciones de ese tipo. La naturaleza verdadera del hombre es *Sva*, *Svayam*, *Atma*; llámalo por cualquier nombre, es lo Supremo, Yo mismo.

Como respuesta a la necesidad espiritual periódica de la humanidad, varios eminentes maestros espirituales han vivido en nuestro planeta. Vienen de edad en edad a elevar a la humanidad y a destruir el mal que puede haberse infiltrado en la sociedad.

Sólo esos seres pueden ser llamados Siddha Purushas (seres perfectos) que, en virtud de su vigorosa *sádhana* e intensa purificación moral y realización espiritual, alcanzan un estado de ser que despierta en ellos una conciencia cósmica. No tienen una voluntad propia separada. Unen su individualidad a la Realidad Suprema y son más guiados por ella que por su propio *sankalpa*. Son llamados también Nitya Siddha. No hay límite a

su penetración espiritual. Se convierten no sólo en Íshwara en el curso de su evolución espiritual, sino en Mahéshwara y Paraméshwara también.

Nadie sino un alma evolucionada espiritualmente puede comprender o sondear su profundidad espiritual. Para un alma ordinaria, la vida y las actividades de esos seres no parecen más que un misterio. Pueden hacer cosas que parecen imposibles a los otros. Su deseo está sosegado; su pasión, suprimida. No son repelidos por lo repelente ni atraídos por lo atractivo. Vienen a este mundo con un motivo puro de servicio a la humanidad.

Lo esencial de la enseñanza de Anandamayí

Hay solamente Uno y no hay nada fuera de Él. Él es. Él es y Él no es; y ni Él es, ni Él no es. Él es con forma —todas las formas son Su forma, todos los nombres son Su nombre—, Él es sin forma y Él está más allá de la forma y la no forma.

Aparece al hombre como un Dios personal para atraerle a la Realidad, que es el Sí del hombre. El hielo y el agua parecen diferentes, pero realmente son lo mismo. El Dios personal es como el hielo, y el Impersonal, Inmutable, No manifestado, como el agua. Entrás en contacto con una de Sus formas divinas y un día descubres que no es sino lo aformal, y entonces conoces que Él es con forma, sin forma y más allá de las dos.

Comprender el Uno es el deber supremo de todo ser humano. Todos los demás deberes están en ese único deber o son imaginarios.

El hombre es un ser humano sólo en la medida en que aspira a la realización del Sí. A esto es a lo que está destinado el nacimiento humano. Si el hombre persigue otra cosa distinta, derrocha su tiempo y su energía, vive su vida en vano.

La dualidad es dolor por su misma naturaleza. *Duniyá* (el mundo) es *dukha* (tristeza); esto es, el sentido de separación es en sí mismo sufrimiento. Todo dolor se debe al hecho de que se ve multiplicidad donde sólo hay Uno. Mientras haya identificación con el cuerpo y la mente, debe haber dolor, aflicción y angustia. Es inútil buscar la felicidad en lo que es del mundo. Descubre dónde está tu hogar verdadero. Este mundo es como una posada de viajeros: uno llega y luego se va.

Hay innumerables caminos, y, sin embargo, no hay ningún camino a lo Supremo. Si lo hubiera, eso significaría que el descubrimiento de lo Real depende de los esfuerzos del individuo. Lo Supremo no sería lo Supremo si estuviera sometido a algo. Él y Él solo está en todos los tiempos. Quitar el velo que obstruye la visión de la Realidad es todo lo que el hombre puede hacer y todo lo que tiene que hacer.

Resumido por Atmananda

El *Gáyatri Mantra* es recitado por los brahmanes cada mañana. Se podría decir también que este verso sánscrito constituye la quintaesencia de los temas de meditación para todos aquellos que están bajo la égida de Anandamayí. En la explicación de su significado a Gurupriya Devi, Anandamayí sintetizaba un sentido accesible a todo el mundo:

El que crea, conserva y destruye,

cuya forma es Universal,
Él, inspira nuestro intelecto,
Él es el Ser Supremo
y el Conocedor dentro de cada criatura;
yo medito en Su rostro sublime.

Epílogo

CONCEBÍ ESTE libro hace treinta y cinco años. En ese tiempo, sólo muy pocos Occidentales estaban interesados en este tema. Anandamayí era poco conocida fuera de la India y sólo cuatro europeos habían pasado algún tiempo residiendo en sus áshrams. *Autobiography of a Yogi* [*Autobiografía de un yogui*], de Yogananda, en la que hay una breve pero entusiasta información sobre ella, se había convertido en un clásico entre los libros de bolsillo en el mundo de habla inglesa, particularmente en los Estados Unidos. Jean Herbert había presentado a Anandamayí a un público francés limitado, y un documental de Arnaud Desjardins se había mostrado en la televisión francesa. Yo logré publicar algunas fotografías de ella en libros y revistas, pero mis esfuerzos chocaron casi siempre con la indiferencia.

En 1961 fui invitado por una editorial francesa, Editions du Seuil, a conocer a Mircea Eliade, gran autoridad mundial en religiones comparadas. Él estaba de visita en París procedente de Chicago para discutir los planes para su nuevo libro, *Patanjali et le yoga* [*Patañjali y el yoga*], para el que quería utilizar algunas de mis fotografías. Tuvimos una entrevista larga y amistosa en la oficina del editor, hombre de gran reputación especializado en temas espirituales. Representaba a la firma más relevante en estos asuntos en toda Francia. Eliade seleccionó algunas de mis fotografías y esto llevó a otros encargos de Seuil.

Aprovechándome de mi nueva reputación ante la editorial, reuní valor para mostrar al editor la maqueta de mi libro sobre Anandamayí, en cuya preparación había puesto mucho cariño y mucho tiempo. Incluía la mayor parte de las fotografías de este volumen, junto con gran parte del texto traducido de las propias palabras de Anandamayí. El editor me saludó calurosamente y abrió la maqueta con aire de grata expectación. Le dio una pausada y atenta lectura en completo silencio, haciendo pausas aquí y allá para mirar más tiempo algunas fotografías en particular. Luego miró hacia arriba y en un tono duro, tenso, desdeñoso, dijo: «Elle est ratée!», es decir, «no es buena».

Aunque sabía que no debía mostrarme ofendido —Anandamayí, sin duda, se habría divertido mucho— estaba, sin embargo, destrozado. Entonces comprendí que mi fuerte deseo de añadir este libro a mi lista de títulos ya publicados sobre temas muy diferentes era equivocado o inoportuno. Tendría que dar carpetazo al proyecto. Sin embargo, entre mis muchos proyectos de aquellos años no había ningún otro por el que tuviera tanto cariño. Lo consideraba un tema tan profundamente personal que apenas me atrevía a exponerlo ocasionalmente a algún otro editor o amigo. Y sin embargo no había compradores, a pesar de las desoladas entrevistas con editores que me miraban con indiferencia. Lo guardé en un cajón, donde el papel se volvía marrón y las fotos se decoloraban. Mi entusiasmo por el proyecto no disminuyó nunca.

Los tiempos han cambiado. El interés por Anandamayí, en la India y fuera de la India, ha aumentado enormemente, junto con la aparición de todo un nuevo ambiente espiritual y una sensibilidad naciente hacia la vida mística. Una generación de *sādhakas* serios no indios ha demostrado penetración y determinación por el camino de la iluminación espiritual real. Junto con el cambio en las actitudes occidentales hacia la

espiritualidad, ha habido una revaluación global de todo lo referente a la situación de las mujeres y la naturaleza de la feminidad. Al introducir la dimensión de la espiritualidad en el debate, al desarrollar un estilo de autoridad dominante en asuntos de organización, y, sobre todo, en su matrimonio único y en la manera que manejó su propia situación (primero como mujer casada y luego como viuda durante medio siglo), Anandamayí señaló la necesidad de una reorientación radical en este ámbito de la vida para atraer el interés y el respeto de las mujeres en todas partes. En el año del centenario del nacimiento de Anandamayí, siento un cambio palpable en el ambiente; cada vez más personas encuentran su camino hacia ella.

Hay un aspecto de la imagen que ahora tenemos que es fácil pasar por alto, pero que ha estado implícito a lo largo de estas páginas. Mediante su propio ejemplo, Anandamayí actuó como guía para todos los que estaban preparados para vivir como ella —si era necesario, en situaciones límite— y, como a menudo sucedía, compartía esa vida con ellos, arrojando frecuentemente dificultades psicológicas, de vez en cuando dificultades físicas, en el mismo borde del abismo, a un grado máximo, en un estado de luminoso equilibrio. Es esta capacidad formidable y penetrante la que matiza las prioridades en la relación de cualquier persona con Anandamayí y la que hace que tantas cosas de nuestra pobre y cómoda vida cotidiana parezcan banalidades; así ocurre, en todo caso, por lo que a mí respecta.

Durante el tiempo que pasé con Anandamayí, unos tres meses en un período de cuatro años, sólo necesité una charla con ella. Consciente de que otros tenían preguntas más urgentes y apremiantes, también me limité a una sola pregunta. Lo que yo deseaba era una clarificación sobre la manera en que podía llevar el Espíritu a mi vida diaria como artista visual. Para mí, esta ha sido la pregunta más importante en toda mi vida, y lo sigue siendo. Pero yo no lograba hacer ningún progreso con ella en este punto, y probablemente soy uno de los muy pocos de sus entusiastas admiradores que se fueron descontentos. Ella estaba dispuesta a hablar largamente sobre la primera mitad de mi pregunta, pero no sobre la más urgente (al menos para mí en aquel momento) segunda mitad. Sin embargo, por medio de Anandamayí desarrollé un interés que me ha durado toda la vida por la cuestión notoriamente difícil de la representación de lo sagrado en el arte de nuestro tiempo. Me llevó la mayor parte del resto de mi vida imaginar por qué ella declinó ocuparse de la última parte de mi pregunta. En primer lugar, su orden de prioridad, como siempre, era establecer primero las cosas más importantes y dejar que todo lo demás se ordenase consecuentemente. Y, desde luego, en mi caso, como en el de todos los demás, la prioridad fundamental era mi relación inmediata con el Espíritu. Lo que no podía prever en esa época era que, cuando asumiera la necesidad de enfrentarme a esa prioridad básica, esto me llevaría a una situación límite y a una perspectiva completamente nueva de la realidad. Mucho más tarde comprendí que no se trata de que el artista *busque* la manera de representar lo sagrado. Si un artista está verdaderamente en contacto con el Espíritu, entonces el problema se resuelve por sí mismo, por irresoluble que pudiera parecer en una época insensible a la dimensión sagrada.

Progresé en mi trabajo sólo cuando puse mis pequeñas necesidades y preguntas en relación con aquellas inmensidades de la vida y la muerte que eran moneda corriente en las charlas privadas de otros con Anandamayí. He tenido tiempo de reflexionar

sobre todo lo que experimenté con ella hace tanto tiempo y he estudiado el gran discurso sobre el Momento, aquí incluido. Hay muchas fotografías «nuevas» en este libro que no pude «ver» antes entre mis negativos porque la mente es más lenta que el ojo en el instante de apretar el obturador. Ya no pienso, como presuntuosamente pensaba cuando empecé, que pudiera lograr fotografías que reflejaran siquiera fuese remotamente la transfiguración que implicaba la «retirada a un lado» de Anandamayí: «este cuerpo es Eso». Donde he descartado fotografías tuyas lo hice porque no daban ni siquiera una pista de esa evasiva transfiguración. Ahora he intentado comunicar el flujo de mi visión interior con alusiones oblicuas, relaciones de página a página, afinidades y contrastes, la agregación gradual de una totalidad entrelazada, que *evoca* más que describe lo sagrado. Con el paso de los años he reunido en mi mente una síntesis de recuerdos, impresiones, hilos de pensamiento, *samskaras* de mis días del áshram. Se presentan ahora como mi *témoignage* personal. Trato no obstante de ser fiel a la cualidad que captó mi atención en Anandamayí al principio: la paradoja del *nada especial*. «Soy lo que tú entiendas que soy».

Casi llegué tarde; cuando llegué a Benarés en 1954, los asombrosos días de sus *bhavas* y *samadhys* habían pasado. Sin embargo, ella tenía todavía una apariencia asombrosamente juvenil y la disposición de una mujer mucho más joven. Cuando volví en la siguiente visita después de su 60 cumpleaños había un cambio marcado, particularmente en la escala de su incesante accesibilidad. El número total de personas que querían verla y la multiplicidad de áshrams establecidos en su nombre imponían un ritmo y una atmósfera enteramente diferente en su vida. Esto me planteó varios problemas como fotógrafo durante mis últimos días de trabajo. Ya no era posible tener un acceso pausado y cercano a ella, tal como el que yo había disfrutado día tras día en Vindhyáchal. Allí la libertad para el rápido movimiento espontáneo entre ella y los otros no estaba dificultada por la presión de la multitud. La plasticidad maravillosamente brillante del agrupamiento, el radiante lirismo de Matajī en la terraza de Benarés rodeada por un pequeño grupo de *kirtanis*, la inestimable intimidad en las verandas, todo eso, nunca volví a verlo. En respuesta a la multitud, el énfasis se ponía ahora en la aguda penetración de su instrucción en el nivel, por decirlo así, molecular, en las conversaciones privadas cara a cara o a través de su misteriosa capacidad para hablar directa e individualmente a cada buscador entre el enorme gentío. Más que nunca, a partir de entonces, uno tenía que atravesar el velo del *nada especial* con paciente visión interior.

La presencia de otras personas alrededor de Anandamayí había sido siempre la clave de mi fotografía. Con mucho, lo más excitante para mí, y lo más difícil, era «coger» al vuelo los momentos de revelación, cuando Matajī estaba en una relación vibrante con los otros. Eso era absolutamente fundamental a su manifestación, su *raison d'être*. Como ella dijo en su estilo característicamente sucinto: «Para la obra de tu vida *tú* has bajado este cuerpo». Debo confesar que soy bastante incapaz de considerar a Anandamayí en soledad; durante toda su vida fue accesible a los otros. Aunque a veces la fotografié cuando miraba hacia arriba o apartaba la mirada de los que estaban cerca, sólo una vez la fotografié *sola*, no mirando, hablando ni escuchando a nadie sino a mí. Como describí anteriormente, en esa ocasión la fotografié mirándome directamente a *mí*, no a mi cámara.

Se me ha preguntado muchas veces si podría proporcionar una foto de Anandamayí mirando directamente al espectador. Todos se asombran de que no tenga ninguna. Tal vez eso dé a entender que hay algo que está mal en mí, algo en mis *samskaras* que le impedía mirarme directamente. Me siento feliz al decir que a menudo me miraba, pero hay una diferencia enorme entre mirar directamente a alguien a los ojos y mirar a la lente de una cámara detrás de la cual se ocultan los ojos del fotógrafo. Aunque sea siempre tan leve, esta estrategia del fotógrafo es poco honrada. Había un acuerdo tácito sobre esto entre Anandamayí y yo, aunque nunca intercambiamos una palabra sobre mi trabajo con la cámara. Era evidente que yo nunca interfería, sino que me desenvolvía con mi trabajo tan silenciosa y discretamente como era posible. No es que yo pretendiera no existir, sino que todo el mundo estaba habituado a mi presencia; les estoy profundamente agradecido por haberme hecho sentir que formaba parte de aquello. La gente hablaba conmigo directamente, no con mi aparato. Cuando no conversábamos, los fotografiaba cuando hacían su vida, relacionándose entre ellos de la manera habitual. *Nadie se asomaba a la imagen*. Estaban plenamente absortos en su mundo, en el que ellos, y también Anandamayí, vivían y tenían su ser. No eran como habitantes de una tierra plana asomados al borde del mundo, sino que se movían en su esfera propia. Sucedió que yo estuve dentro también, participante en la representación de los misterios.

Glosario de términos sánscritos

ananda: gozo.

árati: ceremonia devocional realizada al amanecer y al atardecer haciendo girar en círculos luces, incienso, etc.

ásana: postura yóguica o física; también, una pequeña alfombra o estera utilizada para sentarse.

Atma o *Atman*: el Sí verdadero.

bhakta: devoto.

bhakti: devoción y amor a Dios.

bhava: estado divino; éxtasis espiritual, generalmente de naturaleza emocional.

Brahman: la Realidad Suprema.

chakra: centro de energía psíquica en el cuerpo sutil.

darshan: ser bendecido por la vista o la presencia de un santo, sabio o divinidad.

dharmasala: albergue de peregrinos.

dhyana: flujo constante de la atención del que medita; meditación.

diksha: iniciación en la vida espiritual, realizada por la gracia del guru. Implica la autopurificación del discípulo y el establecimiento de un contacto directo con la Realidad Suprema.

ghat: peldaños que llevan a un río o estanque.

Hara: un nombre de Shiva.

Hari: un nombre de Vishnu.

Ishta: el amado; la divinidad escogida a la que uno adora; en realidad, no es diferente del Sí.

Íshvara: el Dios personal supremo.

japa: repetición de un mantra o un nombre de Dios, vocalmente o en silencio.

kheyala: utilizado por Anandamayí para designar un arrebató espontáneo de la voluntad, que es divina y por tanto libre.

kirtan: el canto o salmodia de los nombres o glorias de Dios, habitualmente con fuerte acompañamiento rítmico de tambores, címbalos y gongs, y con el armónium.

kriya: acción creativa que conduce a la perfección.

lila: literalmente «juego», pero esencialmente juego divino, libre por naturaleza y no sometido a leyes.

ma: madre.

maha: prefijo que significa “grande”.

mahasamadhi: muerte de un santo.

mantra: una serie de sonidos de gran potencia; poder divino transmitido a través de una palabra.

mataji: madre. El sufijo *ji* indica respeto.

maunam: voto de silencio, a menudo observado sólo un día a la semana, o por tiempo indefinido como forma de autodisciplina.

Maya: el Uno ocultándose en lo múltiple; el mundo fenoménico percibido como ilusión.

mudra: gesto de la mano; «lenguaje» simbólico formalizado del gesto en el ritual y la danza.

Nama kirtan: kirtan de un nombre de Dios.

namaskar: saludo respetuoso que se realiza juntando las palmas de las manos.

pradakshinā: circumambulaci3n en el sentido de las agujas del reloj en torno a un objeto sagrado.

pranam: reverencia; acto de entrega en presencia de un superior o del guru.

prana pratisthā: investidura de un objeto con energí3 vital.

prasād: el alimento ofrecido a una deidad o santo se convierte en *prasād* cuando ha sido aceptado y por ello bendecido; es entonces compartido por los devotos.

puja: culto ceremonial.

rasa: sabor de la alegrí3 sobrenatural en un estado de uni3n extática.

rishis: los sabios que recibieron la revelaci3n de los Vedas.

sādhana: prāctica espiritual realizada con el objetivo de prepararse para la realizaci3n del Sí.

sādhaka: el que practica la *sādhana*.

sādhika: femenino de *sādhaka*, es decir, mujer que practica la *sādhana*.

samadhi: estado en el que la mente o estā completamente concentrada en su objeto de contemplaci3n o deja de funcionar y sólo permanece la Conciencia Pura; tambi3n, tumba de un santo.

samskara: impresiones, disposici3n o huellas psíquicas dejadas en la mente despu3s de cualquier experiencia, a menudo las que se traen de nacimientos anteriores.

sankalpa: decisión, determinación.

sannyasa: renunciación, en la que se tienen que observar ciertas reglas de disciplina.

satsang: la compañía de sabios, santos y buscadores de la Verdad.

shastras: las Escrituras sagradas hindúes.

tapasyá: austeridades emprendidas con el objetivo

definido de llegar a lo Espiritual.

váishnava: culto de Visnú y Krisna.

vedi: altar para el culto.

vigraha: la imagen consagrada mediante un mantra o una devoción que se convierte en la divinidad misma.

yajña: sacrificio ritual, habitualmente con fuego.

BIBLIOGRAFÍA

Castellano

Vida y enseñanzas de Sri Ma Anandamayí. El ave alza el vuelo.
Bithika Mukerji, José J. de Olañeta,
Editor e Índica Books,
Palma de Mallorca, 2001

Inglés

Publicaciones de Shree Shree Anandamayee
Charitable Society, Calcuta:

*As the Flower Sheds its Fragrance: Diary
Leaves of a Devotee*
Atmananda

From the Life of Sri Anandamayí
Mukerji, Bithika, 2 vols.

*Life and Teaching of Sri Anandamayí
Ma*
Lipski, Alexander

Ma Anandamayí Lila
Hari Ram Joshi

Matri Vani (Sayings of Sri Anandamayí)
2 vols.

Mother as Revealed to me
Bhaiji

Mother as Seen by her Devotees

Sri Sri Ma Anandamayí
Gurupriya Devi, 3 vols.

Words of Sri Anandamayí
traducido al inglés por
Atmananda

Otras publicaciones:

My Days with Sri Ma Anandamayí
Mukerji, Bithika
Indica Books, Varanasi, 2002

The Naked Voice
Goodchild, Chloe. Londres, 1993

«The Sacred Anthill and the Cult of the
Primordial Mound», *History of
Religions*, vol. 21, nº 4, mayo de 1982,
University of Chicago
Irwin, John

The Speaking Tree
Lannoy, Richard. Londres, Nueva York
y Bombay, 1971

*Weavers of Wisdom: Women Mystics of
the Twentieth Century*
Bancroft, Anne. Londres, 1989

Inglés, alemán y francés

Matri Darshan

Westerkappeln, Alemania, 1988

Alemán

Matri Satsang

Stuehlingen, Alemania, 1988

Francés

A la rencontre de Ma Anandamayi

Entretiens avec Atmananda par Madou-Medirep, sin fecha

Ashrams, Grands Maîtres de l'Inde

Arnaud Desjardins. París, 1982

Aux Sources de la Joie

Jean Herbert. Quebec, sin fecha

En Tout et Pour Tout: Ma Anandamayi

Une Fois... Ma Anandamayi

Vie en Jeu

Jean-Claude Marol. París, 1995

L'Enseignement de Ma Anandamayi

Jean y Josette Herbert. París, sin fecha

Présence de Ma Anandamayi

Josette Herbert (traducción del diario de Atmananda)

Visages de Ma Anandamayi

Bharati Dhingra. París, sin fecha

Del mismo editor:

SOPHIA PERENNIS

1. Frithjof Schuon, *Tras las huellas de la religión perenne*.
2. Titus Burckhardt, *Clave espiritual de la astrología musulmana según Muhyu-dîn Ibn Arabî*.
3. Titus Burckhardt, *Símbolos*.
5. Jean Hani, *El simbolismo del templo cristiano*.
6. Frithjof Schuon, *Castas y razas, seguido de Principios y criterios del arte universal*.
7. A. K. Coomaraswamy, *Sobre la doctrina tradicional del arte*.
8. Louis Charbonneau-Lassay, *Estudios sobre simbología cristiana*.
10. Khempo Tsultrim Gyamtso, *Meditación sobre la vacuidad*.
13. *Cantos pieles rojas*.
15. Bernard Dubant, *Sitting Bull. Toro Sentado. «El último indio»*.
16. René Guénon, *La metafísica oriental*.
17. *El jardín simbólico*. Texto griego extraído del Clarkianus XI.
19. Pierre Ponsoye, *El Islam y el Grial. Estudio sobre el esoterismo del Parzival de Wolfram von Eschenbach*.
21. Whitall N. Perry, *Gurdjieff a la luz de la tradición*.
22. Leo Schaya, *La doctrina sufí de la unidad*.
23. Arco Iris Llameante (John G. Neihardt), *Alce Negro habla*.
24. Abanindranath Tagore, *El Alpona o las decoraciones rituales de Bengala*.
26. Abanindra Nath Tagore, *Arte y anatomía hindú*.
27. Clément Huart, *Calígrafos del oriente musulmán*.
28. Ibn'Arabî, *El tratado de la Unidad y otros textos sufíes*.
30. Frithjof Schuon, *Comprender el Islam*.
31. René Guénon, René Allar, Elie Lebasquais, Kshêmarâja y Jayarata, Shankarâchârya, *La tradición hindú*.
32. Angus Macnab, *España bajo la media luna*.
33. Martin Lings, *El secreto de Shakespeare*.
34. Titus Burckhardt, *El arte del Islam. Lenguaje y significado*.
36. Shaykh al-Arabî ad-Dârqawî, *Cartas de un maestro sufí*.
37. 'Abd ar-Rahmân al-Jâmî, *Los hábitos de la intimidad*.
38. Frédéric Portal, *El simbolismo de los colores*.
40. Frithjof Schuon, *Las perlas del peregrino*.
41. *El Zohar. Revelaciones del «Libro del Esplendor»*.
42. Frithjof Schuon, *El sol emplumado. Los indios de las praderas a través del arte y la filosofía*.
43. Valmiki, *El mundo está en el alma*.
44. L. Charbonneau-Lassay, *El bestiario de Cristo. Vol. I*.
45. L. Charbonneau-Lassay, *El bestiario de Cristo. Vol. II*.
46. Julius Evola, *El misterio del Grial*.
47. Julius Evola, *Metafísica del sexo*.
48. Jean Hani, *La Virgen Negra y el misterio de María*.
49. S.S. el Dalai Lama, *El mundo del budismo tibetano*.
50. Jean Hani, *La realeza sagrada. Del faraón al cristianísimo rey*.
51. Hari Prasad Shastri, *Ecos del Japón*.
52. Jean-Louis Michon, *Luces del Islam*.
53. Frithjof Schuon, *Forma y substancia en las religiones*.
54. Titus Burckhardt, *Ensayos sobre el conocimiento sagrado*.
55. Titus Burckhardt, *Espejo del intelecto*.
56. Jean Hani, *Mitos, ritos y símbolos. Los caminos hacia lo invisible*.
57. Titus Burckhardt, *Principios y Métodos del Arte Sagrado*.
58. M. O. Fitzgerald, *Yellowtail (Cola Amarilla). Autobiografía de*

- un hombre medicina de la tribu cuervo y jefe de la danza del sol.*
59. Frithjof Schuon, *Meditación primordial.*
 60. Frithjof Schuon, *Artículos varios.*
 67. Frithjof Schuon, *Resumen de metafísica integral.*
 68. Frithjof Schuon, *De lo divino a lo humano.*
 69. Frithjof Schuon, *Aproximaciones al fenómeno religioso.*
 70. Frithjof Schuon, *Lógica y transcendencia.*
 71. Frithjof Schuon, *Perspectivas espirituales y hechos humanos.*
 72. Frithjof Schuon, *Las estaciones de la sabiduría.*
 73. Frithjof Schuon, *Imágenes del espíritu: Shinto, Budismo, Yoga.*
 74. Frithjof Schuon, *Tener un Centro.*
 75. Frithjof Schuon, *Cristianismo-Islam: Visiones de ecumenismo esotérico.*
 76. Frithjof Schuon, *Raíces de la condición humana.*
 77. Frithjof Schuon, *El sufismo: velo y quintaesencia.*
 78. Frithjof Schuon, *El ojo del corazón.*
 79. Frithjof Schuon, *Senderos de gnosis.*
 80. Frithjof Schuon, *La transfiguración del hombre.*
 81. Frithjof Schuon, *El juego de las máscaras.*
 82. Frithjof Schuon, *Miradas a los mundos antiguos.*
 83. Frithjof Schuon, *De la unidad transcendente de las religiones.*
 84. Frithjof Schuon, *El esoterismo como principio y como vía.*
 85. Martin Lings, *Un santo sufí del siglo XX. El Sayy Ahmad Al-'Alawí.*
 86. René Guénon, *Oriente y Occidente.*
 87. Martin Lings, *El libro de la certeza.*
 88. Martin Lings, *Creencias antiguas y supersticiones modernas.*
 89. Martin Lings, *Símbolo y arquetipo: estudio del significado de la existencia.*
 90. Martin Lings, *La hora undécima.*
 91. *Sé lo que eres. Las enseñanzas de Sri Ramana Maharshi.*
 92. Martin Lings, *¿Qué es el sufismo?*
 93. Bithika Mukerji, *Vida y enseñanzas de Sri Ma Anandamayí.*
 94. William Stoddart, *El budismo.*
 95. William Stoddart, *El hinduismo.*
 96. William Stoddart, *El sufismo.*
 98. René Guénon, *Los estados múltiples del ser.*
 99. René Guénon, *Introducción general al estudio de las doctrinas hindúes.*
 100. Whitall N. Perry, *Tesoro de sabiduría tradicional.*
 - 100*. Whitall N. Perry, *Tesoro de sabiduría tradicional.*
(Edición en seis tomos en rústica)
 - I. Sacrificio-Muerte
 - II. Combate-Acción
 - III. Vida-Amor
 - IV. Belleza-Paz
 - V. Discernimiento-Verdad
 - VI. Unión-Identidad
 - * (Estuche que contiene los tomos I, II, III, IV, V y VI).
 101. Frithjof Schuon, *El camino hacia el corazón.*
 102. Frithjof Schuon, *Adastra - Stella Maris.*
 103. Frithjof Schuon, *Hojas de otoño - El anillo.*
 104. Frithjof Schuon, *Cantos sin nombre I, II, III.*
 105. Frithjof Schuon, *Cantos sin nombre IV, V, VI.*
 106. Frithjof Schuon, *Cantos sin nombre VII, VIII, IX.*
 107. Frithjof Schuon, *Cantos sin nombre X, XI, XII.*
 108. Frithjof Schuon, *La rueda cósmica, I, II, III, IV.*
 109. Frithjof Schuon, *La rueda cósmica, V, VI, VII.*
 110. *Frithjof Schuon - Pinturas y dibujos.*
 135. René Guénon, *El simbolismo de la cruz.*

LOS PEQUEÑOS LIBROS DE LA SABIDURÍA

(Esta colección se ofrece también en lengua catalana)

1. Michel Gardère, *Rituales cátaros*.
2. *Mujeres místicas (Época medieval)*. Antología de Thierry Gosset.
3. *La sabiduría del indio americano*. Antología de J. Bruchac.
4. Sogyal Rinpoché, *Meditación*.
5. Laurence E. Fritsch, *El pequeño libro de los días*.
7. Swâmi Râmdâs, *Pensamientos*.
9. *Cantos de amor del antiguo Egipto*.
10. Jean Markale, *Las tres espirales. Meditación sobre la espiritualidad céltica*.
11. Arnaud Desjardins, *Zen y Vedanta*.
12. Rabí Nachman de Breslau, *La silla vacía*.
13. Lao Tse, *Tao Te King*.
14. Omar Khayyâm, *Rubaiyat*.
15. Epicteto, *Un manual de vida*.
17. Jean Giono, *El hombre que plantaba árboles*.
18. *Mujeres místicas (Siglos XV-XVIII)*. Antología de T. Gosset.
20. *Madre tierra, padre cielo. Los indios de Norteamérica*. E.S. Curtis.
21. S.S. el Dalai Lama, *Los beneficios del altruismo*.
25. Mariama Hima, *Sabiduría africana*.
26. Rûmî, *El canto del sol*.
28. K. G. Durckheim, *Camino de vida*.
30. Madre Teresa, *En el corazón del mundo. Pensamientos, Historias y Oraciones*.
31. *Himnos a la diosa*. Traducidos del sánscrito por A. y E. Avalon.
32. Frithjof Schuon, *Amor y vida*.
34. Gérard Edde, *Feng Shui. Armonía de los lugares*.
35. Sun Tzu, *El arte de la guerra*.
36. Baltasar Gracián, *Arte de prudencia*.
37. Théodore Monod, *Peregrino del desierto*.
38. Rabindranath Tagore, *Del alba al crepúsculo*.
39. Okakura Kakuzo, *El libro del té*.
40. E. Thompson Seton y J.M. Seton, *La tradición del indio norteamericano*.
41. Maîna Kataki, *Palabras de Lal Ded*.
42. *Bhagavad Gîtâ. Cantar del Glorioso Señor*.
43. H. Brunel, *Pequeño libro de la sabiduría monástica*.
44. Ananda K. Coomaraswamy, *Vida y leyendas de Buddha*.
45. Anónimo, *Relatos de un peregrino ruso*.
46. Khalil Gibran, *El Profeta*.
47. Khalil Gibran, *El jardín del Profeta*.
48. Khalil Gibran, *El Loco. Sus parábolas y poemas*.
49. Khalil Gibran, *Arena y espuma*.
51. Anónimo, *El peregrino ruso. Tres nuevos relatos*.
52. Fray Lorenzo de la Resurrección, *La experiencia de la presencia de Dios*.
54. *Himno a la Tierra. Prthivîśukta*.
55. *Mujeres místicas (ss. XIX-XX)*. Antología preparada por Thierry Gosset.
56. Kabir, *Poemas breves*.
57. Baltasar Gracián, *El héroe*.
58. Rabí Nachman de Breslau, *La dulce arma*.
59. Shaykh Al-Sulamî, *Las enfermedades del alma y sus remedios*.
60. *Todo es uno*. Texto tamil sobre el Advaita Vedânta.
61. Khalil Gibran, *El vagabundo, sus parábolas y sus dichos*.
62. San Serafín de Sarov, *Conversación con Motovilov*.
63. Miyamoto Musashi, *Tratado de las cinco ruedas*.
64. S. Juan de la Cruz, *Cántico espiritual y otros poemas*.
65. *Libro de los salmos*.
66. Jayadeva, *Gîta Govinda*.
67. Frithjof Schuon, *Meditaciones de viaje*.
68. *Cantar de los cantares*.
69. Lilian Staveley, *La fontana de oro*.
70. Inazo Nitobe, *El Bushido. El alma del Japón*.
71. *El Dhammapada. La sabiduría de Buddha*.
73. *Himnos Órficos*.
74. *Libro de Job*.
75. Maestro Eckhart, *El libro del consuelo divino*.
76. Francisco de Asís, *El cántico de las criaturas y otros textos*.
77. L.E. Fritsch, *El pequeño libro de las noches*.
78. M. Gandhi, *El alimento del alma*.
79. *La sabiduría del Talmud*.
80. Ch. A. Eastman (Ohiyesa), *El alma del indio*.
81. Cicerón, *Sobre la amistad*.
82. J. E. Brown, *El legado espiritual del indio americano*.

83. *Dichos del Profeta (Los cuarenta Hadices).*
 84. Confucio, *Las Analectas.*
 86. B. Lahiry, *La búsqueda de la verdad.*
 87. *Himno Akátistos de la Madre de Dios.*
 88. *El Apocalipsis.*
 89. Séneca, *Cartas a Lucilio.*
 90. *Ashtâvakra Gîta.*
 91. Lie Tse, *Tratado del vacío perfecto.*
 92. Angelus Silesius, *Peregrino Querubínico.*
 93. Jefe Casaca Roja, *Hermano, el Gran Espíritu nos ha creado a todos.*
 94. *Serás como la Madre Tierra. La mujer india.*
 95. *Apotegmas de los Padres del desierto.*
 96. *Mis palabras son como estrellas. Mensajes de tres grandes jefes indios. Jefe Seattle, Jefe Joseph y Jefe Casaca Roja.*
 97. Mahâtma Dattâtreyâ, *Avadhût Gîtâ.*
 98. Jefe Seattle, *Nosotros somos una parte de la tierra.*
 99. Teresa del Niño Jesús, *Historia de un alma.*
 100. Muhyiddîn ibn al-‘Arabî, *Poemas Sufíes.*
 101. Eul Sou Youn, *Confucio. Vida, obra y doctrina.*
 102. Rabindranath Tagore, *Gitanjali.*
 103. Marco Aurelio, *Meditaciones.*
 104. Saadi, *El jardín de rosas (Gulistân).*
 105. *El tratado de la Unidad (atribuido a Ibn ‘Arabî) y otros textos sufíes.*
 106. Yamamoto Tsunetomo, *Hagakure. El libro del Samurái.*
 107. Beatriz de Nazaret, *Los siete modos de amor. Vida y visiones.*
 108. *Versos áureos de Pitágoras.*
 109. Jean-Marie Tresflin, *De solo a solo en el Nombre. Diario espiritual.*
 110. *Los diálogos de Chuang Tse.*
 111. *Upanishads. Isa, Katha, Kena.*
 112. J. Kelen, *Ofrenda a María Magdalena.*
 113. Guru Nának, *Japji. Poemario Espiritual.*
 114. Yi King, *Libro de las mutaciones.*
 115. Anónimo inglés del s. XIV. *La nube del no saber.*
 117. Al-Hallaj, *Diván.*
- * *Mujeres místicas.* (Estuche que contiene los tomos 2, 18 y 55).
- ** *La poesía visionaria de Khalil Gibran.* (Estuche que contiene los tomos 46, 47, 48, 49 y 61).
- *** *Sabidurías de Oriente.* (Estuche que contiene los tomos 13, 42 y 71).
- **** *El universo espiritual de la India.* (Estuche que contiene los tomos 7, 31, 41, 54, 60 y 66).
- ***** *Estrategias del triunfo.* (Estuche que contiene los tomos 35, 36 y 63).

HESPERUS

(Serie menor)

2. Jefe Joseph, *Éramos como el ciervo.*
6. *Canto por los animales.*
7. *El sagrado aroma del mundo.*
8. *La estrella matutina.*
9. *Es un buen día para morir.*
11. Mari Sandoz, *El cazador de caballos.*

LA MANO AMIGA

1. C. Rambert, *Pequeña sabiduría matinal. 365 pensamientos positivos para ser feliz todos los días.*
2. C. Rambert, *Pequeña sabiduría vespertina. 365 pensamientos positivos para meditar al anochecer.*

LA AVENTURA INTERIOR

1. Dominique Poirot, *Juan de la Cruz y la unión con Dios.*
2. Isabelle Robinet, *Lao zi y el tao.*
3. Alain de Libera, *Eckhart, Suso, Tauler y la divinización del hombre.*
4. Jacques Brosse, *Los maestros zen.*
5. Jean-Joël Duhot, *Epicteto y la sabiduría estoica.*
6. André Ravier s.j., *Ignacio de Loyola y el arte de la decisión.*

MANDALA

1. El Dalai Lama, Daniel Goleman, Herbert Benson, Robert A. F. Thurman, Howard E. Gardner. *CienciaMente. Un diálogo entre Oriente y Occidente.*
2. *El sueño, los sueños y la muerte. Exploración de la conciencia con S.S. el Dalai Lama.* Edición y narración de F. J. Varela.
3. S.S. el Dalai Lama, Tenzin Gyatso, *El camino del gozo. Una guía práctica de las etapas de la meditación.*
4. Peter Matthiessen, *El río del Dragón de Nueve Cabezas. Diarios Zen. 1969-1982.*
5. *Madre del Tíbet.* Autobiografía de J. Pema, hermana de S. S. el Dalai Lama.
6. A. Fire Lame Deer, R. Erdoes, *El don del poder.*
7. Richard Erdoes, *Implorando un sueño.*
8. *La voz de los pueblos indígenas. Los indígenas toman la palabra en las Naciones Unidas.*
9. Jerry Mander, *En ausencia de lo sagrado.*
10. H. L. Coulter, Ph. D., *Ciencia homeopática y medicina moderna.*
11. Dominique Senn, *La balanza trópica.*
12. Whitall N. Perry, *La alquimia en la homeopatía.*
13. P. Matthiessen, *En el espíritu de Caballo Loco.*
14. R. Arola, *La cábala y la alquimia en la tradición espiritual de Occidente, s. XV-XVII.*
16. Joseph E. Brown, *Animales del Alma. Animales sagrados de los oglala siux.*

EL BARQUERO

1. Cécile Guérard, *Pequeña filosofía para tiempos variables.*
2. Souleymane Bachir Diagne, *100 palabras para explicar el Islam.*
3. H. D. Thoreau, *La desobediencia civil.*
4. D. Desjardins, *Pequeño tratado de la acción.*
5. Érik Sablé, *La sabiduría de los pájaros.*
6. Henri Brunel, *Pequeño tratado de la felicidad.*
8. M. Àvila, *Una mirada a la amistad.*
9. F. Nietzsche, *Aurora.*
10. F. Nietzsche, *La Gaya Ciencia.*
11. J. Fernández Moratíel, *La posada del silencio.*
12. L. Tolstoy, *La escuela de Yásnaia Poliana.*
13. Arthur Conan Doyle, *El misterio de las badas.*
14. Leyla Hanim, *El harén imperial y las sultanas en el siglo XIX. Memorias de una dama de la corte otomana.*
15. H. Walpole, *Ensayo sobre la jardinería moderna.*
16. *La enseñanza de los árboles.*
17. Th. Monod, *Paz para el ratoncito.*
18. H. Brunel, *Los más bellos cuentos Zen seguido de El arte de los haikus.*
19. H. Brunel, *La grulla cenicienta. Los más bellos cuentos Zen. II.*
20. H. Brunel, *La felicidad Zen. Los más bellos cuentos Zen. III.*
21. Thierry Paquot, *El arte de la siesta.*
22. Marah Ellis Ryan, *Cartas de amor de un joven indio.*
25. J. Kelen, *El deseo, o el ardor del corazón.*
26. C. Ternaux, *Respirar la vida.*
27. J. Pimpaneau, *Celebración de la embriaguez.*
28. J.-C. Mardrus, *La reina de Saba.*
31. Jean Giono, *El hombre que plantaba árboles.*
35. R. Chenu, *El desierto.*
36. R. Obringer, *Feengshui. El arte de habitar la tierra.*
39. S. Kaizuka, *Vida y pensamiento de Confucio.*
40. H. Brunel, *Humor Zen.*
42. W. Sikes, *Duendes Británicos.*
43. S. S. el Dalai Lama, *Palabras de Sabiduría.*
44. H. Brunel, *El Año Zen.*
54. K. Gibran, *Jesús, hijo del hombre.*
55. Agustín López Tobajas, *Manifiesto contra el progreso.*
57. Jean-Pierre y Rachel Cartier, *Pierre Rabhi, El canto de la Tierra.*

MEDIEVALIA

1. Régine Pernoud, *Para acabar con la Edad Media*.
2. Jean Markale, *El amor cortés o la pareja infernal*.
3. Claude Lecouteux, *Enanos y Elfos en la Edad Media*.
4. G. Llompарт, *La pintura gótica en Mallorca*.
5. R. d'Anjou, *El libro del corazón de amor prendido*.
6. Claude Lecouteux, *Hadas, brujas y hombres lobo en la Edad Media*.
7. Claude Lecouteux, *Fantasmas y aparecidos en la Edad Media*.
8. Claude Lecouteux, *Demonios y genios comarcales en la Edad Media*.
9. *Cartas de Abelardo y Heloísa. Historia Calamitatum*.
10. Titus Burckhardt, *Chartres y el nacimiento de la Catedral*.
11. René Nelli, *Trovadores y troveros*.
12. J. Markale, *La vida, la leyenda y la influencia de Leonor de Aquitania*.
13. M. Cazenave, D. Poirion, A. Strubel, M. Zink, *El arte de amar en la Edad Media*.
14. Titus Burckhardt, *Siena, ciudad de la Virgen*. (En preparación).
15. Régis Boyer, *La vida cotidiana de los vikingos (800-1050)*.
16. Régine Pernoud, *Cristina de Pizán*.
17. *Speculum al joder. Tratado de recetas y consejos sobre el coito*.
18. *Evangelios de las ruecas*.
19. Jean Markale, *Lanzarote y la caballería artúrica*.
20. *Las horas de Hastings*.
21. Nigel Wilkins, *Nicolas Flamel*.
22. *Flores del tesoro de la belleza. Tratado de muchas medicinas o curiosidades de las mujeres*.
24. René Nelli, *Los cátaros del Languedoc en el siglo XIII. Vida cotidiana*.
25. A. K. Coomaraswamy, *Teoría medieval de la belleza*.
26. *Cuarenta y cinco cantigas del Códice Rico de Alfonso el Sabio*.
27. Jean Markale, *El cristianismo celta*.
28. Marco Polo, *Libro de las cosas maravillosas*.
29. Hadewijck de Amberes, *Visiones*.
- * Jaume III, *Leyes Palatinas*.
Introducciones de G. Llompарт, L. Pérez y M. Durliat.

TERRA INCOGNITA

1. Peter Matthiessen, *El árbol en que nació el hombre*.
2. Charles de Foucauld, *Viaje a Marruecos*.
3. F. Bruce Lamb, *Un brujo del Alto Amazonas. La historia de M. Córdova Ríos*.
4. M. Schwob, *Viaje a Samoa*.
5. Théodore Monod, *Camelladas. Exploraciones por el verdadero Sáhara*.
6. L. A. de Bougainville, *Viaje a Tahití*.
7. Titus Burckhardt, *Fez, ciudad del Islam*.
9. C. Garrido, *Mallorca mágica*.
10. Peter Matthiessen, *Al pie de la montaña*.
11. Victor Hugo, *Los Pirineos*.
12. Capitán James Cook, *Los tres viajes alrededor del mundo. Diarios*.
13. D. de Regoyos y E. Verhaeren, *España Negra*.
16. F. Bruce Lamb, *Río Tigre y más allá*.
17. George Catlin, *Vida entre los indios*.
18. Gaston Vuillier, *Viaje a las Islas Baleares*.
19. Pierre Loti, *Peregrino de Angkor*.
20. Pierre Loti, *La India (sin los ingleses)*.
21. E. M. Forster, *La colina de Devi (Cartas de la India)*.
22. Pierre Loti, *Supremas visiones de Oriente*.
23. Pierre Loti, *El casamiento de Loti*.
24. Victor Segalen, *Diario de las Islas*.
25. I. Eberhardt, *Hacia los horizontes azules*.
26. Pierre Loti, *Pagodas de oro*.
27. Alí Bey (Domingo Badía), *Viajes*.
33. E. Delacroix, *Viaje a Marruecos y Andalucía*.
35. Victor Segalen, *Viaje al país de lo real*.

36. Luis Fernández Ripoll, *Los viajes de Rubén Darío a Mallorca*.
37. Eugène Flandin, *Constantinopla y el Bósforo*.
38. Ch. A. Eastman (Ohiyesa), *La vida en los bosques*.
39. J. Balanyà - M. Font, *Instantes y notas de viaje*.
40. A. David-Neel, *En el corazón del Himalaya*.
41. L. Standing Bear, *La Tierra del Águila Moteada*.
44. C. Garrido, *Formentera mágica*.
46. B. Hungry Wolf, *La vida de la mujer piel roja*.
47. A. y B. Hungry Wolf, *Los hijos del sol*.
48. *Relato de la vida de Mrs. Jemison, raptada por los indios en 1755, a la edad de doce años*.
49. Autores varios, *Gerónimo*.
50. F. Tristán, *Peregrinaciones de una paria*.
51. Ragjubar Singh, *Cachemira. Jardín del Himalaya*.
52. Jean Claude y Roland Michaud, *Corea de jade*.
53. Maurice Herzog, *Himalaya*.
54. Ch. A. Eastman (Ohiyesa), *Grandes jefes indios*.
55. F. Waters, *Héroes indios en el recuerdo*.
56. G.L. Wilson, *Wahini. La vida de una joven india*.
57. E. S. Curtis, *Kukúsím. Vida e iniciación de un joven indio*.
60. E. S. Curtis, *En la tierra de los cazadores de cabezas*.
61. Ch. A. Eastman, *Indios de antaño*.
77. E. K. Flagler, *Defensores de la madre tierra. Relaciones interétnicas: los españoles y los indios de Nuevo México*.
81. M. Sandoz, *Así eran los siux*.
84. W. Cody (Buffalo Bill), *Mi vida en las praderas*.
85. C. Garrido, *De Mola a Mola*.
86. P. Gauguin, Ch. Morice, *Noa Noa. La isla feliz*.

ALEJANDRÍA

1. Jean Markale, *Pequeño diccionario de mitología céltica*.
2. Cristóbal Serra, *Pequeño diccionario de William Blake (caracteres simbólicos)*.
3. Katharine Briggs, *Diccionario de las hadas*.
4. Isabelle Franco, *Pequeño diccionario de mitología egipcia*.
5. Olivier de Marliave, *Pequeño diccionario de mitología vasca y pirenaica*.
6. Claude Lecouteux, *Pequeño diccionario de mitología germánica*.
7. Massimo Izzi, *Diccionario ilustrado de los monstruos. Ángeles, diablos, ogros, dragones, sirenas y otras criaturas del imaginario*.
8. N. Arrowsmith y G. Moorse, *Guía de campo de las hadas y demás elfos*.
9. Katharine Briggs, *Quién es quién en el mundo mágico. Hadas, duendes y otras criaturas sobrenaturales*.
10. René Nelli, *Diccionario del catarismo y las herejías meridionales*.
11. Rufus C. Camphausen, *Diccionario de la sexualidad sagrada*.
13. A. de Gubernatis, *Mitología zoológica I. Las leyendas animales. Los animales de la tierra*.
14. A. de Gubernatis, *Mitología zoológica II. Las leyendas animales. Los animales del aire*.
15. A. de Gubernatis, *Mitología zoológica III. Las leyendas animales. Los animales del agua*.
16. A. de Gubernatis, *Mitología de las plantas I. Leyendas del reino vegetal. Botánica general*.
17. A. de Gubernatis, *Mitología de las plantas II. Leyendas del reino vegetal. Botánica especial*.
18. Odell Shepard, *El unicornio*.

MORGANA

1. Édouard Brasey, *Hadas y elfos*.
2. Édouard Brasey, *Enanos y gnomos*.
3. Édouard Brasey, *Sirenas y ondinas*.
4. Édouard Brasey, *Gigantes y dragones*.
5. Édouard Brasey, *Brujas y demonios*.
- * Édouard Brasey, *El universo feérico*. (estuche que contiene los tomos 1, 2, 3, 4 y 5).

Érase una vez...

BIBLIOTECA DE CUENTOS MARAVILLOSOS

- | | |
|--|---|
| 7. J. Jacobs, <i>Cuentos de hadas célticos</i> . | 125. Dandin, <i>Historia de diez príncipes</i> . |
| 14. <i>Cuentos budistas</i> . (Veinte cuentos Jâtaka). | 127. J. R. Pottier, <i>Leyendas tuareg</i> . |
| 22. <i>Cuentos populares tibetanos</i> . | 128. <i>Cuentos tradicionales de Benarés</i> . |
| 27. E. de Vitray Meyerovitch. 75 cuento sufíes. | 144. Ria Hackin-Ahmad Ali Khan |
| 42. Tchicaya U Tam'si, <i>Leyendas africanas</i> . | Kohzad, <i>Leyendas y costumbres</i> |
| 55. <i>Calila y Dimna</i> . | <i>de los afganos</i> . |
| 94. <i>Cuentos, leyendas y fábulas de la India</i> . | 145. W. M. Flinders Petrie, <i>Cuentos egipcios</i> . |
| 121. <i>Los cuentos del papagayo</i> (Tuti Nāma). | 157. <i>Los Mil y un días</i> . Cuentos persas, indios, |
| 123. <i>Historias de amor de la India</i> . | <i>turcos y chinos</i> . |

LA PIPA SAGRADA

- | | |
|--|--|
| I. Edward S. Curtis, <i>El indio norteamericano</i> . | 13. <i>El coyote y el castor</i> . Hupas, Yuroks, Karoks, Wiyots, Tolowas, Tututnis, Shastas, Achomawis, Klamaths. |
| 1. <i>Los beduinos de América</i> . Apaches, Jicarillas, Navajos. | 14. <i>Cabañas de tule</i> . Katos, Wáilakis, Yukis, Pomos, Wintun, Maidus, Miwok, Yókuts. |
| 2. <i>Entre el desierto y el Gran Cañón</i> . Pimas, Papagos, Qahátikas, Mojaves, Yumas, Maricopas, Hualapais, Havasupais, Apache-Mojaves. | 15. <i>Misiones de California</i> . Luiseños, Cajuillas, Diegueños, Monos, Paviotsos, Washos. |
| 3. <i>El pueblo del águila</i> . Sioux Tetons, Yanktonais, Assiniboinis. | 16. <i>Imploración de la lluvia en Río Grande</i> . Tiwas, Keres. |
| 4. <i>Los guerreros de la danza del sol</i> . Apsárokas o Cuervos, Hidatsas. | 17. <i>Danzantes y sociedades secretas</i> . Tewas, Nambés, Zuñis. |
| 5. <i>Las tortugas sagradas</i> . Mandan, Arikaras, Atsinas. | 18. <i>En los bosques y llanuras del Canadá</i> . Chipewyan, Cris de los Bosques del Oeste, Sarsis. |
| 6. <i>Cazadores de la pradera</i> . Pigan, Cheyenes, Arápahos. | 19. <i>Las flechas sagradas</i> . Indios de Oklahoma, Cheyenes, Comanches, Culto del Peyote. |
| 7. <i>Tipis en la montaña</i> . Yakimas, Klickitats, Kutenais. | 20. <i>En kayak entre los hielos</i> . Esquimales de Alaska, Nunivaks, Noataks, Kobuks, Selawiks. |
| 8. <i>Guerreros de antaño</i> . Nez Percés, Wallawallas, Umatillas, Cayuses y otros. | 21. <i>El espíritu de la llanura y el desierto</i> . (Suplemento gráfico a los volúmenes 1-5). |
| 9. <i>Los pueblos de las canoas</i> . Chimakum, Quillinties, Willapas y otros. | 24. <i>Hielos, bosques y desiertos</i> . (Suplemento gráfico a los volúmenes 16-20). |
| 10. <i>Chamanes y deidades</i> . Kwakiutl. | 25. <i>Los indios de Norteamérica</i> . G. Catlin. |
| 11. <i>Los arponeros de Nootka</i> . Nootkas, Haidas. | |
| 12. <i>La danza de las serpientes</i> . Hopis. | |